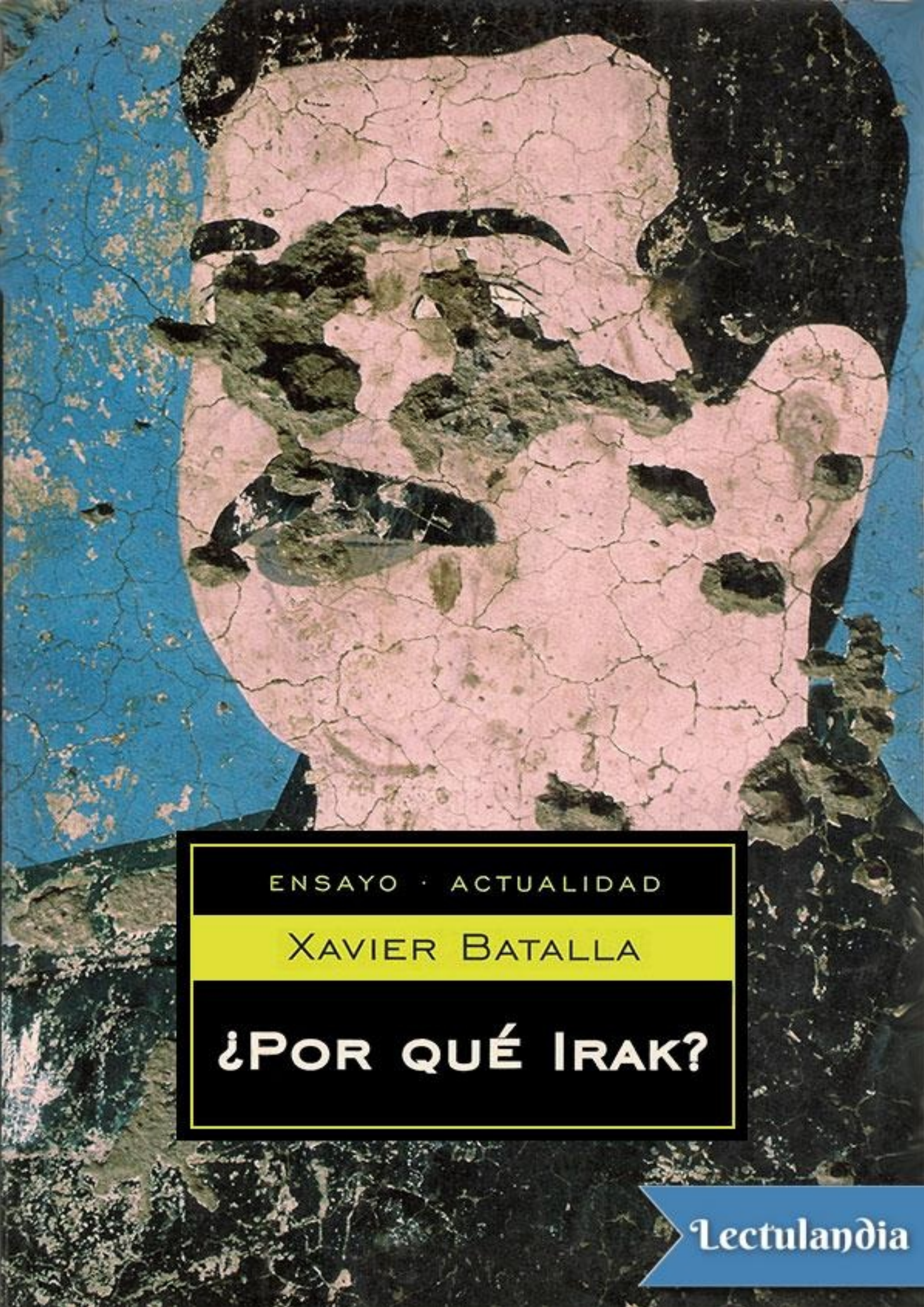


ENSAYO · ACTUALIDAD

XAVIER BATALLA

¿POR QUÉ IRAK?

Lectulandia

¿Cómo nació el Irak moderno? ¿Qué es el baasismo? ¿Cómo se hizo Sadam Huseín? ¿Por qué Estados Unidos sigue obsesionado con él? ¿Existe un deseo moral de democratizar Irak y todo el Oriente Medio árabe? ¿O son los intereses estadounidenses en la región —el petróleo, la presencia estratégica en una zona singular y la defensa de Israel— los que explican la obsesión? Este libro aborda la historia de Irak y los orígenes y supervivencia de Sadam Huseín para explicar las causas de un conflicto que ha situado al régimen de Bagdad al borde del precipicio, ha dividido a los gobiernos europeos y ha ensanchado la brecha atlántica.

Los asuntos de los que trata esta obra son, básicamente, dos. Por una parte, el porqué de Sadam Huseín, lo que conduce hasta el origen de los males árabes modernos y, por otra parte, el porqué de la obsesión estadounidense con Irak, que permite al autor analizar las relaciones internacionales después del 11 de septiembre y el interminable debate sobre la política exterior de Estados Unidos, siempre entre la retórica idealista y la política del poder. *¿Por qué Irak?,* escrito con un estilo claro y directo, servirá para esclarecer las raíces de un conflicto crucial para las relaciones internacionales de nuestro tiempo, incluido el papel de las Naciones Unidas.

Lectulandia

Xavier Batalla

¿Por qué Irak?

ePub r1.1
Titivillus 04.05.15

Título original: *¿Por qué Irak?*
Xavier Batalla, 2003
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

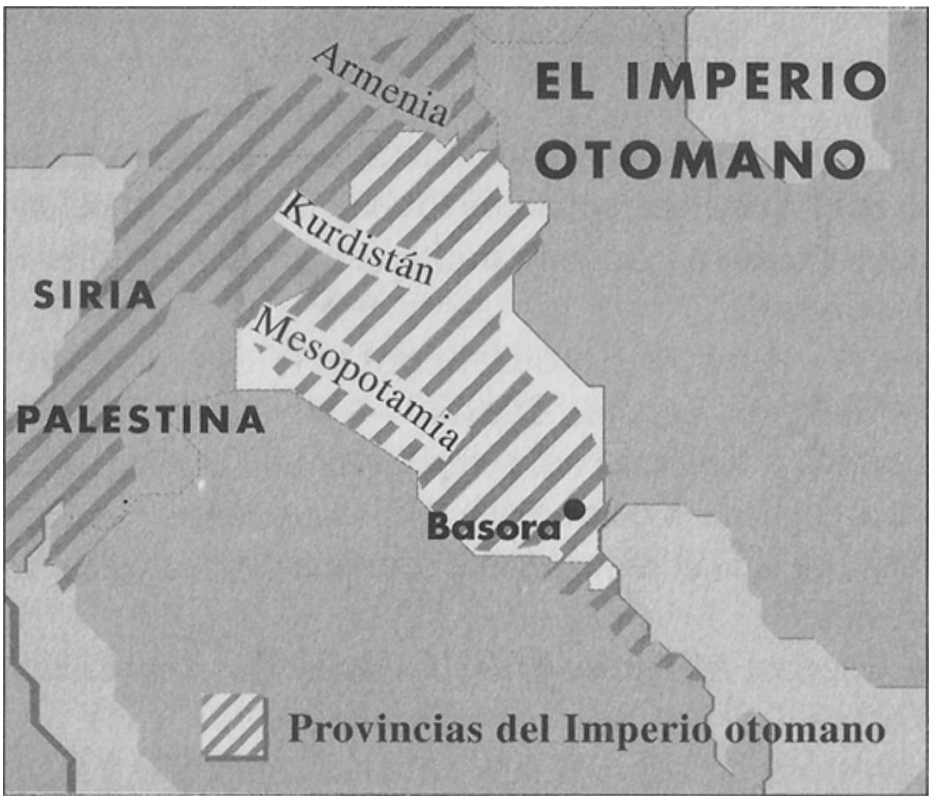
más libros en lectulandia.com

A Laura y Óscar, ciudadanos del siglo XXI

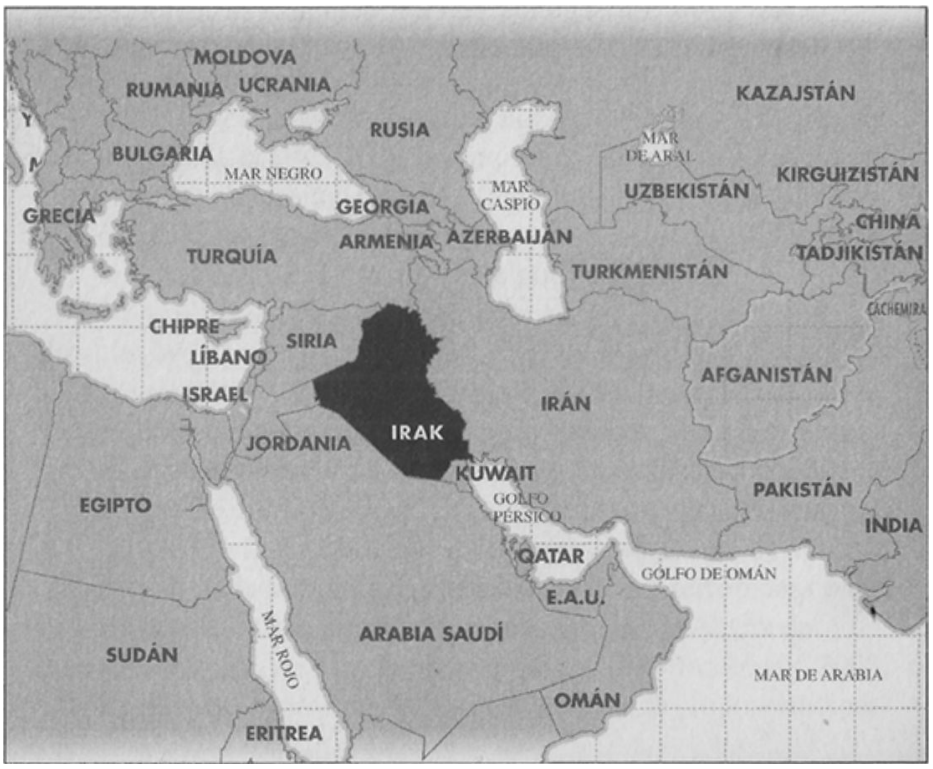
En el mundo del futuro, el mal uso del poder, tal como se expresa en el término «política del poder», no debe ser el factor operante en las relaciones internacionales.

FRANKLIN DELANO ROOSVELT,
6 de enero de 1945

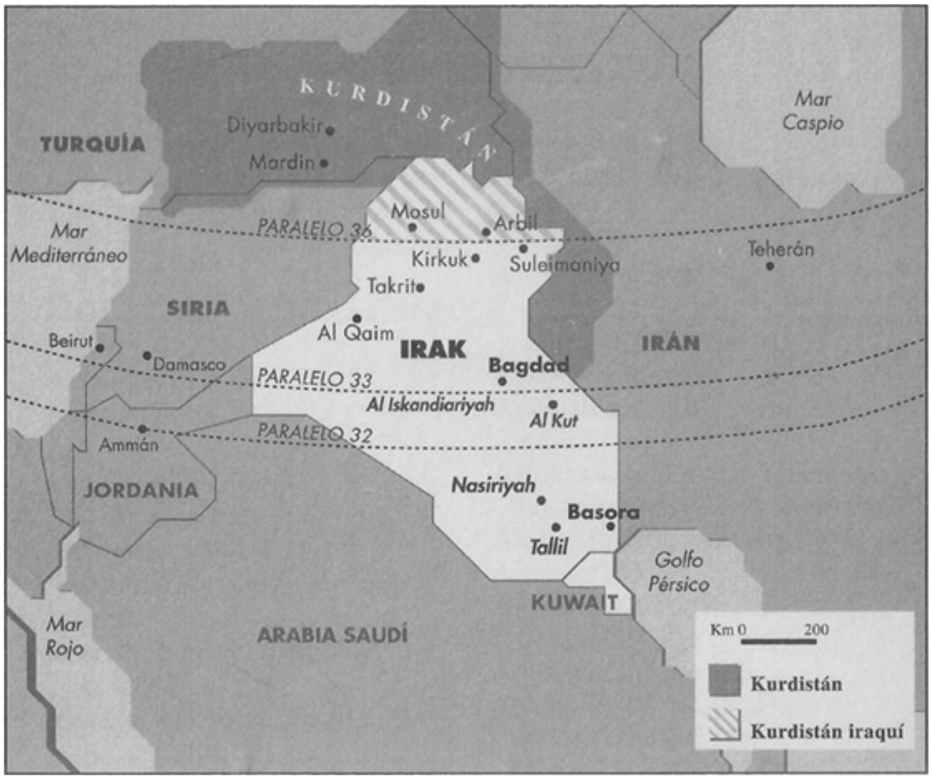
Mapas



Mesopotamia durante el Imperio Otomano



Situación de Irak en Medio Oriente



Las zonas de expulsión aérea que dividen Irak

Prefacio

Este libro tiene su origen en dos experiencias complementarias: en la enseñanza de las relaciones internacionales en la Facultad de Periodismo de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, entre 1992 y 2002, y en el trabajo como corresponsal internacional de *La Vanguardia*, que en los últimos catorce años, desde que dejé la corresponsalía de Londres, me ha llevado periódicamente a Oriente Medio, región sobre la que una vez más se barrunta la tormenta.

La primera vez que visité Oriente Medio fue en 1973, dos meses antes de que estallara la guerra árabe-israelí del Yom Kippur. Y la última, en 2002, cuando el Ejército de Israel prácticamente destruyó la Autoridad Nacional Palestina. La guerra es una constante en la región, cuya conflictividad hunde sus raíces en la gran conflagración de 1914-1918, cuando británicos y franceses redibujaron el mapa, y en el nacimiento del Estado de Israel, en 1948. Occidente teme el terrorismo y el fundamentalismo islámicos. Los árabes acusan a Occidente de ser hostil a su cultura, de respaldar a Israel, que consideran un intruso en la región, y de proteger a los regímenes corruptos y antidemocráticos que controlan el inmenso arco geográfico musulmán.

Doce años después de la guerra del Golfo, Bagdad vuelve a estar en el punto de mira estadounidense. La historia, pues, puede repetirse, aunque el contexto no es exactamente el mismo que entonces. En 1991 la coalición multinacional, con regímenes árabes incluidos, se formó porque había una razón, entre otras mucho más prosaicas, que lo facilitó: Sadam Huseín, al invadir Kuwait, violó el derecho internacional, y Estados Unidos pudo ir a la guerra con la bendición de la ONU y con los gastos pagados, parte de los cuales fueron asumidos por Arabia Saudí. Ahora, cuando este libro entra en imprenta, la guerra, aunque parece decidida, aún sigue buscando razones. Los inspectores de la ONU no han encontrado la pistola humeante, las prisas belicistas de Washington han dividido a los gobiernos europeos y la brecha atlántica se ha ensanchado.

Los asuntos de los que trata esta obra son, básicamente, dos. Por una parte, el porqué de Sadam Huseín y de su supervivencia, lo que, inevitablemente, conduce hasta el origen de los males árabes modernos y los contradictorios movimientos de los intereses occidentales. Y, por otra parte, el porqué de la obsesión estadounidense en Irak, que me ha permitido volver a abordar, como en mi anterior libro, *Afganistán. La guerra del siglo XXI*, las relaciones internacionales después de la determinante fecha del 11 de septiembre y el interminable debate sobre la política exterior de Estados Unidos, siempre entre la retórica idealista y la política del poder.

¿Por qué Irak? ¿Qué mueve a la administración Bush a derrocar a Sadam Huseín, a quien considera una amenaza para la seguridad internacional, sea por patrocinar el terrorismo, sea por fabricar y almacenar armamento de destrucción masiva? ¿El

deseo moral de democratizar Irak y, por extensión, todo el Oriente Medio árabe? ¿O son los intereses estadounidenses en la región —léase el petróleo, la presencia estratégica en una zona singular y la defensa de Israel— los que explican la obsesión?

Este libro pretende ser una guía para aproximarse a un conflicto que, resuelto pacíficamente o no, con el exilio de Sadam, con una guerra aprobada por la ONU o con una acción unilateral estadounidense, será crucial para las relaciones internacionales de nuestro tiempo, incluido el equilibrio de la OTAN y el papel de la ONU. Douglas Hurd, exministro británico de Asuntos Exteriores, ha resumido de forma magnífica la situación: «No envidio al gobierno británico o a la administración Bush por la elección que tienen que hacer. Deberán sopesar los indudables beneficios que conllevaría el derrocamiento de Sadam Huseín con el riesgo de convertir a Oriente Medio en una fuente inagotable de terrorismo antioccidental».[1]

Por lo demás, las siguientes páginas, por insuficientes que sean, no habrían podido ser escritas sin la comprensión de mi mujer, Judith, y de nuestros hijos, que han soportado mis continuas ausencias, las físicas y las otras.

XAVIER BATALLA
Barcelona, enero de 2003

Introducción

El mapa del Oriente Medio moderno está íntimamente relacionado con dos fechas cruciales del siglo XX: 1918, cuando la derrota del imperio otomano en la Primera Guerra Mundial dejó la región en manos de franceses y británicos, que la parcelaron a su antojo, y 1948, año del nacimiento del Estado de Israel, que rectificó el dibujo medio-oriental trazado con el tiralíneas colonial europeo.

Ha habido otras fechas que no pueden considerarse menores. En 1956, la nacionalización del canal de Suez por Gamal Abdel Nasser provocó una intervención militar tripartita contra Egipto que fue el canto del cisne de los colonialismos británico y francés, entonces relevados en la zona por Estados Unidos; esta fecha representó uno de los momentos culminantes del nacionalismo árabe. En 1967, una guerra relámpago de seis días permitió a Israel tensar sus músculos y, al mismo tiempo, asestó un golpe mortal al panarabismo; esta derrota, sin embargo, no modificó el orden social árabe, entre otras cosas porque la existencia de la Unión Soviética y la multiplicación del precio del petróleo en los años siguientes actuaron de colchón amortiguador. En 1979, la revolución del ayatolá Jomeini derribó con una mano uno de los dos pilares de Estados Unidos en el Golfo y con la otra desató las fuerzas del islamismo, la ideología aspirante a suceder al nacionalismo y al socialismo como remedio a los males de la región; los humos de la revolución teocrática, no obstante, fueron rebajados por una guerra de ocho años contra Irak. Y en 1991, después de la invasión de Kuwait por Irak en agosto de 1990, una coalición internacional encabezada por Estados Unidos, y con el concurso de la mayoría de los regímenes árabes, puso el petróleo en su sitio, dejó el mapa como estaba y abrió una línea divisoria entre los regímenes árabes prooccidentales y el fundamentalismo radical. Ninguno de estos acontecimientos, sin embargo, ha tenido las consecuencias para Oriente Medio que siguen teniendo 1918 y 1948.

La región del Golfo Pérsico, que los árabes llaman Arábigo y los que pretenden ser equidistantes prefieren denominar Golfo a secas, vuelve a ser escenario de intensas maniobras diplomáticas y militares, como ocurrió hace doce años, tras la invasión de Kuwait por tropas iraquíes. En 1991, las razones del conflicto fueron una mezcla de violación del derecho internacional y petróleo. Ahora, después de los atentados del 11 de septiembre y de la guerra de Afganistán, el régimen de Sadam Huseín es el primero de la lista de un «eje del mal» con el que la administración Bush ha clasificado a los países que, en su opinión, representan un desafío a la seguridad internacional, sea por patrocinar el terrorismo, sea por fabricar y almacenar armas de destrucción masiva.

Nada ha permitido establecer una clara relación, al menos hasta el momento, entre Sadam Huseín y Osama Bin Laden, líder de Al Qaeda, la red terrorista a quien se responsabiliza del 11 de septiembre, ni los arsenales de destrucción masiva

iraquíes, que Washington dice que existen y Bagdad niega tener, parecen contener materiales que no tuvieran antes de los atentados en Nueva York y Washington. ¿Por qué, entonces, la administración Bush quiere convertir a Irak en la segunda fase de la guerra global contra el terrorismo?

Los argumentos barajados son múltiples. Si se observan los ciclos del intervencionismo estadounidense en Oriente Medio, se constata que desde los años cincuenta del siglo pasado cada inquilino de la Casa Blanca ha tenido a un líder musulmán o árabe como obsesión, empezando por Nasser y siguiendo con el coronel Gaddafi, el ayatolá Jomeini y, ahora, con Sadam Huseín y Bin Laden. Pero esto, con decir mucho, no explica el porqué de la fijación que George W. Bush parece tener con Sadam Huseín.

Sadam Huseín es un caso único entre todos los dictadores de los últimos cien años. Pero su singularidad no procede de sus crímenes, que son abundantes. Lo que le hace distinto es el hecho de que haya tenido la osadía de desafiar a Estados Unidos, primero, y a la sociedad internacional, después, sin que haya perdido su sillón presidencial. Durante doce años, después de ser derrotado en la guerra del Golfo, cuando se enfrentó a una coalición internacional integrada por treinta y cuatro países y dirigida por Estados Unidos, el dictador de Bagdad ha seguido siendo presidente. Pero ¿por qué, después de la guerra de Afganistán, puede llegarle el turno a Irak?

Para la administración Bush, la razón es que el régimen iraquí posee armamento químico y biológico, y algún día puede llegar a tener armas nucleares que podría utilizar o entregar a grupos terroristas. Los motivos son de peso, pero ¿por qué Irak es el único país en ser señalado de los dieciocho que poseen armamento de destrucción masiva, incluida Corea del Norte, que dice haber reanudado su programa nuclear? Los 37 000 soldados estadounidenses estacionados en Corea del Sur están a un tiro de misil cargado con armas químicas o biológicas. ¿Por qué, entonces, Bush es diplomático con el régimen comunista de Corea del Norte y no con el baasista de Irak?

Los Bush, padre e hijo, se parecen en muchos aspectos, pero hay uno en el que son calcados: han ganado dos guerras, en Kuwait y Afganistán, respectivamente, pero no han terminado el trabajo. Sadam Huseín sigue mandando en Bagdad; Osama Bin Laden, el primer objetivo de la respuesta militar estadounidense al 11 de septiembre, continúa vivo y en paradero desconocido. ¿Todo responde, pues, a que Sadam Huseín, que es un objetivo fijo en Irak, es más fácil de atrapar que el escurridizo Bin Laden? Esta sería una explicación demasiado doméstica para convertirse en doctrina.

Fuentes oficiales estadounidenses han asegurado tener pruebas de que Sadam Huseín preparó un complot para matar a Bush padre cuando este visitó Kuwait en 1993, dos años después de haber salido victorioso del Golfo. Pero, aunque resulte fácil comprender los sentimientos personales de Bush hijo, sería excesivo explicar el conflicto en clave de venganza personal. Los ideólogos neoconservadores que dirigen la política exterior estadounidense recuerdan continuamente al senador romano

Catón, que terminaba cada una de sus intervenciones con un «¡Cartago debe ser destruido!».

¿Pretende George W. Bush, como aventuró el senador demócrata John Kerry, desviar la atención de los problemas internos y, de esta manera, ganar de forma arrolladora las elecciones presidenciales del año 2004? Es una explicación demasiado explotada por los guionistas de Hollywood. ¿Responde todo, por el contrario, como ha reiterado Tariq Aziz, vice primer ministro del régimen iraquí, a la determinación de librar una guerra para Ariel Sharon, primer ministro de Israel, y por el petróleo de la región del Golfo?

Timothy Garton Ash, profesor del Saint Anthony's College, de la Universidad de Oxford, ha escrito:

> Nadie en la administración [Bush] quiere decirlo públicamente, pero hay una clara lógica que conduce desde la democratización de Irak hasta la de Arabia Saudí. Si queremos librarnos de los mosquitos islamistas, hay que secar el pantano. Así pues, la gente habla aquí [en Washington] —no públicamente aún, pero sí en los pasillos y antesalas del poder— de un proyecto wilsoniano para remodelar todo Oriente Próximo, un plan solo comparable en ambición a los de Europa en 1919 y 1949.[1]

Dicho así, no parece aventurado afirmar que una eventual guerra contra el régimen de Sadam Huseín es contemplada por Washington, según esta clara lógica, como un conflicto emblemático. La guerra de 1898, por la que Cuba dejó ser colonia española y Estados Unidos se anexionó Filipinas, Puerto Rico, Guam y las islas Hawai, también fue un conflicto emblemático para la historia de Estados Unidos. Lo significativo de los acontecimientos de 1898 es que marcaron un punto de inflexión en la política exterior estadounidense, por cuanto las anexiones territoriales consumadas entonces representaron la primera extensión de la soberanía estadounidense más allá de los límites continentales de Norteamérica y anunciaron el nacimiento de una gran potencia.

¿A qué obedeció hace cien años la conducta de Washington? ¿Al idealismo propio de un actor moral en las relaciones internacionales, como parecen indicar los relatos que en la época hicieron referencia a la indignación de la opinión pública estadounidense ante los horrores de la guerra hispano-cubana? Hubo algo de esto. La seguridad nacional estadounidense no estaba amenazada y en la guerra hispano-cubana se perpetraron atrocidades. Pero no es menos seguro que había intereses estadounidenses en juego.

Los acontecimientos de 1898 también fueron emblemáticos porque provocaron un debate entre expansionistas (imperialistas) y no expansionistas, según la terminología utilizada por George F. Kennan, el realista que posiblemente ha sido el más grande

diplomático estadounidense del siglo XX. Los expansionistas utilizaron diversos argumentos. Para unos, el derecho a la anexión de las colonias españolas estaba implícito en el Destino Manifiesto de Estados Unidos. Y, para otros, se trataba de defender el territorio continental estadounidense. Tampoco faltaron quienes esgrimieron el deber, como nación ilustrada, de regenerar a los habitantes de los territorios anexionados.

Los adversarios del expansionismo argumentaron su posición en términos de carácter legal. «Conquistar un territorio extranjero y gobernarlo sin el consentimiento de su población sería contrario a la Constitución y a la Declaración de Independencia», dijo George F. Hoar, senador republicano por Massachusetts, en su respuesta al senador Platt sobre la rebelión protagonizada en Filipinas por los seguidores de Aguinaldo.[2]

El desenlace es conocido. La administración del presidente William McKinley fue a la guerra, como propugnaban, entre otros, el futuro presidente Theodore Roosevelt, un consumado realista que en el conflicto de Cuba se ganó los honores de héroe. Y Estados Unidos se hizo mayor en política exterior. Holanda fue hegemónica de 1580 a 1688, cuando tuvo como principal competidor a Gran Bretaña, que tomó el relevo de 1688 a 1914, con la rivalidad de Francia y Alemania. Y los acontecimientos de 1898 anunciaron el despertar de una superpotencia que, después de 1945, copresidió un mundo bipolar. Más tarde, en 1991, cuando la Unión Soviética agonizaba, la guerra del Golfo despejó el camino hacia la hegemonía estadounidense. Entonces, Brent Scowcroft, consejero de Seguridad Nacional, presentó al presidente George Bush el contencioso con Irak como una espléndida «pequeña guerra», expresión utilizada cien años antes por John Hay, secretario de Estado del presidente McKinley, para definir el conflicto con España. Y ahora, sin la Unión Soviética y con el 11 de septiembre como nuevo motor, Estados Unidos no solo no tiene rival en el mundo, sino que es la hiperpotencia. William Pfaff, analista estadounidense, lo ha explicado así:

> Antes del 11 de septiembre, Estados Unidos ya estaba cerca de una universalidad de influencia e incluso de dominación de la sociedad internacional que ningún imperio anterior poseyó jamás. Pero carecía de voluntad política para imponerse. El 11 de septiembre proporcionó esta voluntad.

En enero de 2001, George W. Bush entró en la Casa Blanca entre el temor de sus aliados a que sustituyera el internacionalismo de la administración Clinton por un nuevo tipo de aislacionismo. No ha sido este el caso. En Estados Unidos sigue habiendo considerables fuerzas aislacionistas (casi un 20% de los congresistas se ufanan de no haber puesto un pie en el extranjero), pero el internacionalismo, que ha

sido la clave de la grandeza de Estados Unidos, es la fuerza dominante. La cuestión es saber qué internacionalismo es el dominante: ¿el idealista, el realista o el uniteralista?

Desde el 11 de septiembre, Bush se ha referido frecuentemente a los aliados de Estados Unidos como países «amantes de la libertad», expresión con la que ha pretendido proporcionar un contexto moral a otra posible guerra contra el régimen de Sadam Huseín. El presidente republicano, sin duda, prefiere ver a Estados Unidos como un actor moral de las relaciones internacionales; es decir, como un Estado que no se mueve en función de sus intereses nacionales, sino por principios. Esta fue la visión idealista del presidente demócrata Woodrow Wilson, que quiso cambiar el mapa y la escena internacional después de la Primera Guerra Mundial. La visión realista no contempla a Estados Unidos como un campeón ético en un mundo de egoístas ni como un país con una avaricia superior a la media, sino como un país que garantiza o aumenta su poder. Y la unilateralista, aunque dice poner los intereses nacionales por encima de todo, tiene también un enfoque con aspectos poco realistas, por cuanto, al basarse en la seguridad del predominio estadounidense, prefiere ignorar las virtudes del clásico equilibrio de poderes en la escena internacional abogado por los realistas.

No deja de ser chocante, pero la administración Bush, que accedió al poder rechazando por idealista o wilsoniano el propósito del presidente demócrata Bill Clinton de «construir naciones» (*nation-building*), querría tener como última razón para librar una guerra la reconstrucción de un nuevo Oriente Medio. Un proyecto ambicioso que, como sucedió en 1918 y 1948, modificaría el mapa político de la región, desde el río Jordán hasta la frontera con Irán. Hay diversas razones que explicarían este aparente cambio de opinión. En primer lugar, la división en el seno del gobierno estadounidense sobre la posibilidad, apuntada en un principio por los civiles del Pentágono, de una guerra rápida y en solitario contra Irak; es decir, de otra «pequeña guerra». Y, después, la presión de franceses, rusos, británicos y chinos para que Bush trasladara la cuestión a la ONU, el único organismo con capacidad para declarar si una guerra es legal o no. La cuestión, sin embargo, sigue siendo si el conflicto se resolverá, pacíficamente o no, según lo determinado por el Consejo de Seguridad de la ONU, como han insistido Francia, Alemania, Rusia y China, entre otros, o si Estados Unidos actuará en solitario o poco acompañado. De la manera en que se resuelva la crisis dependerá el rumbo de las relaciones internacionales del inmediato futuro, incluido el papel de la ONU y de la OTAN.

Si el objetivo estadounidense de una guerra en Irak fuera la extensión de la democracia por Oriente Medio, la eliminación de Sadam Huseín y de Osama Bin Laden sería, por tanto, solo el principio. Se trataría, de manera ambiciosa, según sus portavoces, de sacudir el mapa político de la región, de derribar las autocracias y de hacer avanzar la democracia liberal en un desierto hasta ahora más proclive a las tiranías que a la división de poderes. ¿Una guerra, pues, emblemática, que podría

modificar el escenario internacional de manera profunda?

Oriente Medio ha sido la gran excepción en la política exterior de Estados Unidos, que normalmente se ha declarado activa en la promoción de las reformas económicas y políticas. Washington identifica la democracia con el bien y la dictadura con el mal, pero, entre los países árabes, los aliados de Estados Unidos, en nombre de la estabilidad y del acceso al petróleo, se han contado hasta ahora por regímenes autocráticos y poco respetuosos de los derechos humanos y de las libertades políticas.

Desde que el presidente Harry S. Truman decidiera reconocer al Estado de Israel, en 1948, la política exterior estadounidense hacia Oriente Medio ha sido un continuo debate, con resultados desiguales, entre pragmáticos e ideólogos. Israel fue asistido en su nacimiento por la ideología de los liberales demócratas mientras, en la sala de espera, los arabistas del Departamento de Estado mostraban su preocupación por el petróleo árabe. Este debate, en buena medida, explica el pragmatismo con el que las diferentes administraciones, deseosas de tener las dos cosas —la seguridad de Israel y el acceso al petróleo—, han pasado de puntillas históricamente sobre el mapa nada democrático de Oriente Medio. El debate continúa ahora prácticamente en los mismos términos. Buena prueba de ello son las iniciativas del secretario de Estado, Colin Powell, contrario a un ataque en solitario de Estados Unidos contra Irak, frente al neoconservadurismo agresivo de Donald Rumsfeld, secretario de Defensa, y su segundo, Paul Wolfowitz. En la crisis con Irak, los ideólogos neoconservadores que tienen influencia en el Pentágono y la Casa Blanca coinciden con los realistas del Departamento de Estado en que uno de los objetivos del eventual derrocamiento de Sadam Huseín debe ser la democratización del mapa político árabe. Pero difieren en cuanto a los métodos a seguir. Los neoconservadores no excluyen la acción unilateral; el Departamento de Estado prefiere el multilateralismo. Los primeros contemplarían el recurso de la fuerza, incluso después de Irak, para cambiar el orden de cosas vigente. Los segundos, por pragmatismo, siguen sin hacer ascos al apoyo a los regímenes tradicionalmente aliados, que deberían evolucionar democráticamente.

En Estados Unidos, el futuro de Oriente Medio está propiciando la creación de una amplia y heterogénea coalición: por una parte, los halcones del Pentágono, partidarios de la acción unilateral, y, por otra, los abogados de la «construcción de naciones»; es decir, un híbrido entre el realismo del presidente Theodore Roosevelt, el héroe americano de Henry Kissinger, y el idealismo de Woodrow Wilson. A principios de diciembre de 2002, en una conferencia organizada en Praga por el Instituto Aspen de Berlín, Madeleine Albright, secretaria de Estado del demócrata Bill Clinton, afirmó que «la pieza más importante del trabajo aún inacabado es Oriente Medio».[3]

Pongámonos en un hipotético día después de la caída de Sadam Huseín. La democracia, auspiciada por un régimen de ocupación militar estadounidense, aún tardaría en llegar, pero la nueva situación ya proporcionaría una serie de ventajas

estratégicas a Estados Unidos. En primer lugar, la balanza regional se habría desnivelado a favor de Washington y de sus aliados en la región, Israel y Turquía. Irán, Arabia Saudí y Siria quedarían separados por territorios bajo control de fuerzas estadounidenses o proestadounidenses. En segundo lugar, Washington podría justificar su presencia militar en la zona a largo plazo. Y, en tercer lugar, el control directo del petróleo iraquí relativizaría la importancia de los yacimientos de Arabia Saudí, un histórico aliado venido a menos a causa de sus relaciones con el fundamentalismo islámico radical.

Irak es también un caso emblemático. Para comprender la historia de Irak es necesario entender primero cómo sus piezas fueron unidas. Irak fue inventado por el colonialismo británico, que con tres provincias del imperio otomano —Mosul, mayoritariamente kurdo; Bagdad, predominante sunní, y la región de Basora, en el sur, tierra de shiíes, la confesión del vecino Irán— creó una monarquía títere que se desmoronó en 1958. Los británicos controlaron Irak, donde las obras de Victor Hugo fueron prohibidas por subversivas, a través de personas interpuestas, lo que demostró su legendaria capacidad para gobernar a muchos con unos pocos. Pero, al final, interpretaron las señales iraquíes de manera tan errónea como los estadounidenses hicieron en Irán una generación más tarde, cuando el ayatolá Jomeini barrió con el Corán a la dinastía prooccidental de los Pahlevi. En la década de 1950 los ingresos por el petróleo habían aumentado exponencialmente, pero el 85% de los iraquíes eran analfabetos.

La monarquía cayó a causa del aislamiento de Irak. Entonces el héroe árabe era el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, que acababa de transformar su derrota militar en el conflicto del canal de Suez en un triunfo político. En 1958, dos estados situados en el corazón de la política árabe —Egipto y Siria— ya habían emprendido el camino de una revolución nacionalista dirigida por militares. Irak se unió ese año a la lista, aunque la revuelta instaló en el poder a una figura enigmática, el general Abdel Karim Qassem, mitad nacionalista y mitad reformista, que sería derribado por el primero de los dos golpes que allanaron el camino a Sadam Huseín, presidente de Irak desde 1979. Qassem no era nasserista, pero él y sus verdugos del Baas, el partido que gobierna Irak desde 1968, compartieron la idea que ha sido un factor ideológico crucial para todos los regímenes desde la creación del Estado: la responsabilidad del colonialismo en los males del mundo árabe. De ese nacionalismo se deriva el malestar de Irak en el mapa de la región y su negativa a aceptar las fronteras que le separan de sus vecinos. Dado que esos límites fueron trazados por las potencias europeas al término de la Primera Guerra Mundial, el revisionismo iraquí encarna el deseo de cambiar el mapa de Oriente Medio.

La invasión iraquí de Kuwait en 1990, perpetrada en medio de grandes trompeteos panarabistas, puso en entredicho, como los atentados terroristas del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, las ideas adquiridas sobre el orden político de la zona, que a su vez se hallaban en urgente revisión como consecuencia del final

de la guerra fría. La invasión de Kuwait, como la guerra de Afganistán contra Al Qaeda y el régimen de los talibanes que le dio cobijo, no produjo la ola de solidaridad árabe con la que contaba Sadam Huseín. Tampoco Osama Bin Laden, líder de Al Qaeda, ha logrado su propósito. Pero la retórica sobre la unidad árabe, sus referencias al glorioso pasado común, su frontal oposición al Estado de Israel y sus afirmaciones de que iban a devolver las riquezas petrolíferas a sus legítimos dueños, así como la liquidación de pasados ultrajes de la historia, han tenido eco entre las masas de desheredados.

Sadam Huseín, líder de un panarabismo que se quería laico, y Osama Bin Laden, patrocinador de un panarabismo integrista, no son lo mismo. En todo caso, son las dos caras de una misma moneda. La ironía es que tanto la agresión iraquí contra Kuwait como los atentados del 11 de septiembre, si debían ser entendidos como acciones destinadas a resucitar el cadáver panarabista, pueden acabar propiciando que Estados Unidos pretenda rediseñar el mapa político de Oriente Medio a su medida de hiperpotencia, lo que a su vez también afectaría a las relaciones internacionales del inmediato futuro. La transformación de Oriente Medio por la administración Bush pretende ser el mayor cambio político en la región desde el célebre acuerdo Sykes-Picot, por el que británicos y franceses se repartieron en 1916 la parte asiática del imperio otomano. Ahora solo hace falta que la realidad medio-oriental se deje.

1

Los cuatro elementos

Irak es un país que despierta sueños y provoca pesadillas. En el Oriente Medio árabe moderno hay cuatro elementos que son esenciales para definir la suerte de los países que lo integran: el agua, el petróleo, la demografía y el panarabismo. Los cuatro elementos difícilmente se han encontrado juntos en los últimos cincuenta años en uno solo de los territorios cuyas fronteras nacionales fueron trazadas con tiralíneas después de la Primera Guerra Mundial. Egipto, que es la gran potencia demográfica y militar del mundo árabe, tiene el agua del Nilo y aún instrumentaliza el panarabismo de Gamal Abdel Nasser, fallecido en 1970. Pero Egipto no tiene petróleo. Y las monarquías petroleras del Golfo, capitaneadas por Arabia Saudí, nadan en crudo, pero no tienen agua, les faltan habitantes y siempre han contemplado con temor los proyectos de unión árabe. El único país que reúne los cuatro elementos es Irak, lo que ha alimentado los sueños panárabes y la pesadilla de árabes y de no árabes.

El Irak moderno tiene dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates (en árabe, Djilqa y Furat, respectivamente), que nacen en Turquía y se unen a unos 100 kilómetros del Golfo para formar una sola corriente llamada Chatt el Arab. El Irak moderno tiene unas reservas de petróleo consideradas como las segundas del mundo, solo por detrás de Arabia Saudí. El Irak moderno también tiene una considerable demografía: aproximadamente, unos 24 millones de habitantes. Y el Irak moderno tiene una larga trayectoria como campeón del panarabismo laico, el credo político del partido gobernante, el Baas, desde 1968. Irak, por todo esto, ha marcado más de una pauta en el mundo árabe, tanto en lo positivo como en lo negativo. Fue el primer Estado árabe moderno en acceder a la independencia (el 13 de octubre de 1932), pero también inauguró la cuenta de los golpes de estado entre los países árabes (el 29 de octubre de 1936, el general Bakr Sidqi derrocó al entonces primer ministro Hikmat Sulayman).

El agua ha sido una constante en la historia de la región mesopotámica. La civilización que surgió en Sumeria fue modelada por dos factores contradictorios: la imprevisibilidad del Tigris y del Eufrates, cuyas aguas tenían a menudo consecuencias devastadoras, y la riqueza agrícola de los valles regados por estos dos grandes ríos. Las consecuencias fueron extraordinarias. Los valles del sur de Mesopotamia atrajeron a los pueblos vecinos y proporcionaron, seguramente por primera vez en la historia, un excedente en la producción de alimentos, que creció conforme el control colectivo del agua fue avanzando. Este fue el origen de la urbanización sobre la que los sumerios desarrollaron su civilización, una sociedad matriarcal que inventó la primera escritura, la cuneiforme, gracias a la cual las

técnicas agrícolas pudieron ser transmitidas a las siguientes generaciones. Sadam Huseín no ha sacado tanto rendimiento del agua.

El Irak contemporáneo, con una superficie de 437 072 kilómetros cuadrados, y fronteras con Arabia Saudí (814 kilómetros), Irán (1458), Jordania (181), Kuwait (242), Siria (605) y Turquía (331), está situado en lo que fue la antigua Mesopotamia, donde floreció una civilización avanzada mucho antes que en Egipto, Grecia y Roma. Pero este Irak, el país más extenso y poblado del Creciente Fértil, tiene muy poco que ver con los pueblos de la antigüedad, cuyas lenguas e identidad étnica desaparecieron en su gran mayoría. Por Irak han desfilado, entre otros, sumerios, acadios, caldeos, asirios, macedonios, persas, mongoles, turcos y británicos. Pero la cultura, la lengua y la identidad del Irak moderno es árabe: étnicamente procede en su mayoría de los beduinos de Arabia, que lo invadieron en el siglo VII, y su idioma pertenece a la rama semítica occidental (Irak es el nombre de un califato medieval). Esta larga historia hace que Sadam Huseín, presidente iraquí desde 1979, tenga numerosos modelos para inspirarse: unas veces parece representar a Nabucodonosor; otras, a Sargón, y el resto, a Saladino. Ninguno de estos disfraces históricos han permitido, sin embargo, que Sadam Huseín lograra sus objetivos.

Sadam Huseín ha tenido agua, como sus antepasados. Ha nadado en petróleo, a diferencia de quienes le precedieron. Y ha pretendido llenar el vacío dejado por Nasser en los sueños panarabistas. Pero Sadam Huseín no ha sido un Simón Bolívar para los árabes, que siguen divididos, y tampoco se ha convertido en un Bismarck para Irak, país fraccionado en tres trozos, tanto étnica como religiosamente. Desde el punto de vista religioso, una minoría sunní (32-35%) gobierna sobre una mayoría shií (60%), que aunque sea árabe comparte la confesión shií de los iraníes, que no son árabes, y sobre una pequeña minoría cristiana (5%). Y étnicamente, una mayoría árabe (75%) domina a las minorías kurda (20%), turca y asiría. Por eso, no resulta sorprendente que Sadam Huseín haya recurrido frecuentemente al recuerdo de Nabucodonosor, el rey caldeo que trituró a los judíos, para encontrar un concepto de nación iraquí con raíces en la antigüedad.

Los sumerios comenzaron a perder el control de sus ciudades-estado al sufrir la invasión de los acadios, pueblo semítico procedente de la península arábiga, cuya capital estaba situada en Acad, posteriormente convertida en Babilonia. En el año 2340 a. C., Sargón, líder militar acadio, conquistó Sumeria y construyó un imperio que llegó a extenderse hasta el actual Líbano. La ambición de Sargón, sin embargo, duró relativamente poco. En el año 2125 a. C., la ciudad sumeria de Ur de Caldea, donde la tradición dice que nació Abraham, se rebeló contra el imperio acadio, que se hundió.

El Irak de la antigüedad fue reunificado, tras el colapso de la civilización sumeria, por el amorita Hammurabi (1792-1750 a. C.), y el país floreció bajo el nombre de Babilonia. Este reino, que ocupaba la parte central y meridional de Mesopotamia, mientras los asirios eran predominantes en el norte, se extendió hasta el

Mediterráneo. La dinastía reinó durante doscientos años, hasta 1530 a. C., y logró la fusión de las dos culturas que integraban la civilización mesopotámica (asiria y babilónica).

Hammurabi ha pasado a la historia por la codificación de las leyes que gobernaron la vida babilónica. El célebre Código de Hammurabi, dado a conocer en el segundo año de su reinado, incluye conceptos cuya influencia se ha extendido a otras civilizaciones. El Estado debía ser la autoridad responsable de la aplicación de la ley, y las clases bajas tenían que contar con una protección legal. Al morir Hammurabi, los asirios tomaron el poder y lo conservaron durante doscientos años, hasta que fueron vencidos por el caldeo Nabucodonosor (606-562 a. C.), quien convirtió a Babilonia en la ciudad más importante del mundo antiguo, conquistó Judea, destruyó el Templo de Salomón y tomó como cautivos a unos 15 000 judíos, que fueron enviados al exilio. Después, las invasiones se sucedieron, como la de Ciro el Grande (539 a. C.) y la de Alejandro Magno (331 a. C.), y Babilonia entró en decadencia. En el siglo II a. C. fue engullida por el imperio persa de los sasánidas, que la controlaron hasta el siglo VII, cuando los árabes musulmanes la invadieron.

A principios del siglo VII, dos imperios, el bizantino y el sasánida, se repartían la mitad occidental del mundo. En La Meca, ciudad de Arabia situada en los márgenes de estos imperios, surgió Mahoma, miembro de la tribu de Quraysh y fundador de una nueva religión, el islam, cuyos ejércitos, reclutados entre la población de Arabia, crearon otro imperio, el califato, que incluyó una gran parte del imperio bizantino y todo el sasánida.

En el año 634, un ejército de 18 000 árabes capitaneados por Khalid ibn Al Walid, conocido por «La espada del islam», alcanzó el delta del Eufrates. Los persas sasánidas eran superiores en tecnología y número de soldados, pero estaban exhaustos por sus campañas contra los bizantinos. Khalid lanzó entonces un ultimátum: «Aceptad la fe y estaréis a salvo; si no lo hacéis pagaréis un grave tributo». La mayoría de las tribus, entonces de confesión cristiana, prefirieron pagar religiosamente un impuesto. Dos años después, en el 636, los árabes vencieron en la batalla de Quaddisiyya y se dirigieron hacia la capital del imperio persa de los sasánidas, cuya bancarrota, al igual que la del imperio bizantino, facilitó la conquista musulmana. Como ha escrito Albert Hourani, entonces «se creó un nuevo orden político que incluía toda la península arábiga, las tierras de los sasánidas y las provincias sirias y egipcias del imperio bizantino. Las viejas fronteras fueron borradas y se crearon otras nuevas. En este nuevo orden, el grupo dirigente no estaba formado por los pueblos de los imperios, sino por árabes de Arabia occidental».[1] El centro del nuevo imperio se trasladó después de Arabia a Damasco, con los califas omeyas, y posteriormente a Bagdad, con los califas abasíes (750-1258).

La siguiente invasión, la de los mongoles, fue la peste. La primera oleada mongola, dirigida por Gengis Khan, se registró entre 1220 y 1225 y se extendió desde el norte asiático hasta el Cáucaso. La segunda oleada inundó Asia central, cuando

Bagdad fue saqueada (1258), y confirmó la dominación mongola (1258-1335). Los turcos, que penetraron en tierras del actual Irak en 1375, los persas safavíes y los mongoles sentaron después las bases de lo que serían sus respectivos imperios: el safaví, que estableció su gobierno en Isfahán, sobre la meseta central iraní; el mongol, que se asentó sobre el continente habitado por los hindúes, y el otomano, que estableció su capital en Constantinopla (1453). Turcos y safavíes se turnaron en el dominio de Irak hasta que, con Solimán II «El Magnífico» (1520-1566), los otomanos confirmaron su control sobre el país, que se prolongó de 1534 a 1918, cuando Gran Bretaña, con un mandato de la Liga de Naciones, tomó el relevo después de la Primera Guerra Mundial.

La situación del mundo árabe a principios del siglo XXI, de la que la iraquí es un paradigma, hunde sus raíces en lo sucedido en los primeros decenios del siglo XX. Lo que ocurrió en 1918 fue decisivo. Los turcos perdieron su imperio, pero no fueron ocupados por las potencias europeas, a diferencia de los árabes. Turquía, de esta manera, se dio a sí misma una salida: la república laica y prooccidental en un país mayoritariamente musulmán. Irak evolucionó de una manera muy diferente, consecuencia del intento fallido de desarrollar un autogobierno capaz de reemplazar el sistema imperial otomano. Este fracaso está en el origen de la crisis árabe.

La crisis árabe es profunda porque, entre otras cosas, se ha consumado sobre el transfondo de una inmensa herencia cultural musulmana, que ofrece un marco de referencia de altas expectativas, y porque está acompañado de otro factor: el petróleo. En el último tercio del siglo XX, el petróleo permitió la aparición de una riqueza sin precedentes en aquellos países que lo tenían en abundancia. En Irak, por ejemplo, ayudó a que el régimen del Baas elevase el nivel de vida de la sociedad, pero también le permitió estructurar su maquinaria bélica, utilizada primero en la guerra contra Irán (1980-1988) y triturada más tarde en la guerra del Golfo (1991), después de que las tropas de Sadam Huseín invadieran Kuwait. El régimen baasista de Bagdad ha proporcionado en tiempos de paz, principalmente en la década de 1970, un nivel de prosperidad, en términos de alimentación, educación, sanidad y vivienda, de los más altos del Tercer Mundo, pero, con la otra mano, ha gobernado con una brutalidad comparable a los gobiernos más represivos del mundo.

Irak descubrió la riqueza petrolera que contiene su subsuelo en 1927, cuando la monarquía instalada por el colonialismo británico aún estaba en el poder. Hasta la Segunda Guerra Mundial la extracción de crudo no alcanzó niveles significativos, pero desde entonces la historia iraquí ha sido inseparable del petróleo. En 1958, cuando fue derrocada la monarquía iraquí, un documento oficial británico describió los objetivos occidentales en Oriente Medio de la siguiente manera:

> Los principales objetivos británicos y occidentales en el Golfo Pérsico son: *a)* asegurar el libre acceso de Gran Bretaña y otros países occidentales a los países del Golfo; *b)* asegurarse el aprovisionamiento en los términos más

favorables del petróleo de Kuwait; *c)* impedir la extensión del comunismo y del pseudocomunismo en la región y, por consiguiente, defender el área de la propagación del nacionalismo árabe.[2]

Estos objetivos occidentales, medio siglo después, no parecen haber cambiado, aunque a los antiguos protagonistas se hayan añadido otros. El Irak de principios del siglo XXI es un mar de petróleo. Contiene la segunda reserva petrolera conocida del mundo, solo por detrás de Arabia Saudí y por delante de países productores como los Emiratos Árabes Unidos, Kuwait e Irán. Los últimos cálculos afirman que las reservas iraquíes se elevan, como mínimo, a 112 500 millones de barriles de petróleo (el 11% mundial) y a 110 billones de metros cúbicos de gas natural, la décima del mundo.[3] La Energy Information Administration sitúa las reservas iraquíes por encima de los 220 000 millones de barriles de petróleo, aunque este potencial es imposible de verificar debido a que las prospecciones se han suspendido a causa de las guerras libradas por Irak desde 1980 y de las sanciones internacionales contra el régimen de Sadam Huseín.

El petróleo no lo explica todo, pero ayuda a comprenderlo. En el año 2002, Irak producía en torno a los 2,4 millones de barriles al día, un listón sensiblemente por debajo del saudí, que se situaba en los 7,4 millones de barriles. Pero si las sanciones internacionales llegaran a su fin, por una solución política o por el derrocamiento de Sadam, fuentes del sector calculan que la producción iraquí podría alcanzar los 7 millones de barriles al día. La región del Golfo, depositaría de las mayores reservas de petróleo conocidas, suministra el 4% del crudo que consume Estados Unidos y es absolutamente vital para satisfacer las necesidades energéticas de Europa y Japón, cuya dependencia con respecto a la región es mucho mayor que la estadounidense.

El sector petrolero mundial está dominado por cinco grandes compañías: dos estadounidenses, Exxon Mobil y Chevron-Texaco; dos británicas o mayoritariamente británicas, British Petroleum-Amoco y Royal Dutch-Shell, y una francesa, Total Fina Elf. Las compañías estadounidenses y británicas controlaron las tres cuartas partes de la producción iraquí hasta 1972, cuando el régimen baasista nacionalizó la Irak Petroleum Company. La iniciativa iraquí, después de diez años de tensiones, significó un vuelco en el mercado, ya que Bagdad buscó entonces la participación de compañías francesas, chinas y soviéticas. En el decenio de 1990, la compañía rusa Lukoil, la china National Petroleum Corporation y la francesa Total Fina Elf suscribieron una serie de contratos para explotar los yacimientos iraquíes tan pronto como las sanciones económicas internacionales fueran levantadas. Lukoil firmó un acuerdo en 1997, valorado en unos 4000 millones de dólares, para explotar un yacimiento en Qurna occidental. La National Petroleum Corporation suscribió otro contrato, también en 1997, para extraer petróleo de los yacimientos de Rumaila. Y la compañía francesa Total se comprometió a desarrollar los campos de Majnun, junto a la frontera con Irán, en los que se supone puede haber una reserva de unos 30 000

millones de barriles.

Estos acuerdos no solo representan un desafío al histórico dominio de las compañías estadounidenses y británicas sobre el mercado mundial, sino que explicarían la determinación de los gobiernos de Washington y Londres de mantener y endurecer las sanciones decretadas contra el régimen baasista desde 1990, una actitud aplaudida por las compañías interesadas. Kenneth T. Derr, presidente de la Chevron-Texaco, defendió en 1998 la continuidad de las sanciones y afirmó: «Irak posee enormes reservas de petróleo y gas a las que Chevron desea tener acceso».[4]

Cuando Derr hizo esa declaración, Condoleezza Rice, consejera de Seguridad Nacional del presidente George W. Bush, era miembro del consejo de administración de Chevron, compañía que bautizó uno de sus supertanques con su nombre. Un año después, el general estadounidense Anthony C. Zinni, comandante en jefe del Comando Central de Estados Unidos, declaró ante el Congreso que el Golfo era de «interés vital» para Estados Unidos, que, consecuentemente, «debería tener libre acceso a los recursos de la región».[5] Estados Unidos importó en el año 2001 el 51% del petróleo que consumió, unos 19,5 millones de barriles al día. Y la Energy Information Administration calcula que hacia el año 2020 deberá importar el 64% del crudo que necesitará, unos 25,8 millones de barriles diarios. A comienzos de 2002, y pese a la prohibición de mantener relaciones comerciales con Irak, las compañías estadounidenses importaron diariamente alrededor de un millón de barriles iraquíes.

La aprobación, el 8 de noviembre de 2002, de la resolución 1441 del Consejo de Seguridad de la ONU, por la que se formuló un ultimátum a Irak para que aceptara la inspección de sus arsenales, no estuvo libre de los intereses petroleros en juego. Los cinco países que son miembros permanentes del Consejo de Seguridad (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Rusia y China) no solo comparten el derecho a veto sobre cualquier resolución de la ONU, sino también fuertes intereses en el sector petrolero iraquí, por lo que cualquier cambio político en Bagdad les podría afectar gravemente.

Hasta el 8 de noviembre, y durante ocho semanas, Francia, Rusia y China rechazaron la posibilidad, apuntada por Washington, de que la no aceptación por parte de Irak de las exigencias de desarme planteadas por la ONU significaran el recurso automático a la fuerza contra el régimen de Sadam Huseín. Finalmente, se acordó una posición intermedia, en la que se contempló la reanudación de las inspecciones de los arsenales iraquíes, pero el voto favorable de rusos, franceses y chinos seguramente también estuvo relacionado con la garantía dada por la administración Bush de que sus intereses, especialmente en lo concerniente al petróleo, serán respetados si Sadam Huseín desaparece del mapa político.

Los casos de Rusia y China son paradigmáticos. Tres semanas después de que Rusia, al igual que los catorce restantes miembros del Consejo de Seguridad, diera su voto afirmativo a la resolución 1441, patrocinada por Washington, el presidente Bush reconoció públicamente la necesidad de respetar los intereses rusos en Irak.

«Sabemos que Rusia tiene intereses allí, así como otros países, y estos intereses, desde luego, serán respetados», declaró Bush en una entrevista concedida a la cadena de televisión rusa NTV. Las preocupaciones rusas se centraron fundamentalmente en dos puntos: la posibilidad de que un cambio de escenario político en Irak altere de forma sustancial el precio del petróleo y la suerte de los compromisos adquiridos por Sadam Huseín.

Un descenso pronunciado del precio del petróleo, a causa de la libre circulación del crudo iraquí sobre el que desde 1990 pesan las sanciones internacionales, tendría graves efectos sobre la economía rusa. Según una estimación del Center of Strategic and International Studies, con sede en Washington, una reducción de 6 dólares en el precio del barril significaría que el crecimiento económico de Rusia podría descender a la mitad. Y si el precio del barril, que en el año 2002 fue de 25 dólares como media, se hundiera hasta los 13 dólares, la mayoría de las compañías petroleras rusas dejarían de ser rentables.[6]

Rusia también está interesada en proteger los contratos firmados con Sadam Huseín, incluido el suscrito por la compañía estatal Lukoil para explotar un yacimiento gigantesco en el sur de Irak, al que se le calcula una reserva de unos 15 000 millones de barriles, así como en recuperar, si el dictador iraquí es reemplazado por un gobierno próximo a Estados Unidos, los 12 000 millones de dólares que le adeuda desde antes de la guerra del Golfo. Un alto oficial del Ministerio ruso de Asuntos Exteriores que participó en las negociaciones sobre la resolución 1441 de la ONU afirmó dos semanas después de la votación del Consejo de Seguridad, según el *International Herald Tribune*, que Moscú y Washington habían alcanzado un acuerdo sobre Irak. Por una parte, Estados Unidos se habría comprometido a mantener el precio del barril del petróleo en torno a los 21 dólares, que es la cifra utilizada por los planificadores rusos para presupuestos a largo plazo, y, por otra, se habría abordado la posibilidad de que una parte de las exportaciones iraquíes se destinaran a liquidar la deuda con Rusia.

El temor de Rusia a ser excluida por Estados Unidos del reparto del pastel iraquí es compartido por una docena de países, entre ellos Francia, China, India, Italia, Vietnam y Argelia, que desde 1991 han firmado unos contratos con Sadam Huseín que las sanciones internacionales han mantenido congelados. Ahmed Chalabi, líder del Congreso Nacional Iraquí (INC, según las siglas en inglés), organización opositora iraquí en estrecha relación con el Pentágono, se ha declarado partidario de crear un consorcio encabezado por Estados Unidos para explotar los yacimientos iraquíes.

China, una potencia emergente y cada vez más necesitada de petróleo, también se considera afectada por lo que pueda suceder en Irak, donde tiene grandes intereses. En el año 2002, las importaciones chinas de petróleo ascendieron diariamente a unos dos millones de barriles, es decir, unas 270 000 toneladas. Y sus necesidades se elevarán hacia el año 2030 a unos 9,8 millones de barriles diarios, posiblemente la

mayor demanda del mundo, según un informe de la China News Agency (CAN) publicado con motivo del XVI Congreso del Partido Comunista, en noviembre de 2002.

China, la gran potencia regional que se muestra orgullosamente autónoma, ha cambiado con respecto a Estados Unidos desde el 11 de septiembre, pero no lo suficiente para Washington. A diferencia de lo sucedido en la intervención militar de la OTAN en Kosovo (1999), Pekín no se opuso al ataque contra Afganistán. Antes al contrario, preocupado por el contagio islamista, aplaudió la acción, que, entre otras cosas, le permitió pasar cuentas al régimen talibán, un enemigo que consideraba aborrecible. Sin embargo, y a pesar del ingreso de China en la Organización Mundial de Comercio, las relaciones entre Pekín y Washington siguen siendo tensas a causa del contencioso sobre Taiwan, que los sucesores de Mao consideran una provincia rebelde; el escudo espacial antimisiles, y la determinación china de desempeñar un papel más activo en el mundo.

Los estrategas chinos consideran que la política exterior estadounidense está dirigida, después del 11 de septiembre, a aislar al gigante asiático. Y como prueba de esto subrayan tres movimientos significativos: primero, el despliegue de tropas estadounidenses en Asia central, facilitado por la guerra de Afganistán y por el cambio de opinión prooccidental del presidente ruso, Vladimir Putin; segundo, la asociación entre Rusia y la OTAN, y tercero, la intensificación de las relaciones en materia de defensa con Japón, Filipinas y Pakistán, este último un tradicional aliado chino durante la guerra fría. «El estacionamiento de tropas estadounidenses en Asia central puede ser prolongado, por lo que representará un cambio estratégico en la región y será un desafío para los intereses chinos», escribió el analista Deng Hao en el verano de 2002 en *International Studies*, publicación financiada por el régimen de Pekín.

La mayoría de los estados árabes que poseen petróleo —Arabia Saudí, Kuwait y los emiratos del Golfo— son países de escasa población, que en una generación pasaron del nivel de vida característico de la tribu beduina a tener en sus manos una formidable acumulación de riqueza. Es el caso de Kuwait, que hasta el momento en que los británicos se adueñaron de su territorio antes de la Primera Guerra Mundial no era más que un conjunto de tribus marginales. Gracias al petróleo, Kuwait se ha convertido en uno de los países más ricos del mundo. Pero el emirato, como el resto de los países árabes productores de petróleo, ha conocido un proceso acelerado de modernización económica sin que, al mismo tiempo, se haya producido un cambio en sus estructuras políticas y sociales. El poder económico y político ha seguido en manos de los sectores tradicionales.

La acumulación de riquezas ha tenido dos características comunes en los países árabes productores, como afirma el profesor Shlomó Avineri. La primera, al igual que en los casos de acumulación primitiva no originada por la economía productiva, la riqueza no ha establecido las bases para el desarrollo económico local. La segunda es

que esta riqueza, concentrada principalmente en la península arábiga, no ha sido compartida por las masas árabes. Mientras los magnates del petróleo gozaron de un bienestar sin precedentes, el resto de los países árabes densamente poblados siguió en la pobreza. Irak, con agua, petróleo y demografía, ha sido, como veremos más adelante, una excepción a medias.

Este proceso de polarización árabe se ha desarrollado históricamente con el trasfondo de una ideología que sostiene que la región árabe constituye una sola nación. De esta manera surgieron, por una parte, los símbolos y la retórica de la unidad; y, por otra, la realidad de un abismo económico y social cada vez más amplio. Sadam Huseín, en este contexto, no sería tanto la enfermedad como su síntoma. El problema es la estructura social, económica, política e ideológica de Irak y, por extensión, del mundo árabe. Se trata de un universo que desde hace dos siglos —desde la invasión de Napoleón y, posteriormente, del desmoronamiento del imperio otomano— ha estado en una constante confrontación con el mundo occidental. Occidente invadió y conquistó el mundo árabe, y de esta manera se convirtió en un modelo a imitar y en objeto de odio al mismo tiempo. Incluso las ideologías que han pretendido amalgamar el mundo árabe —el nacionalismo laico de Sadam Huseín, entre otras— han sido importadas de Occidente.

2

Un invento británico

El Irak contemporáneo debe su nacimiento a la Primera Guerra Mundial, pero el parto, que debía ser único, según había anunciado la comadrona británica, fue múltiple. El colonialismo británico creó un país con la unión de tres provincias o vilayatos del imperio otomano: Mosul, en su mayoría kurdo; Bagdad, con predominio sunní, y la región de Basora, en el sur, tierra de shiíes. Gran Bretaña había hecho solemnes promesas a los árabes para ganarse su apoyo contra los otomanos, aliados de los imperios centrales, pero las ambiciones de franceses y británicos hicieron imposible el sueño de un Estado árabe.

Durante el siglo XIX, Gran Bretaña, Alemania y, en menor medida, Francia iniciaron una competencia para extender sus zonas de influencia a Mesopotamia. En 1861, los británicos fundaron una compañía de navegación para operar en el Tigris, al tiempo que los alemanes contemplaban la construcción de una línea férrea entre Berlín y Bagdad. Gran Bretaña y Francia intentaron armonizar sus intereses, especialmente después de la firma en 1904 de la Entente Cordiale, que permitió a París aceptar la preeminencia británica en Egipto, que controlaba desde 1882, aunque formalmente el país árabe continuaba siendo parte del imperio otomano, a cambio de la consolidación de su esfera de influencia en Marruecos y Túnez. Pero la Gran Guerra, con la alianza entre el imperio otomano y los imperios alemán y austrohúngaro, tuvo efectos contradictorios: promovió un acercamiento de franceses y británicos hacia el mundo árabe, convertido en provincia otomana desde mediados del siglo XVI, aunque, al mismo tiempo, renovó su rivalidad por el control de Oriente Medio.

Hombres como el aventurero británico Thomas Edward Lawrence, Lawrence de Arabia o Al Orens, para arabizarlo, recordaron entonces a Europa que el islam era algo más que el imperio otomano, como escribió Anthony Burgess. Con anterioridad se había confundido burdamente a los árabes con los turcos. «Turco», originalmente, es un término chino —Tu Kiu— que se oyó por primera vez a mediados del siglo VI de nuestra era y se aplicaba a un grupo tribal de demostrada ferocidad. Los anales chinos del siglo VI se refieren a Tu Kiu, fundador de un imperio que se extendía desde las fronteras occidentales de China y atravesaba Asia central. Fue la rama osmanlí la que hizo realidad las ambiciones imperiales de los turcos. Esta rama se islamizó y, en nombre de la fe, quiso someter a tantos territorios como le fuera posible. Así, en 1522, Suleimán luchó contra Venecia, el Papado y el Sacro Imperio Romano. En 1570, Selim II arrojó a los venecianos de Lepanto, a pesar de sufrir una derrota naval

de las que hacen historia. Y los turcos estuvieron a punto de tomar Viena, aunque huyeron y dejaron como recuerdo un saco de granos de café.

En los primeros siglos de la época musulmana, la comunidad islámica fue un solo Estado bajo un solo gobernante. Sin embargo, hasta el período moderno, en que se hicieron hegemónicos los conceptos y las categorías europeas, los comentaristas islámicos casi siempre se refirieron a sus oponentes no en términos territoriales o étnicos sino sencillamente como «infieles» (*kafir*). Nunca se refirieron a su propio bando como árabes o turcos; se identificaron como musulmanes.

Para los primeros musulmanes, el mundo estaba dividido en dos casas: la casa del islam, donde regía un gobierno musulmán y prevalecía una ley musulmana, y la casa de la guerra, el resto del mundo, habitado y regido por los infieles. Entre las dos casas existiría un estado de guerra perpetuo hasta que todo el mundo abrazara el islam o se sometiera al gobierno de un Estado musulmán. Los musulmanes no tardaron en comprender, sin embargo, que había ciertas diferencias entre los pueblos de la casa de la guerra. En su mayoría eran politeístas e idólatras que no representaban una amenaza seria para el islam y eran candidatos a la conversión. La mayor excepción estaba constituida por los cristianos, a quienes los musulmanes reconocían una religión del mismo tipo que la suya y, por lo tanto, como su principal rival en la lucha por el dominio del mundo o, como habrían dicho, por la iluminación del mundo. Para los primeros musulmanes, la cabeza de la cristiandad, el equivalente cristiano del califa musulmán, era el emperador bizantino de Constantinopla. Después, su lugar fue ocupado por el emperador del Sacro Imperio de Viena y, finalmente, por los nuevos gobernantes de Occidente.

El imperio medieval del islam, con la cristiandad a la defensiva, fue la región más rica, poderosa, creativa e ilustrada del mundo. El contraataque cristiano se registró en el siglo XV. Los tártaros fueron expulsados de Rusia; y los musulmanes, de España. Sin embargo, en el sudeste de Europa prevaleció el poder musulmán. En fecha tan tardía como el siglo XVII, los pachás turcos seguían gobernando en Budapest y Belgrado, y sus ejércitos turcos sitiaban Viena.

Entonces se produjo el gran cambio. El segundo sitio turco de Viena, en 1683, finalizó en un fracaso absoluto al que siguió una precipitada retirada, una experiencia jamás vivida por los ejércitos otomanos. Un historiador turco contemporáneo, Silihdar Mehmed Aga, describió el desastre con encomiable franqueza: «Fue una derrota calamitosa, tan grande como no ha habido ninguna desde la primera aparición del Estado otomano». Esta derrota, sufrida por lo que entonces era la mayor potencia militar del mundo musulmán, provocó un debate que, en cierto sentido, ha continuado desde entonces. Empezó como una discusión entre la élite política y militar otomana sobre dos cuestiones: ¿por qué los antaño victoriosos ejércitos otomanos habían sido vencidos por el despreciado enemigo cristiano?, y ¿cómo podrían volver a la situación anterior?

En los territorios árabes de Oriente Medio la llegada de los turcos fue recibida por

lo general más como un hecho positivo que negativo. Abd Al Rahman ibn Jaldún, el más grande de los historiadores árabes, ha dejado escrito:

> Cuando el Estado se hundía en la decadencia… fue benevolencia de Dios rescatar la fe, revitalizando su aliento moribundo… y defendiendo las murallas del islam. Lo hizo enviando a los musulmanes desde la nación turca… gobernantes para defenderlos y colaboradores totalmente leales… El islam se regocija en el beneficio que obtiene de ellos.[1]

Los primeros sentimientos antiturcos aparecieron entre los árabes en las últimas fases del imperio otomano y se alimentaron de la influencia de las ideas nacionalistas importadas de Europa y de la intervención de las potencias occidentales. El imperio otomano, que se extendió por Europa, África y Asia, comenzó a desintegrarse en el siglo XIX, víctima de la presión cruzada de los nacionalismos separatistas internos y del expansionismo colonial europeo. El carácter multiétnico del imperio, cuya argamasa era el islam sunní, con una mayoría musulmana en contacto con fuertes minorías cristianas y judías, facilitó la descomposición de la estructura supranacional.

El Congreso de Berlín, en 1878, significó el principio del fin. Las grandes potencias europeas renunciaron entonces a mantener la integridad territorial del imperio, que asistió impotente al reconocimiento de las independencias de Serbia, Montenegro, Rumania y Bulgaria. Los grandes de Europa también decidieron que Bosnia-Herzegovina pasara a ser administrada por el imperio austrohúngaro, que Rusia controlara los distritos armenios de Kars y Ardahan y que Gran Bretaña se instalara en Chipre. En una serie de negociaciones secretas se acordó también la colonización de Túnez por parte de Francia y de Egipto por Gran Bretaña. Paralelamente, Grecia, independiente desde 1830, anunció nuevos conflictos con su reclamación sobre Creta, la Thesalia y Macedonia. Los armenios, que aspiraban a su emancipación nacional, sufrieron, por el contrario, una represión brutal, el primer genocidio del siglo XX.

La presión europea también pretendió modificar la situación interna del imperio otomano. Después del fracaso de diversos intentos reformistas, boicoteados por la hostilidad de los ulemas (doctores de la ley islámica) a toda política laica y de los grandes propietarios a la modernización económica, el sultán Abdul Hamid se vio forzado, bajo presión de las élites proeuropeas y de los militares, a conceder en 1876 una Constitución que contemplaba un sistema parlamentario de corte occidental. Pero dos años después el absolutismo fue restaurado por el sultán, jefe político del imperio, que además proclamó su adhesión al panislamismo con la recuperación del califato.

La creciente dependencia del imperio con respecto a la tecnología y finanzas europeas (entre otras, la concesión a empresas alemanas del ferrocarril Estambul-

Bagdad, el célebre Bagdad-bahn) terminó provocando una reacción nacionalista, que precipitó los acontecimientos con la revolución de los «jóvenes turcos», que en 1908 estalló en Salónica. Los revolucionarios primero restauraron la Constitución de 1876 y después se hicieron con el poder una vez que Abdul Hamid abdicara en su hermano, el débil Mehmed V. Sin embargo, no sería hasta 1913, con el asesinato del gran visir Mahmud Chevket, cuando los «jóvenes turcos», con el triunvirato de Talat, Djemal y el fíloalemán Enver Pacha, detentarían todo el poder.

Surgidos de la burguesía media atraída por el liberalismo y de las filas del Ejército, el funcionariado y los estudiantes de las escuelas militares, los «jóvenes turcos» eran la expresión de un sentimiento nacionalista modernizador que resumieron en el nombre de su movimiento: «Unión y Progreso». Pero no tardaron en apoyarse en los grandes propietarios. El resultado fue la instauración de un régimen nacionalista de partido único y con fuerte influencia del Ejército, cuya formación fue confiada a consejeros alemanes bajo las órdenes del general Liman von Sanders.

El imperio otomano, agradecido a Alemania por haber reorganizado su Ejército y por haberle prestado ayuda económica, se había mostrado dispuesto a participar en la construcción de un sistema ferroviario que uniera Alemania con Oriente Medio. Primero, en 1899, desde Konya, en el sudoeste de Turquía, hasta Bagdad; y después, en 1902, desde Bagdad hasta Basora. Este proyecto provocó la alarma entre los británicos, convencidos de que la presencia alemana en el país significaría una amenaza para sus líneas de comunicación con la India a través de Irán y Afganistán. La posterior alianza de la Puerta Sublime con el káiser confirmó los temores de Gran Bretaña.

La desintegración del imperio, que había avanzado a principios del siglo XX con la conquista italiana de Tripolitania y las islas del Dodecaneso en 1912, se aceleró con la derrota en la primera guerra de los Balcanes, que prácticamente expulsó a los otomanos de Europa, con la excepción de Constantinopla y de la Tracia oriental. La posterior entrada en la Primera Guerra Mundial en el bando de los imperios centrales significaría la puntilla. La derrota supuso la amputación territorial del mundo árabe y abrió las puertas del poder a Mustafá Kemal, uno de los oficiales de los «jóvenes turcos», que proclamó la república y el final del imperio y del califato. En lo que respecta a los kurdos, el artículo 64 del Tratado de Sèvres estableció lo siguiente:

> Si los kurdos, en el plazo de un año, se dirigen al consejo de la Liga de las Naciones y demuestran que la mayoría de la población de estas áreas desea la independencia de Turquía, y si el consejo lo recomienda en este sentido, Turquía tendrá que renunciar a todos sus derechos.

La respuesta de Mustafá Kemal fue contundente: en cuatro años de guerra y negociaciones logró recuperar lo esencial del territorio turco, y los kurdos tuvieron que renunciar a su sueño. El Tratado de Lausana, con el que los aliados admitieron su

temor al expansionismo de la Unión Soviética, devolvió las aguas a su cauce.

Durante la Gran Guerra, franceses y británicos firmaron diversos acuerdos para disponer de los territorios otomanos pertenecientes al denominado Creciente Fértil, la media luna geográfica que se extiende desde los confines de Egipto hasta Irak. El 15 de octubre de 1915 el alto comisario de Gran Bretaña en El Cairo, sir Henry MacMahon, envió una carta al jerife de La Meca, Huseín ibn Ali, en la que le decía: «Gran Bretaña está dispuesta a apoyar la independencia de los árabes en todas las regiones dentro de los límites solicitados por el jerife de La Meca». Era la respuesta de Londres al ofrecimiento que Huseín le había hecho anteriormente para sublevar a los árabes sometidos a los otomanos. Pero en esta carta, como sucedería en las siguientes, el alto comisario británico nunca mencionó a Palestina. Los británicos argumentaron posteriormente que la omisión fue intencionada, una estratagema para justificar la no concesión de la independencia a los palestinos después de la Primera Guerra Mundial.[2]

Años más tarde, MacMahon dio su versión del episodio:

> Considero que era mi deber afirmar, y así lo hice de manera enfática, que no pretendía asegurar al rey Huseín la inclusión de Palestina en el área sobre la que había prometido la independencia árabe. Tengo razones para creer que en su momento el rey Huseín entendió que mi promesa no incluía Palestina.[3]

En cualquier caso, MacMahon prometió una independencia árabe, y así lo entendió el jerife Huseín ibn Ali, señor de La Meca y primer rey de Hejaz, la región más occidental de la península arábiga.

Huseín ibn Ali es el personaje central de esta historia. Con una tarjeta de presentación aparentemente impecable —descendiente de Hachem, a su vez descendiente de Ismael (hijo de Abraham) y bisabuelo del profeta Mahoma—, Huseín era un vasallo de los turcos, que a cambio le habían refrendado todos sus títulos. En 1908 el imperio otomano le reconoció como jerife de La Meca, cargo por el que se le consideraba responsable de las mezquitas de Hejaz y, al mismo tiempo, le permitía ser reconocido como uno de los líderes espirituales musulmanes.

Los otomanos solo controlaban en la península arábiga la zona de Hejaz, ya que en la parte central, Najd, mandaba un jefe tribal, Abdul Aziz, conocido en Occidente como Ibn Saud, y los emiratos de la franja costera oriental, aunque nominalmente otomanos, estaban bajo dominio británico. La suerte de la península arábiga, de esta manera, podía depender de qué lado se inclinara Huseín, dispuesto a dejarse querer por unos y por otros. Los hachemíes, gobernantes de La Meca desde finales del siglo X, aunque en 1517 reconocieron la autoridad del sultán otomano, dicen ser descendientes de Mahoma a través de su hija Fátima y de Ali ibn Abi Talib, primo y yerno del profeta y cuarto califa del islam. Ali y Fátima tuvieron dos hijos: Hassan y

Huseín. Los descendientes de Hassan se conocen como *sharifs* (jerifes o cabeza de familia), y los de Huseín, como *sayyids* (señores). El jerife Huseín, guardián de los lugares más santos del islam y máxima representación otomana en la península arábiga, se decantó finalmente por los británicos, que le prometieron, a través de su intercambio epistolar con MacMahon, un Estado árabe unificado después de la derrota otomana. Y en junio de 1916, Huseín desencadenó la revuelta árabe con una marcha más simbólica que decisiva hacia Transjordania, Palestina y Siria.

El más conocido de los acuerdos firmados por Francia y Gran Bretaña sobre los territorios árabes fue el denominado Sykes-Picot. En abril de 1916, el histórico mes de la batalla naval de Jutlandia, Mark Sykes, diputado británico, y Charles Georges Picot, cónsul general francés en Beirut, llegaron a un pacto secreto, con la aquiescencia de Rusia, para repartirse los territorios asiáticos del imperio otomano e ignorar lo que MacMahon había prometido a Huseín ibn Ali. A Francia se le atribuyó el control de la zona que se extiende de Damasco a Mosul, y a Gran Bretaña, el territorio que va desde Gaza hasta Kirkuk. Palestina quedaría bajo una administración internacional. Rusia recibiría Armenia, Kurdistán y la ansiada salida al Mediterráneo por el mar Negro. Y a Italia, que entró tardíamente en la guerra, le correspondería una franja al sur de la península de Anatolia, la Cilicia y las islas del Dodecaneso.

El acuerdo sobre el reparto no enterró, sin embargo, la rivalidad entre franceses y británicos, que se exacerbó con la promesa de Londres a Huseín ibn Ali de que, a cambio de su participación en la guerra contra los otomanos, se crearía un Estado independiente árabe en toda la región del Creciente Fértil. Esta iniciativa intensificó aún más las sospechas y la hostilidad de Francia, que, como los árabes, recibió como una puñalada por la espalda la Declaración Balfour, con la que Londres apoyó la creación de un Hogar Nacional Judío en Palestina.

La afluencia de judíos a Palestina fue incentivada cuando, en 1917, el ministro británico de Asuntos Exteriores, Arthur James Balfour, emitió la siguiente declaración, dirigida a lord Edmond Rothschild, presidente de la Federación Sionista de Gran Bretaña: «El gobierno de Su Majestad ve con agrado el establecimiento en Palestina del Hogar Nacional Judío». Pero la declaración añadía: «Nada deberá hacerse en perjuicio de los derechos de las comunidades no judías existentes». Chaim Weizmann, químico que sería el primer presidente de Israel, tuvo un papel decisivo en esta declaración. Descubrió un método para manufacturar trinitrotolueno (TNT) y pasó la información a los británicos. Londres, en último término, hizo la Declaración Balfour, en competencia con el imperio alemán, a cambio del apoyo financiero judío durante la Primera Guerra Mundial. Gran Bretaña renegó de la Declaración Balfour en 1939.

En 1914, cuando el imperio otomano confirmó su alianza con el káiser, Londres envió tropas desde la India a Al Faw, en el Chatt el Arab, donde el Tigris y el Éufrates se unen en el sur de Irak, con la intención de dirigirse a Basora, que fue ocupada inmediatamente después. Tres años más tarde, en marzo de 1917, el general

británico Stanley Maude conquistó Bagdad y, en noviembre de 1918, la provincia de Mosul, en el norte, y las ciudades shiíes de Karbala y Najaf, en el sur. El general Maude proclamó entonces el deseo británico de que los destinos del territorio estuvieran, por primera vez desde los tiempos del califato abasí, en manos de sus habitantes, tal y como Londres había prometido a los nacionalistas de Jafar Al Askari y su cuñado, Nuri Said, un personaje que después sería clave para Gran Bretaña y para la monarquía iraquí.

Faisal, tercer hijo de Huseín, entró triunfalmente en Damasco, acompañado de su fiel consejero Lawrence de Arabia, el 3 de octubre de 1918. Con el espíritu y la letra de la carta que en su día envió MacMahon a su padre, Faisal fue proclamado rey de la Gran Siria, cuyos límites abarcarían a los estados y territorios actuales de Líbano, Jordania, Israel y Palestina. Pero Faisal, que había comenzado la Primera Guerra Mundial como soldado del Ejército turco estacionado en Siria, no tardaría en comprobar que sus aliados europeos no estaban entusiasmados con la idea de una independencia árabe. Faisal se trasladó a París, junto con T. E. Lawrence, para asistir a la conferencia de paz, y allí se desengañó. Los acuerdos secretos entre franceses y británicos, refrendados además por el artículo 22 de la Liga de Naciones, dinamitaron su sueño de un reino árabe unido. Ante la oposición francesa, Faisal tuvo que renunciar al trono de la Gran Siria, que solo ocupó durante tres meses. En julio de 1920, el general francés Henri Gouraud expulsó de Damasco al hijo de Huseín y troceó la Gran Siria en dos: las actuales Siria y Líbano. El Tratado de San Remo, en abril de 1920, selló el destino de los territorios asiáticos del imperio otomano.

Hecho público en 1917, el acuerdo Sykes-Picot, calificado de «imperialista» por los bolcheviques, sufrió diversas enmiendas y el Creciente Fértil quedó dividido en cinco nuevos países o mandatos de la Liga de Naciones: para Francia, los territorios de Siria y Líbano; y para Gran Bretaña, Palestina, Transjordania (la actual Jordania) e Irak, cuya provincia de Mosul se convirtió en una manzana de la discordia entre París, a quien el acuerdo se la adjudicó, y Londres, que la ocupó cuatro días después de la rendición otomana. Lo único que le quedó a Huseín fue el reino de Hejaz, cuyo trono ocupaba desde 1916, con las ciudades santas de La Meca y Medina. Pero incluso este pequeño sueño pronto se desvaneció.

Después llegó la hora del mal arreglo británico, y Faisal, destronado en Damasco, aceptó la corona de Irak que le ofreció Londres. Huseín ibn Ali y sus tres hijos salvaron lo que pudieron y reinaron una vez acabados los mandatos británicos: el propio Huseín reinó en Hejaz hasta el 3 de octubre de 1924; Abdullah, en Transjordania entre 1921 y 1951; Faisal, en Irak entre 1921 y 1933, y Ali, el hijo mayor de Huseín, en Hejaz entre 1924 y 1925, cuando Ibn Saud derrotó a los hachemíes y se proclamó soberano. Hejaz pasó primero a formar parte de Najd y después, en 1932, al fundarse el reino, se integró en Arabia Saudí.

La concesión del mandato sobre Irak satisfizo el antiguo interés de Londres por Mesopotamia. Consideraciones de orden estratégico hacían de Irak una pieza vital en

el cinturón de seguridad británico, lo que provocó un intenso debate en el Gobierno de Londres, en el que se enfrentaron dos escuelas de pensamiento sobre el tipo de administración que debía establecerse. Por una parte, y desde la India, el Colonial Office se mostró partidario de que Londres gobernara directamente el territorio para proteger sus intereses en el Golfo y en el subcontinente indio. La otra escuela, con la esperanza de conciliar los intereses británicos con lo prometido a los árabes, se inclinaba por el gobierno indirecto, a través de personalidades iraquíes interpuestas.

A principios de 1920, mientras Faisal era proclamado rey en Damasco, un grupo de nacionalistas iraquíes se reunieron para nombrar a Abdullah, hermano mayor de Faisal, rey de Irak. Pero esta iniciativa fue seguida de una revuelta en la ciudad de Rumaitha, desde donde se propagó a Mosul, Bagdad y Basora. La revuelta fue aplastada por los británicos, aunque los acontecimientos no cayeron en saco roto para Londres, que se debatía entre quienes pedían la retirada de Mesopotamia y los nacionalistas árabes que exigían la independencia. La solución fue un compromiso. A Faisal se le ofreció el trono de Irak y este pidió a cambio que el mandato británico fuera sustituido por un tratado y que los iraquíes pudieran pronunciarse en un plebiscito. Winston Churchill, entonces secretario de Colonias, y aconsejado por T. E. Lawrence, aceptó estas condiciones. En marzo de 1921, en una conferencia presidida por Churchill en El Cairo, Faisal fue designado rey y se constituyó un gobierno provisional que «debería ser constitucional, representativo y democrático». Faisal superó el referéndum con el 96% de los votos a favor y formalmente fue coronado rey el 23 de agosto de 1921. Pero el Tratado de Alianza con Londres, firmado el 10 de octubre de 1922, fue de hecho una fotocopia de las provisiones del mandato británico.

Este Estado iraquí, fundado según el modelo de un Estado nacional europeo, proclamó desde el principio su carácter árabe, con lo que la identidad étnica sustituyó a la religiosa, que fue la base durante el imperio otomano. Por esto los kurdos no se sintieron parte integrante del nuevo Estado cuando la provincia de Mosul, de mayoría kurda en el norte y en el este, se unió al reino en 1925. Y los shiíes, aunque la Constitución no hiciera mención alguna a sunníes o shiíes, también consideraron que la proclamación del Estado confirmaba su derrota después de haberse levantado contra la dominación británica.

Los shiíes hicieron lo contrario que Huseín ibn Ali, que se alió con Londres contra el imperio otomano. En 1914 los llamamientos a la *yihad* realizados por las autoridades religiosas shiíes desembocaron en la creación de un ejército de muyahidines que se enfrentó a los británicos. Y en 1920, cuando entró en vigor el mandato de la Liga de Naciones, en la región de Basora, en el sur, estalló otra revuelta shií cuyo objetivo fue la fundación de un Estado árabe y musulmán sin ninguna dependencia con respecto a la potencia colonial. Esta rebelión fue aplastada por los británicos, pero supuso la derrota de la Colonial Office de la India en el debate sobre la organización política del futuro Estado. El resultado fue el

establecimiento de una monarquía, confesionalmente sunní, con la que Londres pretendió conciliar sus intereses con la independencia prometida a los árabes.

El código de la nacionalidad iraquí aprobado en 1924 estableció que la identidad étnica árabe sería la base del nuevo Estado, pero de manera sesgada también confirmó que el sunnismo, al igual que en el imperio otomano, sería un factor determinante. El código de 1924 estableció que toda persona era iraquí de pleno derecho si poseía la nacionalidad otomana o si uno de sus antepasados la había poseído. El resto sería considerado «de incorporación iraní», por lo que debía demostrar su nacionalidad iraquí. De esta manera, como casi las cuatro quintas partes de la población iraquí habitaba en zonas rurales, donde permanecía fuera del alcance del gobierno central otomano, la mayoría pasó a ser considerada «sin nacionalidad», es decir, pendiente de que solicitara su nacionalidad iraquí. Los shiíes —incluidos los kurdos faylis (shiíes) y los kurdos sunníes— entendieron el código como la prueba de que el nuevo Estado era la confirmación de su derrota. Las élites sunníes, como había sucedido anteriormente con abasíes y otomanos, se pusieron al servicio del mandato británico.

Gran Bretaña otorgó la independencia a Irak en 1932, tres años después de haber firmado un acuerdo por el que la Turkish Petroleum Company, fundada en 1912 para explotar los yacimientos iraquíes, se convirtió en la Irak Petroleum Company, con sede en Londres. Gran Bretaña asumió el mandato en 1920 y lo dejó en 1932. En ese plazo de tiempo organizó una monarquía pretendidamente constitucional y pacificó la frontera con Turquía. Pero su gobierno fue intensamente impopular y la rebeldía iraquí hizo que el país alcanzara la independencia antes que otros territorios en idéntica situación colonial. Los tratados de 1922 y 1930, que permitieron la entrada de Irak en la Sociedad de Naciones (antes Liga de Naciones) en 1932, no bastaron para calmar el resentimiento iraquí por haber troceado el mundo árabe y haber impuesto un monarca en Bagdad. En virtud del tratado anglo-iraquí de 1922, Gran Bretaña controló la política exterior y militar de Irak, así como sus finanzas. El tratado de 1930 garantizó a Londres dos bases militares.

Huseín ibn Ali, proclamado califa de todos los musulmanes en 1924, después de que Mustafá Kemal, Ataturk, aboliera el califato en Turquía, murió en Amán en 1931. Abdullah fue asesinado por un palestino en Jerusalén en 1951. Faisal falleció en Suiza en 1933. Y Ali murió en Bagdad en 1935.

3

El día que cayó la monarquía

El 14 de julio de 1958, cuando Bagdad aún dormía, la radio oficial difundió «La Marsellesa» y una voz proclamó: «Aquí, la República de Irak. Es vuestro día de la victoria y de la gloria. El enemigo de Dios (el primer ministro Nuri Said) y su amo (el rey Faisal II) han sido ejecutados y arrojados a la calle». Esta frase dio a conocer a Irak y al mundo que una revolución encabezada por un grupo de oficiales libres, a imagen y semejanza del egipcio Gamal Abdel Nasser y los suyos, acababa de derrocar a la monarquía hachemí. Pero cuando se produjo el anuncio, la familia real aún no había sido eliminada. Le quedaba una hora de vida.

El día anterior, en el palacio Haroun Al Rachid, el rey Faisal II, de veintitrés años, ultimaba los preparativos de su boda con la princesa Fazileh, entonces a punto de acabar sus estudios en Londres. Nada parecía presagiar una tormenta interna. Tanto el auténtico señor del palacio, Abd Al Ilah, tío del monarca, antiguo regente y príncipe heredero, como el primer ministro Nuri Said, un kurdo de sesenta años conocido como «el zorro de Bagdad», parecían tan seguros de controlar la situación que acababan de dar la orden de suministrar munición a la 19.ª Brigada del entonces coronel Abdel Karim Qassem y a la 20.ª Brigada del coronel Haki para que se desplazaran esa misma noche hacia la frontera jordana con el objetivo de preparar una posible intervención contra Siria. Otras versiones mantienen que Qassem convenció a Nuri Said para que le facilitara munición para el entrenamiento de sus tropas, petición hasta entonces denegada por temor a una intentona, y decidió abandonar temporalmente su cuartel para preparar el golpe.[1]

El Oriente Medio árabe volvía a estar en ebullición. El ataque perpetrado en 1956 contra Egipto por Israel, Francia y Gran Bretaña, como respuesta a la nacionalización del canal de Suez por el presidente Gamal Abdel Nasser, había provocado la proclamación de la República Árabe Unida (RAU), integrada por Egipto y Siria, el 1 de febrero de 1958. Dos semanas más tarde, Irak y Jordania, monarquías hachemíes, reaccionaron con la creación de la Unión Árabe, presidida por Faisal II.

Tanto el príncipe Abd Al Ilah como el primer ministro Nuri Said no ignoraban los movimientos de la oposición interna, alimentada por el contagio del panarabismo de Nasser. Es por eso que Abd Al Ilah había decidido controlar personalmente el Ejército desde la revuelta antibritánica de 1941, encabezada por Rachid Ali Gaylani y los coroneles del denominado «Cuadrado de Oro», nombre con el que los británicos se referían a una asociación secreta de oficiales nacionalistas.

El 1 de abril de 1941, como resultado de un golpe rápido e incruento, el poder

pasó a manos de este grupo de oficiales nacionalistas dirigidos por el general Amine Zaki y el antiguo primer ministro Rachid Ali Gaylani, un político sunní enemigo irreductible de Gran Bretaña y de la dinastía hachemí iraquí. El primer objetivo de los golpistas era el regente Abd Al Ilah, a quien responsabilizaban del control que sobre el país seguían ejerciendo los británicos a pesar del final del mandato de la Sociedad de Naciones en 1930 y de la ascensión al trono de Faisal I. Pero el regente, alertado del movimiento de los conjurados, logró romper el cerco y huir de su palacio. Escondido en el maletero del automóvil del embajador de Estados Unidos, el regente pudo escapar a la base de Habbaniyeh, que los británicos controlaban según lo estipulado en el tratado anglo-iraquí de 1932, y posteriormente trasladado en un avión de la RAF a Basora, en el sur del país, y finalmente a Jerusalén, donde obtuvo asilo en Transjordania, el reino de su tío el emir Abdullah.

Dos días más tarde, el jefe del Estado Mayor, general Amine Zaki, formó un gobierno militar provisional, y el Parlamento, reunido en sesión extraordinaria, proclamó una semana después el derrocamiento del regente Abd Al Ilah y su sustitución por el jerife Charaf, un oscuro pariente lejano del rey Faisal II, que entonces solo contaba con cuatro años de edad. Gaylani encabezó un gobierno caracterizado por la presencia de políticos antibritánicos y partidarios de colaborar con las potencias del Eje. En Irak, como en Egipto, Palestina y el resto del mundo árabe, el principal enemigo de los sectores nacionalistas era la potencia colonialista británica, y la Segunda Guerra Mundial les proporcionó la oportunidad de tomarse la revancha por lo que consideraban la humillación a la que habían sido sometidos por los británicos. El rey Faruk de Egipto fue el primero en felicitar a Gaylani.

Rachid Ali Gaylani empezó a moverse con pies de plomo. Inicialmente se declaró dispuesto a respetar el acuerdo de 1930, por el que se concedía a Gran Bretaña el derecho de tránsito por Irak en caso de guerra. De esta manera, a mediados de abril, autorizó el paso de las unidades indias que habían desembarcado en Basora camino del desierto occidental. Pero después, posiblemente bajo presiones alemanas, el primer ministro se opuso a la entrada de más tropas británicas.

El contacto de Gaylani con los alemanes se realizaba a través del gran mufti de Jerusalén, Hadj Amine El Huseíni, que tras el fracaso de una revuelta palestina se refugió en octubre de 1939 en Bagdad, que convirtió en una plataforma para sus llamamientos contra la presencia británica en el país. Gaylani no tardó en abandonar su política de prudencia, y a continuación lanzó un ultimátum para que los británicos pusieran fin a todas sus actividades en la base de Habbaniyeh. Esta iniciativa provocó una guerra anglo-iraquí de treinta días, en la que se enfrentaron unos dos mil soldados británicos, apoyados por sesenta aviones, y unos ocho mil iraquíes. El equilibrio se rompió con la llegada, procedente de Transjordania, de la Legión Árabe del general Glubb Pacha. Una columna británica, la Habforce, protegida por cazas y bombarderos Wellington, rompió el 18 de mayo el cerco a Habbaniyeh y se dirigió hacia Bagdad.

El 28 de mayo, Rachid Ali Gaylani, el gran mufti de Jerusalén, los cuatro coroneles del Cuadrado de Oro y los agentes alemanes establecidos en la capital iraquí huyeron a Teherán. El régimen probritánico fue restablecido y tanto el regente Abd Al Ilah como el primer ministro Nuri Said regresaron a Bagdad. Entre los conspiradores solo Rachid Ali Gaylani y el gran mufti de Jerusalén lograron salvar la vida. Los cuatro coroneles del Cuadrado de Oro fueron capturados en sus refugios iraníes, entre 1942 y 1945, por los británicos, que los trasladaron a Bagdad, donde fueron ahorcados frente al Ministerio de Defensa.

El 14 de julio de 1958 los acontecimientos iban a tener un signo completamente distinto. Los oficiales nacionalistas iraquíes, pese al control directo que el príncipe Abd Al Ilah ejercía sobre el Ejército, contarían con una ventaja inesperada con el traslado de tropas iraquíes hacia la frontera con Jordania. La 19.ª Brigada había abandonado el campo de Jalula, situado a unos cien kilómetros al oeste de Bagdad, para desplazarse a Fallouja, al oeste. Y el general Haki atravesó la capital dejando las manos libres, sin saberlo, a su segundo, el coronel Abdel Salam Aref, uno de los «cerebros» del golpe liderado por Qassem. La familia real, que descansaba en el primer piso del palacio de Haroun Al Rachid, se despertó sobresaltada al oír los primeros disparos de la columna de cincuenta hombres con la que el coronel Aref, en la madrugada del 14 de julio, tomó la residencia real. Faisal II escuchó entonces por la radio el anuncio de su muerte y la proclamación de la república.

El comandante de la guardia real, Taha Al Barmani, no opuso ninguna resistencia, a causa, posiblemente, del propósito del rey de negociar su rendición. Un emisario fue enviado ante los asaltantes, dirigidos por el comandante Sab, pero la discusión fue violenta y acabó con la muerte del negociador real. Faisal II y el príncipe Abd Al Ilah ignoraban la suerte de su enviado, pero decidieron escapar. Al ser descubiertos, el rey y los suyos murieron acribillados. «Hoy es necesario matar o ser matado», no cesaba de repetir la emisora nacional. Desde los asirios, esta ha sido la ley de una tierra de fiebre y misterio, de violencia y revuelta, que, paradójicamente, ha dado al mundo árabe sus mejores poetas. La estatua del general británico, Stanley Maude, que en 1917 ocupó Bagdad, fue destruida, y la Embajada de Gran Bretaña, asaltada.

Nuri Said aún estaba en libertad. Informado de la ocupación de la radio nacional hacia las cuatro de la madrugada, el primer ministro, aún en pijama, consiguió romper el cerco militar que se estrechaba sobre su residencia. Los golpistas, temerosos de que se les escapara la victoria como en 1941, ya habían puesto precio a su cabeza, 10 000 dinares, y empezaron la caza de este antiguo oficial turco treinta veces primer ministro.

Envuelto en una *abaya*, un gran velo negro que utilizan las mujeres en los pueblos iraquíes, Nuri Said fue de casa en casa hasta que una familia amiga, los Isterabadi, le dio refugio. Al día siguiente, el primer ministro decidió acudir a otro amigo, Mohamed Ouraibi, jefe de una célebre tribu, para que le ayudara a escapar hacia el sur, desde donde podría alcanzar, como en 1941, tierras iraníes. Pero Nuri Said fue

descubierto al abandonar el taxi que le había conducido hasta la casa de su amigo. Su disfraz no le había servido. La *abaya* no había impedido que el pantalón del pijama, una vestimenta solo masculina en Irak, provocara sospechas y finalmente le delatara. Viejo y enfermo, intentó escapar a pie. Esfuerzo inútil. No tardó en aparecer un *jeep* militar que le cerró el paso. Acorralado, Nuri Said sacó un revólver y se disparó en la cabeza. Pero aún respiraba. Y el coronel Wasfi Taher, su ayuda de campo antes de pasar a serlo del ahora golpista Qassem, saltó del vehículo y le disparó una ráfaga de ametralladora. Said fue capturado por la turba y castrado.[2]

Los cadáveres del príncipe Abd Al Ilha y de Said fueron colgados frente al Ministerio de Defensa, en el mismo lugar donde los coroneles nacionalistas de la intentona de 1941 fueron ahorcados.[3] A continuación, los restos de los dos cadáveres fueron quemados frente a la Embajada de Egipto, símbolo del nacionalismo árabe. La monarquía iraquí ya era historia, al igual que la dependencia con respecto a Londres. Pero la gran acusación de los oficiales libres, encabezados por el general Abdel Karim Qassem, continuaba remontándose a la Primera Guerra Mundial: Francia y Gran Bretaña habían impedido la creación de un Estado árabe unificado, el sueño del panarabismo.

El golpe de 1958 desembocó en la instauración de un régimen militar que significó el alejamiento del poder de la élite tradicional iraquí en beneficio de determinados clanes rurales, lo que alimentó, al nivel local, los conflictos tribales entre sunníes, shiíes y kurdos. Un indicador de la nueva estructura de poder fue el hecho de que las familias de la élite iraquí que hasta entonces se habían casado entre ellas, permitieran que sus hijas comenzaran a desposarse con jóvenes militares de orígenes modestos.[4] Los militares, de esta manera, se convirtieron en el símbolo del poder, mientras que las clases urbanas comenzaron a ser contempladas como los reductos del antiguo régimen. Cuatro años después del derrocamiento de la monarquía, centenares de miles de iraquíes habían huido del país. A finales del siglo XX se calculaba que el número de exiliados iraquíes era superior a los tres millones.

4

¿De quién es Kuwait?

La primera tentativa de revisar el orden de cosas existente en las fronteras nacionales iraquíes se produjo en junio de 1961 con la declaración de independencia de Kuwait, iniciativa que puso fin a una relación con Gran Bretaña que se remontaba a un tratado de 1899. Durante el imperio otomano, Kuwait dependió de la provincia de Basora y, sobre esta base, el nuevo hombre fuerte de Irak, el general Qassem, afirmaba que Kuwait había sido «arbitrariamente dominado por el imperialismo» británico, por lo que exigió su devolución. Las tropas británicas tuvieron que regresar al emirato para defender su independencia, aunque pronto fueron reemplazadas por fuerzas de la Liga Árabe, tras el ingreso de Kuwait en la organización. La amenaza iraquí había sido conjurada, aunque temporalmente.

Para entender las reclamaciones iraquíes sobre Kuwait hay que remontarse a ochenta años atrás, a la reunión celebrada en 1922 en una tienda de campaña en el desierto de Arabia en la que un alto comisario británico dibujó las fronteras entre Irak, Kuwait y Arabia Saudí. El encuentro se había prolongado durante cinco intensos días, pero el compromiso seguía sin atisbarse en el horizonte. Hasta que una noche de diciembre, el alto comisionado británico en Bagdad, sir Percy Cox, reclamó la presencia en su tienda del jeque Ibn Saud, que con el tiempo no solo se convertiría en rey, sino que daría nombre a Arabia Saudí. El británico le explicó a Ibn Saud cómo funcionaba el mundo al que acababa de incorporarse. Esta es la versión del diálogo dada en sus memorias por el teniente Harold Dickson, entonces agregado militar británico en la región:

> Fue sorprendente escuchar cómo el jeque aguantó la reprimenda del alto comisionado de Su Majestad, que le trató como si fuera un escolar travieso, antes de decirle que él, sir Percy Cox, sería quien decidiría la línea fronteriza (…). La advertencia de Cox desatascó el asunto. Ibn Saud prácticamente se desplomó y de forma patética afirmó que sir Percy era su padre y su madre, que sin su ayuda, que le sacó de la nada, no habría alcanzado nunca la posición que ahora tenía y que estaba dispuesto a entregar la mitad de su reino, si no su totalidad, si sir Percy lo ordenara.[1]

Dos días después, el acuerdo estaba firmado. Las fronteras modernas de Irak, Arabia Saudí y Kuwait fueron establecidas directamente por los británicos en lo que se conoce históricamente como la Convención de Uqair. Londres había ganado y

todos los demás habían perdido. Saudíes y kuwaitíes se tragaron su orgullo y aceptaron sin rechistar el trazado de las fronteras. Pero para Irak la sensación de injusticia ha prevalecido durante tres generaciones.

La Convención de Uqair estableció la creación de una zona neutral entre Irak y la futura Arabia Saudí de unos 7000 kilómetros cuadrados, en la que ninguna de las dos partes podría construir instalaciones permanentes. En mayo de 1938, iraquíes y saudíes suscribieron un acuerdo adicional por el que la zona neutral, situada junto a la frontera con Kuwait, sería administrada de forma compartida. Y en 1981, en plena guerra entre Irak e Irán, un acuerdo definitivo puso fin a la zona neutral y definió la frontera entre los dos países.

En Uqair también se decidió el trazado de la frontera entre Kuwait y Arabia Saudí con el establecimiento de otra zona neutral de 5790 kilómetros cuadrados, situada al sur del emirato.

En 1938 se descubrieron en esta área los yacimientos de petróleo de Burgan (los más ricos del mundo), lo que provocó el inicio de interminables negociaciones entre ambos países para repartirse la explotación. En 1966, finalmente, cada parte se anexionó la mitad exacta de la zona hasta entonces neutral.

Sadam Huseín ha ofrecido diferentes y contradictorias explicaciones sobre los motivos de la invasión de Kuwait. Pero una de las razones que con mayor fuerza ha resonado en el corazón y la mente del pueblo iraquí, en particular, y del mundo árabe, en general, ha sido su reiterada determinación de deshacer los entuertos del imperialismo británico. «El extranjero llegó a estas tierras, y el colonialismo occidental dividió y estableció estados débiles gobernados por familias que le ofrecieron los servicios que facilitaron su misión», dijo Sadam Huseín en un discurso pronunciado el 10 de agosto, ocho días después de que sus tropas invadieran Kuwait. Y añadió: «Los colonialistas, con el propósito de asegurar sus intereses petroleros, construyeron estos desfigurados estados petroleros. De esta manera mantuvieron alejada la riqueza de las masas de esta nación».

Horas después de la invasión de Kuwait, el 2 de agosto de 1990, Sadam Huseín sentenció: «La rama ha sido repuesta en el tronco del árbol». Un decreto presidencial transformó Kuwait en la provincia iraquí número 19 y la capital, Kuwait City, pasó a llamarse Kadhima. El problema histórico, desde su punto de vista, ya estaba zanjado. Evidentemente no era así.

Analistas e historiadores occidentales nunca han visto las cosas tan claras como Sadam Huseín. La presencia británica en el Golfo se remonta a mediados del siglo XVIII, cuando Londres comenzó a establecer alianzas estratégicas y puntos de intercambio comercial a lo largo de la franja costera en la ruta hacia la India. Una de estas plazas fue Kuwait, entonces un pobre y oscuro puerto bajo control del imperio otomano pero que gradualmente se había ido convirtiendo en un dominio feudal del clan de los Sabah, los actuales señores.

Durante generaciones, los Sabah se demostraron especialmente hábiles a la hora

de utilizar la carta británica contra los otomanos, y viceversa. No por casualidad, el jeque Mubarak Sabah fue conocido en su tiempo como el «Richelieu de Arabia». Ante cualquier desencuentro con los otomanos, los Sabah, aparentemente maestros como Metternich en el juego del equilibrio del poder, acudían a los británicos para que les sacaran las castañas del fuego. Pero los británicos, poco dados a poner la amistad desinteresada por encima de los intereses nacionales, terminaron cansándose del juego. En 1899, Mubarak Sabah, que accedió al trono después de eliminar la competencia de dos de sus hermanastros, aceptó convertir Kuwait en un protectorado británico a cambio de un impuesto contrarrevolucionario de 15 000 libras esterlinas anuales.

El imperio otomano nunca renunció al control británico de Kuwait, pero los acontecimientos le aconsejaron tratar al territorio kuwaití como si fuera una provincia semiautónoma y a los Sabah como gobernadores otomanos. En marzo de 1914 británicos y turcos firmaron en Londres una convención por la que ambas partes reconocían lo siguiente: *a)* la autoridad otomana sobre el territorio de Najd, en Arabia; *b)* el control británico sobre Kuwait, un Estado en teoría independiente, y *c)* la pertenencia de los vilayatos de Mosul, Bagdad y Basora al imperio otomano. La Primera Guerra Mundial, sin embargo, con la alianza del imperio otomano y las potencias centrales, impidió que el acuerdo fuera ratificado.

El tiralíneas británico no fue caprichoso ni desinteresado. Londres sabía lo que hacía en la reunión celebrada en 1922 en el desierto. El objetivo era privar a Irak de una salida al Golfo, lo que limitaría su potencial. Y Bagdad, que en la reunión estuvo representado por un ministro júnior, no tuvo muchas oportunidades. Ibn Saud se rindió tras los primeros intercambios verbales y Kuwait habló por boca de un agente británico. Irak, con solo veinte kilómetros de costa, la mayoría tierras pantanosas, fracasó en su intento de controlar las deshabitadas islas de Warba y Bubiyan, que pasaron a Kuwait.

Irak nunca ha olvidado lo sucedido en Uqair. El rey Faisal I propuso a Kuwait una unión política en los años treinta, pero británicos y kuwaitíes pusieron oídos de mercader. Y tres decenios más tarde, cuando Kuwait accedió a la independencia, el líder máximo iraquí, Abdel Karim Qassem, concentró tropas en la frontera y bloqueó el ingreso de Kuwait en las Naciones Unidas y en la Liga Árabe. Pero la frontera dibujada por sir Percy no se movió.

La invasión de Kuwait decidida por Sadam Huseín en 1990 no fue, de esta manera, una acción que rompiera la línea histórica iraquí con respecto al vecino emirato. Reyes, dictadores y dirigentes nacionalistas han compartido la opinión de que Kuwait, como parte de la provincia otomana de Basora, debería pertenecer al Irak moderno.

Historiadores británicos prefieren, sin embargo, analizar la posición de Sadam Huseín como una verdad a medias. El presidente iraquí reclamó todo Kuwait, pero el Baas, su partido, cuando accedió al poder en 1968, habría renunciado a una parte,

convencido de que el pragmatismo le permitiría conseguir un buen bocado. Los baasistas nunca accedieron a trazar una frontera alternativa. Lo cierto es que alcanzaron un acuerdo con Kuwait por el que reconocieron su independencia y sus fronteras, aunque estas solo de una manera genérica. Kuwait, temeroso de poner en peligro la propiedad del campo petrolero de Rumaila Sur, que se extiende bajo la frontera entre los dos países, aceptó el compromiso, que, entre otras cosas, supuso la entrega de 85 millones de dólares a Irak, como ha explicado J. B. Kelly, experto británico en el Golfo.[2]

El emirato kuwaití ha funcionado desde entonces como una empresa multinacional y un Estado despótico. En 1971, la familia Sabah controlaba el 90% de las inversiones kuwaitíes en el extranjero. En 1990, estas inversiones ascendieron a 41 000 millones de dólares, repartidos en instituciones financieras como Citycorp, Bank of America, J. P. Morgan y Chase Manhattan. La familia real es también un interesante accionista de General Electric, Texaco, IBM y diversos fabricantes estadounidenses de armamento. Los Sabah adquirieron en 1981 Santa Fe International, compañía en cuyo consejo de administración se han sentado Gerald Ford, presidente de Estados Unidos de 1974 a 1977, y Brent Scowcroft, consejero de Seguridad Nacional de George Bush durante el conflicto del Golfo de 1991. En 1989, un año antes de ser invadido por Irak, Kuwait era el undécimo inversor en Estados Unidos.

5

El golpe contra Qassem

El derrocamiento del general Abdel Karim Qassem, en 1963, se produjo en un período particularmente caliente de la guerra fría. Dos años antes había fracasado el desembarco anticastrista en playa Girón (bahía Cochinos), solo habían transcurrido tres meses desde la crisis de los misiles en Cuba, cuando las dos superpotencias estuvieron al borde del precipicio nuclear, y en Vietnam e Indonesia el fango comenzaba a removerse. Qassem, nada más llegar al poder, había establecido relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En 1959, Allen Dulles, director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), había declarado ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado: «Irak es hoy día el lugar más peligroso de la Tierra».

Era el 8 de febrero de 1963, y Qassem, que cinco años antes había derrocado a la monarquía hachemí, fue juzgado sumariamente por un tribunal militar en un estudio de Radio Bagdad, atado a una silla y tiroteado. El final del líder populista marcó el principio de Sadam Huseín, que participó activamente en la conspiración urdida por nasseristas y baasistas, según el relato de Said K. Aburish, politólogo árabe, que en 1997 publicó su historia del golpe.[1]

El anuncio de la muerte del general Qassem corrió a cargo, como una deferencia del nuevo régimen, de la hija del general Nazem Tabaqjali, condenado a muerte y ejecutado por su participación en una tentativa de golpe de estado nasserista en marzo de 1959. La joven hizo el anuncio «con gritos histéricos y una voz que temblaba entre la alegría y la emoción», según el testimonio del corresponsal de la agencia AFP.

Qassem, un general más inclinado hacia la reforma que hacia el autoritarismo, ya estaba advertido. En octubre de 1959 había sido objeto de un atentado, en el que resultó herido en el brazo derecho, perpetrado por un comando entre cuyos integrantes se encontraba Sadam Huseín, entonces con veintidós años, anónimo militante del Baas. La biografía oficial de Sadam Huseín subraya este episodio como demostración de su coraje y devoción por Irak.

El general Qassem había proclamado la república con la colaboración del coronel Abdel Salam Aref, que en 1958 se convirtió en su vice primer ministro y ministro del Interior. Pero la ironía o la lógica de la historia iraquí hizo que uno de los integrantes del Consejo Nacional de la Revolución que le condenó a muerte fuera precisamente el coronel Aref. Qassem, como *zairn al-awhad* (dirigente único), decidió primero enviar al exilio a Aref, después le hizo arrestar y más tarde le condenó a muerte, aunque finalmente le concedió el perdón. Aref, cuando logró darle la vuelta a la tortilla, fue el encargado de negociar el 8 de febrero de 1963 la rendición de Qassem.

Pero esta vez no hubo clemencia. «Qassem trató de ganarme con su apelación a nuestra vieja amistad. Pero yo le conocía bien. Simplemente se trataba de un engaño. Y le contesté: “No seas como Tshombé”»,[2] declaró Aref en su primera conferencia de prensa después de haber sido nombrado presidente de la república por el Baas.

Qassem y Aref comenzaron a separarse prácticamente en el momento de su victoria en 1958. A una mala química personal había que añadir su rivalidad por el poder y sus divergencias políticas, especialmente en lo que se refería a la actitud que Bagdad debía adoptar ante el Egipto de Gamal Abdel Nasser, el faro del panarabismo árabe. Aref, nasserista, era partidario de que Irak se integrara en la República Árabe Unida, creada por Egipto y Siria en 1958. Qassem se oponía a esta iniciativa. El Irak monárquico, como respuesta al desafío de Nasser, había fundado, junto con Jordania, la Unión Árabe y formaba parte del Pacto de Bagdad, una alianza militar concebida en 1955 por Estados Unidos. El populista Qassem retiró a Irak del Pacto de Bagdad (Turquía, Gran Bretaña, Irán, Pakistán y Estados Unidos) en 1959, pero no compartió el panarabismo de Nasser.

Estas diferencias propiciaron la caída de Aref y, al mismo tiempo, alimentaron una campaña de depuraciones dirigida contra los sectores nacionalistas árabes, lo que benefició a las organizaciones políticas de izquierdas, fundamentalmente al partido comunista. A partir de la fallida intentona golpista de Mosul, en marzo de 1959, Qassem se apoyó para gobernar en los comunistas y los kurdos.

El Kurdistán, sin embargo, sería el principio del fin de Qassem. El presidente-general había accedido a que Mustafá Barzani, el líder histórico kurdo, exiliado en la Unión Soviética, regresara al país en octubre de 1958, después de un período de agitación permanente. Y para ganarse su apoyo le prometió una serie de ambiciosas reformas. Pero tres años después de la revolución, en septiembre de 1961, las reformas seguían esperando, lo que provocó la convocatoria de una huelga general en Kurdistán. Los enfrentamientos se extendieron hasta febrero de 1962, mientras las organizaciones de izquierdas, con las que Qassem pretendía hacer frente a los nacionalistas, se alejaban del poder establecido.

El tiro de gracia contra el régimen fue el episodio de la independencia de Kuwait, en 1961, cuando Qassem quiso aprovechar la ocasión para desempolvar las históricas reivindicaciones iraquíes sobre el emirato. El desembarco de tropas británicas, reemplazadas posteriormente por fuerzas árabes, hizo retroceder a Qassem, lo que fue contabilizado en su debe por los nacionalistas iraquíes, que, junto con los baasistas, organizaron el golpe definitivo de 1963.

Después de cuatro años y medio en el poder, el descontento se había apoderado de amplios sectores del ejército, entre ellos los baasistas, temerosos de las veleidades izquierdistas de Qassem, cuya política era considerada anatema por Estados Unidos. Qassem había formado una alianza con el partido comunista, nombrado burócratas a izquierdistas con formación británica para romper la fuerza política de los grandes terratenientes, promulgado la Ley 80 que limitó los derechos de la Irak Petroleum

Company, empresa controlada por intereses británicos, y resucitado la antigua reivindicación sobre Kuwait. Qassem no era Mossadeq, el primer ministro iraní depuesto por un golpe orquestado por la CIA en 1953, pero, a ojos de Washington, se le parecía. «Llegamos al poder en un tren de la CIA», declaró Ali Saleh Saadi, ministro del Interior del régimen que sucedió al general Qassem. El rey Huseín de Jordania reveló al periodista egipcio Mohamed Heykal (histórico confidente de Nasser) que el día del golpe se realizó una emisión radiofónica desde Kuwait «para hacer llegar a los dirigentes de la sublevación el nombre y las direcciones de los comunistas para ser detenidos y ejecutados».

La CIA desempeñó un papel decisivo en la confección de las listas de quienes debían ser eliminados. Estas listas fueron elaboradas en diferentes capitales de Oriente Medio con la ayuda de exiliados iraquíes, y entre sus más destacados artífices estuvo William McHale, un agente norteamericano que operaba bajo la cobertura de la corresponsalía en Beirut del semanario *Time*[3]. En Egipto, la CIA contó con la colaboración de un oficial que obtuvo información de Sadam Huseín, entonces exiliado en El Cairo.

Como contrapartida a la ayuda prestada al golpe, el Baas, un grupo con apenas mil miembros, aunque con decisivas ramificaciones en el Ejército, se comprometió con la CIA a «llevar a cabo un programa de limpieza de comunistas y sus aliados».[4]

Hani Flaiki, uno de los dirigentes del Baas, afirmó que el hombre que contactó con el partido y que orquestó el golpe contra Qassem fue William Lakeland, agregado militar en la embajada estadounidense en Bagdad. Acusados por sus hermanos separados del Baas sirio de haber aceptado la cooperación de la CIA, los conjurados compararon su acción a la de «Lenin trasladándose en un tren alemán para hacer realidad su revolución».[5] James Critchfield, jefe de la CIA en Oriente Medio, sentenció entonces: «Lo contemplamos [el golpe] como una gran victoria».[6] Los baasistas fueron desalojados del poder meses después del derrocamiento de Qassem, pero regresaron con otro golpe, en 1968, para quedarse durante más de tres decenios.

6

El baasismo

Irak pertenece al Creciente Fértil, un arco geográfico que se extiende desde los confines de Egipto hasta los límites occidentales de Irán, incluida Turquía, y los dirigentes baasistas de Bagdad siempre han soñado con la unidad política de esta región, de la que la capital iraquí debería ser el centro y el espíritu. El acceso al poder casi de manera simultánea del Baas («renacimiento» en árabe) en Siria (8 de marzo de 1963) y en Irak (primero, el 8 de febrero de 1963, y después, el 17 de julio de 1968) representó una oportunidad histórica para que el nacionalismo árabe revolucionario materializara sus sueños de unidad. Sin embargo, incluso en su apogeo, en el decenio de 1960, el baasismo nunca ha disfrutado de una base popular tan amplia como el panarabismo del egipcio Gamal Abdel Nasser, y su influencia se ha concentrado, tanto en Siria como en Irak, los dos únicos países donde ha accedido al poder, en círculos intelectuales, determinados sectores urbanos y, sobre todo, en agrupaciones militares.

El Baas (Partido Socialista de la Revolución Árabe) fue creado en el decenio de 1940, en Damasco, por el cristiano ortodoxo Michel Aflaq y el sunní Salah Al Din Bitar, ambos integrantes de la burguesía siria, antioccidentales, antisoviéticos y partidarios de una «patria árabe». En el plano económico y social, los fundadores del baasismo se proclamaron socialistas y abogados de la nacionalización de los servicios públicos, las materias primas, la gran industria y los medios de transporte. Y en el plano internacional, su carácter anticolonial les hizo presentarse como antibritánicos porque Londres ocupaba Irak, Egipto, Palestina, Jordania y Libia; antifranceses porque Francia administraba Siria y el norte de África; antiespañoles porque España estaba presente en el Rif, y antiestadounidense por el intervencionismo de Washington en Oriente Medio.

La ideología de Aflaq es inseparable, para algunos estudiosos del baasismo, de las influencias recibidas durante sus años como estudiante en la Sorbona, en París, entre 1928 y 1932. Aflaq se consideró traicionado por el Gobierno francés del Frente Popular, especialmente por la actitud de los socialistas hacia el movimiento nacionalista surgido en Siria, entonces administrada por París. Bassam Tibi, historiador de origen sirio, mantiene que Aflaq, mientras estudiaba en la Sorbona, «estaba lleno de entusiasmo por Hitler» porque «vio en el líder nazi un modelo para su idea de una síntesis entre nacionalismo y socialismo».[1]

El partido Baas de Siria, cuyo congreso fundacional se celebró en abril de 1947, fue el primer partido en considerar el mundo árabe en su conjunto. Según Aflaq, los

pueblos árabes forman una sola nación que aspiran constituir un Estado y a desempeñar un papel especial en el mundo. «La identificación que efectuamos entre la unidad [árabe] y el socialismo consiste en dar cuerpo a la idea de la unidad. El socialismo es el cuerpo y la unidad es el alma», escribió Aflaq.[2] En 1953, el Baas sirio se fusionó con el Partido Socialista Árabe de Akram Hourani, convirtiéndose en una formación muy ideológica, aunque la apelación al socialismo sería ambigua, y de sensibilidad laica. En los años cincuenta, los baasistas sirios se negaron a un reparto confesional de los escaños del Parlamento, pero reconocieron la importancia del islam como elemento constitutivo del arabismo. Aflaq escribió en 1943:

> El islam presenta la imagen más brillante de su lengua y de su literatura (árabes), y la parte más importante de su historia nacional es indisociable de él, porque el islam en su esencia y en su verdad es un movimiento árabe que representa la renovación y la culminación de la realidad, porque descendió a su suelo y en su lengua, porque el apóstol (Mahoma) es árabe y los primeros héroes que lucharon por el islam y lo hicieron triunfar fueron árabes, porque su visión de la realidad se identificaba con el espíritu árabe, las virtudes que fomentó eran virtudes árabes, implícitas o explícitas, y los defectos que fustigó eran defectos árabes en vías de desaparecer[3]

El baasismo conoció su primera gran crisis con la constitución de la República Árabe Unida (RAU) entre Egipto y Siria, en 1958. El partido, que compartía los análisis de Nasser sobre las escenas árabe e internacional, aceptó entonces disolver su sección siria. Y esta autodisolución, unida al posterior fracaso de la RAU, que pasó al seno de Abraham en 1961, sumergió al movimiento en una profunda crisis.

La clandestinidad pasó factura, tanto en lo referente a la ideología como a la organización del partido. Los ataques más virulentos contra la democracia liberal se desencadenaron, al tiempo que los militares copaban el aparato del partido y se reafirmaban las reivindicaciones de carácter socialista. Pero lo más significativo para un partido que decía tener la unidad árabe como principal motor fue la inclinación a poner en entredicho el dogma de la unidad árabe. Los denominados regionalistas —Hafez al Asad y Nouredine Al Atassi, entre otros— se impusieron, con el golpe que llevó al Baas al poder en Siria en marzo de 1963, a los considerados nacionalistas, partidarios de una visión árabe. Tres años después, en febrero de 1966, los regionalistas acabarían echando del poder a sus rivales, y los fundadores del partido, empezando por Michel Aflaq, fueron condenados al exilio.

Los nuevos dirigentes, denominados neobaasistas a causa de su revisionismo, se aproximaron a la Unión Soviética, adoptaron el socialismo científico y, al mismo tiempo, establecieron una alianza con la minoría alauita, una rama de shiísmo a la que pertenece aproximadamente el 11% de la población siria. Hafez al Asad, que en 1970

desplazó del poder a Salah El Yedih, pertenecía a esta minoría, que en tiempos coloniales fue utilizada por los franceses como fuerza de choque contra la mayoría sunní. Los alauitas son desde hace tres decenios el pilar básico del régimen sirio. Para asentar su dominio, al Asad llevó a cabo una política de selección de los elementos más activos de esta comunidad y consolidó unas relaciones basadas en la lealtad tribal y el reparto de los beneficios derivados de la ocupación de los resortes del poder político y militar. Un sistema de poder similar, en definitiva, al organizado, como veremos en el capítulo 9, por Sadam Huseín en Irak.

Michel Aflaq, después de ser postergado por los neobaasistas, se trasladó en 1966 a Bagdad, donde el baasismo había alcanzado el poder, aunque temporalmente, en 1963. Producto de una época superideologizada, Aflaq consideraba que el socialismo era imprescindible para la superación del atraso social, pero su principal objetivo siempre fue la unidad del mundo árabe. Sin una base ideológica firme (su socialismo era de formulación genérica y un tanto demagógica), Aflaq intentó materializar una síntesis original que posteriormente sería instrumentalizada por las minorías vinculadas al poder militar, tanto en Siria como en Irak, países en los que los dos partidos baasistas, antagónicos, se convertirían en simples instrumentos de las políticas de Estado. Aflaq murió el 23 de junio de 1989 en París, donde su compañero Salah Al Din Bitar había sido asesinado nueve años antes. Tropas sirias participaron, junto con las estadounidenses, en la coalición multinacional que se enfrentó a Sadam Huseín en la guerra de 1991.

En Siria, la llegada al poder del baasismo significó el declive de la ideología que se quería nacionalista y socialista. Irak, donde la irrupción del baasismo coincidió con la derrota árabe de 1948 frente a Israel, no fue una excepción. Cuando el golpe de estado del 14 de julio de 1958 derrocó a la monarquía hachemí, el Baas iraquí, fundado en 1952, era una organización clandestina. En octubre de 1958, un oficial baasista moderado, el coronel Ahmed Hassan El Bakr, comenzó a preparar, junto al coronel Abdel Salam Aref, uno de los artífices del derrocamiento de la monarquía, una conjura nacionalista. Pero la intentona fracasó en marzo de 1959 en Mosul, lo que desencadenó una implacable represión. Meses después, el 7 de octubre, Sadam Huseín intentó vengar los muertos de Mosul participando en una conspiración contra el general Abdel Karim Qassem, líder del primer régimen republicano, que solo resultó herido.

Estos acontecimientos, sin embargo, tendrían un significado especial en el inmediato futuro: la entrada en escena del general Ahmed Hassan El Bakr y de Sadam Huseín, dos personajes decisivos en la historia reciente de Irak. Sadam Huseín, herido en una pierna durante la intentona del 7 de octubre, encontró refugio en Damasco, donde Aflaq le acogió efusivamente y le dedicó sus mejores esfuerzos doctrinarios.

El golpe de febrero de 1963, que acabó con el régimen de Abdel Karim Qassem, llevó a la presidencia de la república al coronel Aref, que no era miembro del partido

baasista, pero, por primera vez, el baasismo, auténtico artífice del golpe, se instaló en el poder con los nacionalistas nasseristas. El general El Bakr formó un gobierno en el que el vicepresidente y ministro del Interior, Ali Shaleh El Saadi, desempeñaría un papel de primer orden. Saadi fue el encargado de establecer los primeros contactos con los baasistas sirios, que el 8 de marzo siguiente accedieron al poder en Damasco, y con el presidente Nasser, entonces la figura clave del panarabismo, para crear una unión tripartita que debería acelerar el proceso de unión árabe. Pese a un acuerdo de principio, la iniciativa fracasó, lo que añadiría otro factor de división en el baasismo iraquí.

Este fue un momento crucial en la historia iraquí. El coronel Aref dio un golpe de timón y, con el apoyo de los militares, detuvo a los dirigentes baasistas, los encarceló o los expulsó, autonombrándose mariscal e ilegalizando a los partidos políticos. El Baas, de esta manera, volvió a la acción clandestina, tanto contra Aref como contra su hermano y sucesor, Abdel Rahman. El coronel Abdel Salam Aref murió, en extrañas circunstancias, en 1966, cuando el helicóptero en el que viajaba se estrelló, aunque diversas fuentes mantienen que el accidente fue en realidad un atentado.[4]

La marcha baasista culminó en julio de 1968, un año después del desastre árabe que significó la guerra de los seis días contra Israel. Los baasistas, bajo la dirección del general El Bakr, pariente lejano de Sadam Huseín, tomaron entonces la iniciativa. Se aseguraron el apoyo de diversos oficiales que ocupaban puestos clave en el Ejército y, al amanecer del 17 de julio, penetraron en el palacio presidencial. El presidente Abdel Rahman Aref fue depuesto y se organizó el Consejo de Mando de la Revolución. La victoria, sin embargo, seguía siendo incompleta, como no se le podía escapar al flamante jefe de seguridad del partido, Sadam Huseín, que ya tenía un currículo apreciable en esta materia. Había pasado dos años en cárceles iraquíes y sufrido exilios en Damasco y El Cairo, donde se diplomó en derecho y ciencias políticas. Con esta experiencia, tanto en la praxis como en la teoría, Sadam Huseín organizó una milicia ciudadana que, con el punto de mira en disidentes y opositores de todas las categorías, asegurara la protección del régimen.

Una vez nombrado en noviembre de 1969 vicepresidente del Consejo de Mando de la Revolución, y por tanto número dos del régimen, Sadam Huseín consideró llegado el momento de que el Baas, cuyo poder era sólido pero seguía relativamente aislado, reagrupara el resto de las tendencias nacionalistas. El presidente El Bakr compartía la iniciativa, y el décimo congreso nacional del partido, reunido en Bagdad en marzo de 1970, decidió que las formaciones progresistas se integraran en el denominado Frente Nacional.

Como consecuencia de esta iniciativa que pretendía ampliar el abanico de fuerzas aliadas, el nuevo régimen ofreció al líder kurdo Mustafá Barzani, irreductible adversario de Qassem y de los dos Aref, la reintegración de la minoría étnica en el movimiento de unidad nacional. Un acuerdo suscrito el 11 de marzo de 1970, y confirmado por la Constitución provisional del 17 de julio, aprobó la creación de una

«autonomía del pueblo kurdo en el marco de la República iraquí», que a partir de entonces se reconocería integrada por «dos nacionalidades», no solo por la árabe, como estableció la Constitución del régimen monárquico.

Sadam Huseín, después de una visita oficial a Moscú, tendió también la mano a los comunistas, a quienes ofreció un pacto nacional, en el que se aseguraba que el país tendría «un régimen democrático, popular, socialista y unionista que garantice las libertades democráticas a las masas y a sus fuerzas nacionalistas y progresistas». Tanto el Partido Comunista Iraquí (PCI), en diciembre de 1971, como el Partido Democrático Kurdo (KDP), en diciembre de 1972, aceptaron los acuerdos propuestos. Dos dirigentes comunistas entraron a formar parte del gobierno en mayo de 1972 y, un mes después, se anunció la nacionalización de la Irak Petroleum Company. Pero en 1974 el régimen baasista anunció una autonomía para los kurdos que no incluía los yacimientos de Kirkuk y Mosul, por lo que fue rechazada.

El tándem Ahmed Hassan El Bakr y Sadam Huseín, ambos miembros del clan de Tikrit, proporcionó una estabilidad política a Irak sin precedentes (8 golpes de estado militares se sucedieron entre 1936 y 1958), lo que finalmente también permitió a Bagdad enfrentarse al movimiento kurdo, cuyos dirigentes tuvieron que exiliarse en Irán en 1975. En los años setenta y ochenta, el baasismo consiguió tener una impronta propia en materia de política interior, tanto por la aplicación de medidas socialistas o, para ser más exactos, de capitalismo de estado, como por su carácter laico y, sobre todo, por una represión sistemática. El Baas se convirtió en una maquinaria de poder organizada para controlar a los iraquíes de la cuna a la tumba, pero su dominio en la década de 1970 no fue producto únicamente del Estado policial.

Sadam Huseín renovó en 2002 su mandato presidencial a través de un referéndum en el que batió todos los récords establecidos por dictaduras y regímenes de partido único. Estaban convocados a pasar por las urnas exactamente 11 445 638 ciudadanos con derecho a voto. «Los 11 445 638 ciudadanos participaron y todos votaron a favor de la ratificación de la presidencia del líder, Sadam Huseín», afirmó Ezat Ibrahim, vicepresidente del Consejo del Mando de la Revolución de Irak. El resultado, evidentemente, fue una farsa, pero el aparente consenso alcanzado por el régimen en la década de 1970 no puede resumirse solo en la represión, aunque esta fuera un factor de primer orden.

Los tiempos felices de Sadam Huseín fueron los años setenta. Como resultado de la multiplicación del precio del petróleo, a raíz de la guerra árabe-israelí de 1973, los petrodólares inundaron las arcas del Estado. Estos ingresos permitieron modificar sustancialmente el nivel de vida de los iraquíes, que alcanzaron el mayor nivel de bienestar disfrutado nunca. En el plazo de ocho años, los ingresos del Estado por la exportación de petróleo pasaron de 572 millones de dólares en 1972 a 26 500 millones en 1980.[5] Durante este período el presupuesto nacional para la expansión industrial se multiplicó por doce, los gastos en transporte por once y en la

construcción de viviendas por nueve. A resultas de estas inversiones, la economía, controlada por el Estado, los sistemas de regadío, las carreteras, los tendidos eléctricos y las telecomunicaciones se extendieron por el país.

Una de las mejores interpretaciones de este fenómeno es la proporcionada por Isam Al Khafaji,[6] quien considera que el régimen baasista hizo más en el decenio de 1970 que cualquier gobierno anterior para modernizar la sociedad iraquí y aumentar el nivel de vida de la mayoría de la población. Pero, en el proceso, añade Al Khafaji, las mejoras económicas provocaron la aparición de una parásita burguesía industrial de especuladores y contratistas, así como la aparición de una clase rural alta. Tanto unos como otros, convertidos en la base del régimen, quedaron así maniatados por el Baas, por lo que han sido incapaces, económica y políticamente, de independizarse, ya que la economía sigue siendo controlada férreamente por el Estado.

A finales de los años setenta, y con la bonanza económica como principal fuente de legitimidad, el régimen baasista, confesionalmente sunní a pesar de su proclamado laicismo, desencadenó la ofensiva definitiva contra el partido comunista y el movimiento shií al Dawa, entonces los dos únicos grupos disidentes capaces de tener alguna influencia en la sociedad iraquí. La represión contra la comunidad shií en guerra larvada contra el baasismo, culminó en 1979 con el asesinato de su líder religioso, Muhammad Baqer al-Sadr, compañero de Jomeini durante sus doce años de exilio en la ciudad iraquí de Najaf.

En 1979, tras desembarazarse de El Bakr, Sadam Huseín acaparó todos los cargos posibles: presidente de la república, secretario general del Baas, presidente del Consejo de Mando de la Revolución, jefe de la Dirección de Seguridad y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Y a continuación desencadenó su primera purga como líder máximo. Con motivo de un mitin del Baas al que el líder máximo tenía previsto asistir, las fuerzas de seguridad rodearon el auditorio donde se celebraba la reunión e impidieron que los asistentes abandonaran la instalación. Entonces se leyó una lista de nombres. Los citados, que fueron conminados a salir al exterior, serían las víctimas; el resto, los verdugos. Tanto unos como otros, sin embargo, fueron asesinados en una purga que se prolongó varios días. Unos quinientos miembros destacados del Baas, incluidos treinta generales, perdieron la vida. Así se inauguró de forma oficial la segunda etapa de Sadam Huseín en el poder.

Esta etapa, presidida por el apetito insaciable de poder y la corrupción, ha despilfarrado los logros económicos de los años setenta. Sadam Huseín mandó construir palacios presidenciales, comenzó a obsesionarse con su seguridad personal (llegó a presidir hasta nueve organizaciones de seguridad distintas), tomó una segunda esposa con la que tuvo su hijo Ali, sustituyó al baasismo por el Sadamismo y, finalmente, se sintió amenazado por los llamamientos de Jomeini a los shiíes iraquíes para que derrocaran al régimen laico de Bagdad. La guerra contra Irán, iniciada en 1980, duró ocho años, costó un millón de vidas y arruinó Irak, que se endeudó en unos 80 000 millones de dólares. Kuwait, en agosto de 1990, sería la

siguiente huida hacia delante.

7

Cómo se hizo Sadam Huseín

A principios de febrero de 1991, cuatro semanas antes de consumarse la derrota militar iraquí en la guerra del Golfo, en las páginas de opinión de *The New York Times* se publicó un trabajo del dibujante David Levine bajo el título «La evolución del hombre». La lectura era fácil: de izquierda a derecha aparecían las representaciones de Clark Gable, un gorila, un chimpancé, una cobra y, finalmente, un diminuto Sadam Huseín con aspecto de mosca y chapoteando en una mancha de petróleo. Levine, pese a su celebrada ocurrencia, tampoco descifró las claves de la conducta del líder iraquí.

Robert Fisk, uno de los corresponsales occidentales con más experiencia en Oriente Medio, cuenta una anécdota reveladora:

> Cuando el periodista egipcio Mohamed Heykal visitó Irak a principios de los años ochenta se entrevistó con el ministro de Industria. Heykal quedó impresionado por el dinamismo, laboriosidad y capacidad intelectual del hombre que dirigía el sector industrial iraquí. Tiempo después, en su siguiente visita, Heykal solicitó entrevistarse otra vez con el ministro. Los oficiales iraquíes, sin embargo, le dijeron no tener información sobre el ministro y se limitaron a comunicarle que cualquier pregunta al respecto debería ser dirigida a Su Excelencia el Presidente. Heykal se reunió con Sadam Huseín y le preguntó por el ministro. «Se ha ido», le dijo Sadam. «¿Ido?», replicó el periodista. «Le cortamos el cuello, era sospechoso de traición». Heykal, horrorizado, preguntó por las pruebas del delito. «En Irak no necesitamos pruebas», replicó Sadam.[1]

La tarea de psicoanalizar a Sadam Huseín a distancia, particularmente desde Estados Unidos o desde Israel, no siempre ha tenido resultados esclarecedores. Unas semanas antes de desencadenarse la guerra del Golfo, el 17 de enero de 1991, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) presentó al presidente George Bush padre un perfil psicológico de Sadam Huseín. Los analistas de la agencia habían concluido que el líder iraquí era una persona estable y racional. Una personalidad calculadora, en definitiva. Los estudiosos del hombre fuerte no dieron, que se sepa, con un punto flagrantemente débil, con ninguna prueba de que sufriera o hubiera sufrido alguna enfermedad mental. Diagnosticaron, eso sí, que le gustaba el poder absoluto, que solo confiaba en sí mismo y que su sentido mesiánico podía, en último término, jugarle

una mala pasada a la hora de tomar una decisión.

Doce años después de la guerra del Golfo, en la que Sadam Huseín supo convertir una derrota militar en una victoria política, Occidente, y sobre todo Estados Unidos, sigue preguntándose por el perfil psicológico de Sadam Huseín. De hecho nada parece haber modificado sustancialmente el informe que en su día hizo llegar la CIA a Bush padre. Y los detalles que se han llegado a conocer no permiten establecer un patrón de conducta con garantías.

De Sadam Huseín se sabe, o se cree saber, que nunca duerme en ninguno de sus palacios, sino que cada noche dormiría en una casa o tienda distinta. Le gustan los cigarros Cohiba que le suministra puntualmente Fidel Castro. Su pelo negro está tornándose gris. Se ayuda para caminar con un ligero bastón, pero, cuando aparece en televisión, por lo general sentado o de pie, ofrece una imagen saludable. Los iraquíes dicen que desde 1998 nunca aparece en público en uniforme militar, sino luciendo inmaculados trajes occidentales. De acuerdo con una leyenda local, este cambio de chaqueta se habría debido a un consejo de Kofi Annan, secretario general de las Naciones Unidas, quien en una ocasión le insinuó que su imagen mejoraría si renunciaba al color caqui.

Sadam Huseín tendría un limitado conocimiento del mundo occidental, pero tampoco haría ascos a recibir información por canales distintos a los de sus hombres de confianza. Los informes estadounidenses sitúan al líder iraquí en un continuo seguimiento de los programas informativos de la CNN y de la BBC. Le apasionaría el cine negro estadounidense. Y admiraría a Stalin, como ya temían muchos círculos occidentales, y a Maquiavelo, a menudo fuente de inspiración de estos mismos círculos.

Tampoco se ignora su debilidad por las novelas. Pero no como lector, sino como escritor que pretende transmitir a través de ellas su discurso político. A finales del mes de abril de 2002, el nuevo teatro de Bagdad se inauguró con la representación de «Zabiba y el Rey», basada en una novela en la que los cenáculos de la capital iraquí creen advertir la pluma del líder máximo. En esencia, la novela cuenta la historia de un monarca solitario traicionado por miembros de su propia familia, incluida su esposa, y salvado por una plebeya, Zabiba, que decide ir a la guerra para defenderle. Por exigencias del guión, en el que es fácil reconocer a Sadam en la figura del rey, la virtuosa plebeya será violada un 17 de enero, que no por casualidad es el día en que Estados Unidos lanzó su ataque para expulsar a los iraquíes de Kuwait, y asesinada por un marido celoso al que le calentaron los cascos un grupo de extranjeros infieles.

Otra de las obsesiones de Sadam Huseín es la arquitectura. La dimensión faraónica de sus construcciones, sean palacios, mezquitas e incluso la idea de fabricar su propia bomba atómica, reflejaría cómo el líder se ve a sí mismo en la historia. Nació, el 28 de abril de 1937, en al-Awja, a un paso de Tikrit, la patria chica de Nabucodonosor y de Saladino, y eso debe de imprimir carácter. Nabucodonosor destruyó el primer Templo de Jerusalén en el siglo VI a. C. y Saladino, aunque kurdo,

conquistó Jerusalén y derrotó a los cruzados en el siglo XII. Réplicas de la cabeza de Saladino culminan las columnas del último palacio que se ha hecho construir Sadam en Bagdad.

¿Quién hizo así a Sadam Huseín? ¿Una infancia infeliz en Tikrit, donde fue criado por su madre y un padrastro cruel? ¿Una adolescencia que le convirtió en matón en una cultura política dominada por la violencia y la conspiración? ¿La ayuda militar prestada por gobiernos y empresas occidentales desde la década de 1980, cuando la guerra contra Irán? Tikrit, en 1937, no era más que una pequeña aglomeración donde reinaba la miseria, caldo de cultivo a su vez de la agitación nacionalista contra la ocupación británica, por lo que Sadam creció en un recóndito lugar donde los baasistas esperaban la llegada de tiempos mejores. Khairallah Tulfah, hermano de su madre, tuvo entonces una gran influencia sobre el joven Sadam. No solo le acogió en su casa de Bagdad, sino que fue su mentor político y terminó siendo su suegro y asesor influyente. Años más tarde, cuando Sadam Huseín ya estaba instalado en el poder, recompensó a su tío materno nombrándole alcalde de la capital, cargo en el que los dedos se le hicieron huéspedes, lo que provocó su relevo. Khairallah Tulfah se retiró y decidió escribir un libro cuyo título expresa la filosofía con la que seguramente Sadam se hizo grande: «Tres a quienes Dios no debería haber creado: los persas, los judíos y las moscas».

El problema con esta visión de Sadam es que, aun siendo necesaria, parece insuficiente para comprender quién le fabricó. El mundo que ha rodeado a Sadam Huseín no se ha reducido, a lo largo de su vida, a Tikrit. Según el International Peace Research Institute, con sede en Estocolmo, el 80% del armamento adquirido por Irak entre 1980, un año después de que Sadam accediera al poder, y 1989, una vez acabada la guerra con Irán, procedió, entre otros, de tres de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU: Unión Soviética, Francia y China. Scott Ritter, quien fuera inspector jefe de UNSCOM, ha escrito: «La máquina letal de Sadam Huseín fue construida casi exclusivamente por empresas occidentales».[2]

La biografía oficial subraya tanto la dedicación del joven Sadam a la causa baasista como su familiaridad con las armas. No en balde su primera misión en nombre del partido fue un atentado en Tikrit contra un prominente seguidor del general Abdel Karim Qassem. Esta acción le llevó después a ser seleccionado como miembro del comando de ocho hombres encargado de asesinar al presidente Qassem en 1959. El atentado fue un fiasco, pero con el tiempo se convertiría en un componente esencial de la mitología personal del futuro dictador.

Los baasistas diseñaron un plan para atacar el automóvil de Qassem en su diario recorrido por la calle Rashid, entre su residencia y el Ministerio de Defensa. Una parte del comando debía interceptar el vehículo, mientras el resto abría fuego contra la comitiva. Sadam y sus compañeros fueron alertados el 7 de octubre de que el plan tenía que ser puesto en práctica. Pero no todo salió como estaba previsto. El responsable del primer grupo, el que debía interceptar el vehículo del presidente,

dispuso en un lugar adecuado el automóvil que iba a utilizar, pero este quedó bloqueado, por lo que no pudo interponerse en el camino del presidente.

El automóvil del general Qassem llegó, como cada día, puntualmente, y el otro grupo —el de Sadam— abrió fuego. El chófer resultó muerto, pero el presidente solo sufrió una herida leve. Sadam y otro de los pistoleros fueron heridos en una pierna. El futuro dictador, según una versión no oficial y menos heroica, fracasó en su intento de extraer una granada de uno de sus bolsillos. La juventud iraquí ha aprendido en la escuela que Sadam Huseín, pese a estar herido, se las ingenió para poner a salvo a sus compañeros, extraer la bala de su pierna y poner pies en polvorosa.

Sadam Huseín escapó primero a Siria y después al Egipto de Gamal Abdel Nasser. Los servicios de inteligencia egipcios no fueron muy hospitalarios, sin embargo, con el admirador de Nasser, aunque el palacio presidencial accedió a pagarle mensualmente la modesta suma de 84 liras egipcias.[3] Sadam nunca logró entrevistarse con Nasser, pero supo aprovechar el tiempo que pasó en El Cairo. En 1961 envió un telegrama al presidente Qassem para felicitarle por su «gran movimiento nacionalista y militar» para anexionarse Kuwait y, con la otra mano, suministró información a la CIA sobre el régimen de Bagdad. Said K. Aburish, politólogo árabe, afirma que Sadam Huseín, una vez derrocado Qassem con la activa participación de la agencia estadounidense, regresó a Bagdad para unirse a los vencedores y estuvo personalmente implicado en la tortura de izquierdistas en centros de detención separados para «fellaheen» (campesinos) y «muthaqafeen» (clase educada).[4]

Esta cooperación con la CIA fue la primera de una controvertida relación, encubierta o no, de Sadam Huseín con Estados Unidos. La guerra desencadenada por Sadam Huseín contra el Irán de Jomeini el 22 de septiembre de 1980 proporcionó a Washington la razón de un cambio de política que, con el transcurrir del tiempo, se convertiría en un acontecimiento decisivo en la construcción del poderío militar iraquí que ha obsesionado al presidente George W. Bush. La administración Reagan autorizó a Jordania, Arabia Saudí, Kuwait y Egipto para que suministraran material bélico de fabricación estadounidense a Sadam.[5] Y la Casa Blanca pidió al primer ministro italiano Giulio Andreotti que actuara de intermediario.[6]

El inicio de la guerra con Irán también ayuda a comprender la personalidad de Sadam Huseín. El líder iraquí desencadenó el conflicto, como prolongación de la guerra civil librada contra los shiíes en la década de 1970, después de declarar nulo el acuerdo firmado en 1975 en Argel con el régimen del sah Reza Pahlevi. Este acuerdo fue decisivo para que Bagdad aplastara la resistencia kurda en el norte del país. Irak hizo amplias concesiones territoriales a Irán en el Chatt el Arab a cambio de que el sah suspendiera su ayuda económica y militar a los kurdos iraquíes. Cinco años después, y una vez derrotados los kurdos, Sadam Huseín consideró nulo el acuerdo que él mismo, como número dos del régimen, había negociado con Teherán e invadió Irán.

Sadam Huseín salió mejor parado que Jomeini de un conflicto que a los observadores occidentales les retrotrajo a los combates de trincheras de la Primera Guerra Mundial, al tiempo que las maquinarias propagandísticas de los contendientes hacían frecuentes referencias a la batalla de Quaddisiyya, librada en el año 636 o 637. La fecha no es precisa pero existe un consenso sobre el curso de los acontecimientos. Un Ejército árabe musulmán, procedente de Arabia, se enfrentó al Ejército sasánida y logró una victoria aplastante que abrió la puerta a la islamización de Persia. Para Sadam Huseín esta fue una gran victoria de los árabes sobre los persas. Pero, para los iraníes, el hecho de que los musulmanes fueran árabes y que los infieles fueran persas carecía de importancia. Según la propaganda del régimen de Teherán, Quaddisiyya fue un acontecimiento sagrado, una victoria de la verdadera fe sobre los infieles. Es decir, ambos países reivindicaron la victoria. Los iraquíes, porque fue un triunfo del islam; y los iraníes, porque la batalla desembocó en la islamización del país. Doce siglos después, y con un millón de muertos, el enfrentamiento entre iraquíes e iraníes fue una guerra que derrotó a los dos países.

Los millones de minas que se consideran aún esparcidas por las montañas y valles de Kurdistán, en el norte de Irak, llegaron, junto con otros materiales bélicos, a través de una sofisticada red de ayuda exterior organizada durante la guerra contra Irán, el conflicto convencional más prolongado del siglo XX. La red de apoyo a Bagdad incluyó gobiernos occidentales, empresas como la británica Matrix Churchill, una empresa fabricante de maquinaria con sede en Coventry, y entidades financieras como la Banca Nazionale del Lavoro (BNL) y su sucursal de Atlanta (Georgia, Estados Unidos). Patrick Cockburn afirma que todo el sistema fue «fruto de la determinación encubierta por parte de Estados Unidos y Gran Bretaña de apoyar a Irak mientras pretendían ser neutrales en la guerra con Irán».[7]

El complejo sistema de suministro de armamento a Sadam Huseín, así como el papel interpretado por los gobiernos de Washington y Londres, que suministraron armas, ayuda económica e información militar directa o indirectamente, comenzó a ser desentrañado a finales de 1992. En circunstancias parecidas, dos procesos judiciales que se seguían en Londres y Atlanta contra personas acusadas de colaborar ilegalmente con Bagdad se colapsaron al revelarse que funcionarios gubernamentales sabían lo que estaba sucediendo. En Atlanta, el 1 de octubre de 1992, el Departamento de Justicia estadounidense retiró su acusación contra Christopher Drogoul, responsable de la sucursal de BNL, al que se responsabilizaba de haber concedido un préstamo a Irak de 5000 millones de dólares. Un mes después, el 9 de noviembre, en Londres se repitió la historia con la empresa Matrix Churchill, acusada de haber suministrado a Bagdad material que podía ser utilizado con fines militares. El proceso se encalló al saberse que oficiales británicos estaban al tanto de las operaciones de la compañía.

Los casos de Matrix Churchill y del Irakgate, como en Estados Unidos se denominó el escándalo del BNL, fueron seguramente los últimos episodios de una

relación semisecreta entre Bagdad y determinados gobiernos occidentales que comenzó en 1979 con el derrocamiento del sah del Irán, un aliado crucial de Estados Unidos y de Gran Bretaña, por la revolución teocrática de Jomeini. La pérdida del aliado y el consiguiente estallido antiestadounidense, simbolizado en la ocupación de la Embajada en Teherán, donde 52 estadounidenses fueron mantenidos como rehenes durante 444 días, significaron el inicio de dos decenios de tensas relaciones entre los dos gobiernos.

Zbigniew Brzezinski, consejero para la Seguridad Nacional del entonces presidente Jimmy Carter, siempre ha negado que animara a Irak, directa o indirectamente, a declarar la guerra a Irán. Gary Sick, miembro del Consejo Nacional de Seguridad durante las administraciones Ford y Carter, ha manifestado, por el contrario, que su jefe, Brzezinski, manifestó en 1980: «Irán debería ser castigado por todas partes».[8] Cuando Irak atacó a Irán el Consejo de Seguridad de la ONU esperó cuatro días antes de celebrar una reunión para debatir sobre el conflicto. Y el 28 de septiembre fue aprobada la resolución 479, en la que se pidió el final de los combates. Sin embargo, la resolución no solo no condenó la agresión iraquí, sino que ni siquiera la mencionó.

Los principales aliados de Irak eran entonces Arabia Saudí, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos. Estos tres países concedieron préstamos a Bagdad por más de 40 000 millones de dólares, aunque el régimen de Bagdad siempre manifestó estar poco dispuesto a devolver la ayuda, ya que la consideraba como parte de la necesaria recompensa por proteger a las monarquías petroleras árabes de la amenaza que representaba Jomeini.

La situación en el frente militar se complicó a finales de 1981 para los iraquíes. Irán rompió las defensas del enemigo y recuperó Khorramshar, la única conquista de Bagdad en un año de conflicto. Y a finales de 1982, la Agencia de Inteligencia de Defensa, dependiente del Pentágono, estimó que los iraquíes habían perdido 90 000 soldados entre muertos y prisioneros. Washington se vio emplazado ante el dilema de cruzarse de brazos o actuar decisivamente contra Jomeini. La administración de Ronald Reagan no optó por la pasividad.

El primer paso de Washington para echar una mano a Sadam Huseín se produjo a principios de 1982, cuando la administración Reagan decidió borrar a Irak de la lista negra de los países sospechosos de patrocinar el terrorismo. Esta iniciativa permitió a Sadam Huseín recibir créditos y otras ayudas. La opinión pública estadounidense recibió el mensaje por parte del Departamento de Estado, que es quien elabora la lista, de que el régimen de Bagdad había mejorado su conducta internacional. Los hechos, sin embargo, no parecían dar la razón al informe. El 3 de junio de 1982, por ejemplo, el embajador israelí en Londres, Shlomo Argov, fue herido en un atentado reivindicado por la organización palestina Abu Nidal, a la que se relacionaba con Bagdad. Pero el Departamento de Estado mantuvo su decisión de excluir a Irak de la lista negra. Solo después de la invasión iraquí de Kuwait, el 2 de agosto de 1990, el

régimen de Sadam volvió a aparecer en la lista de estados patrocinadores del terrorismo.

La implicación estadounidense y británica se intensificó en 1986. En febrero los iraníes lanzaron, por sorpresa y con éxito, una ofensiva en la península de Fao, lo que significó una amenaza para Basora. La respuesta de Bagdad fue incrementar las brigadas de la Guardia Republicana de tres a veinticinco en dos años y, al mismo tiempo, desarrolló un misil tierra-tierra que podría alcanzar Teherán y otras ciudades iraníes. Pero las arcas del régimen, dañadas por la caída de los precios del petróleo, no estaban como para financiar el cambio. Un informe del Export-Import Bank, controlado por el Gobierno estadounidense, concluyó: «El colapso de los precios del petróleo (y las victorias militares iraníes) en 1986 pillaron a Bagdad por sorpresa, y durante un tiempo no contaron con canales de financiación».[9] Este fue el momento en que los iraquíes descubrieron otra fuente de financiación en la sucursal de Atlanta de la Banca Nazionale del Lavoro (BNL), entonces la tercera institución financiera de Italia. Los préstamos italianos llegaron a sumar 5000 millones de dólares.

El responsable de la sucursal de Atlanta, Christopher Drogoul, empezó a financiar al régimen de Sadam Huseín a través de un programa del Departamento de Agricultura de Estados Unidos. Las relaciones entre Bagdad y Atlanta llegaron a ser tan fluidas y provechosas que en 1989 Huseín Kamel Hassan, ministro de Industria y Producción Militar y yerno de Sadam, envió un fax personal a Drogoul «para expresar mis felicitaciones y mis mejores deseos para usted, su familia y su equipo en el Lavoro Bank Atlanta con ocasión de la festividad de Pascua».[10] El 4 de agosto de 1989 el soplo de dos empleados de la banca italiana puso sobre la pista a los agentes del FBI. La red cerró el grifo inmediatamente.

¿Cuánto sabían los gobiernos de Washington y Roma sobre estas fuentes de financiación de Sadam? Drogoul y otros empleados de la BNL fueron acusados de fraude al banco italiano, pero la investigación alcanzó un punto culminante cuando se supo que la CIA había recibido información sobre lo que sucedía desde su oficina de Roma. Entre acusaciones de que la Casa Blanca había encubierto la operación, los cargos contra Drogoul fueron retirados en octubre de 1992.

8

Estados Unidos y el Golfo

Oriente Medio está integrado por dos sistemas distintos pero no distantes: el Golfo y el conflicto árabe-israelí. El sistema del Golfo lo conforman Irán, Irak y las monarquías petroleras que pertenecen al denominado Consejo de Cooperación del Golfo, es decir, Arabia Saudí, Kuwait, los Emiratos Árabes Unidos, Bahrein, Qatar y Omán. Y el sistema del conflicto que tiene a israelíes y palestinos como epicentro incluye a todo el mundo árabe. Los dos sistemas, evidentemente, se solapan. La historia está repleta de ejemplos significativos. Irak ha participado en la mayoría de las guerras libradas por los árabes contra Israel, que, a su vez, ha atacado suelo iraquí incluso cuando árabes e israelíes no estaban en guerra, como ocurrió en 1981 con la destrucción de la central nuclear de Osirak. Y el cambio de régimen registrado en Irán en 1979 no solo supuso que Estados Unidos perdiera al sah, su gendarme por delegación en el Pérsico, sino que los grupos terroristas árabes contrarios al proceso de paz con Israel comenzaran a recibir financiación del nuevo gobierno teocrático shií. Cualquier cambio, pues, en uno de los actores de los dos sistemas afecta al conjunto de Oriente Medio. Dicho de otra manera: el petróleo del Golfo está íntimamente relacionado con el conflicto de Palestina.

Estados Unidos puso un pie en Irak por primera vez después de la Primera Guerra Mundial. Washington entró en la Gran Guerra en 1917, después de exponer a Francia y Gran Bretaña, que ya habían firmado el acuerdo Sykes-Picot para repartirse Oriente Medio en zonas de influencia, la exigencia de que sus objetivos económicos y políticos debían ser tenidos en cuenta después del conflicto. Entre estos objetivos destacaba el acceso a las fuentes de materias primas, en particular el petróleo.

Washington exigió una política de puertas abiertas ante el dominio que británicos y franceses ejercían sobre la región, especialmente en Irak, donde Londres había instalado a Faisal I en el trono. En febrero de 1919, sir Arthur Hirtzel, jefe del Departamento Político del India Colonial Office, advirtió al Gobierno británico: «Existe el riesgo de que Faisal anime a los americanos a dominar ambos territorios (Siria y Mesopotamia), y deberíamos tener bien presente que la compañía Standard Oil está ansiosa por controlar Irak».[1] Washington pretendía que las compañías estadounidenses pudiesen firmar libremente contratos en Irak a pesar del dominio británico.

El contencioso fue resuelto con un reparto del pastel. Los británicos se quedaron con Mosul, la región que inicialmente le correspondía a Francia, según el acuerdo Sykes-Picot, y el petróleo iraquí fue dividido en cinco partes: a Gran Bretaña,

Francia, Holanda y Estados Unidos le corresponderían un 23,75% a cada uno y el 5% restante sería para el magnate Calouste Gulbenkian, conocido como «Mr. 5%», que fue quien medió entre las partes para alcanzar el acuerdo. A Irak, por tanto, le correspondió el 0% de su propio petróleo, que por primera vez afloró a la superficie en 1927 en la región de Mosul. Dos años más tarde se fundó la Irak Petroleum Company, heredera de las acciones de la Turkish Petroleum Company, fundada en 1912 por intereses alemanes, británicos y holandeses. La Irak Petroleum Company, que en 1938 obtuvo la autorización para explotar todo el subsuelo iraquí, quedó integrada por Anglo-Iranian (hoy, British Petroleum), Shell, Mobil y Standard Oil of New Jersey (Exxon).

Estados Unidos tomó el relevo de Gran Bretaña en el sistema árabe-israelí en 1956, después de que el fiasco de Suez marchitara las violetas imperiales. Y en el Golfo, aunque también fuera un actor de primera línea desde la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se quedó con todos los papeles interpretativos occidentales a partir de 1971, cuando Harold Wilson decidió que Gran Bretaña se retirara de lo que le quedaba en la zona. Con los dos sistemas en la mano, la política exterior estadounidense ha tenido desde entonces tres objetivos: la defensa de Israel, la estabilidad de la región y el acceso al petróleo. El resultado es que Washington necesita tener una influencia decisiva en los dos sistemas de Oriente Medio.

Para garantizar la estabilidad del Golfo, el presidente Dwight Eisenhower elaboró una doctrina un año antes del derrocamiento de la monarquía hachemí iraquí. Fue el anuncio de que Estados Unidos estaba decidido a intervenir directamente, incluso ir a la guerra, para evitar la revolución en Oriente Medio. Eisenhower, al anunciar su doctrina ante el Congreso, afirmó el 5 de enero de 1957:

> La cooperación incluirá el despliegue de las fuerzas armadas de Estados Unidos para asegurar y proteger la integridad territorial y la independencia política de las naciones que soliciten esta ayuda ante la agresión armada de cualquier nación controlada por el comunismo internacional.[2]

John Foster Dulles, secretario de Estado, contempló un año después una opción para resolver la crisis de Irak provocada por la defenestración de Faisal I: la invasión del país, el derrocamiento del nuevo régimen y la instalación de un gobierno afín en Bagdad. Tres factores, sin embargo, fueron decisivos para que Washington abandonara sus planes en 1958: *a)* el cambiante carácter de la pretendida revolución iraquí; *b)* la oposición de la República Árabe Unida (integrada por Egipto y Siria) a que Irak fuera invadido, y *c)* el apoyo de China y la Unión Soviética al nuevo régimen. La combinación de estos tres factores obligó a Washington a aceptar el nuevo orden de cosas en Irak, pero desde entonces Washington nunca se ha conciliado con la idea de haber perdido Bagdad.[3]

La política de Richard Nixon significó un giro con respecto a la doctrina Eisenhower. Nixon se basó en las lecciones extraídas de la guerra de Vietnam. La seguridad, en lugar de estar garantizada por una intervención militar de Estados Unidos, debería descansar en un aliado que ahorrara a Washington la implicación directa. La doctrina Nixon, aunque no descartó la intervención estadounidense para preservar la estabilidad de la región, especificó:

> Estados Unidos facilitará asistencia económica y militar a las naciones cuya libertad esté amenazada, pero esas naciones deberán asumir en primer término la responsabilidad de su propia defensa ante una amenaza exterior.[4]

Estados Unidos decidió apoyarse en dos pilares bien conocidos y poderosos, Arabia Saudí e Irán, cuyos regímenes compartían la ansiedad estadounidense ante un eventual expansionismo soviético en la zona. La administración Nixon actuó convencida de que la combinación del creciente poder militar iraní con los inmensos ingresos derivados de la venta del petróleo saudí podría constituir un formidable, aunque indirecto, instrumento de la política exterior estadounidense en el Golfo, la región con las mayores reservas del mundo. Estados Unidos y Europa occidental consumen casi la mitad del petróleo mundial. Los países del Golfo, que solo consumen el 4,5% mundial, producen, en cambio, el 26%. Esta diferencia se agravará en el futuro porque la mayor parte de las nuevas reservas se está descubriendo en los países menos consumidores. Los países del Golfo acumulan el 57% de las reservas conocidas.

Las relaciones entre Arabia Saudí y Estados Unidos han sido fluidas desde la fundación del reino, en 1932. Primero, porque la compañía petrolera estadounidense Aramco (Arab American Oil Co.) consiguió en los años treinta la concesión para explotar los yacimientos saudíes, lo que significó un grave perjuicio para los intereses británicos (John Philby, un arabista inglés, asesor de la familia real saudí y padre de Kim Philby, uno de los espías soviéticos más emblemáticos de la Segunda Guerra Mundial, fue la mano que dio la vuelta a la historia: en lugar de apoyar la candidatura de las empresas británicas hizo que Riad aceptara la oferta de la compañía estadounidense, cuyo edificio en Riad, la capital saudí, fue inicialmente la sede de la Embajada de Estados Unidos). Y, segundo, porque, desde Franklin D. Roosevelt, todos los presidentes estadounidenses han cumplido la promesa hecha a Ibn Saud, fundador de Arabía Saudí, de garantizar la seguridad del reino a cambio del acceso al petróleo y de unos precios razonablemente prooccidentales. Pero Arabia Saudí, con ser un pilar necesario, no era suficiente.

El reino de los Saud posee las mayores reservas petroleras conocidas y es el guardián de los dos lugares más sagrados del islam (La Meca y Medina), lo que le proporciona una gran ascendencia en el mundo árabe. Pero su debilidad demográfica y militar le resta fuerza. Por eso el segundo pilar elegido por la administración Nixon

fue Irán.

El sah Reza Pahlevi de Irán parecía el gendarme perfecto. Era anticomunista hasta la médula, pretendía organizar un Ejército poderoso y además le debía a Estados Unidos el haber salvado a su régimen en 1953, cuando un golpe organizado por la CIA derrocó al primer ministro Mohamed Mossadeq, un nacionalista que pretendió cambiar Irán y nacionalizar su petróleo. El hecho de que Irán, un país no árabe, fuera vecino de Irak y que el sah mantuviera buenas relaciones con Israel terminaron haciendo de su candidatura la mejor de todas las posibles.

En 1963, los servicios de inteligencia estadounidenses ayudaron sustancialmente a los dirigentes baasistas iraquíes a derrocar al primer ministro Abdel Karim Qassem, un nacionalista con el perfil de Mossadeq, pero el golpe de estado de 1968, que significó la consolidación del baasismo en el poder, alejó de Washington a Bagdad, que se acercó a la Unión Soviética, con quien firmó en 1972 un tratado de amistad y cooperación. El nuevo régimen iraquí había participado, además, en la guerra del Yom Kippur, en 1973, contra Israel, y gobernaba un país dividido entre kurdos, sunníes y shiíes. Todo esto hacía de Irak un pilar poco recomendable.

La elección de Irán como una de las dos bases de la política exterior estadounidense en el Golfo tuvo, sin embargo, inmediatas consecuencias negativas. Nixon visitó Teherán en mayo de 1971 y prometió dos cosas: ayuda militar y la ruptura de todo contacto con la oposición al despotismo prooccidental del sah. Dos años después, temeroso del creciente poderío iraní, Sadam Huseín, entonces vicepresidente del Consejo del Mando de la Revolución, comenzó a canalizar en mayores proporciones los ingresos derivados de la venta de petróleo hacia la adquisición de armamento. Sadam acabaría desbancando de la presidencia a Ahmed El Bakr en 1979, convencido de que su falta de determinación ante el rearme iraní desnivelaría definitivamente la balanza en el Golfo en perjuicio de Irak.

La doctrina Nixon de los dos pilares comenzó a padecer una cojera insuperable en febrero de 1979, cuando la revolución teocrática del ayatolá Jomeini borró con un golpe de Corán el régimen prooccidental del sah Reza Pahlevi. El repentino y total derrumbamiento de uno de los dos pilares proestadounidenses supuso la ruina de una estrategia pacientemente puesta en práctica durante un decenio. Entonces, el sistema estadounidense de seguridad en el Golfo, basado fundamentalmente en una política de confrontación entre Irak e Irán, dejó en el escenario a dos fuertes antagonistas: Jomeini y Sadam Huseín.

La caída del sah, quien deambuló como alma en pena por medio mundo antes de morir en El Cairo como un apestado, no fue, sin embargo, el único revés sufrido por la política exterior estadounidense en 1979, en la segunda mitad de la presidencia del demócrata Jimmy Carter. En marzo, apenas un mes después de la llegada triunfal del ayatolá Jomeini a Teherán, una guerra entre Yemen del Sur y Yemen del Norte volvió a sorprender a los servicios de inteligencia de Estados Unidos, que en Irán fueron pillados con el paso cambiado. La administración Carter reaccionó ante el conflicto

yemení con una serie de iniciativas destinadas a demostrar la determinación estadounidense en la defensa de sus aliados, en este caso Arabia Saudí, que tenía la guerra a las puertas de casa. Para el régimen saudí, el ataque iniciado por Yemen del Sur era una calculada maniobra comunista para derrocar al régimen conservador de Yemen del Norte.

La administración Carter respondió al ataque de Yemen del Sur con el envío de un destacamento naval al mar de Arabia, lo que puso las bases de una constante presencia militar estadounidense en la zona. La posterior invasión soviética de Afganistán, a finales de diciembre de 1979, confirmó el cambio operado en la estrategia estadounidense en el sistema del Golfo. La imagen de las fuerzas soviéticas dirigiéndose hacia las aguas calientes del océano Índico dominó el debate en el seno de la administración Carter, ya que la invasión de Afganistán no fue contemplada en Washington como una acción de Moscú para frenar al fundamentalismo islámico en el bajo vientre del imperio soviético, sino como el primer paso de una estrategia diseñada para sacar provecho geopolítico del retroceso experimentado por Estados Unidos con el derrocamiento del sah y el triunfo de la revolución shií.

Carter fue el primer presidente en proclamar que el Golfo es una zona de «interés vital» para Estados Unidos. En enero de 1980, en el que sería su último discurso sobre el estado de la Unión, el presidente hizo público, con la invasión soviética de Afganistán como telón de fondo, lo que pasaría a ser denominada doctrina Carter. El presidente afirmó ante el Congreso:

> Nuestra posición es absolutamente clara: cualquier intento por parte de una fuerza exterior para controlar la región del Golfo Pérsico será considerado como un asalto contra los intereses vitales de Estados Unidos y será repelido por todos los medios, incluida la fuerza militar.[5]

La solemne declaración de Carter, sin embargo, reflejaba más las intenciones estadounidenses que su capacidad para cumplir su promesa. El símbolo de esta debilidad sería el naufragio en el desierto de la operación de comandos organizada por Estados Unidos para liberar a los cincuenta y dos ciudadanos estadounidenses mantenidos como rehenes después del asalto a la Embajada de Estados Unidos en Teherán. El régimen teocrático iraní, en una iniciativa humillante para la presidencia, puso en libertad a los rehenes el último día de Carter como inquilino en la Casa Blanca. El Golfo fue decisivo en la derrota electoral del presidente demócrata ante el candidato republicano en los comicios presidenciales de 1980, Ronald Reagan.

Las administraciones Reagan y Bush fueron la antítesis de su antecesora, pero no abjuraron de la doctrina Carter. La herencia recibida fue analizada por el secretario de Estado, Alexander Haig, de la siguiente manera:

> Hacemos frente a una situación en la que la pasividad estratégica durante la administración Ford (sucesora de la de Nixon) y la excesiva piedad de la cruzada de la administración Carter en lo referente a los derechos humanos habían dinamitado la voluntad de los gobiernos autoritarios anticomunistas, erosionado la confianza de los aliados occidentales y envalentonado a la Unión Soviética y a los regímenes totalitarios animados por la Unión Soviética a arriesgarse.[6]

Consecuente con este análisis, en el que la Unión Soviética estaba en el centro de la ecuación, Reagan formuló la idea de «un consenso estratégico» cuyo objetivo sería lograr que los diversos países del Golfo «dejaran al margen sus preocupaciones locales en materia de seguridad y se unieran a Estados Unidos en una alianza contra la Unión Soviética y sus estados asociados».[7]

La Unión Soviética era entonces el factor clave para Estados Unidos, pero no el único. La administración Reagan iba a contar con una preciosa colaboración para pasar cuentas con el régimen shií. Dicho de otro modo, el antagonismo entre Sadam Huseín, máximo dirigente de un régimen nacionalista árabe que se autoproclamaba laico, y Jomeini, líder de un régimen islámico teocrático, podía ser utilizado en beneficio estadounidense. Y Reagan no tardó en hacerlo. Cuando el Irak de Sadam Huseín invadió el Irán de Jomeini, el régimen de Bagdad se convirtió en el mal menor para Estados Unidos, que le proporcionó abundante ayuda, a menudo de forma indirecta, y facilitó que las monarquías petroleras del Consejo de Cooperación del Golfo, con Arabia Saudí a la cabeza, le suministraran la necesaria financiación contra Irán, país no árabe ni sunní. La guerra duró ocho interminables años y debilitó a los dos países, pero su final significó un giro crucial en el sistema del Golfo.

Sadam Huseín extrajo algunas lecciones que consideró positivas de la guerra de desgaste contra Irán, en la que Estados Unidos le había apoyado tácitamente, como algunas potencias europeas y las monarquías petroleras árabes. ¿Creyó Sadam Huseín que la invasión de Kuwait no sería condenada por la administración Bush, continuadora de la de Ronald Reagan, o, por el contrario, decidió lanzarse a lo desconocido en la creencia de que el entierro de la guerra fría también significaba el final de la cooperación estadounidense y de sus aliados del Golfo, como parecían demostrar las apremiantes reclamaciones de la deuda contraída durante la guerra contra Irán? Sea como fuere, Sadam pareció moverse convencido de que su agresión prevalecería. Se equivocó.

En las vísperas de la guerra del Golfo se registraron diversos episodios diplomáticos confusos. Cuatro meses antes de invadir Kuwait, un grupo de Senadores estadounidenses se entrevistó con Sadam Huseín en Bagdad. «Creo que sus problemas se deben a sus relaciones con la prensa occidental y no con el Gobierno de Estados Unidos», le dijo al dictador iraquí el senador Alan Simpson. Y el senador Howard Metzenbaum, después de presentarse como judío y ardiente defensor del

Estado de Israel, afirmó: «He estado oyéndole durante casi una hora, y ahora puedo decirle que le considero un hombre fuerte e inteligente que quiere la paz».[8] Con estos antecedentes parece más fácil entender el controvertido contenido de la última entrevista mantenida entre el líder iraquí y la entonces embajadora estadounidense en Bagdad, April Glaspie, menos de un mes antes de la invasión de Kuwait.

Sadam Huseín comenzó explicando a la embajadora que la frontera entre Irak y Kuwait fue trazada en tiempos coloniales. Y April Glaspie contestó:

> Nosotros estudiamos historia en la escuela. Creo que usted sabe perfectamente que nosotros… tenemos nuestra propia experiencia con los colonialistas. No tenemos opinión en lo que se refiere a conflictos entre países árabes, como es el caso de su desacuerdo sobre la frontera con Kuwait.[9]

En la madrugada del 2 de agosto de 1990, el ministro de Defensa kuwaití despertó al primer ministro, el príncipe heredero Saad Al Abdullah as Salim Al Sabah, para comunicarle que centenares de tanques iraquíes se disponían a cruzar la frontera. Estaba a punto de iniciarse el conflicto del Golfo, la primera crisis internacional desde el entierro de la guerra fría.

El conflicto, una particular mezcla de petróleo, reivindicaciones territoriales y violación del derecho internacional, se había gestado durante meses. Sadam Huseín, con la ayuda occidental y de las petromonarquías del Golfo, hacía dos años que había obtenido una victoria pírrica sobre Irán, pero el precio fue superior a lo que Irak podía pagar. El país estaba arruinado y sus vecinos árabes proestadounidenses ahora estaban preocupados por la enorme maquinaria militar que habían ayudado a construir para frenar a Jomeini. Los créditos quedaron congelados y la única salida que tenía Sadam Huseín, la venta de petróleo, estaba taponada por la decisión de los productores del Golfo, a instancias estadounidenses, de aumentar la producción, lo que se había traducido en una sustancial caída del precio del barril, que se situó en torno a los 7 dólares. Según Bagdad, cada rebaja de un dólar en el precio del barril de petróleo le significaba una pérdida de 1000 millones anuales. El presidente iraquí lanzó entonces su primera advertencia, el 23 de febrero de 1990, al acusar al emirato de reclamarle lo que le debía, unos 17 000 millones de dólares.

Sadam comenzó esgrimiendo razones económicas. Primero, en una cumbre celebrada en Bagdad el 30 de mayo, denunció a Kuwait por haber violado las cuotas de producción establecidas por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Después, acusó al emirato de extraer petróleo subrepticiamente del yacimiento de Rumaila, que en un 90% está situado en el subsuelo iraquí. A continuación pasó a las cuestiones históricas, con la reclamación territorial sobre Kuwait. Y, finalmente, trató de enmarcar el conflicto en las coordenadas del contencioso árabe-israelí o del enfrentamiento Norte-Sur. No le sirvió de nada ni lo

uno ni lo otro. Estados Unidos solo entendió las causas políticas que en su opinión movían a Sadam Huseín: la ambición de llenar el vacío dejado por el sah en el Golfo y de convertirse en el nuevo campeón árabe del panarabismo. Lo decisivo de la crisis fue que, por primera vez desde 1945, soviéticos y estadounidenses, se alistaron en el mismo bando y que la cohesión de la fuerza multinacional se consumó, a instancias de Washington, en el Consejo de Seguridad, que legitimó la acción militar con sus resoluciones.

Washington presentó inicialmente el desafío como una trinchera para defender «los puestos de trabajo», como manifestó James Baker, secretario de Estado, en una conferencia de prensa celebrada en las Bermudas el 13 de noviembre de 1990. Pero después, para conseguir el apoyo de treinta y cuatro países, entre ellos la mayoría de los regímenes árabes, los objetivos estadounidenses se hicieron menos prosaicos: la promesa de un nuevo orden internacional. El 11 de septiembre de 1990, en un discurso ante el Congreso, George Bush transformó su condena de la invasión de Kuwait en una cruzada moral en el Golfo:

> Hoy nos encontramos ante un momento único y extraordinario. La crisis del Golfo Pérsico es grave, pero ofrece una rara oportunidad de dirigirnos hacia un histórico período de cooperación. De estos tiempos de dificultades puede emerger nuestro quinto objetivo: un nuevo orden internacional, una nueva era libre de la amenaza del terror, más decidida en la consecución de la justicia y más segura en la búsqueda de la paz. Una era en la que las naciones del mundo, del Este y del Oeste, del Norte y del Sur, puedan prosperar y vivir en armonía. Un centenar de generaciones han buscado por el camino de la paz, al tiempo que se han sucedido un millar de guerras. Hoy, un nuevo mundo está luchando para nacer, un mundo muy diferente del que hemos conocido. Un mundo donde el imperio de la ley sustituya a la ley de la jungla. Un mundo en el que las naciones reconozcan la necesidad de compartir la responsabilidad de la libertad y de la justicia.[10]

La crisis fue un largo pulso diplomático y una guerra desigual. Siete horas después de expirar el plazo fijado por la ONU, el 17 de enero de 1991, Estados Unidos desencadenó, con la mayor ofensiva aérea de la historia, la operación Tormenta del Desierto. Y el 24 de febrero se inició el ataque terrestre, que encerró en una ratonera a las fuerzas iraquíes que habían invadido Kuwait. La ofensiva duró cien horas y terminó con la derrota de Bagdad, que sufrió, según fuentes estadounidenses, 145 000 bajas mortales, entre ellas 5000 civiles, frente a 79 soldados muertos en combate, 212 heridos y 45 desaparecidos por parte norteamericana.[11] En 38 días de ataques aéreos, 1760 aviones estadounidenses y aliados arrojaron unas 84 000 toneladas de bombas, aunque el 70% de los explosivos habrían errado el tiro y solo el

9% fueron consideradas como bombas inteligentes.

En Safwan, una delegación iraquí aceptó el 3 de marzo las condiciones para un alto el fuego presentadas por el comandante en jefe de las fuerzas aliadas, el general estadounidense Norman Schwarzkopf. Horas después, con el liderazgo internacional de Estados Unidos renovado, Irak se sumió en otra guerra entre los restos del régimen de Sadam Huseín, por una parte, y kurdos y shiíes, por otra. La rebelión contra Sadam Huseín fue animada, en principio, por la administración Bush, pero los intereses estadounidenses, centrados en evitar una ruptura de Irak que pudiera beneficiar al vecino Irán, hizo que las palabras se las llevara el viento, lo que explicaría el aparente misterio de por qué Bagdad pudo utilizar la Guardia Republicana, que se había salvado del naufragio, para aplastar a los sublevados. Otros 100 000 civiles murieron a causa de la violencia y de la desastrosa situación sanitaria del país.

En abril de 1991, cuando Sadam Huseín ya había logrado sus objetivos, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia impusieron una zona de exclusión aérea al norte del paralelo 36 para proteger a la población kurda. Esta protección es la que ha proporcionado en los últimos doce años un considerable grado de autonomía a las organizaciones kurdas, que de hecho han creado un embrión de Estado. En agosto de 1992, Estados Unidos y Gran Bretaña impusieron otra zona de exclusión aérea al sur del paralelo 32 para proteger a los shiíes, que posteriormente, en septiembre de 1996, fue ampliada hasta el paralelo 33. Ninguna de estas dos zonas de exclusión ha sido reconocida por Bagdad, ya que su creación no fue aprobada por resoluciones del Consejo de Seguridad. Francia se retiró de la zona del norte en diciembre de 1996.

En una entrevista concedida una vez acabada la guerra, la embajadora estadounidense en Irak, April Glaspie, afirmó: «Nunca pensamos que [Sadam Huseín] ocuparía todo Kuwait».[12]

La administración del demócrata Bill Clinton, después de la guerra del Golfo, anunció, en mayo de 1993, una nueva política para el sistema del Golfo: la doble contención de Irak e Irán. Nada sería ya igual o parecido a las doctrinas anteriores, que, para el nuevo inquilino de la Casa Blanca, solo contribuyeron a veinte años de inestabilidad permanente. La política de la doble contención descartó la posibilidad de apoyarse en uno u otro de los países con aspiraciones hegemónicas en la región. Y tampoco se trataría de utilizar a uno contra el otro. El objetivo, simple y llanamente, sería combatir a los dos al mismo tiempo, con la intención de debilitarlos de forma sustancial y desanimar así a cualquier aspirante a gendarme de la zona. La doble contención estaría destinada igualmente a aislar el sistema del conflicto árabe-israelí de cualquier intento por parte de Irán o Irak de destruir el proceso de paz iniciado bajo los auspicios de la administración Clinton en 1993 entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

Martin Indyk, director del Departamento del Consejo Nacional de Seguridad para Oriente Medio, justificó la doctrina Clinton de la siguiente manera:

> Por primera vez desde la década de 1950, Estados Unidos es el poder dominante en la región y todas las partes implicadas miran hacia Washington para ejercer su influencia. Sin embargo, la ausencia de una rivalidad entre superpotencias también hace que nuestra influencia sobre los poderes regionales sea menor, sobre todo en lo que hace referencia a nuestros aliados de Europa y Japón. Tenemos grandes responsabilidades regionales y, sin embargo, menos capacidad para hacerlas cumplir (…). La política de la doble contención de Irak e Irán formulada por la administración Clinton procede, en primer lugar, del hecho de que los actuales regímenes de Irak e Irán son hostiles a los intereses estadounidenses en la región. Como consecuencia, no aceptamos el argumento de que deberíamos continuar con el viejo juego del equilibrio del poder. Rechazamos esta política no solo porque su bancarrota quedó patente con la invasión de Kuwait por parte de Irak. La rechazamos por el claro antagonismo de estos regímenes hacia Estados Unidos y nuestros aliados en la región. Y la rechazamos porque no necesitamos confiar en una parte para reducir el poder de la otra.[13]

La administración Clinton articuló la política de la doble contención desde el convencimiento de que cualquier intento de controlar el Golfo a través de un intermediario, fuera Irán o Irak, siempre estaría condenado a alimentar las ambiciones del país instrumentalizado. En el caso de Irak los confusos movimientos diplomáticos en las vísperas de la guerra del Golfo parecen abonar esta tesis. Pero no solo en el caso iraquí, sino también en el iraní. En lo que respecta al régimen del sah Reza Pahlevi, los acontecimientos de 1971, cuando el Gobierno del laborista británico Harold Wilson decidió arriar la bandera de las últimas posesiones coloniales en el Golfo, pusieron de manifiesto los peligros de alimentar las ambiciones de un aliado. El sah optó por ocupar las islas Tunb, bajo el control nominal del emirato de Ras Al Khaymah. Y la historia se repitió en 1972, cuando el sah intimidó al emirato de Sharjah para que aceptara compartir la soberanía de la isla de Abu Musa. Estas islas estaban prácticamente deshabitadas, y Estados Unidos, para no incomodar a su principal aliado en la región, decidió mirar hacia otro lado. La pasividad estadounidense tuvo que pagar después la correspondiente factura con el control de las citadas islas por la revolución teocrática que derrocó al sah en 1979.

La doble contención de Clinton ha alcanzado con George W. Bush, especialmente después de los atentados terroristas del 11 de septiembre, su momento culminante. Treinta años después de la doctrina Nixon el escenario del Golfo es irreconocible. Irán, el pilar básico hace treinta años, está controlado por un régimen que, pese a su división entre conservadores y reformistas, sigue considerando a Estados Unidos como el Gran Satán. El segundo pilar, Arabia Saudí, aún dispone de las mayores reservas de petróleo del mundo, pero su régimen está bajo sospecha en Estados Unidos desde el 11 de septiembre, tanto porque quince de los diecinueve terroristas

que participaron en los atentados en Nueva York y Washington eran de nacionalidad saudí como por las estrechas relaciones entre el régimen saudí con movimientos radicales islámicos. Y el régimen baasista de Irak, hace dos decenios aliado circunstancial de Estados Unidos, es considerado como una amenaza para la seguridad internacional, sea por sus aparentes relaciones con el terrorismo, sea por ser sospechoso de fabricar y almacenar armas de destrucción masiva.

Entre Estados Unidos y Arabia Saudí se ha instalado la duda, y los regímenes de Irán e Irak se hacen compañía como integrantes, junto con Corea del Norte, del «eje del mal» denunciado por George W. Bush en su discurso sobre el estado de la Unión en enero del 2002. ¿Cuál es, entonces, la nueva doctrina? Desde el 11 de septiembre de 2001, la administración Bush ha diseñado una doctrina que, con una retórica wilsoniana, compromete a Estados Unidos a hacer todo lo posible, incluida la acción unilateral y el ataque preventivo, para erradicar el terrorismo internacional, reformar políticamente algunas de las naciones que le presten apoyo y neutralizar los estados considerados delincuentes que posean o pretendan poseer armamentos de destrucción masiva. En un discurso pronunciado en junio de 2002 en West Point, el presidente George W. Bush explicitó su doctrina de una manera que pareció un eco de las palabras de su padre doce años antes, en la víspera de la guerra del Golfo:

> La causa de nuestra nación ha sido siempre más amplia que la defensa de nuestra nación. Luchamos por una paz justa, por una paz a favor de la libertad humana. Defendemos la paz contra las amenazas de terroristas y tiranos. Preservaremos la paz construyendo buenas relaciones entre los grandes poderes. Y extenderemos la paz favoreciendo la creación de sociedades abiertas y libres en cada continente.[14]

George W. Bush no accedió a la Casa Blanca con la pretensión de cambiar el mundo, pero en 2002 resucitó a Woodrow Wilson. Dos años antes, durante la campaña de las elecciones presidenciales, Bush afirmó: «No se puede ir por el mundo diciendo: “Nosotros lo hacemos de esta manera, y vosotros también lo deberías hacer así”».[15] El dardo estaba destinado a la administración demócrata de Bill Clinton, a la que le reprochaba su ambición wilsoniana de «construir naciones», como intentó, con suerte diferente, en Somalia y Kosovo. Pero el 11 de septiembre lo cambió todo. Y la administración Bush, como ha escrito Michael Elliot citando a Michael Mandelbaum, autor de *The Ideas That Conquered the World*, «ha decidido que las causas del 11 de septiembre radican en el fracaso de nuestros ideales en echar raíces en el mundo árabe».[16]

La lección, por lo tanto, estaría clara: si Sadam Huseín desapareciera, Irak abandonaría el campo enemigo, se democratizaría y garantizaría el acceso al petróleo. Pero no solo eso. La caída de Sadam Huseín significaría una doble advertencia,

aunque por motivos distintos, a los regímenes de Teherán, enemigo, y Riad, amigo. Al de Teherán, porque quedaría más aislado, a pesar de que el líder iraquí no fuera un aliado de los iraníes. Y al de Riad, porque la explotación de las reservas iraquíes, que son las segundas del mundo, relativizaría la importancia de su crudo.

La administración Bush, al personificar el mal en Sadam Huseín, considera posible, por primera vez, garantizar la estabilidad de los dos sistemas de Oriente Medio con un solo disparo de misil. La desaparición de Sadam Huseín, que es pieza clave en el Golfo y enemigo jurado de Israel, permitiría, según su punto de vista, estabilizar los dos sistemas regionales y Oriente Medio se convertiría en un jardín democrático que haría posible dar con una solución para el conflicto palestino-israelí. Hace falta que la realidad se deje someter por los planes estadounidenses.

9

El sistema de poder

Sadam Huseín ha sido un caso único entre los dictadores del siglo XX. Hitler y el almirante Tojo desafiaron a Estados Unidos y al mundo entero, pero acabaron pagando su osadía. El presidente iraquí desafió a Estados Unidos y a la sociedad internacional, pero doce años después de su derrota en la guerra del Golfo seguía en el poder. Su Ejército fue derrotado estrepitosamente. Y el pueblo iraquí, después de dos grandes guerras y trece años de sanciones económicas, se hundió en la miseria. Sadam Huseín, sin embargo, sobrevivió políticamente.

¿Quién o qué explica que Sadam Huseín, aislado internacionalmente, pudiera mantener su férreo control sobre la sociedad iraquí durante tantos años? Hay dos factores fundamentales por los que Sadam Huseín no se ha tambaleado: en primer lugar, la importancia que el sectarismo tribal ha tenido y tiene en la sociedad iraquí; en segundo, la naturaleza y estructura del régimen policial y político que le ha servido de base. Ambos factores han estado íntimamente relacionados en los últimos treinta y cinco años. La guardia pretoriana de Sadam Huseín está integrada por familiares, seleccionadas tribus árabes sunníes y unidades militares y de espionaje clave, donde la lealtad está sellada con sangre.

En ausencia de un embrión de Estado nacional o de un sistema de ciudades-estado capaces de mantener el orden y estabilizar el territorio, el sectarismo tribal no hizo sino aumentar en la antigua Mesopotamia con la devastación provocada por la invasión mongola después de seis siglos de civilización islámica. Y este sectarismo fue el que estructuró el país, tanto en las ciudades como en las zonas rurales. Las líneas tribales marcaron en las ciudades el *mahallah*, o barrio, y en las áreas rurales establecieron la divisoria entre el nómada y la tribu sedentaria o *ashura*. Hanna Batatu ha escrito que el fenómeno del *mahallah* se explica por el hecho de que «existe en un mundo que es propio» y que se rige por una norma tribal sagrada según la cual los miembros de un clan determinado «se levantan juntos contra el forastero».[1] Batatu ilustra esta situación con el caso de la ciudad iraquí de Samarrah durante la Primera Guerra Mundial, cuando el barrio oriental luchó del lado de los británicos y el barrio occidental prefirió mantenerse neutral. Este sectarismo tribal fue explotado tanto por el imperio otomano como por las fuerzas británicas que ocuparon Irak después de la Gran Guerra del catorce.

Durante el control otomano, que se prolongó durante cuatro siglos, la tribu fue el único grupo social organizado que pudo procurar seguridad y bienestar.[2] El sistema comenzó a erosionarse en la segunda mitad del siglo XIX por causas diversas, desde el

desarrollo de las nuevas comunicaciones hasta el deseo otomano, ante la creciente penetración británica, de consolidar su autoridad sobre los vilayatos de Mosul, Bagdad y Basora. Esta última iniciativa tuvo, sin embargo, efectos contrarios a los pretendidos por el poder central, ya que, para el funcionariado turco, el hecho de ser destinado a las provincias más orientales del imperio era sinónimo de retroceso profesional. El resultado fue que solo los funcionarios más ineptos y corruptos fueron destinados a Mosul, Bagdad y Basora.

La principal consecuencia de la nueva situación fue el despertar de la conciencia nacionalista árabe frente al poder que pretendía gobernarlos directamente. Y la respuesta otomana fue la profundización de las divisiones tribales con el propósito de debilitar a las fuerzas nacionalistas embrionarias. El relevo imperial, sin embargo, no modificó sustancialmente la situación de las tribus árabes en el territorio de la antigua Mesopotamia. Los británicos, experimentados en el arte del divide y vencerás, no solo no borraron las líneas divisorias tribales, sino que las utilizaron posiblemente con más argucia. En el caso de Irak, la política británica alcanzó un punto culminante con el nombramiento de Faisal como rey. Londres, para asegurar su control imperial, hizo de Faisal I un jefe más fuerte que cualquier dirigente de las tribus iraquíes, pero también se las apañó para que fuera más débil que la unión de todos los líderes tribales. El rey pudo lamentarse, con razón, de que «en este reino hay más de 100 000 rifles, pero el gobierno solo dispone de 15 000».[3] Es decir, el monarca no gobernó por su propio poder, sino por la voluntad de los británicos.

Londres consolidó las fuerzas tribales, primero con la autorización de que los jeques pudieran recaudar impuestos y, después, con la decisión de que los jefes tribales fueran elegidos para ocupar un escaño en el Parlamento iraquí, privilegio que nunca disfrutaron durante el imperio otomano. En el Majlis al Ma’taban (Parlamento turco) elegido en 1914, solo uno de los 34 parlamentarios que representaban a las provincias iraquíes era descendiente de un jeque. En la Asamblea Constituyente Iraquí de 1924, por el contrario, 34 de un total de 99 diputados fueron descendientes de jeques. Y todos, como señala Batatu, aceptaron el Tratado Anglo-Iraquí de 1922.[4]

El caso de los asirios cristianos fue emblemático. Los asirios, una comunidad semítica no árabe con una presencia de unos cinco mil años en el norte de Irak, fueron instrumentalizados por Londres como protectores de los intereses de la corona y, posteriormente, abandonados a su suerte cuando Bagdad ingresó en la Sociedad de Naciones, en 1932. Un año después, el régimen monárquico, utilizando como pretexto la alianza de asirios y británicos, lanzó una campaña de represión contra la comunidad cristiana, mientras los británicos permanecían de brazos cruzados. Los nacionalistas han utilizado las crónicas del período británico para acusar a los asirios de ser agentes de Occidente.

Dado que la mayoría de los iraquíes exiliados en Estados Unidos son de origen asirio, las organizaciones asirio-estadounidenses han tenido voz en la planificación de un Irak sin Sadam Huseín. George W. Bush, en su alocución del 12 de septiembre de

2002 ante la Asamblea General de la ONU, denunció la represión padecida por los asirios en Irak, lo que fue interpretado como un respaldo a las propuestas del congresista Henry Hyde para que asirios y turcomanos tengan voz y voto en el futuro del norte de Irak, incluidos los ricos yacimientos de las ciudades de Kirkuk, controlada por árabes sunníes, y Mosul. La Declaración del Reino de Irak, de 1932, contempló las reivindicaciones territoriales asirías sobre Mosul, región del imperio otomano que la Sociedad de Naciones anexionó a Irak en 1925. Pero los intereses de los asirios, en competencia con los kurdos, mayoritarios en el norte, nunca han sido tenidos en cuenta. Los asirios acusan al Partido Democrático del Kurdistán de no respetar sus derechos.

El mandato británico sobre Irak expiró en 1932, cuando el reino accedió a la independencia, pero Londres siguió controlando el país hasta el golpe de estado que derrocó a la monarquía en 1958. La larga duración de esta hegemonía es inseparable de la continuidad del tribalismo sectario iraquí en la primera mitad del siglo XX. Sadam Huseín, cuando le llegó el turno, demostró que había aprendido la lección de otomanos y británicos. Los instrumentos de un Estado policial con el don de la ubicuidad estarían en manos de los más fieles, reclutados cuidadosamente en las filas familiares y en las tribus más afines.

El 75% de la población iraquí es étnicamente árabe y casi el 95% es de confesión musulmana. Estos porcentajes parecen proyectar la imagen de un país extraordinariamente cohesionado, étnica y religiosamente, pero las apariencias engañan. Irak está profundamente dividido desde el punto de vista étnico entre árabes, kurdos (20%), turcomanos y asirios, entre otras minorías. Y confesionalmente es otro rompecabezas, no solo por la existencia de minorías como la cristiana, sino sobre todo por la divisoria que separa a musulmanes sunníes (32-35%) y shiíes (60%). Sadam Huseín es árabe y sunní, lo que es decisivo para comprender la estructura de poder que pacientemente ha construido desde que en 1968 accediera al poder.

Los sunníes, minoritarios en Irak pero mayoritarios en el mundo árabe, han sido históricamente la élite económica y política del país, incluso cuando han sido instrumentalizados por los imperios otomano y británico. El origen de esta dominación sunní se encuentra en la relación de poder característica entre los beduinos nómadas, en su mayoría sunníes, y la masa de campesinos donde prendió el chiísmo como defensa ante los tributos de protección que les imponían los primeros y el feudalismo que otomanos y británicos introdujeron con la concesión de tierras comunes a los jefes de tribu sunníes. Como ha escrito Bernard Lewis, «en el Génesis, el agricultor mata al nómada; con más frecuencia, en la historia de Oriente Medio ha sucedido al revés».[5] Esta dominación sería institucionalizada posteriormente por la monarquía hachemí, de confesión sunní, a través de un sistema político que no se declaró formalmente confesional. En la etapa monárquica, la masiva emigración de campesinos shiíes a las ciudades, donde creyeron estar al refugio del poder de los

jeques, constituyó la base de los primeros movimientos proletarios iraquíes, entre ellos el partido comunista. En este contexto, Sadam Huseín ha gobernado durante más de tres decenios apoyándose en los árabes sunníes y, especialmente, en las tribus aliadas a la suya, la de al-Bu Nasir.[6]

Aproximadamente tres cuartas partes del pueblo iraquí son miembros del centenar y medio de tribus existentes en el país. Estas tribus mantienen una gran cohesión por cuestiones étnicas y religiosas, pero sobre todo están unidas por los lazos familiares y por un estricto código de honor. Sadam Huseín no solo ha sabido convertir a las tribus en una fuente de poder, sino que ha hecho del nombre de Tikrit, su patria chica, un símbolo de la fuerza, como si el gobierno iraquí fuera una empresa familiar. Ha habido sonadas excepciones, como la huida protagonizada a Jordania en agosto de 1995 por sus yernos Huseín y Sadam Kamel Hassan al-Majid, o como el atentado que en diciembre de 1996 sufrió su hijo Uday, probablemente a causa de querellas intrafamiliares. Pero el sistema ha funcionado casi a la perfección.

Durante la monarquía, entre 1921 y 1958, Irak fue escenario, como ha contabilizado Amatzia Baram, director del Heinemann Institute for Middle Eastern Studies de la Universidad de Haifa, de «ocho revueltas kurdas, nueve rebeliones shiíes, cuatro graves levantamientos urbanos, tres golpes de estado, un pogromo antiasirio y dos progromos antijudíos».[7] Y después de 1958 los golpes de estado también se sucedieron. La llegada al poder de los baasistas, con Ahmed Hassan El Bakr y Sadam Huseín a la cabeza, no puso fin a las revueltas. La tribu de Ubayd protagonizó graves incidentes con las fuerzas armadas en 1993 y en 1995 elementos de la federación tribal de Dulaym se rebelaron. También frecuentaron las persecuciones de kurdos y shiíes. Y los intentos de golpe de estado también fueron frecuentes: entre 1991 y 1996 hubo al menos tres intentonas.[8] Estos acontecimientos subrayaron la fragmentación de la sociedad iraquí, pero, al mismo tiempo, demostraron que el sistema de poder no se tambaleaba.

La base del poder de Sadam está situada en Tikrit. Antes de 1968, cuando los baasistas regresaron al poder, los golpistas procedían de las ciudades. Sadam Huseín, por el contrario, surgió de Tikrit y se consolidó en el poder merced al denominado clan de Tikrit y a sus buenas relaciones, no exentas de sangrientos altibajos, con los jefes de las tribus. Los nómadas sunníes comenzaron a debilitarse cuando se instalaron en pueblos y ciudades en los años sesenta. Irak era entonces un Estado relativamente moderno que controlaba las escuelas, las carreteras y el poder.

¿A quién podía preocupar, entonces, la suerte de los jeques? A Sadam Huseín, un político nacido entre lealtades tribales en la pobre Tikrit. Las tribus se convirtieron para Sadam Huseín en una combinación de fuerza mercenaria y gobierno local, donde la lealtad tenía una recompensa material, especialmente después de la guerra del Golfo, cuando las sanciones internacionales empobrecieron de manera dramática a la sociedad iraquí. Falath Abdul Jabar, sociólogo instalado en Londres, mantiene que, después del conflicto de 1991, «la única manera de obtener un trabajo significó para

los iraquíes el regreso a la tribu; las sanciones crearon un vacío que solo las tribus podían llenar».[9]

La familia directa, los parientes lejanos (el clan de Tikrit) y las tribus sunníes árabes han sido, de esta manera, la base de la estructura piramidal con la que Sadam Huseín ha ejercido un poder absoluto durante más de tres decenios. Entre trescientos y cuatrocientos miembros de este clan ocupan puestos clave en las diferentes organizaciones de seguridad. El sistema, una combinación de lazos de sangre, intereses y crueldad, se ha apoyado en tres instituciones básicas, que han protegido al dictador con una serie de círculos: la Guardia Republicana, el sistema de seguridad y la organización política.

El sistema de apoyo de la Guardia Republicana, la élite del ejército a la que se le calculan unos 100 000 efectivos, se subdivide en tres pilares:

1. Fuerzas Especiales de Protección de la Guardia Republicana. Representan el primer círculo de protección militar, después de los guardaespaldas (Himaya), que rodea a Sadam Huseín. Están dirigidas por uno de los hijos del presidente, Qusay, y sus oficiales son mayoritariamente miembros del clan de Tikrit. Su misión es la vigilancia de los palacios y residencias presidenciales. El Centre for Defense & International Securities Studies calcula sus fuerzas en unos 25 000 soldados bien equipados.

2. Fuerzas de Protección de la Capital de la Guardia Republicana. Están bajo el mando del clan de Tikrit y miembros de otras familias árabes sunníes. Es la mejor unidad militar iraquí en términos de armamento, entrenamiento y disciplina. Es la única unidad desplegada en la capital y sus alrededores.

3. Fuerzas de Combate de la Guardia Republicana. Están dirigidas por miembros del clan de Tikrit y de otras tribus árabes sunníes. Es la mayor unidad militar operacional, en cuanto a número de miembros, de la Guardia Republicana. Fue creada durante la guerra contra Irán, a principios de la década de 1980, y desempeñó un importante papel en la invasión de Kuwait. Ha sido utilizada reiteradamente para aplastar revueltas como las protagonizadas por los kurdos y shiíes después de la guerra del Golfo. En 1996 esta unidad ayudó de forma decisiva al Partido Democrático del Kurdistán (KDP), encabezado por Masud Barzani, a recuperar el control de la ciudad de Arbil, entonces en manos de su rival kurdo, Jal al Talabani.

El sistema de seguridad, con unos 150 000 miembros, consiste en una maraña de organizaciones y suborganizaciones, unas públicas y otras secretas, que se divide en cuatro unidades o agencias:

1. Unidad de Protección Personal del Presidente (también conocida como Unidad de Seguridad de los Palacios Presidenciales, Jihaz Al-Hemiya Al-Kasa). Este departamento siempre ha estado bajo el control directo de miembros de la familia más próxima de Sadam Huseín (dos hijos, tres yernos, un cuñado, tres hermanastros y seis primos; el núcleo duro familiar no incluiría más de quince hombres). Es la agencia encargada de la protección del presidente y de la vigilancia de los sistemas de

comunicación y transporte. Khidir Hamza, el ingeniero nuclear que fue responsable de los programas armamentísticos del régimen de Bagdad, afirmó en una intervención ante un comité del Congreso estadounidense que «el armamento de destrucción masiva iraquí está bajo el control de la misma organización encargada de la seguridad de Sadam Huseín, un grupo temido y cruel integrado por personas procedentes de la ciudad natal de Sadam y de las tribus leales de las áreas adyacentes».[10]

2. Departamento de Inteligencia Presidencial (Jihaz Mukhabarat Al-Ra'isa). Siempre ha estado dirigido por miembros del entorno familiar inmediato de Sadam Huseín. Su misión principal es coordinar las funciones de todas las agencias de seguridad. Está considerada como la organización básica de los servicios de inteligencia y la clave del control de Sadam Huseín sobre el Estado.

3. Directorio General de Inteligencia (Al-Mukhabarat Al-A'ma). Ha sido dirigida por el núcleo duro familiar de Sadam o del clan de Tikrit. El directorio está dividido en dos secciones, la dedicada a las actividades internas y la que se ocupa del exterior, como el MI5 y el MI6 británicos o el FBI y la CIA estadounidenses.

4. Directorio General de Seguridad Pública (Al-A'mn Al-A'am). Está encabezado por un miembro del clan de Tikrit. Es el departamento más antiguo de la seguridad del Estado. Persigue las actividades políticas, pero sobre todo está dedicado a la vigilancia de la delincuencia común.

El sistema político de apoyo a Sadam Huseín consiste en la organización del partido Baas, con 400 000 militantes, y su milicia armada, que se calcula en unos 22 000 elementos paramilitares. Desde el acceso de Sadam a la presidencia, en julio de 1979, el movimiento baasista se ha ido transformando gradualmente en una organización de inteligencia dedicada al espionaje de la población civil.

Este sistema piramidal se ha demostrado extraordinariamente eficiente a lo largo de los años. La prueba es la estabilidad del régimen, pese a haber librado dos guerras y a las esporádicas rebeliones civiles o intentonas golpistas. Sadam Huseín ha ocupado el poder desde 1968, mientras que la media anterior de permanencia por parte de un dirigente iraquí se limitaba a los cinco años. Ha sido, pues, una sólida estructura de poder dirigida prácticamente por una familia. Como los Borgia pero sin Renacimiento. Mustafa Alani, profesor asociado del Middle East Security Programme, ha escrito: «Si un sistema es creado, controlado y dirigido por una persona, se puede suponer que este sistema no sobrevivirá a su fundador. Por eso resulta razonable concluir que la desaparición de Sadam Huseín generaría un mecanismo de autodestrucción que inmediatamente o en un corto período de tiempo desembocaría en el total hundimiento de todos los sistemas de apoyo».[11]

10

Los arsenales de Sadam

Los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington han modificado los cálculos sobre las características de las futuras amenazas terroristas. Desde el ataque con aviones comerciales contra las Torres Gemelas y el Pentágono, la idea de que un grupo de fanáticos pueda adquirir —y utilizar— armamento nuclear, biológico o químico ya no es impensable. El final de la guerra fría fue interpretado en su día como una oportunidad para reducir la amenaza de estos armamentos, habida cuenta de que también se puso término a la carrera armamentística entre Estados Unidos y la Unión Soviética, las dos superpotencias nucleares. Pero no ha sido así. Han aparecido nuevos desafíos y otros escenarios.

En los años sesenta del siglo pasado, estudiosos de las relaciones internacionales calcularon que al inicio del siglo XXI podría haber unos cuarenta estados con capacidad para poseer armamentos nucleares. La realidad les ha corregido: en el mapa actual solo hay ocho o nueve países (si se incluye a Corea del Norte) que disponen de este tipo de armas: Estados Unidos, Rusia, China, Francia, Gran Bretaña, Israel, India y Pakistán. Sudáfrica y tres antiguos miembros de la Unión Soviética (Bielorrusia, Kazajistán y Ucrania) han renunciado a tenerlas.

Este relativamente modesto número de potencias nucleares se debe, al menos en parte, al éxito de los esfuerzos internacionales para evitar la proliferación de la tecnología relativa al armamento nuclear. A principios del siglo XXI, sin embargo, el avance puede estar en entredicho. Irak, por ejemplo, no tiene la bomba atómica, pero sus esfuerzos por poseerla han subrayado en los últimos años el tamaño de las lagunas existentes en el sistema de control internacional. La situación comenzó a cambiar en mayo de 1998, cuando las pruebas nucleares realizadas por la India —su primera prueba nuclear, sin embargo, se produjo en 1974— y por Pakistán anunciaron al mundo de forma inequívoca la ampliación del club atómico. La conducta de indios y paquistaníes invita a los analistas a pensar cómo será un mundo con diez o veinte potencias nucleares.

La gran preocupación estadounidense es Oriente Medio, donde Israel es la única potencia nuclear. Si Irán o Irak llegaran a disponer de armamento atómico, la nueva situación supondría un cambio sustancial en el equilibrio de poder en la región. Los servicios secretos occidentales siempre han demostrado una particular preocupación por Irak. El servicio de inteligencia alemán, el BND, estimó a principios de 2002 que Irak podría estar en condiciones de construir armas nucleares en el plazo de tres a cinco años si contaba con ayuda exterior. Todas las potencias nucleares, con la

excepción de Estados Unidos y Rusia, utilizan tecnologías procedentes de otros países, de quienes la obtienen, o la han obtenido, legal o encubiertamente, por lo que el próximo miembro del club nuclear necesitará ayuda exterior. Esta es una de las razones por las que Irak se ha convertido, para Estados Unidos e Israel, en una prueba contra la proliferación nuclear. Dado que Irak no ha ahorrado medios en el pasado para procurarse la necesaria tecnología, Washington está convencido de que ha continuado actuando así desde su derrota en la guerra del Golfo.

Cuando el régimen de Bagdad aceptó en febrero de 1991 los términos del alto el fuego en la guerra del Golfo, Sadam Huseín se comprometió a «desmantelar o inutilizar» todo su armamento de destrucción masiva. La prohibición de la ONU se extendió a la fabricación y almacenamiento de cuatro tipos de armas: sistemas de misiles, químicas, biológicas y nucleares. Pero siete años después, en diciembre de 1998, los inspectores de la primera comisión especial de la ONU para el desarme de Irak (UNSCOM) pusieron fin a sus inspecciones como protesta por las tácticas obstruccionistas de Bagdad. Desde entonces, dicen los expertos estadounidenses, Sadam Huseín ha podido hacer y deshacer a su antojo. El líder iraquí negó a finales de noviembre de 2002, cuando los inspectores regresaron a Irak, que poseyera armamentos de destrucción masiva.

Desde 1991 los inspectores de la ONU han supervisado la destrucción de centenares de misiles y cohetes que el régimen iraquí había asegurado que no existían o que habían sido destruidos. Los inspectores han certificado en el último decenio la destrucción de unas 27 000 bombas y obuses químicos e inutilizado 30 cabezas químicas para misiles Scud y unas 600 toneladas de agentes químicos utilizados para la fabricación de gas mostaza, así como unos mil instrumentos susceptibles de ser utilizados en una guerra química.[1]

Al-Muthanna, el principal complejo de producción y desarrollo de armamento químico, fue prácticamente destruido por la coalición internacional en la guerra de 1991. La instalación fue desmantelada y cerrada cuando aún era perceptible la existencia de gas mostaza. Los inspectores de la ONU también controlaron la destrucción de la planta de armamentos biológicos de al-Akam en 1996, un año después de que los oficiales iraquíes admitieran, después de cuatro años de reiteradas negativas, su existencia. Y el descubrimiento de diversos giroscopios —el principal componente del sistema de guía de un misil— en unas instalaciones próximas a la frontera con Jordania demostró en 1995 que Bagdad estaba intentando incrementar el radio de acción de sus misiles.

Los primeros misiles del Ejército iraquí fueron adquiridos a la Unión Soviética en 1973, después de la guerra árabe-israelí del Yom Kippur, en la que el régimen de Sadam Huseín intervino activamente. Eran misiles del tipo Scud, con un alcance máximo de unos 300 kilómetros, que en breve plazo fueron modificados —la versión se denominó al-Huseín— para que fueran capaces de superar los 600 kilómetros, un radio de acción que sitúa a Tel Aviv a tiro de Bagdad. Cuando Irán e Irak firmaron el

alto el fuego que puso fin a la guerra librada entre 1980 y 1988, los misiles al-Huseín y el uso de armamento químico fueron considerados por Bagdad como los factores que le había proporcionado la victoria sobre Jomeini.

La resolución 687 del Consejo de Seguridad de la ONU, aprobada el 3 de abril de 1991, setenta y dos horas después de la derrota iraquí en la guerra del Golfo, estipuló que «Irak debe aceptar incondicionalmente, bajo supervisión internacional, la destrucción, traslado o inutilización de sus armas de destrucción masiva, misiles con un alcance superior a los 150 kilómetros, así como las correspondientes instalaciones de producción y equipamiento». El 6 de abril de 1991 Irak aceptó la resolución 687, y doce días más tarde permitió el acceso de los inspectores de la ONU a determinadas armas químicas y misiles de largo alcance del tipo Scud y 53 al-Huseín. Cuando los inspectores de la comisión especial UNSCOM abandonaron Irak en diciembre de 1998, el informe de la agencia de la ONU afirmó que había localizado y destruido la mayoría de los misiles iraquíes. Todos los Scud menos dos habrían sido eliminados, aunque miembros del equipo de inspectores no descartaron que Sadam Huseín hubiera logrado mantener oculta una «reserva estratégica». En diciembre de 2002, y a resultas de una filtración periodística del contenido del informe librado por Sadam Huseín sobre sus arsenales, tal y como exigía la resolución 1441, se supo que el régimen baasista habría logrado, entre otros objetivos, duplicar el alcance de 400 de sus 819 misiles Scud merced a la tecnología militar suministrada por unas ochenta empresas alemanas desde la década de 1970. El informe de Bagdad, publicado parcialmente por el diario *Die Tageszeitung*, reveló que las empresas alemanas, entre ellas gigantes industriales como Siemens, Degussa o Hochtief, habrían vendido material de alta tecnología a Irak.

El régimen de Sadam Huseín utilizó por primera vez armamento químico en 1983, durante la guerra contra Irán. Bagdad temió perder ese año el conflicto que había desencadenado tres años antes. El régimen teocrático iraní lanzaba sobre el frente un número de tropas que superaba ampliamente a las iraquíes, cuya moral se estaba debilitando. Los iraníes, además de su ventaja numérica, utilizaban con éxito el lanzamiento de misiles contra objetivos iraquíes. Sadam Huseín decidió entonces utilizar por primera vez armamento químico contra las oleadas de guardias de la revolución iraní. Las fuerzas iraquíes utilizaron gases tóxicos contra los iraníes y, posteriormente, en marzo 1988, contra la población kurda de Halabja (Irak), donde habrían perecido unas 5000 personas.[2] Desde entonces, cada intento de privar a Sadam de su arsenal de destrucción masiva solo ha hecho que confirmar su convencimiento de que este armamento le era necesario para mantenerse en el poder.

El armamento químico, aunque sin llegar a ser utilizado, también desempeñó un papel significativo en la guerra del Golfo. En la víspera del desencadenamiento de la operación Tormenta del Desierto, el secretario de Estado, James Baker, viajó a Ginebra para reunirse con el vice primer ministro iraquí, Tariq Aziz, a quien hizo entrega de un mensaje del presidente George Bush para Sadam Huseín. La carta

contenía la promesa, como relata Baker en sus memorias (*The Politics of Diplomacy*), de que si Irak utilizaba su arsenal químico contra las fuerzas estadounidenses, Estados Unidos respondería con «la más dura respuesta posible». Los dirigentes iraquíes captaron el mensaje: si no empleaban el armamento químico, Bush no les derrocaría el régimen.

La utilización de armamento químico nunca ha sido reconocido públicamente por Bagdad, aunque fuentes occidentales mantienen que lo habría utilizado en 195 ocasiones entre 1983 y 1988, sobre todo contra los kurdos. [3] Pero los inspectores de la ONU se retiraron en diciembre de 1998 de Irak sin haber podido establecer exactamente las cantidades del gas nervioso VX, ántrax o botulinum toxin —que causa la muerte por parálisis muscular— que seguían en manos del régimen. Dos golpes de suerte, sin embargo, permitieron a los inspectores hacerse una idea de lo que Sadam ha podido estar escondiendo en el último decenio. En una ocasión, los inspectores localizaron documentos sobre la fabricación de gas VX mientras inspeccionaban una instalación de armamento químico. Otra vez dieron con un manojo de documentos al interceptar a dos oficiales iraquíes que transportaban un maletín repleto de papeles en los que se hacía referencia a programas relativos al ántrax.

El golpe más afortunado para los inspectores se registró en agosto de 1995, cuando dos yernos de Sadam Huseín, el coronel Huseín Kamel Hassan al-Majid y su hermano Sadam huyeron a Jordania y se convirtieron en una mina de información. Las revelaciones de Huseín Kamel condujeron a los inspectores hasta una granja donde descubrieron un millón y medio de páginas sobre los intentos iraquíes de desarrollar armamentos químicos, biológicos y nucleares. Huseín Kamel mostró la cara oculta de la Luna a los inspectores internacionales, pero su confesión le costó la vida. Aparentemente perdonados por su suegro, los dos hermanos regresaron seis meses después a Irak en compañía de sus esposas, Raghdad y Rana. Tres días más tarde los dos fueron asesinados en el domicilio de sus padres. Desde entonces, el régimen ha negado por activa y por pasiva que esté desarrollando un programa de armamento biológico.

El armamento biológico, aunque no parece ser ideal para usos militares, habida cuenta de que la mayoría precisa bastantes días para ser preparado y tiene una utilización limitada en el campo de batalla, ofrece, sin embargo, la posibilidad letal de extender una enfermedad a través de un virus o una bacteria. Los agentes biológicos pueden desarrollarse en plantas móviles y pequeñas, lo que habría podido permitir a Bagdad hacer completamente opacos sus trabajos. Las sospechas estadounidenses se han basado en informes que hacen referencia a que Irak habría sido capaz de reconstruir las plantas que en el pasado estuvieron dedicadas a la producción de armas químicas y biológicas y que fueron destruidas por aviones estadounidenses en 1998.

Otra de las preocupaciones estadounidense se ha centrado en los últimos años en

la posibilidad de que los iraquíes pudieran utilizar aviones para atacar con armas biológicas o químicas. En este sentido se ha señalado a un proyecto denominado Al Baya que no fue incluido en las sanciones aprobadas por la ONU. Este proyecto pretendería transformar un avión de fabricación checa en un aparato con pilotaje automático. La administración Bush consideró que este tipo de avión podría transportar armamento en sus alas. Todas las instalaciones aéreas iraquíes fueron bombardeadas en una operación dirigida por Estados Unidos en 1998, aunque fuentes occidentales no han descartado que algunos de los aparatos Al Baya se salvaran de la quema.

El programa nuclear iraquí tiene otra y más larga historia. Los primeros esfuerzos se remontan a los tiempos del proyecto «Atomos para la paz», puesto en marcha en 1956. Seis años después, en 1962, Irak comenzó a construir su primer reactor nuclear, merced a la cooperación de la Unión Soviética, que posteriormente, en 1967, también contribuyó a modernizarlo. Irak firmó el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) en 1968, y lo ratificó un año después. Pero en 1971 puso en marcha un plan con el que pretendió sortear los compromisos adquiridos ante la comunidad internacional. En aquel tiempo, el programa nuclear iraquí era responsabilidad de la denominada Comisión de Energía Atómica de Irak (IAEC, según sus siglas en inglés), en realidad un pequeño departamento integrado dentro del Ministerio de Educación Superior. Y su máximo responsable era Khidir Hamza. Las instalaciones se construyeron en al-Tuwaitha, a unos 17 kilómetros al sur de Bagdad. Khidir Hamza, que en 1994 huyó a Estados Unidos, sigue siendo una de las principales fuentes para desentrañar el misterio de la familia nuclear iraquí.

Hamza fue abordado a finales de 1971, según su propio relato, por dos miembros del IAEC, el doctor Moyesser al-Mallah y el nuevo director de Centro de Investigación Nuclear, Husham Sharif, ambos miembros del partido baasista. Al-Mallah y Sharif pidieron a Hamza que desarrollara un plan para adquirir armamento nuclear. Le aseguraron que el proyecto contaría con la financiación necesaria a través del entonces vicepresidente iraquí y vicepresidente del Consejo de Mando de la Revolución, Sadam Huseín. Hasta entonces el programa nuclear iraquí había sido poco ambicioso y con limitada financiación, que esencialmente procedía de diversos proyectos de ayuda internacional.

Hamza cedió a la tentación de convertirse en el Werner von Braun de Irak.[4] Presentó un informe de cincuenta páginas que fue revisado por miembros del Consejo de Mando de la Revolución y aprobado en 1972 por Sadam Huseín, no por el entonces presidente El Bakr. La parte central del plan de Hamza se basó en la adquisición de un reactor en el extranjero para producir plutonio. Desde el momento en que Irak había suscrito el TNP, este reactor debería estar sujeto a una revisión bianual por parte de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA), por lo que las autoridades iraquíes decidieron no consumar su ingreso en el organismo supervisor. Bagdad, de esta manera, y según la versión de Hamza, había puesto en

marcha dos experimentos al mismo tiempo: uno, nuclear; el otro, político, destinado a demostrar cómo un régimen puede llegar a adquirir armas nucleares bajo la cobertura de un programa nuclear civil.

Lo primero que Sadam Huseín hizo para sortear a los investigadores internacionales fue situar a su gente dentro de la AIEA, averiguar qué sabía el organismo sobre los planes iraquíes y tratar de influir en sus decisiones. En septiembre de 1973, al-Mallah, Hamza y el ministro de Educación Superior, Hisham al-Shawi, viajaron a Viena con el propósito de conseguir un puesto para Irak en el consejo de gobernadores de la AIEA. Y tuvieron éxito. Al-Shawi obtuvo un sillón, al tiempo que en la embajada iraquí en Viena se creaba un puesto de nueva planta («Scientific attaché») que fue ocupado por Suroor Mahmoud Mirza, hermano de un guardaespaldas de toda confianza de Sadam Huseín. Al-Shawi se apuntó, además, un importante tanto al lograr que un físico nuclear iraquí, Abdul Wahid Al-Saji, fuera nombrado inspector de la AIEA.

A finales de 1974 Irak contaba ya con unos 200 investigadores. Y en abril de 1975, un destacado físico, Jafar Dhia Jafar, regresó a Bagdad después de haber trabajado varios años en el centro de investigación británico de Harvell y en el CERN, el laboratorio europeo de física nuclear con sede en Ginebra. Cuatro años después, Jafar, que a su talento unía unas interesantes conexiones con la alta sociedad iraquí (su padre había sido ministro con el último rey de Irak), fue nombrado vicepresidente de la Comisión iraquí de Energía Atómica. Los principales científicos del programa nuclear serían a partir de entonces: el propio Jafar, Hamza —responsable del programa del reactor— y el reconocido radioquímico Huseín Al-Shahristani, que dirigía el programa de separación del plutonio.

En 1974, Francia fue el primer país en ser abordado por Irak para obtener un reactor capaz de garantizar una sustancial producción de plutonio.[5] Pero el endurecimiento de los controles internacionales después de que la India realizara ese mismo año su primera prueba nuclear frustró la operación. El régimen de Bagdad puso su mirada entonces en Canadá y en el reactor Candu, que precisamente era el tipo de instalación utilizada por la India.

Finalmente, Bagdad optó por dos tipos de reactores franceses que operaban con uranio altamente enriquecido.

Hamza inició las negociaciones con Francia para la adquisición de un reactor MTR, un derivado del reactor Osiris. La cosa ya se había determinado, ahora faltaba ponerle un nombre. Francia bautizó el reactor que iba a vender a Irak como Osirak (Os + Irak). Los iraquíes, por su parte, prefirieron denominarlo Tammuz 1, en recuerdo del mes del calendario islámico en el que el partido Baas accedió al poder en 1968. El pedido iraquí, en cualquier caso, incluyó otro reactor, este menos poderoso, que denominó Tammuz 2 (Isis para los franceses). Días antes de viajar a Francia para cerrar la operación Osirak, en septiembre de 1975, Sadam Huseín declaró a una revista de Beirut que su país se había comprometido en «el primer

intento árabe de armarse nuclearmente».[6] Y posteriormente, en otra declaración, argumentó que el esfuerzo iraquí estaba destinado a contrarrestar el arsenal israelí.[7]

El acuerdo entre Francia e Irak fue concluido en 1976, aunque desde el mismo momento de la firma las autoridades francesas no ocultaron su preocupación por el uso que podría tener la alta tecnología que iban a suministrar a Bagdad. Hubo incluso un intento de última hora por parte de París de modificar el contrato, pero Irak se opuso. Algunos comentaristas iraquíes subrayaron entonces, para calmar al Gobierno francés, que Osirak no sería construido bajo tierra, sino que sería cubierto por una cúpula vulnerable, de lo que cabía inferir que la utilización del reactor sería únicamente de carácter pacífico. Pero Irak presionó a Francia para que construyera otra instalación bajo tierra. París se negó en redondo. La infraestructura del Osirak fue realizada entre 1976 y 1979, y la construcción del reactor, para la que se firmaron contratos con la empresa italiana SNIA-Techint y la alemana NUKEM, entre otras, se inició en 1979. Ese año, en junio, Sadam Huseín consolidó su poder con el derrocamiento de El Bakr.

A principios de 1979, Homi Sethna, entonces jefe del programa de armamento nuclear de la India, recibió a un grupo de científicos iraquíes que demostraron un gran interés en la posibilidad de utilizar el plutonio producido en plantas como la que pretendían comprar a la India para la fabricación de armamento nuclear.[8] Sethna nunca ha explicado qué interpretación dio al interés de los científicos iraquíes, pero las especulaciones sobre los propósitos de Bagdad no cayeron en saco roto en Israel.

Los acontecimientos no tardaron en precipitarse. En junio de 1979, Sadam Huseín consolidó su poder con la dimisión del presidente El Bakr. Y dos meses después protagonizó una gran purga que costó la vida, entre otros, a siete científicos y diversos ingenieros. Una vez consumada la limpieza, Sadam Huseín convocó para el 18 de septiembre siguiente una inesperada cumbre en al-Tuwaitha con responsables del programa nuclear, entre ellos Jafar y al-Shahristani (Hamza estaba entonces en el extranjero). El líder máximo, según la versión de Hamza,[9] quería saber cuándo el programa para la fabricación de plutonio estaría listo. Osirak aún tenía por delante mucho camino por recorrer, y al-Shahristani, un shií de origen iraní encargado del programa de separación del plutonio, fue quien le contestó. Sadam Huseín no quedó satisfecho y ordenó su arresto. Jafar intercedió por su colega, pero también fue detenido. Al-Shahristani fue condenado a cadena perpetua en la temida cárcel de Abu Ghraib, donde cumplió once años de condena: logró escapar durante la guerra del Golfo y se instaló en Londres.[10]

El potencial de Osirak fue objeto a partir de entonces de una gran controversia, alimentada en buena parte por los ambiguos resultados de las investigaciones realizadas por la AIEA, a menudo víctima de sus mismos objetivos, que deberían ser complementarios pero que también resultan a veces contradictorios: su deseo de promocionar la tecnología nuclear y, al mismo tiempo, su propósito de regular esta misma tecnología para que no pueda ser utilizada para objetivos militares.

La AIEA no resolvió sus dudas, pero Israel no dudó en ningún momento. Israel trató de destruir por primera vez los planes nucleares de Irak el 6 de abril de 1979. Las carcasas de dos reactores estaban almacenadas en una planta de la compañía francesa Constructions Navales et Industrielles de la Méditerranée en La Seyna-Sur-Mer, cerca de Toulon, desde donde debían ser embarcadas con destino a las instalaciones de Osirak. En una operación del Mossad, los servicios secretos israelíes, siete comandos colocaron cinco cargas explosivas en las carcasas y las detonaron. El programa nuclear iraquí sufrió un retraso de al menos medio año.[11]

La mayor parte de los daños causados en las carcasas de los reactores fueron reparados, pero se detectaron otras graves fracturas. El dilema que se planteó a los dirigentes iraquíes era reconstruir las carcasas completamente, como aconsejaban los técnicos, lo que exigiría dos años adicionales de trabajo, o arriesgarse a una reparación que podría terminar reduciendo el período de funcionamiento de la central. Bagdad, que no estaba dispuesto a demorar más sus planes, se inclinó por la última opción.

Osirak, o Tammuz 1, siguió, así, su tortuoso camino, jalonado de sabotajes y asesinatos aparentemente perpetrados por los servicios secretos israelíes, entre otros un ataque a la firma italiana SNIA-Techint, que en 1980 suministraba a los iraquíes tecnología para el reprocesamiento del plutonio, o el asesinato, en junio de 1980, del ingeniero nuclear egipcio Yehia al-Meshad, contratado por Bagdad. El nombre de Tammuz se corresponde con el de un mes del calendario islámico, pero es anterior al islam. Su origen se remonta a Dumuzi, dios sumerio de la agricultura, cuyo culto se observó durante 4000 años. Los sumerios conmemoraban la muerte de Dumuzi para asegurar la continuidad de la vida en la Tierra. Pero los israelíes borraron del mapa a Tammuz 1 antes de nacer.

Al amanecer del 7 de junio de 1981, ocho F-16 Falcons y seis F-15 Eagles, que les proporcionaban cobertura, emprendieron una de las misiones más osadas de la historia de las Fuerzas Aéreas de Israel. Volando a baja altura, a través de los espacios aéreos de Jordania, Arabia Saudí e Irak, alcanzaron al-Tuwaitha en apenas una hora. La cúpula de Osirak era un blanco fácil. En ochenta segundos los pilotos israelíes dejaron caer 13 bombas sobre la central. Solo una pareció errar el tiro. El reactor resultó triturado y el edificio se derrumbó como un castillo de naipes. Eran las 6.35 de la mañana, hora local, y las Fuerzas Aéreas israelíes acababan de realizar con éxito la misión a más larga distancia de su historia: a 1100 kilómetros de su base, un recorrido que prácticamente era el límite del radio de combate de los F-16 Falcons. Osirak no sobrevivió esta vez. En septiembre de 1980, poco después de estallar la guerra entre Irak e Irán, la central fue bombardeada por F-4 Phantoms iraníes, pero sufrió escasos daños.

El Gobierno israelí, encabezado por el nacionalista Menahem Begin, hizo hincapié en que el momento elegido para el ataque de 1981 obedeció al deseo de destruir la instalación antes de que entrara en servicio y fuera radiactiva. La versión

iraquí facilitada por Hamza sugiere que los técnicos franceses estaban avisados del ataque, por lo que esa mañana no acudieron a la central, y que la bomba que no acertó con el reactor no fue un error israelí. Según Hamza, la bomba cayó sobre un túnel de treinta metros que conectaba Osirak con un laboratorio.[12] Por su parte, Victor Ostrovsky, coautor de *By Way of Deception*, creyó haber encontrado una prueba de la posible implicación francesa: «Damien

Chassepied, un técnico francés que había sido reclutado por el Mossad, accedió a depositar dentro del edificio una maleta que contenía un artefacto explosivo de construcción casera. Por razones desconocidas, Chassepied se entretuvo en el interior y fue la única víctima».[13]

El raid israelí provocó un ruido diplomático extraordinario. Y dos decenios después, en la perspectiva de un posible ataque estadounidense contra Irak, no deja de contener una grave ironía. Margaret Thatcher, primera ministra británica, tronó: «Un ataque en estas circunstancias no puede tener justificación. Representa una grave violación del derecho internacional». Jeanne Kirkpatrick, embajadora de Estados Unidos ante la ONU, se declaró «sorprendida» y comparó el ataque con la invasión soviética de Afganistán. Y el diario *Los Angeles Times* calificó la operación de «terrorismo de Estado».

La tormenta se desató en la ONU. Israel proclamó en el máximo organismo internacional que Sadam Huseín estaba tratando de desarrollar armas nucleares y que, por lo tanto, su acción fue en legítima defensa, de acuerdo con el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas. Otros países mostraron su desacuerdo con esta interpretación, por cuanto consideraron que no existían pruebas de que el programa nuclear iraquí, en fase de desarrollo, pudiera ser descrito como un proyecto militar, agresivo o dirigido contra un país determinado. Según la Carta de la ONU, cualquier acción de un Estado contra otro Estado que no representa una amenaza inminente es ilegal. El Consejo de Seguridad aprobó una resolución por la que se condenó la acción israelí, incluido el voto del representante de Estados Unidos, que tradicionalmente utiliza su derecho a veto para evitar cualquier crítica a Israel. La administración Reagan incluso bloqueó el suministro de más F-16 Falcons a Israel, aunque las aguas volvieron rápidamente a su cauce: unos meses más tarde, Washington reanudó sus suministros militares a Israel.

Irak trató, inicialmente, de reemplazar Osirak con otra central, pero pronto abandonó sus propósitos. Arabia Saudí le ofreció su apoyo financiero. El presidente francés, François Mitterrand, anunció un acuerdo de principio para reconstruir Osirak después de haber mantenido consultas con el vice primer ministro iraquí, Tariq Aziz, en agosto de 1981. Pero Irak, finalmente, renunció a sus planes iniciales, aunque nunca dio una explicación satisfactoria. La próxima vez que el armamento iraquí de destrucción masiva volvería a ser motivo de discusión internacional fue durante la guerra contra el Irán del ayatolá Jomeini.

Los orígenes del programa nuclear iraquí se explican por la consolidación de

Israel como la única potencia nuclear de Oriente Medio. Los primeros misiles Scud fueron adquiridos por Bagdad después de la guerra árabe-israelí de 1973 y del desarrollo de las primeras armas nucleares por parte de Israel. En este contexto, la destrucción del reactor nuclear de Osirak hizo retroceder varios años a los esfuerzos iraquíes, pero también estimuló su resolución a dotarse de armas químicas para compensar la superioridad nuclear israelí.

11

La conexión terrorista

Sadam Huseín y Osama Bin Laden tienen muchas cosas en común. Comparten los mismos intereses, desde el odio al Estado de Israel a la hostilidad hacia los dirigentes de Arabia Saudí, pasando, claro está, por la inquina a Estados Unidos, el enemigo común. Los dos, además, son sospechosos de tener o estar en disposición de utilizar armas químicas y biológicas. Si comparten tantos objetivos y odios, ¿es posible que exista una relación entre ambos?

Los duros de la administración Bush están convencidos de que esta relación existe. Y si no lo están, lo han disimulado en su intento de ganarse a la opinión pública internacional para que Irak sea el siguiente objetivo, después de Afganistán, en la guerra global contra el terrorismo. Donald Rumsfeld, secretario estadounidense de Defensa, afirmó el 26 de septiembre del año 2002 que la administración estadounidense tenía la confirmación inequívoca de las relaciones entre Irak y Al Qaeda, incluida una «prueba sólida» de que Osama Bin Laden y el líder espiritual de los talibanes, el mulá Mohamed Omar, habían encontrado refugio en Irak. «Hay miembros de Al Qaeda en diversas poblaciones de Irak, y es muy difícil que el gobierno no esté al tanto de lo que sucede», afirmó.[1]

Sin embargo, todas las sospechas sobre una posible relación entre Sadam Huseín y Osama Bin Laden no han pasado de ser meras suposiciones, por lo menos hasta lo que se sabe. El senador republicano Chuck Hagel, miembro del Comité de Relaciones Exteriores y contrario a un ataque preventivo contra Irak, afirmó en agosto de 2002 que «Sadam no está en la misma liga que Al Qaeda; por supuesto que le anima, pero no he visto ninguna prueba que conecte Sadam con Al Qaeda». Con la excepción de la oferta de 25 000 dólares hecha a las familias de los terroristas suicidas palestinos, el líder iraquí no ha sido atrapado con las manos en la masa.

Los que señalan con el dedo a Sadam Huseín creen haber encontrado el eslabón perdido en la organización extremista Ansar al Islam, grupo kurdo que ha adoptado diversas formas desde la década de 1990, cuando su líder, un clérigo musulmán llamado Najmadin Fatah («mulá Krekar» es su nombre de guerra), se inspiró en los muyahidines afganos para desencadenar una revuelta contra dos grupos rivales en el Kurdistán iraquí. De Krekar se sospecha que podría ser el enlace entre Sadam y Bin Laden, algunos de cuyos seguidores, según fuentes estadounidenses, habrían sido reclutados en los campamentos de Ansar al Islam en el norte del Kurdistán, fuera del control de Bagdad. William Safire, columnista ultraconservador de *The New York Times*, escribió a mediados de 2002 que Sadam Huseín dirigía en secreto el grupo

Ansar al Islam, acusación que el sector duro de la administración Bush recibió con alivio, aunque la pistola humeante siguió sin ser presentada.

La pista que con mayor atención ha rastreado la administración Bush es la que podría relacionar al régimen de Bagdad con el terrorista que dirigió los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington. Según una declaración a la prensa londinense realizada dos meses después del 11 de septiembre por James Woolsey, antiguo director de la CIA, Mohamed Atta, a quien se supone que era el jefe de los terroristas del 11 de septiembre, se entrevistó en abril del año 2001 con un agente iraquí, Ahmad Khalil Ibrahim Samir Al Ani, en Praga.[2] Los servicios de inteligencia checos desmintieron la información, pero días después la dieron por buena. *The New York Times* tomó nota, pero escribió: «No está claro qué les ha llevado a revisar sus conclusiones iniciales».

Las investigaciones posteriores sobre el encuentro de Praga no han sido concluyentes. Tanto el FBI como la CIA pusieron en entredicho esta información, por cuanto, según sus investigaciones, Atta se encontraba en Florida dos días antes de la supuesta reunión en la capital checa, y no hay ningún indicio de que el terrorista saliera de Estados Unidos por aquellas fechas. El presidente checo, Vaclav Havel, informó a la administración Bush, según *The New York Times*, que no tenía pruebas de que el encuentro se hubiera celebrado. Y el enredo aún se complicó más con el posterior mentís oficial checo de que Havel hubiera hablado con Bush sobre el asunto.

A principios de septiembre de 2002, el semanario estadounidense *Time* reveló que el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, se entrevistó con el ayudante del director de la agencia antiterrorista del FBI, Pat D'Amuro, para interesarse una vez más sobre el informe de los servicios checos. Diversos oficiales que asistieron al encuentro negaron que Wolfowitz, un jefe de fila de los duros de la administración, hubiera presionado para que la agencia confirmara la entrevista de Praga. Pero fuentes del FBI, según *Time*, confirmaron que el hombre del Pentágono había intentado persuadir a la agencia para que aceptara que las informaciones sobre Praga podrían ser al menos posibles.

Otra fuente inagotable de acusaciones contra Sadam Huseín procede de la disidencia iraquí. Mohamed Mansour Shahab, un mercenario detenido por la oposición kurda, reveló que oficiales iraquíes le pagaron para que suministrara al régimen talibán una serie de refrigeradores preparados para contener armas químicas o biológicas. Pero los servicios secretos estadounidenses tampoco pudieron confirmar esta información. Otro desertor, antiguo miembro del servicio secreto iraquí, declaró a la revista *Vanity Fair* que Uday, hijo de Sadam, controla un grupo de 1200 hombres, denominado Al Qarea, que se entrena para atacar contra intereses estadounidenses. Expertos estadounidenses en la lucha antiterrorista se mostraron igualmente escépticos. Un oficial estadounidense, según *Time*, afirmó que Al Qarea es un grupo de hombres disfrazados de activistas para impresionar a su padre.

El pasado, sin embargo, juega contra Sadam Huseín. Mucho antes del 11 de septiembre, el título de terrorista más buscado del mundo correspondía a Abu Nidal, nombre de guerra de Sabri Al Banna, un palestino a quien el Departamento de Estado responsabiliza de 900 asesinatos en veinte países de 1974 a 2002, cuando murió, en circunstancias no aclaradas, en Bagdad, donde había hallado refugio.

Abu Nidal, un palestino que a los once años se vio obligado a huir de su ciudad natal, Jaffa, hoy parte de Israel, ante el avance de las fuerzas israelíes en la guerra de 1948, rompió con Yasser Arafat en 1974, y ese mismo año formó su propio grupo revolucionario, conocido como Organización Abu Nidal o también como Consejo Revolucionario Fatah, cuya primera acción terrorista fue la voladura de un avión de la TWA que cubría el trayecto Atenas-Roma con 88 personas a bordo. Sadam Huseín no solo protegió a Abu Nidal, sino que le dio refugio hasta 1983, cuando fue expulsado de Irak. En los años ochenta, Bagdad mejoró sus relaciones, tradicionalmente frías, con la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), de Yasser Arafat, aunque, al mismo tiempo, se aproximó a Ahmad Jebril, líder de un movimiento radical palestino opuesto a Arafat. Jebril se instaló en Bagdad a pesar de que sus principales aliados eran los regímenes de Damasco y Teherán, entonces enemigos jurados de Sadam Huseín.

Abu Nidal rompió con su principal protector, el coronel libio Muammar Gaddafi, en 1998, y al año siguiente regresó a Bagdad. Tres años después, en agosto de 2002, Abu Nidal apareció muerto en su residencia de la capital iraquí. Según la versión del régimen de Sadam Huseín, el terrorista se suicidó de un disparo en la cabeza cuando iba a ser detenido bajo la acusación de espionaje a favor de un país árabe no identificado. Según sus seguidores, Abu Nidal falleció acribillado. Todo parece indicar que el terrorista murió a manos de los servicios secretos iraquíes cuando los esfuerzos de Washington se multiplicaban para dar con el eslabón perdido entre Sadam Huseín y el terrorismo internacional.

El régimen de Sadam Huseín apoyó a los Hermanos Musulmanes de Siria a finales de los años setenta y principios de los ochenta, cuando el régimen baasista de Damasco, rival de Bagdad, los persiguió. Este respaldo a los Hermanos Musulmanes hizo que Irak figurara en la primera lista de países patrocinadores del terrorismo elaborada en 1979 por el Departamento de Estado. Pero tres años después, una vez que Irak había invadido Irán, entonces la principal obsesión de Washington, la administración Reagan retiró a Sadam de la lista negra, con lo que pudo recibir créditos y ayudas estadounidenses.

El régimen de Sadam Huseín también es acusado por la administración Bush de haber intentado asesinar a George Bush en 1993, mientras visitaba Kuwait. En la víspera de la llegada del entonces expresidente las fuerzas de seguridad kuwaitíes detuvieron a diecisiete personas que fueron acusadas de poseer armas. Los servicios de inteligencia estadounidenses concluyeron que los explosivos requisados eran del mismo tipo que los utilizados por los iraquíes en otras operaciones y revelaron que

habían interceptado llamadas telefónicas entre el grupo y Bagdad. La respuesta de la administración del demócrata Bill Clinton fue el disparo contra Irak de diversos misiles crucero. La intentona fallida de Kuwait habría sido la última acción iraquí contra objetivos estadounidenses, según admitieron fuentes oficiales a mediados del año 2002.

Otro frente iraquí vigilado estrechamente por Estados Unidos ha sido en los últimos años el diplomático, siempre sospechoso de estar implicado en acciones contra los disidentes de Sadam Huseín o de realizar otras operaciones encubiertas. A mediados del decenio de 1990, científicos iraquíes fueron enviados a Sudán —entonces la base de Osama Bin Laden—, pero fuentes oficiales estadounidenses no han podido demostrar que existieran contactos directos con Al Qaeda. A principios de 1998, cuando los movimientos de la organización de Bin Laden ya obsesionaban a Washington, Richard Clarke, coordinador de la lucha antiterrorista del Consejo Nacional de Seguridad, ordenó un seguimiento de las actividades iraquíes en el exterior, aunque tampoco se hallaron pruebas concluyentes de una relación directa con Al Qaeda. Tres meses después de tomar posesión, en enero de 2001, altos funcionarios de la administración Bush celebraron una reunión para tratar sobre las posibles relaciones entre Irak y Al Qaeda. En el encuentro, Paul Wolfowitz, subsecretario de Defensa, preguntó a Clarke si tenía pruebas de la conexión. Clarke dijo que no, según manifestó después un oficial que participó en la reunión.[3]

12

Las sanciones: premio y castigo

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas impuso el 6 de agosto de 1990 un conjunto de sanciones económicas contra Irak. Estas sanciones, aprobadas por la resolución 661, prohíben las inversiones extranjeras y las importaciones y exportaciones iraquíes, excepción hecha de determinados suministros médicos y humanitarios. Los depósitos y propiedades de Irak en el extranjero también están congelados desde entonces. La resolución 986 (12 de abril de 1995) introdujo posteriormente otras salvedades, entre ellas la posibilidad de exportar petróleo a cambio de suministros humanitarios (*oil-for-food*, petróleo por alimentos), pero los efectos de las sanciones sobre la población, así como su ineficacia a la hora de doblegar al régimen iraquí, provocaron fuertes críticas internacionales en el decenio transcurrido.

Las sanciones, según fueron redefinidas por la resolución 687, aprobada el 3 de abril de 1991, han perseguido diversos objetivos. Han pretendido eliminar el armamento iraquí de destrucción masiva, facilitar la liberación de los prisioneros de la guerra de 1991 y poner fin a cualquier relación de Bagdad con el terrorismo. La resolución también estableció las reparaciones de guerra impuestas al régimen de Sadam Huseín. Unos objetivos, en definitiva, que, menos de dos meses después de la expulsión de las tropas iraquíes de Kuwait, contaban con un amplio apoyo internacional. El consenso era entonces total sobre la necesidad de que Bagdad cumpliera la prohibición de fabricar y almacenar cuatro tipos de armas de destrucción masiva: nucleares, químicas, biológicas y sistemas de misiles.

Doce años después, sin embargo, las sanciones no habían conseguido los objetivos trazados. Irak se ha empobrecido y está aislado, pero el régimen de Sadam Huseín no solo ha resistido, sino que se ha hecho más represivo. Las sanciones se han mantenido a causa de la insistencia de Estados Unidos y Gran Bretaña, cuyos gobiernos se han mostrado convencidos de que su continuidad conduciría inevitablemente a la caída del dictador. Esta política dejó hace tiempo de ser compartida por buena parte de los otros miembros del Consejo de Seguridad de la ONU. La mayoría comenzó a oponerse al conjunto de las sanciones contra Irak o a expresar serias reservas sobre su continuidad a finales de la década de 1990. En noviembre de 1999, el embajador holandés Peter van Valsum, entonces presidente del Irak Sanctions Committee, admitió ante el Consejo de Seguridad las frustraciones de los miembros no permanentes por la falta de información y transparencia en el proceso, supervisado especialmente por Estados Unidos y Gran Bretaña, ambos con

derecho a veto. Para Washington, las sanciones, junto con las zonas de exclusión aérea creadas en Irak por Estados Unidos y Gran Bretaña, así como el periódico hostigamiento militar, había que interpretarlas como una parte fundamental de la política de contención diseñada para derrocar a Sadam Huseín.

Cuando las sanciones fueron impuestas en 1990, cuatro días después de la invasión de Kuwait por parte de Irak, la mayoría de los analistas occidentales las recibió como una iniciativa innovadora y no violenta que podría obligar a Sadam Huseín a cumplir lo que la sociedad internacional le exigía. Doce años después, la presunta herramienta ética que podía significar la política de sanciones ha tenido como resultado un duro castigo para los civiles y un profundo empobrecimiento de la economía iraquí, lo que ha provocado graves dudas sobre la idoneidad de la iniciativa. Los precios de los alimentos son 12 000 veces superiores a los de 1990, la UNICEF (United Nations Children's Fund, organización fundada en defensa de los derechos de la infancia) calcula que al menos 4500 niños han muerto cada mes a consecuencia de las sanciones, y la clase media iraquí, que en principio podía ser la fuerza capaz de derrocar a Sadam, prácticamente ha desaparecido. El régimen, por el contrario, no se tambaleó durante este período.

A mediados de la década de 1990, una etapa culminante para la política de sanciones, Sadam Huseín conoció un momento particularmente difícil. La economía estaba en las últimas, los conatos de rebelión se sucedieron y la falta de recursos amenazó con debilitar el apoyo de los sectores más leales. Entre la amenaza del derrumbamiento de la economía y la posibilidad de un golpe de estado, el régimen acabó aceptando, después de haberla rechazado por considerar que violaba su soberanía, la resolución 986 del Consejo de Seguridad, por la que el máximo organismo internacional aprobó el programa de petróleo por alimentos, que posiblemente se convirtió en una tabla de salvación para Sadam. La situación mejoró desde la entrada en vigor de la resolución 986, que a partir de 1996 permitió la venta de petróleo iraquí por valor de unos 2000 millones de dólares al semestre para adquirir productos de primera necesidad.

Las sanciones, evidentemente, no han sido la causa de todos los males iraquíes. El régimen de Bagdad es el máximo responsable de los sufrimientos del pueblo iraquí, en primer lugar porque las sanciones se han mantenido ante su negativa a cumplir las exigencias de la sociedad internacional. Pero desde el momento en que el Consejo de Seguridad ha mantenido un férreo control sobre la actividad económica de Irak a través de las sanciones, el máximo organismo internacional ha compartido la responsabilidad sobre la precaria situación en la que ha vivido el país desde 1990. En teoría, al menos, se consideraba que la penuria se convertiría en un factor de presión contra el régimen, lo que podría conducir a su derrocamiento. El tiempo transcurrido, sin embargo, ha demostrado que esta suposición era simplista. De hecho, ha ocurrido todo lo contrario: el régimen que se trataba de cambiar no hizo más que resucitar. A los beneficios generados por el contrabando de petróleo,[1] Sadam Huseín añadió el

dinero obtenido ilegalmente con la reventa de los productos intercambiados por crudo.

Los efectos de las sanciones sobre la sociedad iraquí han sido desastrosos. No hay ninguna duda de que el castigo económico se ha cobrado víctimas entre la población civil, pero la cuestión es saber cuántas han sido estas. UNICEF, en un estudio realizado en colaboración con el Ministerio iraquí de Sanidad, ha calculado que la cifra de niños menores de cinco años muertos entre 1991 y 1998 superó en unos 500 000 a las estadísticas de años anteriores.[2] UNICEF partió de la base que le suministraron los índices de mortalidad de un período previo a las sanciones.

En 1996, la Organización Mundial de la Salud hizo público otro informe sobre la situación en Irak entre 1989 y 1994, y comentó: «Comparando los niveles de mortalidad infantil y de mortalidad de los niños menores de cinco años durante el período anterior a la guerra (1988-1989) con los del período de las sanciones (desde 1990) está claro que los índices de mortalidad infantil se han duplicado y que los índices de mortalidad entre los niños menores de cinco años se ha multiplicado por seis».[3]

Richard Garfield, profesor de la Universidad de Columbia, de Nueva York, también ha realizado un estudio sobre las víctimas provocadas por las sanciones. Al contrario que UNICEF, Garfield minimizó las estadísticas suministradas por las autoridades iraquíes, pero concluyó que el número de niños menores de cinco años muertos entre 1991 y 1998 podría ser superior «en unos 100 000» a los registrados en los siete años anteriores.[4] Tanto en el estudio del profesor Garfield como en el caso de UNICEF, las causas de todas las muertes contabilizadas no fueron adjudicadas directamente a las sanciones, pero los dos informes señalan a las sanciones económicas como la primera causa, habida cuenta de su impacto en alimentos, medicinas, agua y otros factores relacionados con la sanidad. En 1996, la periodista Leslie Stahl, del programa de televisión *60 Minutes*, preguntó a Madeleine Albright, entonces embajadora de Estados Unidos ante la ONU: «Hemos oído que medio millón de niños han muerto, ¿merecía la pena pagar este precio?». Albright contestó: «Creo que era una elección difícil, pero pensamos que había que pagar este precio».[5]

En 1995, el entonces secretario general de la ONU, el egipcio Butros Ghali, admitió la existencia de fuertes dudas sobre la legalidad y la moralidad de las sanciones económicas. Butros Ghali escribió entonces: «[Las sanciones] plantean el interrogante ético de si el sufrimiento infligido a grupos vulnerables es un método legítimo de ejercer presión sobre unos líderes políticos cuya conducta es poco probable que se vea afectada por el destino de sus súbditos».[6] El 30% de la venta autorizada de petróleo iraquí se ha destinado a pagar anualmente las reparaciones de guerra a Kuwait y otro 4% a financiar la UNSCOM.

La sentencia de Butros Ghali fue posteriormente aceptada de manera implícita por el Consejo de Seguridad. Después de Irak, el Consejo de Seguridad decretó sanciones

económicas contra la República Federal de Yugoslavia (Resolución 757, del 30 de mayo de 1992) y contra Haití (Resolución 917, del 6 de mayo de 1994). Pero ambas sanciones fueron suspendidas en mayo y septiembre de 1994, respectivamente. Desde entonces, las sanciones contra Irak han sido las únicas de este tipo en vigor. Kofi Annan, secretario general de la ONU, manifestó: «De la misma manera que debemos reconocer la importancia de las sanciones para hacer cumplir la voluntad de la comunidad internacional, también debemos reconocer que las sanciones son un instrumento contundente que hiere a amplios sectores de la población que no son parte de los objetivos perseguidos».[7]

Las críticas a las sanciones contra Irak cobraron más fuerza a finales de 1998, cuando su legitimidad fue puesta en entredicho por las denuncias de que Estados Unidos se sirvió de los equipos de inspectores de la ONU para encubrir acciones de espionaje en Irak.

Las críticas a las sanciones contra Irak cobraron más fuerza a finales de 1998, cuando su legitimidad fue puesta en entredicho por las denuncias de que Estados Unidos se sirvió de los equipos de inspectores de la ONU para encubrir acciones de espionaje en Irak.[8] Los inspectores redactaron entonces un informe sobre el estado de los arsenales iraquíes seguramente bajo presiones estadounidenses, y a continuación se precipitaron los acontecimientos. En diciembre de 1998, las tácticas obstruccionistas de Bagdad —resumidas en la negativa a permitir el acceso a los palacios presidenciales— abrieron el camino a la retirada de los inspectores. Horas después, Estados Unidos y Gran Bretaña prepararon un ataque aéreo y el presidente de la comisión especial de la ONU para el desarme (Special Commission on Irak, UNSCOM), Richard Butler, cumplió la advertencia de retirar los inspectores. Los ataques aéreos, que comenzaron el 16 de diciembre, se prolongaron durante cuatro días, y los inspectores ya no regresarían a Irak hasta finales de noviembre de 2002, cuando se reanudaron las investigaciones a raíz de la resolución 1441, por la que, bajo el patrocinio de Estados Unidos, se formuló un ultimátum a Sadam Huseín.

En junio de 1999, una subcomisión de la ONU para la Promoción y Protección de los Derechos Humanos publicó un informe realizado por Marc Bossuyt, un experto belga, en el que se califica a las sanciones contra Irak de «inequívocamente ilegales» y se afirma que han causado un desastre humanitario «comparable a las peores catástrofes de las últimas décadas».[9] Este informe, que meses después fue analizado por un comité de la ONU, desató la ira del embajador estadounidense en Bélgica, George Moose, que tildó el informe de «incorrecto, sectario e incendiario».

Las sanciones internacionales también han tenido, sin embargo, efectos negativos para el régimen de Sadam Huseín: la mayoría de la población kurda, que en el norte ha escapado al control de Bagdad merced a la protección de las fuerzas estadounidenses y británicas, ha logrado una considerable autonomía económica a resultas del dinero procedente del contrabando tolerado de petróleo iraquí hacia Turquía, lo que sin duda ha aumentado sus ansias de autogobierno. Para los asirios

cristianos, por el contrario, las consecuencias de las sanciones han sido muy distintas. Para participar de los beneficios del programa *oil-for-food* en el norte de Irak, una región que se reparten los partidos kurdos y el régimen de Sadam Huseín, los asirios, como los turcomanos, han debido renunciar a su identidad en los documentos oficiales y registrarse como árabes o kurdos, los grupos étnicos oficialmente reconocidos, y si no lo han hecho han sido discriminados.[10]

13

La oposición

En 1992, un año después de la derrota de Sadam Huseín en la guerra del Golfo, Ahmed Chalabi, líder del Congreso Nacional Iraquí (INC, según las siglas en inglés), estableció su cuartel general a un paso de Harrod's, la catedral londinense del consumo. Desde entonces, Chalabi, hijo de una prominente familia shií en los tiempos de la monarquía, ha invertido tiempo y dinero en la conspiración definitiva que pueda convertirle en jefe de un gobierno provisional que suceda a Sadam Huseín.

Doctor en matemáticas por la Universidad de Chicago y con importantes apoyos en el Congreso y el Pentágono, Chalabi hizo pública su visión del Irak democrático que dice ambicionar en un artículo publicado en *The Wall Street Journal* en 1991, mientras aún se libraba la guerra del Golfo. Y su argumentación fue bien sencilla: Irak tiene una amplia y bien educada clase media, lo que representa una magnífica base para convertir el país en la primera democracia árabe. Y, a partir de aquí, Chalabi, como en el cuento de la lechera, ha desgranado las posibilidades históricas que el derrocamiento de Sadam Huseín conllevaría. Desde el punto de vista geopolítico, un Irak plural se proyectaría sobre el resto del Oriente Medio. Primero, en el vecino Irán, donde el ejemplo cundiría hasta arrastrar al régimen teocrático, que, según Chalabi, caería como la ficha de un dominó. Después le tocaría el turno al régimen saudí, que desde el 11 de septiembre está emplazado a caer o a romper su pacto con el wahhabismo. Y, finalmente, el cambio alcanzaría a los palestinos, que deberían aceptar que sus intereses se defienden mejor desde la cooperación con Israel. El sueño de Chalabi coincide exactamente con la doctrina de la administración Bush para después de Sadam.

En agosto de 2002, Chalabi y otros representantes de la oposición iraquí (con la excepción de los kurdos de Masud Barzani) se reunieron en Washington con altos oficiales de la administración Bush, entre otros Donald Rumsfeld, secretario de Defensa, y el general Richard Myers, jefe del Estado Mayor. El encuentro, en el que el vicepresidente Dick Cheney participó a través de una videoconferencia, trató de proyectar una imagen de unidad que hasta entonces no había ofrecido la oposición. Washington prometió la sustitución de Sadam Huseín por un sistema democrático y federal en el que estén representadas todas las etnias y confesiones religiosas.

Irak no es Afganistán, pero Washington pretende repetir la experiencia de la Alianza del Norte afgana, que no solo fue su punta de lanza terrestre durante el conflicto, sino sobre todo su cobertura política. Estados Unidos pudo decir, de esta manera, que combatía para ayudar a los afganos a resolver por sí mismos su propio

conflicto. En Afganistán, la Alianza del Norte prestó a Estados Unidos una fuerza militar relativamente bien entrenada y con experiencia en la lucha. En Irak, el papel de la Alianza del Norte se lo pueden repartir dos fuerzas que actúan en distintos teatros de operaciones: en el norte, las facciones kurdas, que podrían reunir más de 50 000 hombres armados; y en el sur, los shiíes, cuyo mando, el Consejo Supremo de la Revolución Islámica (SCIRI), fundado en 1982, tiene su sede en Teherán. El grupo está liderado por el ayatolá Muhammad Bakir al-Hakim, de sesenta y tres años e hijo de uno de los más respetados clérigos shiíes, el último gran ayatolá Muhsin al-Hakim.

A principios de 1992, después de la guerra del Golfo, Chalabi se ganó el apoyo de Estados Unidos en sus esfuerzos para unir a los grupos de la oposición. Organizó un encuentro en Salahuddin, en el Kurdistán arrebatado a Sadam después de la guerra, en el que participaron doscientos delegados de los distintos sectores iraquíes: islamistas shiíes y sunníes, laicos, kurdos y árabes, comunistas y generales. En la reunión se creó una presidencia integrada por dirigentes de las tres comunidades más importantes del país: kurdos, shiíes y sunníes, y Chalabi fue nombrado presidente de un comité ejecutivo, integrado por veinticinco personalidades. La unidad, sin embargo, duró muy poco.

La fuerza de Chalabi, a cuyo grupo se le supone una escasa base en el interior de Irak, dependía en buena parte de los kurdos, que están divididos en dos grupos: el Partido Democrático del Kurdistán (KDP) y la Unión Patriótica del Kurdistán (PUK), ambos inicialmente miembros del Congreso Nacional Iraquí, que pretende ser una organización paraguas de toda la oposición. Pero la guerra estalló entre estas dos facciones kurdas en 1994, y Chalabi quedó atrapado, lo que aprovechó Sadam Huseín para ofrecer ventajas comerciales y favores políticos a las partes enfrentadas.

El KDP, encabezado por Masud Barzani, de cincuenta y siete años e hijo del histórico líder de los kurdos iraquíes, controla la mitad occidental de Kurdistán, región para la que pide una amplia autonomía, no la independencia. Barzani está sometido a fuertes presiones por parte de Turquía, temerosa de cualquier movimiento que pueda desembocar en la proclamación de un Estado kurdo independiente en Irak, lo que alimentaría las ambiciones de su propia minoría kurda. El otro partido kurdo, la PUK, liderada por Jalal Talabani, de sesenta y nueve años, domina la mitad oriental del Kurdistán iraquí y sus fuerzas son fundamentalmente urbanas y políticamente están a la izquierda del KDP. Su objetivo oficial es también una amplia autonomía para la región.

En agosto de 1996, el KDP, el partido de Barzani, aceptó la ayuda ofrecida por Sadam e invitó al Ejército de Bagdad a penetrar en el Kurdistán con el propósito de desalojar de Arbil, la capital, a sus rivales de la PUK. Esta iniciativa enfrió las relaciones entre Barzani y Washington.[1] Sadam Huseín aprovechó la ocasión para lanzar una ofensiva contra las bases del Congreso Nacional Iraquí. Y los seguidores de Chalabi se vieron obligados a retroceder (700 de sus activistas fueron trasladados a Estados Unidos). Chalabi se instaló en Londres y los disidentes kurdos fueron

expulsados después de Jordania, en otro tiempo la base de Chalabi, cuando la ONU autorizó la importación de petróleo iraquí por parte del reino hachemí, lo que hizo de Bagdad el principal cliente de Amán.

La situación de Chalabi sufrió un vuelco gracias a la intervención de Estados Unidos. El dirigente opositor, con el apoyo de influyentes senadores estadounidenses, entre ellos el ultraconservador Jesse Helms, consiguió la aprobación de la Irak Liberation Act de 1998, ley que concedió al Departamento de Defensa 97 millones de dólares para entrenar y equipar a los distintos grupos que integran la oposición iraquí, y otros 43 millones de dólares al Departamento de Estado para financiar las operaciones de los grupos contrarios a Sadam Huseín. La organización de Chalabi comenzó a recibir los primeros fondos a partir de 1999, pero su alegría volvió a ser pasajera.

En octubre de 1999, la administración Clinton organizó una reunión de trescientos dirigentes de la oposición en Manhattan. Chalabi logró mantenerse en el sillón presidencial del Consejo Nacional Iraquí, aunque la mayoría de los participantes optó por abandonarle. Entre estos grupos se contaron el Acuerdo Nacional Iraquí (INA, según sus siglas en inglés), integrado por desertores de las fuerzas de seguridad iraquíes y encabezado por Ayad Allawi y Salah al-Shaykhly, y el Consejo Supremo de la Revolución Islámica (SCIRI). Allawi, doctor y antiguo miembro del partido Baas que en 1978 sobrevivió en Londres a un ataque con machete por parte de agentes iraquíes, fue acusado por Chalabi de arrebatarle la ayuda económica de la CIA. «Después de la reunión de Nueva York, consideramos que el INC estaba acabado», replicó Allawi, al que se le suponen fuertes apoyos en Washington.[2]

La historia personal de Chalabi es controvertida. Comenzó conspirando y perpetrando ataques contra el régimen baasista desde las zonas residenciales situadas a unos 400 kilómetros de Bagdad. Y diez años después su principal tarea consiste en saber administrar la ayuda económica concedida por el Congreso estadounidense. Esta evolución le ha valido la condena de otros disidentes, que a menudo le han acusado de malversar los fondos recibidos. Chalabi huyó de Jordania en 1989 tras ser acusado por la quiebra del Banco Petra, que él fundó en 1977. Fue juzgado en ausencia y condenado a veintidós años de cárcel.[3]

A finales de 2001, el INA y el SCIRI intentaron de nuevo coordinar sus acciones con los dos principales grupos kurdos, el KDP y la PUK. Pero la operación volvió a fracasar. La administración Bush concluyó entonces que la posición de Chalabi comenzaba a debilitarse y decidió reemplazarlo como elemento capaz de coordinar a todos los dirigentes opositores. En diciembre del año 2002, después de cuatro días de intensas negociaciones, los principales grupos de la oposición iraquí volvieron a tropezar en Londres. Se creó un denominado comité de coordinación, integrado por sesenta y cinco representantes, pero la división fue evidente. Las declaraciones solo sirvieron para subrayar que el hipotético futuro de un Irak sin Sadam Huseín no está

en manos de la oposición, sino de Estados Unidos.

Otro grupo de la oposición iraquí es el Movimiento Monárquico Constitucional, capitaneado por el jerife Ali bin al-Huseín, de cuarenta y seis años, primo del último rey de Irak, Faisal II, derrocado y asesinado en 1958. El objetivo de Sharif Ali, con buena prensa en Estados Unidos y Gran Bretaña, es restaurar la monarquía «como sistema capaz de garantizar la reunificación de la sociedad iraquí»,[4] pero su caso es también significativo porque su nombre, como miembro de la rama hachemí iraquí, ha sido asociado al denominado «Plan hachemí», al que se le atribuye el propósito de redibujar el mapa de Oriente Medio. Este supuesto plan, aireado por Stratfor, un *think tank* estadounidense, aboga por la posibilidad de que Washington, después de derrocar a Sadam Huseín, unifique Irak y Jordania bajo un monarca hachemí,[5] seguramente Abdullah II, rey de Jordania. Ehud Sprinzak, experto israelí en terrorismo, ha atribuido la autoría de este proyecto al vicepresidente estadounidense Dick Cheney y al subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz.[6]

14

La fosa atlántica

El 11 de septiembre ha modificado las relaciones de Estados Unidos con el resto del mundo. Después del 11 de septiembre las manifestaciones de apoyo a Estados Unidos se sucedieron en Europa. Esta solidaridad llevó a analistas norteamericanos y europeos a anunciar, con satisfacción, que se habían borrado las diferencias atlánticas puestas de manifiesto desde el final de la guerra fría, cuando desapareció el enemigo común. Un titular del diario *Le Monde* rezó entonces: «Todos somos americanos». Pero la manera de entender el mundo y de ordenarlo reabrió, un año después, la fosa atlántica. Francis Fukuyama, célebre por su pronóstico sobre el final de la historia, escribió en Washington que la cuestión es «saber si Occidente es un concepto verdaderamente coherente».[1] Y Dominique Moïsi, subdirector del Institute Français des Relations Internationales, se preguntó en París: «¿Podrán los terroristas de Al Qaeda conseguir lo que el hundimiento de la Unión Soviética no logró: la erosión de Occidente?».[2]

La línea de fractura entre Estados Unidos y Europa, aunque esta no hable con una sola voz, obedece a dos concepciones distintas del mundo. Estados Unidos, país que históricamente ha dicho aborrecer el realismo, que es un invento europeo, se comporta como una gran potencia europea del siglo XIX, y Europa, ya sin responsabilidades imperiales, tiene la vocación de representar una actitud moral que Estados Unidos tradicionalmente se ha reservado y a la que George W. Bush, al menos en cuanto a retórica, tampoco ha renunciado. Los papeles, pues, parecen haberse intercambiado. ¿Una paradoja? No, es consecuencia de los medios que cada una de las dos parles tiene a principios del siglo XXI.

Los Estados Unidos de Bush, la hiperpotencia, pese a recurrir al idealismo wilsoniano, se aferra a la ortodoxia realista, o unilateralista, según la cual la fuerza militar o la política del poder, incluida la posibilidad de una guerra preventiva, es la que decide en un mundo donde la interdependencia y sus instituciones internacionales serían fenómenos secundarios. Por el contrario, Europa, pigmeo militar y cuna del realismo, de Tucídides a Maquiavelo, parece haberse pasado al bando idealista o multilateralista.

Robert Cooper,[3] exdirector de planificación del Foreign Office británico, considera que los europeos abordan la necesidad de un nuevo orden internacional desde la sustitución de la razón de Estado (la política del poder) por «una conciencia moral». Es decir, la posición de la Unión Europea, integrada por estados posmodernos que han decidido compartir su soberanía, se distinguiría de la de

Estados Unidos, que sigue siendo un Estado moderno, celoso de su soberanía nacional. Cooper, que ha reflexionado sobre los órdenes internacionales que ha conocido el mundo, ha establecido, básicamente, tres paradigmas: premoderno, moderno y posmoderno. En el orden premoderno, el de la antigüedad, la estabilidad y la paz dependían del imperio. Este orden fue superado en Europa con la aparición de los estados nacionales, que en buena parte hicieron que la estabilidad ya no dependiera de la hegemonía del más fuerte, sino del equilibrio del poder entre los estados. Este orden surgió con la Paz de Westfalia, que en 1648 puso fin a la Guerra de los Treinta Años, y se extendió, en el continente europeo, hasta 1945.

El siglo XX será recordado por el estallido de dos guerras mundiales, pero también por haber sido una época en la que se intentó sustituir el orden moderno —basado en el equilibrio del poder— por un sistema posmoderno, partidario de un sistema colectivo de seguridad y de los organismos internacionales. Europa dio a luz este tercer tipo de orden internacional: el posmoderno, en el que la estabilidad y la paz no las proporcionan ni el poder del imperio ni el equilibrio de poder, sino que la seguridad está en función de la cooperación, la integración y la renuncia de la soberanía.

Los acontecimientos del 11 de septiembre han emplazado ahora a la sociedad internacional, empezando por Estados Unidos, la única superpotencia, ante la tercera oportunidad en los últimos cien años de ordenar el mundo. La primera, después de la guerra del catorce, fue un fracaso: el idealismo multilateral del presidente Woodrow Wilson, partidario de la autodeterminación de los pueblos, de la propagación de la democracia y de la construcción de países (aunque esta expresión no estuviera de moda entonces), dio cuerpo a la Liga de Naciones, posteriormente Sociedad de Naciones, pero la organización internacional nació sin poder de coerción. Una Sociedad de Naciones sin Estados Unidos tenía pocas posibilidades de imponerse. La segunda oportunidad surgió en 1945. La ONU nació entonces como ágora de la coalición vencedora en la Segunda Guerra Mundial, y los objetivos que se fijó no fueron menos ambiciosos que los de su antecesora: eliminar las causas de la guerra, la tiranía y la injusticia. Pero la guerra fría enterró aquellos ideales.

La tercera oportunidad se ha presentado con la caída del muro de Berlín y, posteriormente, con el 11 de septiembre, cuando Estados Unidos se ha convertido en una hiperpotencia y el concepto de seguridad ha cambiado, ampliándose con fenómenos como el terrorismo —cuya naturaleza también ha cambiado—, el narcotráfico, la inmigración, el crimen organizado, las enfermedades como el sida y la erosión del medio ambiente. Es decir, el escenario es otro. Los atentados terroristas del 11 de septiembre y la guerra en Afganistán así lo han demostrado.

Joseph S. Nye,[4] antiguo miembro de la administración Clinton, ha escrito que el poder se disputa ahora en una especie de juego de ajedrez que se desarrolla en tres dimensiones: la militar, la económica y el nivel en el que los agentes no estatales, desde los bancos al terrorismo o al narcotráfico, mueven sus piezas. En la primera

dimensión, la ventaja de Estados Unidos es apabullante, es decir, el poder en esta dimensión es unipolar. En la segunda, Estados Unidos tiene poderosos competidores en Europa, Japón y próximamente quizá China; es decir, el poder es aquí multipolar. Y en la tercera dimensión, como demuestran la guerra antiterrorista global y la lucha contra el narcotráfico, el poder es disperso.

No es sorprendente, por esto, que la administración Bush se concentre en la dimensión militar, en la que tiene ventaja. Las cifras lo dicen todo: el Producto Interior Bruto (PIB) de Estados Unidos se elevó en el año 2000 a 11,3 billones de euros, es decir, superior en 4,9 billones de euros a la suma de los PIB de Alemania, Gran Bretaña, Francia e Italia. Pero el presupuesto de defensa norteamericano fue de 374 000 millones de euros, esto es, muy por encima de los gastos militares de los quince países que le siguen. Hoy día, los gastos militares estadounidenses representan el 40% de todo el mundo, mientras que solo el aumento presupuestario de 54 000 millones de euros aprobado para el año 2003 representa más del doble del presupuesto italiano y supera en 14 000 millones de euros a los gastos del Reino Unido, el tercer consumidor en materia de defensa.

La posición estadounidense no parece encajar fácilmente, sin embargo, en el cambio operado en la escena internacional: desde la globalización a sus consecuencias, incluidos los imperativos de cooperación. La imagen de una potencia globalizadora como Estados Unidos resistiéndose a algunas consecuencias de la globalización, como el Protocolo de Kioto, que pretende reducir la emisión de los gases que provocan el efecto invernadero, o no aceptando formar parte del Tribunal Penal Internacional, creado para juzgar los crímenes de guerra, son pruebas de que el modelo estadounidense tiene puntos débiles.

La actitud de la administración Bush fue definida inicialmente por Condoleezza Rice, consejera presidencial para cuestiones de seguridad nacional, cuando subrayó que el objetivo de la política exterior estadounidense debe ser la defensa de los intereses nacionales. Entonces, la administración Bush se declaró enemiga de comprometerse en intervenciones exteriores para construir países (*nation-building*), al contrario de lo realizado por Bill Clinton y lo propuesto por Europa.

Los Estados Unidos de Bush siguieron al pie de la letra la ortodoxia realista, según la cual «la espada es el eje del mundo», en los meses inmediatamente anteriores y posteriores al 11 de septiembre de 2001. Las tropas estadounidenses, de hecho, hicieron la guerra en Afganistán de manera unilateral, sin prácticamente contar con los miembros de la coalición internacional organizada después de los atentados en Nueva York y Washington. Pero la división existente en el seno de la administración Bush, la resistencia de los gobiernos de París y Berlín, que renovaron su alianza, y el rechazo de la opinión pública estadounidense a la posibilidad de lanzar un ataque contra Irak en solitario, sin la bendición de la ONU, modificó, al menos temporalmente, la actitud de George W. Bush. El presidente, a partir de entonces, optó por el camino intermedio que, en 1991, con la retórica wilsoniana

sobre un nuevo orden internacional y la bendición de la ONU, condujo a George Bush padre hasta la guerra del Golfo.

Los aliados europeos, críticos por lo que califican de unilateralismo estadounidense, pretenden, después de siglos de rivalidades y guerras, formular una política exterior en función de los valores que han creado la Unión Europea: la extensión de las libertades, los derechos humanos y la definición de la seguridad de una manera más amplia, no solo militar, sino basada en la cooperación y la integración económica. De esta manera, el nuevo orden que contempla la Unión Europea sería colectivo y basado en la prevención de los conflictos. La gran ironía, como ha escrito Robert Kagan, antiguo funcionario del Departamento de Estado, es que la transformación de Europa en un poder civil que cree haber dado con la fórmula para materializar el concepto kantiano de la paz perpetua «depende de la determinación estadounidense de utilizar la fuerza contra aquellos que aún creen en la política de poder».[5]

El modelo estadounidense se apoya en los ejemplos de cómo las relaciones internacionales son el enfrentamiento entre estados. El presidente Bush y sus asesores hicieron pública en diciembre de 2002 una nueva doctrina de defensa en la que se contempla la posibilidad de intervenir —militarmente o no— contra estados y grupos terroristas sospechosos de estar desarrollando armamento de destrucción masiva. Washington reivindica con esta doctrina el derecho a ser el primero en golpear, de forma preventiva, ante una eventual amenaza. Y el hecho de que Estados Unidos haya matizado después de que se trataría de una guerra para anticiparse a un ataque (*pre-emptive*) no cambia su carácter: se trata de una guerra preventiva (*preventive*).

La primera vez que Bush se refirió a esta doctrina fue en enero de 2002, en su discurso ante el Congreso, cuando amenazó a un «eje del mal» integrado por Irán, Irak y Corea del Norte. El editorialista de *The New York Times* escribió entonces: «La aplicación del poder y la intimidación ha regresado a la primera línea de la política exterior estadounidense (…). Bush parece estar desarrollando una nueva doctrina que incluye la amenaza de una intervención armada contra las naciones que fabriquen armamento que ponga en peligro a Estados Unidos (…). Esto representa un cambio radical. Tradicionalmente, Estados Unidos ha empleado su fuerza como respuesta a un ataque y no para ser el primero en golpear (…). Los atentados del 11 de septiembre no dejaron otra opción a Washington que la de defenderse (…). Pero el 11 de septiembre no le da a Bush una licencia de caza ilimitada».

Arthur Schlesinger Jr., historiador, ganador de dos premios Pulitzer y asesor del presidente John F. Kennedy, también ha sido duro al analizar la nueva doctrina impulsada por la administración Bush: «El 7 de diciembre de 1941, día en que los japoneses lanzaron un ataque preventivo contra la armada estadounidense, pasó a la historia como una fecha que vivirá en la infamia. Durante la guerra fría, a los defensores de la guerra preventiva se les despachaba como una panda de chiflados (…). Después de la caída de la Unión Soviética, todo el mundo daba gracias al cielo

porque los chiflados de la guerra preventiva no hubieran llegado nunca al poder en ningún país importante. Hoy día, por desgracia, parece que están en el poder en Estados Unidos».[6]

La nueva estrategia estadounidense en materia de seguridad nacional representa un cambio fundamental con respecto a la guerra fría, primero dominada por la doctrina de la contención, destinada a frenar el expansionismo soviético, y después por la estrategia de la disuasión, basada en la asunción de que la superioridad militar de Estados Unidos era suficiente para garantizar que todo agresor sería destruido en una respuesta posterior. Pero, de hecho, no es tan nueva ni se basa exclusivamente en el espíritu del 11 de septiembre que ahora anima la política exterior de George W. Bush.

En enero de 1991, en la víspera de la guerra del Golfo, James Baker, secretario de Estado, entregó en Ginebra al vice primer ministro iraquí, Tariq Aziz, una carta del presidente George Bush a Sadam Huseín en la que le prometía «la respuesta más fuerte posible» si Irak decidía utilizar armamento químico o biológico contra las tropas estadounidenses o aliadas. En la carta, con fecha del 5 de enero de 1991, puede leerse:

> Déjeme decirle que Estados Unidos no tolerará el uso de armamento químico o biológico o la destrucción de los yacimientos e instalaciones de Kuwait. Es más, usted será directamente responsable de todo ataque terrorista contra cualquier miembro de la coalición. El pueblo americano exigiría la respuesta más fuerte posible. Usted y su país pagarán un precio terrible si ordena actos de este tipo. Escribo esta carta no como una amenaza, sino como una información (…). Deseo que sopese cuidadosamente las alternativas que tiene y que elija sabiamente.[7]

Tariq Aziz rechazó la carta del presidente, por considerarla una amenaza, y funcionarios estadounidenses declararon más tarde que «[Huseín] no cruzó la línea para utilizar armamento químico o biológico porque los iraquíes nos dijeron que habían interpretado el mensaje como una prueba de que Estados Unidos utilizaría armas nucleares».[8]

La doctrina estratégica anunciada por George W. Bush en diciembre de 2002 amplía y corrige la advertencia hecha en 1991 a Sadam Huseín. La nueva estrategia de defensa afirma que Estados Unidos «responderá con una fuerza abrumadora», que incluye «todas las opciones», ante «el uso de armas biológicas, químicas, radiológicas y nucleares» contra las tropas estadounidenses o de sus aliados.

El primer problema que plantea este cambio estratégico es la definición de lo que se entiende por amenaza. El senador demócrata Joseph Biden analizó así el cambio: «Constitucionalmente, el presidente tiene derecho a actuar de forma preventiva, pero

la cuestión es cómo decidir si un país con armas biológicas o nucleares tiene intención de utilizarlas. China posee este armamento. ¿Tiene entonces el presidente derecho a golpear preventivamente al régimen chino? La respuesta es no».

No faltan quienes interpretan la nueva doctrina como un misil contra la Carta de la ONU, especialmente contra su artículo 51, por el que el Consejo de Seguridad aprobó que Washington contestara militarmente después del 11 de septiembre. La ONU aceptó entonces el derecho de Estados Unidos a actuar en defensa propia. El artículo 51 dice textualmente: «Ninguna disposición de esta Carta menoscabará el derecho inmanente de legítima defensa, individual o colectiva, en caso de ataque armado contra un miembro de las Naciones Unidas, hasta tanto que el Consejo de Seguridad haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales. Las medidas tomadas por los miembros en ejercicio del derecho de legítima defensa serán comunicadas inmediatamente al Consejo de Seguridad, y no afectarán en manera alguna la autoridad y responsabilidad del Consejo conforme a la presente Carta para ejercer en cualquier momento la acción que estimen necesaria con el fin de mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales». El artículo 51, pues, no bendice el ataque preventivo, que, como mínimo, suena a controvertida interpretación del derecho internacional, como ha subrayado William Pfaff, columnista del *International Herald Tribune*.

Para Pfaff, la nueva estrategia en materia de seguridad nacional representa «una implícita denuncia estadounidense del sistema de relaciones internacionales vigente desde la Paz de Westfalia de 1648».[9] Esta posición coincide con la defendida por la mayoría de los gobiernos europeos ante la posibilidad de un ataque preventivo estadounidense. La Paz de Westfalia, firmada en Münster el 24 de octubre de 1648, puso fin a la Guerra de los Treinta Años, de hecho la primera gran guerra europea. Las consecuencias de la guerra y su posterior sanción por el tratado de paz fue que España perdió su hegemonía, el Sacro Imperio Germánico prácticamente desapareció, Francia alcanzó una posición de dominio y se retrasó la unificación política de los estados alemanes. Pero, por encima de todo, la Paz de Westfalia significó el inicio del sistema de relaciones internacionales aún vigente y basado en la soberanía de los estados, a los que situó como el primer actor de la escena internacional. Desde entonces, el consenso entre los gobiernos y juristas ha subrayado que sin el reconocimiento de la soberanía nacional como base de la ley el mundo amenazaría con convertirse en una lucha caótica de poder.

Pfaff lo ha planteado de la siguiente manera: «Estados Unidos ha sido, durante sus dos siglos y cuarto de existencia, una de las naciones más activas en la construcción de una estructura del derecho internacional que la administración Bush está ahora decidida a derribar. La Carta de las Naciones Unidas es uno de los principales acuerdos existentes en los que se basa el derecho internacional, y su redactado fue obra en buena parte de Estados Unidos. La “amenaza o el uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier estado”

son declarados ilegales por la Carta, y la guerra preventiva fue específicamente considerada como un crimen de guerra en los procesos de Nuremberg».

Pero el artículo 51 y, por extensión, las reglas del juego que se ha dado la sociedad internacional desde 1945, cuando se fundó la ONU, también puede ser modificado para adaptarse a la nueva realidad internacional. Richard Perle y Nicholas D. Kristof, analista de *The New York Times*, abrieron en 2002 el debate. Perle, asesor del Pentágono y uno de los más decididos abogados del ataque preventivo contra Irak, ha basado su argumentación en dos puntos: primero, en el convencimiento de que una acción preventiva es mucho menos peligrosa que permitir que el dictador iraquí continúe fabricando armamentos de destrucción masiva; y, segundo, en la creencia de que el eventual derrocamiento de Sadam Huseín abriría el camino a una región de Oriente Medio más estable y pacífica. «Un Irak democrático representaría una poderosa refutación de la idea de que los árabes están incapacitados para la democracia. Y el final de la ayuda que Sadam da al terrorismo palestino seguramente facilitaría la búsqueda de la paz.»[10]

Nicholas D. Kristof ha escrito lo siguiente sobre la guerra preventiva a través de la historia: «En las cercanías de Bagdad existe un edificio bombardeado: el reactor nuclear de Osirak, destruido por aviones israelíes en junio de 1981. En aquel momento hubo un amplio consenso de que un ataque preventivo como ese era un ultraje (…). Haciendo un ejercicio de retrospectiva las condenas fueron absolutamente equivocadas. Gracias a Dios, Menahem Begin (primer ministro israelí) pasó por encima de sus propios servicios de inteligencia, preocupados porque el ataque podría afectar al proceso de paz con Egipto, y ordenó la destrucción del reactor. De lo contrario, Irak habría conseguido reactores nucleares en los años ochenta, posiblemente tendría ahora una provincia llamada Kuwait y un pedazo de Irán y la región habría sufrido la devastación nuclear (…). La lección de Osirak nos dice que en casos extremos es justificable que un país efectúe ataques preventivos para evitar que un enemigo imprevisible pueda obtener misiles de destrucción masiva que podrían ser utilizados en contra de dicho país».[11]

La posibilidad de un ataque preventivo por parte de Estados Unidos contra Irak también ha provocado fuertes críticas en Europa, tanto por lo que podía afectar al sistema de relaciones internacionales como por las consecuencias desestabilizadoras que tendría en la región de Oriente Medio. Pero la Unión Europea no habla con una sola voz. Fue Francia quien, junto con Rusia y el propio secretario general de la ONU, Kofi Annan, insistió en que cualquier acción militar contra Irak debía contar con el respaldo de las Naciones Unidas para ser legal. El canciller alemán, el socialdemócrata Gerhard Schröder, atribulado por las elecciones legislativas celebradas en septiembre de 2002, hizo campaña con una oposición frontal a la guerra, incluso si contaba con la bendición de la ONU, y esto le ha costado fuertes críticas por parte de la administración Bush. Las relaciones entre Estados Unidos y Alemania se han situado en sus niveles más bajos desde la Segunda Guerra Mundial.

Si los dirigentes europeos habían acusado a Bush de unilateralismo, Washington tildó la posición alemana de unilateralista con respecto al resto de los gobiernos europeos, que, con excepciones, condicionó su apoyo a la guerra a que fuera aprobada por el Consejo de Seguridad.

El pulso entre Francia, Rusia y China, por una parte, y la administración Bush, por otra, desembocó, después de ocho semanas de intensas negociaciones, en la aprobación unánime por parte del Consejo de Seguridad de la resolución 1441, por la que se instó a Irak a aceptar el regreso de los inspectores de armamento y amenazó con «graves consecuencias» —en otras palabras, la guerra— si renunciaba a esta «última oportunidad». El texto, presentado por Estados Unidos tras negociarlo con Francia y Rusia para evitar que ejercieran su derecho a veto en el Consejo de Seguridad, fue bastante ambiguo como para que ambas partes pudieran adjudicarse la victoria. Washington renunció al uso automático de la fuerza y París consiguió mantener un proceso de diálogo cuyo objetivo sería preservar las reglas del juego de la diplomacia multilateral que se habían visto amenazadas por la doctrina de un ataque preventivo.

Los quince países miembros del Consejo de Seguridad tardaron menos de un minuto en aprobar, el 8 de noviembre de 2002, la resolución 1441. Incluso Siria, el único país árabe del Consejo de Seguridad y el único que parecía decidido a abstenerse, cambió de opinión después de que el secretario estadounidense de Estado, Colin Powell, que se jugaba mucho con la iniciativa, contactara con el jefe de la diplomacia siria, Faruk al Shara. Powell, contrario a una intervención militar de Estados Unidos en solitario, «subrayó en su carta que el texto final (de la resolución), tras las correcciones de Siria, Francia, Rusia y otros países, da a Irak una oportunidad de cumplir con el desmantelamiento de sus armas de destrucción masiva de forma pacífica».

Esta pugna diplomática, sin embargo, sirvió también para subrayar los puntos débiles de una Europa sin política exterior común, con Londres como aliado incondicional de Washington, y sin capacidad militar. Dominique Moïsi lo expresó de manera rotunda: «Estados Unidos sobrestima la influencia del poder militar, pero los europeos caen en la ilusión igualmente peligrosa de subestimarlo».[12] Es decir, si Europa quiere desempeñar un papel político acorde con su potencial económico, debe invertir significativamente en su seguridad. Europa, en definitiva, si quiere tener voto, debe demostrar que también es eficiente en este sentido, aunque este es un problema que no tiene fácil solución si ha de realizarse en perjuicio del Estado de bienestar.

Europa, ante esta situación, tiene pocas alternativas. Puede aceptar la división del trabajo propuesta por Condoleezza Rice, que reserva para Estados Unidos la guerra y deja para Europa la construcción de la paz. Europa ya construye la paz, como demuestra el hecho de que es el actor que concede más ayuda al exterior, y no hace la guerra, como prueba su debilidad militar. Pero aceptar esta división del trabajo significaría que Europa ha renunciado a tener una política exterior propia y común.

Si Europa no quiere optar por ese camino, entonces le queda la posibilidad de darse una política exterior común. Esto no sugiere un enfrentamiento con Estados Unidos, sino la oportunidad de que Europa defienda su visión del orden internacional y participe en la elaboración de las reglas y las instituciones de la gobernabilidad global. Robert Kagan ha escrito: «La aplicación del milagro europeo al resto del mundo se ha convertido en la nueva misión civilizadora de Europa. Si Alemania pudo ser domada a través de la cooperación, los europeos dicen a sus amigos americanos, ¿por qué no puede hacerse lo mismo con Irak o Irán?».[13]

A finales de enero de 2003 una carta de apoyo a la administración Bush firmada por nueve gobiernos europeos (España, Gran Bretaña, Italia, Portugal, Dinamarca, Polonia, Hungría, República Checa y Eslovaquia) ahondó las diferencias europeas en torno a la crisis iraquí. La carta fue una solicitud del diario estadounidense *The Wall Street Journal*, siempre beligerante con Sadam Huseín, a José María Aznar, presidente del Gobierno español, quien decidió comunicárselo inmediatamente a su homólogo británico, Tony Blair, para encontrar entre ambos más firmantes. Los dos dirigentes sugirieron entonces que si Irak no cumplía, habría un ataque aunque la ONU no lo apoyara. El eurodiputado alemán Elmar Brok calificó de «vasallos» a los firmantes de la carta.

Richard Nixon, el presidente realista que hizo las paces con soviéticos y maoístas, dijo en una ocasión: «La única etapa de la historia mundial en que hemos tenido períodos extensos de paz es cuando ha habido un equilibrio de poderes. Cuando una nación se hace infinitamente más poderosa que sus competidores potenciales, es cuando surge el peligro de una guerra».[14]

15

Escenarios de futuro

Si Sadam Huseín es derrocado, los vencedores heredarán una sociedad traumatizada a la que lo único que le sobra son conflictos cuyos orígenes, en muchos casos, son anteriores al dictador de Tikrit y que no van a desaparecer como por ensalmo tras la victoria. La clave estará en la organización de un nuevo orden estable que evite tanto las ambiciones territoriales de los vecinos como la ruptura de la nación y el enfrentamiento entre las diversas comunidades que la integran.

El Pentágono, el Departamento de Estado y el Consejo de Seguridad Nacional han elaborado más de una docena de planes, según las filtraciones que periódicamente se han realizado a la prensa estadounidense, en los que se contemplan diferentes escenarios de futuro. Los grupos de la oposición iraquí en el exilio han celebrado continuas reuniones para tratar de ponerse de acuerdo. Y los diplomáticos estadounidenses han consultado a los países vecinos de Irak, empezando por Israel y Turquía, unidos por un pacto estratégico desde 1996 y con sus propias ideas sobre cómo debería organizarse el país después de Sadam Huseín.

En octubre de 2002, unas semanas antes de que el Consejo de Seguridad de la ONU aprobara por unanimidad la resolución 1441, *The New York Times* publicó un esbozo de los planes estadounidenses para crear un régimen de ocupación similar al que a partir de 1945, tras la Segunda Guerra Mundial, gobernó el Japón derrotado. El general Tommy Franks, al mando de unos cien mil soldados, sería nombrado comandante en jefe de un régimen encargado de juzgar a los criminales de guerra y de eliminar todo rastro de la ideología y organización baasistas que han gobernado Irak desde 1968. Zalmay Khalilzad, experto del Consejo Nacional de Seguridad en Asia occidental, afirmó que el coste sería «significativo» (unos 16 000 millones de dólares anuales) y que Estados Unidos estaba decidido «a permanecer en el país todo el tiempo que fuera necesario».

En enero de 2003, el mismo diario adelantó los detalles de un plan aparentemente mucho más elaborado. De acuerdo con el texto, confirmado por fuentes oficiales, un general estadounidense asumiría todo el poder, durante un período de al menos dieciocho meses, hasta que fuera posible organizar unas elecciones de las que surja un gobierno representativo, con dos misiones fundamentales: preservar intacta la integridad de Irak como Estado y prevenir interferencias externas. Para suavizar la imagen de un poder claramente imperial, el plan contemplaría también el establecimiento de un poder bicéfalo: junto al militar elegido por el Pentágono trabajaría un civil, cuya designación podría corresponder al Consejo de Seguridad.

La eventual ocupación militar estadounidense sería, en cierta manera, un equivalente del mandato ejercido por los británicos desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta 1932, año de la independencia de Irak, aunque Londres siguió ejerciendo de hecho el poder durante la monarquía. Estos son algunos de los escenarios de futuro posibles una vez acabado el período de administración estadounidense.

1. Un Karzai iraquí

El candidato con más posibilidades podría ser Ahmed Chalabi, líder del Consejo Nacional Iraquí, organización que, sin conseguirlo de momento, ha pretendido convertirse en una especie de asamblea de los principales grupos de la oposición en el exilio.

Cuenta con importantes apoyos en Estados Unidos, como sucedió con el pashtún Ahmed Karzai para convertirse en presidente de Afganistán. Pero su posición se ha debilitado a causa de la escasa implantación de los suyos en el interior de Irak y de la división existente en las filas de la heterogénea oposición. De hecho, y a pesar de la continua sucesión de contactos, los dirigentes opositores siguen divididos, lo que habría terminado convenciendo a Washington de la imposibilidad de crear un gobierno provisional con miembros del exilio iraquí.

Otro candidato a convertirse en el personaje central de la transición puede ser Adnan Pachachi, antiguo embajador iraquí ante la ONU y exministro de Asuntos Exteriores después del derrocamiento de la monarquía hachemí.[1] No pertenece a ninguno de los seis principales grupos de la oposición en el exilio, lo que le convertiría, como Karzai en Afganistán, en un posible candidato aceptable como un mal menor por las partes implicadas. Ha fundado un grupo, Tendencia Centrista Democrática, que no se presenta como partido político, sino como una corriente que podría ser el lugar de encuentro de las diferentes oposiciones. Pachachi, que ya mantuvo contactos con la administración Clinton, comenzó su carrera en el Ministerio de Asuntos Exteriores durante la monarquía hachemí y fue nombrado embajador ante la ONU en 1960.

2. Un régimen militar

Las enormes diferencias existentes entre los principales grupos de la oposición a Sadam Huseín harían de la solución militar una de las posibles fórmulas de gobierno para el día después de la ocupación estadounidense. Pero esta fórmula parece poco recomendable ante el mismo propósito de la intervención militar: la democratización de Irak. Washington, sin embargo, cuenta con los grupos de militares iraquíes que han

desertado en los últimos años, entre otros los integrados en el denominado Acuerdo Nacional Iraquí, encabezado por Ayad Allawi, un antiguo miembro del partido Baas, y el Movimiento de Oficiales Libres, que lidera el general Najib al-Salhi, antiguo oficial de la Guardia Republicana. Este grupo, fundado en 2001, cuenta con el apoyo del Departamento de Estado y del Congreso Nacional Iraquí, de Ahmed Chalabi. Richard Boucher, portavoz del Departamento de Estado, declaró en una ocasión sobre este grupo: «Es una herramienta útil».

La instalación de un régimen militar tiene numerosos puntos débiles. Primero, porque los desertores no tendrían la necesaria ascendencia sobre el estamento militar del interior, especialmente sobre los mandos inferiores. Y, segundo, porque algunos de los oficiales exiliados tienen un problema de credibilidad. El general Nizar Khazraji, antiguo jefe del Estado Mayor y dirigente del Acuerdo Nacional Iraquí, está acusado en Dinamarca, donde reside tras huir de Irak en 1995, de haber utilizado armamento químico contra la comunidad kurda en 1988.

3. La restauración de los hachemíes

La opción monárquica es la defendida por el jerife Ali bin al-Huseín, primo segundo del último rey de Irak, Faisal II, que abandonó el país en 1958, tras el golpe de estado de Abdel Karim Qassem, a los dos años de edad. La restauración de la casa hachemí, según argumenta el opositor Movimiento Monárquico Constitucional, sería el sistema capaz de garantizar la reunificación de la sociedad iraquí. Sin embargo, no resulta fácil defender los derechos de los hachemíes a reinar en Irak. Ni por historia ni por derecho de conquista, ya que accedieron al trono de la mano del colonialismo británico.

Cuando triunfó el golpe de Qassem contra el rey Faisal II, todos los principales partidos —el Partido Democrático Nacional, el Baasista y el Partido Comunista de Irak— salieron a la calle para celebrar el acontecimiento. La memoria colectiva sobre la monarquía es muy difusa en un país donde el 65% de la población es menor de treinta años.

El nombre del jerife Ali bin al-Huseín también ha sido relacionado con el denominado «Plan hachemí», con el que se pretendería unificar Jordania e Irak bajo la corona de Abdullah II, primo segundo del fallecido Faisal II y actual rey de Jordania. Stratfor, un *think tank* estadounidense, dio a conocer a principios de septiembre de 2002 un informe en el que se aventa la idea de unir Jordania e Irak como posible primer objetivo de la estrategia de Washington después de una eventual guerra contra Sadam.[2] Según el documento, el proyecto contemplaría la unión de la parte central de Irak, de mayoría sunní, con el reino de Jordania. En el mismo mes de septiembre, el diario israelí *Yedioth Ahronoth* publicó una información según la cual el objetivo estadounidense sería crear un reino hachemí que incluyera las áreas de

mayoría sunní de ambos países. El experto israelí en terrorismo Ehud Sprinzak también se refirió a este presunto plan en declaraciones a una cadena de televisión rusa el 24 de septiembre. Sprinzak atribuyó el «Plan hachemí» al vicepresidente Dick Cheney y al subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, y los responsables del programa de televisión ruso *Grugoye Vremya* añadieron que el proyecto había sido discutido en Londres por el príncipe Hassan de Jordania, hermano del fallecido rey Huseín, y miembros sunníes de la oposición a Sadam.

Gary D. Halbert, analista que edita en Estados Unidos el confidencial *Forecasts & Trends*, afirmó en el número con fecha del 2 de octubre de 2002 que los analistas de Stratfor «tenían información, según fuentes al más alto nivel, de que los planificadores estadounidenses de la guerra contra Irak estaban considerando entre otras opciones la división del país en tres regiones separadas». Halbert añadió que Stratfor consideraba que Irak podría quedar dividido de la siguiente manera:

1. La parte central y más extensa de Irak, que está poblado por árabes sunníes, sería unida a Jordania para formar un «Reino unido hachemí» gobernado por el rey Abdullah II. Esta área incluiría Bagdad, que dejaría de ser la capital.
2. La región del Kurdistán, en el norte y en el noroeste del país, incluido Mosul y los ricos yacimientos petrolíferos de Kirkuk, podría convertirse en un Estado autónomo en el que, para no ser considerado como una amenaza por Turquía, Estados Unidos desplegaría tropas y construiría nuevas bases militares. (Fuentes periodísticas israelíes, al referirse al supuesto «Plan hachemí», subrayaron que el proyecto señala al Kurdistán como una zona autónoma bajo soberanía del nuevo Estado hachemí.)
3. La zona del sur, de mayoría shií, incluida Basora, podría convertirse en un Estado o ser unida a Kuwait.[3]

No resulta fácil dar pábulo a las teorías de la conspiración, que en Oriente Medio siempre han encontrado terreno abonado. Pero analistas como Eric Margolis han insistido en el posible descuartizamiento de Irak, aunque esta vez con la inclusión de Turquía en el reparto:

> Irak, a diferencia de Corea del Norte, es una amenaza potencial a la hegemonía regional de Israel y a su monopolio nuclear debido a su riqueza petrolera y —por lo menos hasta 1991— su base industrial. Para los halcones de la administración [Bush], que contemplan Oriente Medio a través de las lentes de las necesidades estratégicas de Israel, aplastar a Irak es una de las máximas prioridades. Un Irak hecho pedazos, dividido entre kurdos, sunníes y shiíes, puede eliminar cualquier futura amenaza a Israel. Los yacimientos del norte podrían ser anexionados por el nuevo aliado estratégico de Israel, Turquía, que no tiene petróleo. Los generales turcos miran desde hace mucho

tiempo a las regiones iraquíes ricas en petróleo de Mosul y Kirkuk, que en tiempos fueron parte del imperio otomano. El petróleo podría transformar Turquía, un tullido en términos financieros, en una potencia militar y política, lo que confirmaría su papel como gendarme regional de Estados Unidos.[4]

4. La balcanización de Irak

El descuartizamiento no deseado o la balcanización es el escenario que mayores pesadillas provoca un Irak sin Sadam Huseín. Irak, dividido étnica o confesionalmente en tres regiones bien diferenciadas, ha necesitado históricamente un poder extranjero o un dictador para mantener unidas las antiguas provincias del imperio otomano.

Los nuevos dirigentes iraquíes tendrían que resolver en primer lugar la cuestión kurda. En el norte del país viven 3,5 millones de kurdos que forman parte de la mayor comunidad de Oriente Medio, repartida fundamentalmente por Irak, Irán, Turquía y Siria, que no tiene Estado propio. Desde el golpe que derrocó a la monarquía todos los regímenes iraquíes han tratado de resolver el conflicto planteado entre un gobierno partidario de mantener unido el país y el irredentismo kurdo. Los métodos, básicamente, han sido dos: la confrontación directa o la concesión de una mayor autonomía. Y los dos han fracasado. Desde el acceso al poder de Sadam Huseín fuentes occidentales calculan que unos 180 000 kurdos han muerto a causa de la represión del poder central.

Después de la guerra del Golfo, las tropas estadounidenses han protegido a los kurdos con el establecimiento de una zona de exclusión aérea que impide a la aviación iraquí sobrevolar la mayor parte del territorio del Kurdistán. De esta manera, Bagdad rompió en 1991 su unión con el norte del país y, a causa de la protección estadounidense, no pudo impedir que los kurdos celebraran al año siguiente unas elecciones para establecer un Parlamento regional, que inicialmente tuvo la sede en Arbil durante dos años, hasta el estallido de una guerra civil entre las diversas facciones kurdas. A través de la mediación estadounidense, los dos principales grupos kurdos han vuelto a hacer las paces y en octubre de 2002 el Parlamento se reunió de nuevo en Arbil, aunque el embrión de Estado funciona como si fueran dos.

Oficialmente, el objetivo de los dirigentes kurdos es la consecución de una mayor autonomía, no la independencia, y un favorable reparto del petróleo. De hecho, sin embargo, los kurdos han disfrutado en los últimos doce años de un casi Estado propio, no de un simple Parlamento, algo que históricamente han reclamado desde el final de la Primera Guerra Mundial, cuando las promesas occidentales volvieron a caer en el olvido. Los kurdos, en el último decenio, han tenido su propio Ejército, han puesto en funcionamiento dos canales de televisión que transmiten en lengua kurda y

han aprobado una Constitución que reclama a la ciudad de Kirkuk, cuyos yacimientos producen la tercera parte de todo el petróleo iraquí, como capital.

La administración Bush, que necesita el concurso de Turquía, ha echado continuamente agua al vino de los kurdos, partidarios de un sistema federal que, en la práctica, haría de Irak un Estado binacional, ya que lo dividiría en dos partes, una kurda y otra árabe, con un gobierno central débil. Es decir, la situación no sería muy distinta de la existente en Afganistán, donde el gobierno del presidente Karzai apenas controla poco más allá de Kabul, la capital, y el resto está dominado por los señores de la guerra. Turquía, que en las décadas de 1980 y 1990 libró una guerra contra el independentismo de su propia comunidad kurda, teme un posible efecto de contagio y se opone a los proyectos nacionalistas para el Kurdistán iraquí. Uno de los muchos conflictos que tendría que resolver el nuevo gobierno es el futuro de Kirkuk, ciudad controlada por la población árabe instalada por Sadam Huseín para desplazar a kurdos, turcomanos y otras minorías. Los kurdos pretenden recuperar Kirkuk, y los turcomanos, apoyados por Turquía, tampoco renuncian a tener su parte del pastel de petróleo.

Las tropas y milicias de las dos principales organizaciones kurdas, el Partido Democrático del Kurdistán (KDP) y la Unión Patriótica del Kurdistán (PUK), parecen plantear a la administración Bush el mismo dilema que en su día representó la Alianza del Norte durante la guerra de Afganistán. La Alianza del Norte, integrada por los grupos opositores al régimen talibán, era la única fuerza relativamente bien entrenada para secundar en tierra la ofensiva aérea desencadenada por estadounidenses y británicos. Pero la Alianza del Norte era un aliado poco recomendable, ya que contaba con la oposición de Pakistán, la clave principal del conflicto para Washington. La administración Bush, inicialmente, rechazó el concurso de la Alianza del Norte, pero después, ante la necesidad de lanzar una ofensiva terrestre, decidió aceptarla. Una vez acabada la guerra, los dirigentes de la heterogénea Alianza del Norte se reparten el control del mapa afgano. Con las tropas y milicias kurdas, que sumarían más de 50 000 efectivos bien entrenados y equipados, podría repetirse la historia. Washington, en principio, se ha declarado opuesto a utilizar una fuerza que es contemplada con desconfianza por Turquía, país que será clave, como en 1991, en otra eventual guerra contra Sadam Huseín. Una intervención kurda daría un mayor impulso a sus reivindicaciones territoriales y de poder.

La posible invasión de Irak por parte de tropas estadounidenses también incluiría una ofensiva desde territorio kuwaití en dirección hacia Bagdad. Estas tropas tendrían que atravesar el sur, mayoritariamente shií y una de las más complejas y traumatizadas regiones de Irak. A las diferencias de carácter religioso con la minoría sunní, en la que Sadam Huseín se ha apoyado históricamente, los shiíes, mayoritarios en el país y en el vecino Irán, añaden otras historias que le separan de Bagdad. Después de la guerra de 1991, cuando George Bush les animó a levantarse contra

Sadam Huseín, padecieron una terrible represión, tanto por su revuelta como por haber dado refugio a sunníes contrarios al dictador que huyeron de Bagdad.

Estados Unidos y Gran Bretaña han mantenido desde 1992 una zona de exclusión aérea en el sur, pero la vida, sin el petróleo del norte, ha sido mucho más difícil en esta región, la más pobre del país, donde las sanciones económicas internacionales han propiciado la multiplicación del clientelismo político y las venganzas. A finales de 2002, el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, envió una carta al ayatolá Muhammad Bakir al-Hakim, líder del Consejo Supremo de la Revolución Islámica (SCIRI), con sede en Teherán, para que considerara la posibilidad de que sus seguidores participaran en un programa del Pentágono de entrenamiento de una fuerza policial. En el mensaje también se sugería que los shiíes recibieran a las tropas estadounidenses como liberadores y no como conquistadores.[5] Peter Galbraith, exembajador estadounidense en Croacia y experto en el Kurdistán iraquí, ha afirmado que la idea de «un Irak democrático y unido» es una peligrosa contradicción. «La ruptura de un país es un acontecimiento terrible, pero puede ser peor intentar mantenerlo unido.»[6]

Conclusión

Durante la fase más caliente de la segunda intifada palestina, los dirigentes árabes aprovecharon toda visita de un ministro occidental para expresar públicamente su condena por la eterna demora en la creación de un Estado palestino. En privado, los mismos dirigentes también coincidían en admitir su preocupación por la posibilidad de que la tensión derivada del conflicto palestino-israelí acabara desestabilizando a sus regímenes políticos, a menudo contemplados desde la calle árabe como demasiado complacientes ante la situación del pueblo palestino. Las élites árabes temen, después del 11 de septiembre, que la política estadounidense introduzca nuevos factores de desestabilización en Oriente Medio.

Los abogados de una intervención estadounidense en Irak dan la vuelta al calcetín de las acusaciones de unilateralismo que se formulan contra Washington. La cuestión, según este punto de vista, que es el defendido por el sector neoconservador, influyente tanto en el Pentágono como en la Casa Blanca, es simple. Después de la guerra del Golfo, la comunidad internacional, amparada en las resoluciones del Consejo de Seguridad, optó por la contención del régimen iraquí, pero esta política ha fracasado. A Irak se le han impuesto todo tipo de restricciones, tanto militares como económicas, pero los neoconservadores, partidarios de la intervención militar unilateral, consideran que esta aproximación multilateral al conflicto no ha servido de nada: unas veces por la resistencia del mismo Irak, que ha sabido sortear determinadas sanciones, y otras por el bloqueo que en la ONU han podido realizar Francia, Rusia o China, por lo que se impone un cambio en la actitud hacia Sadam Huseín.

El mundo se ha hecho más imprevisible desde la caída del muro de Berlín. Y en este contexto, Washington considera que, en su condición de hiperpotencia, tiene la obligación de asumir el liderazgo mundial, como expresa la nueva estrategia de defensa anunciada en diciembre de 2002, en la que, sin renunciar al multilateralismo, incluye la vía unilateralista de los ataques preventivos. El propio presidente Bush lo dijo por pasiva en Thurmont (Estados Unidos), donde se refirió a la crisis con Irak:

> La ONU debe ser capaz de funcionar como una organización para mantener la paz cuando entramos en el siglo XXI o será irrelevante. Y esto es lo que vamos a averiguar ahora. No hay confusión posible: si nosotros tenemos que resolver el problema, lo haremos.[1]

Con esta determinación, que suena a respuesta imperial, los neoconservadores de Washington contemplan el hipotético derrocamiento de Sadam Huseín como el inicio de un efecto dominó que haría caer, una tras otra, las fichas autocráticas que se mantienen en el poder desde hace dos decenios en Oriente Medio. Los realistas del

Departamento de Estado, partidarios de la acción multilateral, y los dirigentes árabes, que gobiernan sobre un cementerio ideológico, no están entusiasmados con este repentino furor democrático.

El 9 de noviembre de 1989, con la caída del muro de Berlín, Europa del Este guardó en el armario de la historia a los dirigentes comunistas, consumados plusmarquistas en la disciplina de mantenerse en el poder. Los dirigentes árabes, por el contrario, han seguido como si en el mundo no hubiera pasado nada. En Egipto, el presidente Hosni Mubarak está en el poder desde 1981. En Libia, el coronel Gaddafi permanece desde 1969. En Arabia Saudí, el rey Fahd llegó al trono en 1982. Entre los palestinos, aunque no tengan Estado, Yasser Arafat manda en la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) desde 1969. Y Sadam Huseín es presidente de Irak desde 1979.

Ha habido relevos significativos por causas biológicas. En Marruecos, el rey Hassan II, en el poder desde 1961, murió en 1999 y su hijo Mohamed VI le ha sucedido. En Jordania, el rey Huseín, en el poder desde 1952, murió también en 1999 y su hijo Abdullah II le ha sucedido. Y en Siria, el presidente Hafez al Asad, en el poder desde 1970, murió en 2000 y su hijo Bachar al Asad, como si el régimen fuera una monarquía hereditaria, le ha sucedido. Ha habido, pues, un relevo, pero no un cambio, y eso ha sido así pese al desafío que para el poder establecido representan el islamismo y el terrorismo islámico.

¿Qué explica que en una región tan convulsa, atravesada por múltiples conflictos, esté regida por los dirigentes más incombustibles del mundo? En primer lugar, la ausencia de democracia, pero también el apoyo de Washington a los regímenes prooccidentales y el fracaso de las ideologías que, como el nacionalismo o el socialismo, han pretendido cambiar la región en los últimos cincuenta años. La guerra árabe-israelí de 1967 fue el Waterloo del panarabismo, que en 1991, cuando la guerra del Golfo, vio alistarse a más de medio mundo árabe en las filas de la coalición internacional que derrotó a Sadam Huseín, siempre aspirante a suceder a Nasser. Y el socialismo árabe, además de su fracaso histórico, quedó huérfano con la desaparición de la Unión Soviética. La frustración causada por estas recetas, que fueron importadas de Occidente, es una de las razones que explican no solo el resurgir islamista, sino también el pragmatismo con el que los dirigentes árabes conservadores han contemplado a Israel en los dos últimos decenios. Para estos dirigentes, la guerra del Golfo, provocada por la invasión iraquí de Kuwait, fue el último recordatorio de cómo la retórica incendiaria y una diplomacia ideologizada condujeron a desastres militares como el de 1967. Y estos mismos dirigentes temen que una intervención militar estadounidense en Irak amenace la estabilidad que, a base de represión e inmovilismo, han disfrutado en el último cuarto de siglo, tanto con respecto a Israel, el principal aliado de Estados Unidos, como frente al terrorismo islámico, empeñado en darle la razón a Samuel P. Huntington. ¿Qué pretende, entonces, Estados Unidos: democratizar la región o crear regímenes no hostiles que certifiquen su poder?

Si tuviéramos que hacer caso a Huntington, la crisis con Irak, república laica pero de mayoría musulmana, formaría parte del choque de civilizaciones que nos pronosticó en 1993. Pero Irak no se deja encasillar tan fácilmente. Como ha escrito Edward N. Luttwak, miembro del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos de Washington, el argumento político de los partidarios de la guerra es sencillo: si Sadam Huseín sigue en el poder en 2004, George W. Bush no será reelegido.

La guerra, y en eso tiene toda la razón Huntington, ha cambiado, y no solo en su aspecto tecnológico. También han variado los motivos de sus actores. La guerra fue primero un asunto de reyes y príncipes; o, mejor dicho, una disputa territorial o dinástica entre príncipes que tenían que resolver, lamentablemente, los que no eran príncipes. Este patrón de la guerra desapareció con la Revolución francesa, a partir de la cual la línea divisoria, o del frente militar, se situó entre naciones. La guerra entre naciones, sin embargo, fue reemplazada después, en el siglo XX, por los conflictos de carácter ideológico: primero, entre comunismo, fascismo y democracia; y después, durante la guerra fría, entre comunismo y democracia. Ahora, después de la caída del muro de Berlín, los conflictos se han disparado, no ya entre naciones o entre ideologías, sino entre comunidades de distintas etnias o de diferentes religiones. Pero, a pesar de las atrocidades cometidas el 11 de septiembre en Nueva York y Washington, la crisis de Irak no es la prueba del nueve, como aventuró Huntington, de que «el conflicto entre civilizaciones será la última fase de la evolución de la guerra en el mundo moderno».

Michael T. Klare, profesor del Hampshire College, ha trazado lo que denomina «una nueva geografía de los conflictos»,[2] que es una cartografía con la que nos advierte de la multiplicación de las guerras en el futuro a causa de la disputa por unos recursos vitales y cada vez más escasos. Y lo sucedido durante la última década del siglo XX no deja de darle la razón a Klare. Los conflictos de Yugoslavia y África central provocaron que la atención internacional se centrara en la prevención de las guerras étnicas, pero este enfoque no pudo evitar los conflictos librados por el control de yacimientos de diamantes y de cobre, madera o tierras de labranza. Para Klare, la cada vez mayor competencia por el acceso al petróleo, al agua y a los yacimientos minerales ha provocado nuevas líneas de falla que no son ni políticas, ni ideológicas, ni de civilización o religiosas.

La guerra habrá cambiado, pero sus causas, como ocurre desde sus orígenes, siguen sin abonar un solo modelo que represente con precisión la dinámica de poder en la posguerra fría. Después de todo, el conflicto de Palestina no se explica por una cuestión de derechos humanos, ideología, civilización o materias primas. Lo que está en juego es simplemente un territorio que, por cierto, no es rico en recursos naturales. ¿Qué tipo de conflicto sería, en este contexto, una eventual guerra en Irak, el país con las segundas reservas de petróleo del mundo? La razón de la guerra no sería Sadam Huseín, sino el dominio estadounidense de Oriente Medio. La hegemonía de Estados Unidos pretende generar unas nuevas reglas de juego en la escena internacional.

Apéndices

¿Qué es el islamismo?

El islam («sumisión a Dios» en árabe) constituye la religión monoteísta universal más joven del mundo y, en cuanto a número de fieles, con unos 1200 millones de seguidores, disputa el primer puesto al cristianismo. Los musulmanes representan una cuarta parte de la población mundial y están repartidos fundamentalmente por un arco de 55 estados que se extiende desde la costa oriental de Africa hasta Indonesia, el país con la mayor comunidad musulmana, pasando por Arabia Saudí, donde se encuentran los lugares más sagrados del islam (La Meca y Medina). La cuarta parte de los musulmanes es árabe (unos 300 millones) y habita en Oriente Medio. El almirante estadounidense Alfred T. Mahan acuñó en 1902 el término *Middle East* (Oriente Medio) para referirse a los territorios situados entre la península arábiga y la India, región intermedia entre el *Near East* (Oriente Próximo) y el *Far East* (Extremo Oriente), según la terminología utilizada entonces por los geógrafos franceses. El predominio anglosajón ha hecho común el uso del término «Oriente Medio» para designar el territorio que se extiende desde el Mediterráneo oriental hasta Irak e Irán.

En Europa, Albania es predominantemente musulmana, como Kosovo, la provincia serbia convertida en un protectorado de la ONU. Bulgaria, Bosnia, Macedonia y Georgia también cuentan con importantes comunidades musulmanas. En Francia se calcula que viven unos 4 millones de musulmanes (5,4% de la población total); en Alemania, 3 millones (2,1%); en Gran Bretaña, 1,7 millones (1,4%); en España, medio millón (1,1%), como en Holanda (4,3%), y en Bélgica, unos 300 000 (2,9%). En Estados Unidos, considerado el Gran Satán por el radicalismo islámico, se calcula que la población de confesión islámica se cifra en unos 4 millones (1,4%).

Islam e islamismo no quieren decir exactamente lo mismo. El islamismo, también conocido como fundamentalismo o integrismo, es la politización, a veces distorsionada y fanática, del islam. El islam es la religión, y el islamismo, el islam político. Y, además, está el islamismo apocalíptico o terrorista.

El debate entre Occidente y el mundo musulmán ha existido desde los orígenes del islam, atrayéndose y repeliéndose según las circunstancias históricas. Se han mirado siempre, pero no se han comprendido nunca. Occidente teme el terrorismo islámico y el fundamentalismo, pero necesita el petróleo depositado bajo los pies del islam. Los islamistas acusan a Occidente de ser hostil a su cultura, de respaldar a Israel, que consideran un intruso en su tierra, y de proteger a los regímenes corruptos y antidemocráticos que controlan el inmenso arco geográfico musulmán.

¿Cuál es el origen del islam?

El origen del islam es muy diferente al del cristianismo. Mientras los discípulos de Cristo fueron una minoría perseguida dentro de un Estado legal y socialmente organizado —el romano—, el islam fue además de religión, el Estado y la ley que organizó una sociedad. Mahoma, miembro de la tribu de los Quraysh, fue un hombre de Estado, además de profeta, que levantó un imperio, y el islam no solo organiza y ordena lo espiritual y religioso, sino también lo político, social e incluso lo económico. Por eso la identificación de religión y poder ha quedado inscrita indeleblemente en la memoria de los musulmanes.

¿Cuáles son los pilares del islamismo?

El islam es una religión, pero también un código de honor, un sistema legislativo y una forma de vida. Las obligaciones espirituales básicas del islam se resumen en los llamados cinco pilares de la fe. Son estos: *a)* aceptar la *shahada* o profesión de fe; *b)* las oraciones diarias a Dios, mirando hacia La Meca; *c)* hacer obras de caridad; *d)* ayunar durante las horas de luz del Ramadán, un mes de 29 o 30 días del calendario lunar del islam, que se inicia con la Hégira, la huida de Mahoma a Medina, y *e)* el *hach*, o peregrinaje a La Meca, al menos una vez en la vida.

¿Qué es la *yihad*?

La *yihad* (literalmente, hacer un esfuerzo) es uno de los conceptos más controvertidos de cuantos impregnan la propaganda integrista. Algunos musulmanes lo consideran como un sexto pilar de la fe y lo traducen frecuentemente como «guerra santa», aunque puede referirse a muchas otras formas de lucha por la fe, como una lucha interior por la purificación y la extensión del cumplimiento religioso islámico. Los más radicales justifican el uso de la violencia en la liberación de un país musulmán. Tal actitud es contestada dentro de la comunidad musulmana moderada, ya que el Corán dice también que Dios es misericordioso. La *sharia* es la ley islámica tradicional tal y como fue establecida por las primeras generaciones de juristas musulmanes: el homicida y el apóstata merecen la pena de muerte; el ladrón, la amputación de la mano derecha, y los adúlteros, la flagelación.

¿Qué fue el califato?

La palabra califato se deriva del árabe *jalifa*, que significa lugarteniente y se aplica al sucesor del Profeta, no en su misión profética sino solo en su dignidad como jefe de la comunidad. El califa, por tanto, no es un sumo sacerdote ni un papa, al menos según el concepto que tienen los sunníes, ya que su papel se parece al del emperador del Sacro Imperio Romano de la Edad Media, con la diferencia de que en el islam no existe separación entre la ley religiosa y la ley secular y, por tanto, tampoco el dualismo entre la Iglesia y el Estado. El califa es el jefe de la comunidad islámica (*umma*), el fiduciario de la ley transmitida y el comandante supremo del Ejército, el «príncipe de los creyentes». Los más importantes califas fueron los de Oriente, cuya capital estuvo primero en La Meca para pasar luego a Damasco y, finalmente, a Bagdad.

A comienzos del siglo VIII, la península Ibérica, conquistada por un Ejército compuesto por bereberes y árabes, fue una provincia lejana del gran imperio gobernado por el califa omeya de Damasco, cuyas fronteras orientales se situaban en Samarcanda. Los árabes y bereberes sustituyeron a la aristocracia guerrera visigoda. Sus jefes dependían en principio de Damasco, pero permanecieron al margen de los grandes cambios registrados en Oriente a mediados del siglo VIII que llevaron a que los abasíes ocuparan el lugar de los omeyas, y Bagdad, el de Damasco. Un cambio decisivo para el destino de al-Andalus se produjo cuando, en el año 756, uno de los últimos príncipes supervivientes de la dinastía omeya huyó a Andalucía y fundó allí un principado nuevo, independiente de Bagdad. De la dinastía fundada por él surgiría más tarde el califato occidental que gobernaría desde Córdoba.

¿Cuáles fueron los primeros califas?

Abu Bakr, entre los años 632 y 634, después de la muerte de Mahoma (570-632), se convirtió en el líder *defacto* de la comunidad musulmana. A Abu Bakr, que en el año 622 escapó de Medina junto con el Profeta, se le considera como el primero o segundo hombre convertido al islam. Su posición se consolidó cuando accedió a que su hija mayor, Aisha, de seis años, se casara con Mahoma. A Abu Bakr le sucedió Umar ibn Abd al Khattab (634-644), que condujo a los árabes a la conquista de Arabia, parte del imperio sasánida y las provincias sirias y egipcias del imperio bizantino. Pero Umar fue asesinado a causa de una venganza personal, y su sucesión abrió el primer período de guerra civil en la comunidad musulmana. El elegido fue Uthman ibn Alfan (644-656), miembro, como Mahoma, de la tribu de los Quraysh, aunque concentró sus nombramientos de gobernadores provinciales entre su propio clan, lo que generó la oposición de Ali ibn Abi Talib (656-661), miembro de otro clan de los Quraysh, primo de Mahoma y casado con su hija Fátima. Ali también se proclamó entonces califa y estalló la guerra. Ali fue asesinado y Muawiya (661-680) fue nombrado califa. Como afirma Albert Hourani, «los primeros cuatro califas», desde Abu Bakr hasta Ali, son conocidos por la mayor parte de los musulmanes como los *Raschidun* o correctamente guiados. Los califas posteriores se consideran desde una perspectiva distinta. A partir de este momento, «el cargo se hizo hereditario en la práctica».[1] El poder pasó a una familia conocida por el nombre de uno de sus antepasados, Umayya, de donde procede el nombre de los omeyas. Y una familia de gobernantes sucedió a otra y Damasco fue sustituida como centro del califato por Bagdad. Había llegado el momento de Abu Abbas (749-754) y de sus sucesores, los abasíes.

¿Por qué está el islam dividido?

Hay ocho palabras en árabe que resumen la creencia central de los musulmanes de todo el mundo: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta». Pero el islam es una comunidad múltiple y dividida, con muchas caras y escuelas. ¿Qué tienen en común un magnate del petróleo de Abu Dhabi y un guerrillero de Afganistán? La gran aspiración unitaria del islam —la comunidad islámica (*umma*)— se frustró poco después de la muerte de Mahoma, cuya sucesión provocó el cisma político entre la ortodoxia (sunní), ganadora en el enfrentamiento y mayoritaria (90% de los musulmanes), y la heterodoxia (shií), rama minoritaria (excepto en Irán, el sur de Irak y parte de Líbano), que agrupa a los que creen que Ali, primo y yerno de Mahoma, era el sucesor legítimo para convertirse en califa. El Corán, el libro sagrado del islam, contiene las palabras de Dios dictadas al profeta Mahoma por el arcángel Gabriel, y los shiíes consideran que cabe la interpretación del Corán a la luz de los cambios que se operan en un mundo cambiante. Albert Hourani ha escrito: «La creencia en una unidad que incluye diferencias de opinión en materia legal y en la importancia atribuida al Corán y a la práctica (*sunna*) del Profeta como bases del derecho, creó de modo gradual una forma de pensamiento que se conocería como sunnismo, diferenciado del shiísmo».[1]

¿Cuál es la historia del islam?

El islam ha tenido un destino manifiesto dinámico. Menos de cien años después de la muerte de Mahoma, en el 632 después de Cristo, sus seguidores habían superado las fronteras del desierto de Arabia para conquistar y crear un imperio. Conquistaron el imperio persa y gran parte del bizantino, extendiendo su fe por el norte de Africa hasta España y por Oriente Medio hasta el río Indo. Desde allí, los devotos comerciantes árabes llevaron posteriormente su fe a Malasia, Indonesia, Singapur y Filipinas. Otros comerciantes introdujeron el Corán en las tribus negras de África. Los árabes musulmanes lucharon contra los cruzados cristianos y, más recientemente, contra los imperios europeos. La historia moderna de Oriente Medio puede situarse en 1789 con el desembarco en Egipto de la Revolución francesa, personificada en Napoleón Bonaparte. En poco tiempo, el general Bonaparte y su pequeña fuerza expedicionaria fueron capaces de conquistar, ocupar y gobernar el país. Con anterioridad ya había habido ataques, retiradas y pérdidas de territorio en las fronteras remotas, donde turcos y persas se enfrentaban a Austria y Rusia; pero el hecho de que una pequeña fuerza occidental invadiera uno de los centros del islam supuso una profunda conmoción. La partida de los franceses significó, en cierto sentido, una crisis aún mayor. No fueron los egipcios ni sus señores los turcos quienes los obligaron a abandonar el país, sino una pequeña escuadra de la marina real británica capitaneada por un joven almirante llamado Nelson. Esta fue la segunda lección amarga que tuvieron que aprender los árabes musulmanes; no solo podía una potencia occidental llegar, invadir y gobernar a voluntad, sino que, en caso de ser derrotada, debería ser vencida solo por otra potencia occidental.

¿Cómo se explica el declive del islam?

La clave está en el proceso de modernización. En el siglo XVI, los países de Europa occidental se embarcaron en lo que históricamente se conoce como «la gran transformación occidental», que fue el origen de un nuevo tipo de civilización. Hasta entonces, el crecimiento económico y la modernización se basaban en los excedentes de la producción agrícola. A partir del siglo XVI se apoyarían en el avance tecnológico y en la reinversión de capitales. Este cambio liberó a las sociedades occidentales de la estructura tradicional de las sociedades agrarias, y esto conllevó la demanda de cambios fundamentales en la política, en la sociedad y en la religión. Y conforme el ciudadano accedía más a la educación, más derechos exigía. Este espíritu moderno tuvo dos características esenciales: la primera fue la independencia social, política y científica; la segunda, la innovación. Hoy día se asiste a un fenómeno similar en los países pertenecientes al mundo subdesarrollado, entre ellos los musulmanes, pero al final del siglo XVIII cuando Europa alcanzó un nuevo equilibrio entre la fe y la razón, el mundo islámico, tradicionalmente agrario, no solo quedó atrás, sino que entró en colusión con el expansionismo europeo. Los historiadores nos suministran una larga lista de razones que pueden explicar el declive islámico: la devastación provocada por los mongoles en el siglo XIII, el colonialismo europeo de los siglos XIX y XX, el hábito de los gobernantes musulmanes de importar mercenarios para defenderse, el retraso con respecto a los avances europeos en materia de navegación y el fracaso a la hora de dar el salto del comercio al proceso de manufacturación. Todas estas posibles explicaciones resumen la relación ambivalente que el mundo islámico ha mantenido con Occidente en los dos últimos siglos. Y esta situación ha servido tanto para alimentar la corriente de los pensadores modernistas islámicos, partidaria de aprender las lecciones del éxito occidental, como para dar nuevos bríos a los tradicionalistas, que, mejor instalados en el orden de cosas existente, han optado por mirar hacia atrás, en busca de los orígenes.

¿Cuándo resurgió el islamismo?

En el siglo XX, el mundo árabe tomó del mundo occidental los modelos a adoptar en sus procesos de modernización. Al principio, las élites árabes, formadas en instituciones inglesas y francesas, pretendieron instaurar modelos parlamentarios constitucionales; así surgieron regímenes como los del rey Faruk en Egipto y de Nuri Said en Irak. Y el radicalismo panárabe del partido Baas adoptó las ideas nacionalistas laicas originadas en Occidente y pretendió adaptarlas a la realidad árabe.

Bajo esta luz es posible comprender el fundamentalismo islámico: una protesta por la frustración provocada por un siglo de intentos de parecerse a Occidente. El mapa político del mundo árabe está integrado ahora por dictaduras ideológico-militares, como son los casos de Irak y Siria, o por regímenes monárquicos conservadores como los de Arabia Saudí y Kuwait. Egipto no está en el centro del espectro político, pero su sistema —«único y singular, una especie de presidencia monárquica, combinada con un sistema cuasiparlamentario y cuasielectoral», en opinión de Bernard Lewis—[1] ha proporcionado una estabilidad que ni el tratado de paz con Israel ha hecho tambalear.

Después de la Segunda Guerra Mundial los imperios coloniales se derrumbaron y en el mundo árabe llegaron al poder fuertes líderes nacionalistas, que además eran musulmanes, como Gamal Abdel Nasser en Egipto. A comienzos de la década de 1960 había ya un cinturón de estados independientes y predominantemente islámicos que se extendía de Marruecos a Indonesia. Y el derrocamiento —caso del primer ministro Mossadeq en Irán, en 1953— o el fracaso de los movimientos nacionalistas laicos, atrapados en la vorágine de la guerra fría, tanto en la lucha contra el Estado de Israel como en el esfuerzo para el desarrollo económico, con recetas capitalistas o comunistas —igualmente occidentales a ojos musulmanes—, terminó convenciendo a importantes sectores de que el islam es su última oportunidad. La ideología islamista nació a principios del siglo XX como reacción a Occidente y a Mustafá Kemal, Ataturk, padre de los turcos (pueblo no árabe), que optó por la occidentalización.

¿Qué significó Ataturk?

Mustafá Kemal, Ataturk («padre de los turcos»), fundó en 1923 la República de Turquía, un concepto de nación opuesto a la versión nacional-religiosa otomana que fue el califato. Es decir, creó una Turquía secular, pero que no era por ello menos islámica en cuanto a creencia. La filosofía básica del kemalismo afirma que para prosperar un país debe formar parte de la civilización moderna y aceptar mucho de lo que es característico de Occidente, lo que incluye los mismos derechos para hombres y mujeres, la enseñanza de la ciencia moderna y la separación de la religión, de forma que deje de desempeñar un papel fundamental en el gobierno. Arabia Saudí (sunní-wahhabí) e Irán (shií), aunque compiten entre sí, son el polo opuesto. Los regímenes saudí, prooccidental, e iraní, antioccidental, son distintos, pero tienen en común su carácter teocrático.

Pese a las drásticas leyes dictadas por Ataturk en 1925, las cofradías islámicas han sobrevivido y ejercido influencia en el poder. El movimiento islamista Refah obtuvo en las elecciones de 1995 un 20% de los votos populares, lo que le convirtió, gracias a la división de los partidos occidentales, en la primera fuerza del país y a su líder, Necmettin Erbakan, en jefe del gobierno en 1996. Erbakan quiso entonces echar un pulso a las fuerzas occidentales, y el resultado fue un golpe militar blando que le expulsó del poder. Su partido fue ilegalizado, aunque posteriormente fue sustituido por otro, y Erbakan ha tenido que rendir cuentas a la justicia, acusado de conspirar contra el carácter laico de la república. El experimento acabó como el rosario de la aurora, lo que permitió detectar las primeras señales de fatiga en los metales del régimen kemalista.

De las numerosas ideologías que sacudieron el continente europeo en el decenio de los años veinte del siglo pasado, el kemalismo sigue siendo el gran superviviente. Ataturk murió en 1938, pero el kemalismo permanece como sistema. Los principios kemalistas incluyen el mantenimiento de una república prooccidental y laica; una economía dirigida por el Estado; un nacionalismo turco a prueba de bombas, sobre todo kurdas; la no existencia de derechos políticos para los kurdos como minoría, y, por encima de todo, la omnipresencia del ejército. El kemalismo, que en su día representó la modernidad, se resiste a ser el pasado. En las elecciones legislativas celebradas el 3 de noviembre de 2002, los islamistas moderados del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), encabezado por Recep Tayyip Erdogan, exalcalde de Estambul y exaliado de Erbakan, se convirtió en la primera fuerza política de Turquía, con el 34,3% de los votos populares.

¿Cuál fue el primer grupo islamista?

El primer grupo islamista significativo, los Hermanos Musulmanes, fue fundado por Hasan Al Banna, que en 1928 ya reclamó en Egipto una Constitución basada en el Corán. Hassan Al Banna (1905-1949) fundó su movimiento con el objetivo de promover una reforma social, como dejó escrito en uno de sus más destacados libros, *Carta a un estudiante musulmán*. Entre 1942 y 1945 viajó frecuentemente a Jordania, donde estableció una rama de los Hermanos Musulmanes. En 1948, acusó directamente al Gobierno egipcio de la debilidad árabe en la primera guerra contra los israelíes. Al Banna fue asesinado en El Cairo en 1949. La llegada al poder de Nasser, en los años cincuenta, significó un serio revés para el movimiento islamista, considerado como un rival por las fuerzas nacionalistas laicas. Su máximo líder e ideólogo, Sayed Qotb, teórico del islamismo moderno, fue encarcelado y ahorcado en 1966. Qotb tuvo un papel esencial, como el paquistaní Mawdudi (1903-1979) y el iraní Jomeini (1902-1989). Mawdudi y Qotb influyeron en el mundo sunní; Jomeini, en el islam shií. Los tres compartieron una misma visión política del islam, y su objetivo fue la instauración de un Estado islámico.

¿Qué significó el triunfo de Jomeini?

La situación cambió con el triunfo de la revolución shií del ayatolá Jomeini en Irán (país no árabe). Los musulmanes viven desde entonces un redescubrimiento de sus raíces espirituales y una reafirmación del poder político del islam. Y la revolución iraní, con la que se expulsó al sah Reza Pahlevi, autócrata que soñaba con convertir a su país en un Estado laico e industrial de tipo occidental, fue saludada como «un nuevo amanecer de los pueblos islámicos». Richard Falk, profesor de la Universidad de Princeton, ha denominado a la revolución shií como «la primera revolución del Tercer Mundo; una revolución que no es ni marxista ni capitalista, sino puramente islamista».

¿Por qué este renacimiento islámico?

El resurgir del islam puede considerarse como una búsqueda de las raíces, inspirada por un rechazo de los valores occidentales. Es decir, una negación tanto del colonialismo occidental de los siglos XIX y XX como del comunismo con el que algunos regímenes pretendieron preservar su independencia después del proceso de descolonización política. El sociólogo francés Gilíes Kepel, especialista en el islam, explica así el resurgir del islamismo: «Los años setenta estuvieron marcados por la irrupción de los movimientos islamistas militantes en la mayor parte de los países del mundo musulmán, y culminaron con el triunfo de la revolución iraní, en febrero de 1979, destruyendo el Estado "impío" del sah y edificando sobre sus ruinas una república islámica que aplicó los preceptos establecidos por el ayatolá Jomeini a principios de la década. Los acontecimientos que tuvieron lugar en Irán trastornaron las representaciones comunes del islam en su conjunto: lo que se consideraba una religión más bien conservadora y retrógrada, cuya pertinencia social y política estaba en declive al tiempo que progresaba la modernización, súbitamente se convirtió en el punto de mira de todas las atenciones, todas las esperanzas y todos los temores. El propio movimiento islamista, cuya existencia era desconocida para mucha gente, fue asociado a una revolución de un perfil impreciso pero cuya naturaleza parecía tan radical como antioccidental».[1]

Para Kepel, el resurgir del islamismo, cuyo inicio lo sitúa en la guerra árabe-israelí de 1973, que permitió a Arabia Saudí y al resto de los productores de petróleo la multiplicación de los precios, ha sido posible por la alianza de tres grupos bien distintos. El primer grupo está integrado por la juventud pobre y urbana, que, según qué países, representa entre el 40 y el 65% de la población; son jóvenes frustrados, sin empleo y que no han conocido la colonización, lo que hace que centren su ira en el Estado poscolonial que no ha sabido resolver sus problemas. Es esta juventud la que comenzó a manifestarse en Argelia en 1988 contra el estado de cosas vigente. El segundo grupo es una pequeña burguesía islamista emergente pero que no tiene acceso al sistema político, tanto en los países que se dicen socialistas, donde el poder pertenece por lo general a los militares, como en los países monárquicos, donde son unas pocas familias las que disfrutan del poder. Esta pequeña burguesía, integrada por comerciantes o pequeños empresarios, no es revolucionaria pero quiere desbancar a los que ocupan el poder. No descenderá a la calle, pero financiará un movimiento político que se apoyará en los desheredados. Y el tercer grupo es el que ha proporcionado la ideología islamista. Se trata de los jóvenes formados en las universidades estatales y que, a la vista del fracaso de las recetas occidentales, optarán por convertirse en ingenieros del Estado que consideran perfecto: el Estado islámico. Esta alianza ha sido evidente en un país no árabe como Turquía, en el que el Partido del Refah (Bienestar) se convirtió en el brazo político de una pequeña

burguesía emergente, y en Argelia, donde el FIS (Frente Islámico de Salvación) —el partido de los pequeños propietarios— pactó con los desheredados.

¿Qué representó Argelia?

En Argelia, el FIS ganó las elecciones municipales, lo que significó un primer paso hacia el poder; pero, después, el Ejército dio un golpe de estado en 1992 para evitar el triunfo del FIS en las elecciones legislativas. Este desenlace del experimento político argelino tuvo dos consecuencias. Por una parte, el inmovilismo de los gobiernos en el mundo islámico, que llegaron a la conclusión de que si abrían la puerta política, perderían las elecciones. Y, por otra, significó la radicalización de un amplio sector del islamismo, que se convenció de la inutilidad de caminar por el camino legal, ya que un golpe de estado podía anular su eventual victoria en las urnas. El caso argelino es un buen ejemplo, pero no el primero. En Egipto, entre 1923 y 1952, el partido Wafd, que pretendía reducir la influencia británica en el país, ganó las 17 elecciones celebradas, pero solo se le permitió gobernar en cinco ocasiones.

¿Cómo se fracturó el islamismo?

El islamismo nunca ha sido un movimiento político unitario y supranacional. Antes al contrario, el islamismo tiene características propias según de qué país se trate. El islamismo no tiene ni un gobierno común ni mucho menos un Ejército supranacional. Pero, evidentemente, el triunfo de la revolución de Jomeini hizo que en Occidente se tuviera una imagen prácticamente monolítica del islamismo como ideología política. Esta imagen, sin embargo, se rompió apenas un año después de la caída del muro de Berlín. En 1990 el presidente iraquí, Sadam Huseín, decidió invadir Kuwait. Y esta iniciativa acabó volviéndose contra el islamismo. Arabia Saudí, que en la guerra Irán-Irak de 1980-1988 había apoyado a Sadam Huseín, vio entonces cómo su antiguo patrocinado amenazaba sus intereses. Sadam se apoyó también en el islamismo para actuar contra Kuwait y Arabia Saudí, dos petromonarquías. Y el resultado fue la profundización de la fractura del islamismo. Gilíes Kepel afirma que la guerra contra Irak rompió la alianza política entre Estados Unidos y las monarquías petrolíferas, por un lado, con los partidarios de la *yihad*, por otro.

Osama Bin Laden pasó de su cruzada antisoviética a la oposición a la presencia de tropas norteamericanas —infieles, desde el punto de vista islámico— en Arabia Saudí, sede de los lugares más sagrados del islam.

¿Quiénes son los talibanes?

Talibán es el plural en persa de *taleb*, que puede traducirse como «buscador de la verdad». Los talibanes surgieron en 1994 de las escuelas coránicas (madrasas) de Kandahar (Afganistán) y Karachi y Lahore (Pakistán). Esta milicia estaba formada por jóvenes de confesión sunní, mayoritaria en Afganistán, y fueron apoyados por Estados Unidos, Arabia Saudí y Pakistán en la guerra civil que siguió a la derrota soviética en 1989. Los talibanes propugnan una interpretación muy rígida del islam, la cultura y contra la inserción de la mujer en la vida social. Bin Laden, a quien Estados Unidos responsabiliza de los atentados del 11 de septiembre contra Nueva York y Washington, formó parte de los grupos islámicos que en los años ochenta recibieron ayuda económica de Estados Unidos.

¿Qué es el wahhabismo?

La mayoría de los movimientos rigoristas islámicos sunníes que, como el talibán, exigen la depuración de sus sociedades de toda ignorancia pagana están inspirados en la *salafiyya*. Los salafíes son ulemas o pensadores seglares extremadamente escritúristas, que como indica su nombre de *salaf* —primeros compañeros del Profeta— se basan en una obediencia absoluta al ejemplo de Mahoma. Entre los salafíes destacan los Hermanos Musulmanes, pero la corriente que primero alcanzó una situación de predominio político absoluto fue el wahhabismo, que dirige ideológicamente Arabia Saudí. El wahhabismo, fundado en el siglo XVIII por el reformador puritano Ibn Abd Al Wahhab (1703-1792), representa una reacción impetuosa contra Occidente y patrocina la aplicación rigurosa de todas las conminaciones y prohibiciones en los ámbitos jurídicos, moral y privado. La monarquía saudí fundamenta su origen en la alianza que concluyó en 1745 con Wahhab.

¿Cuál es el papel de Arabia Saudí?

Históricamente, el reino de Arabia Saudí, fundado en 1932 por Ibn Saud, ha sabido mantener buenas relaciones con el mundo occidental y con los movimientos islámicos más antioccidentales. Arabia Saudí es prooccidental, por lo menos en lo que se refiere al petróleo (es el primer productor y tiene las mayores reservas del mundo), pero, al mismo tiempo, ha financiado regímenes antioccidentales como el talibán, aunque, como dicen los saudíes, también Estados Unidos lo hizo.

Arabia Saudí es hostil con toda su energía a Israel, el gran aliado de Estados Unidos. Pero los saudíes son aliados también de Estados Unidos. El misterio tiene una explicación. El presidente Harry S. Truman reconoció en 1948 a Israel, pero Arabia Saudí no puso el grito en el cielo. ¿Por qué? Porque Estados Unidos se había comprometido con anterioridad a defender el reino saudí de cualquier agresión. Los sucesores de Franklin D. Roosevelt y Harry S. Truman siempre han cumplido con lo pactado, desde la revuelta de 1962 en Yemen hasta la guerra del Golfo contra Sadam Huseín de 1991. ¿Y qué ha obtenido Washington a cambio? Arabia Saudí nunca ha participado en una guerra de los árabes contra Israel. El wahhabismo, el credo oficial de Arabia Saudí, resultó fundamental para la creación del Estado de Pakistán. Y la doctrina de los talibanes es una variante del wahhabismo.

Un cuarto de siglo después de la llegada al poder de Jomeini, el resultado de la revolución iraní y la multiplicación del terrorismo mueven a algunos observadores occidentales, como Gilíes Kepel, a afirmar que el islamismo ha fracasado como fórmula política. A finales de la década de 1990 fue un momento crucial. En Egipto, el terrorismo integrista perpetró una matanza de turistas occidentales en Luxor. Y en Argelia se sucedieron las atrocidades cometidas por el Grupo Islámico Armado (GIA), que antes había roto con el FIS. Estas acciones, protagonizadas por grupos en los que el wahhabismo tiene una fuerte influencia, subrayaron el desarrollo de un terrorismo cuyo nacimiento, al menos en parte, responde a una ironía de la historia. Estados Unidos y Arabia Saudí financiaron a los movimientos islámicos que lucharon en Afganistán contra los soviéticos. Después, estos movimientos crearon sus propios grupos en sus tierras de origen (Egipto, Argelia) para enfrentarse a los regímenes que consideran aliados de Occidente.

¿Cómo surgió Osama Bin Laden?

Osama Bin Laden, multimillonario saudí y líder de Al Qaeda, es el símbolo de los activistas que comulgan con la ideología que invoca una interpretación rigurosa de los textos sagrados según la tradición vigente en Arabia Saudí. Al Qaeda, por esto, no tiene su origen en el islamismo inspirado por Hasan Al Banna en la década de 1920. En realidad, es producto de los años ochenta y de la guerra fría, cuando Estados Unidos, Arabia Saudí y Pakistán financiaron a los muyahidines islámicos para que se enfrentaran a las tropas soviéticas en Afganistán. Después, una vez derrotada la Unión Soviética en 1989 y consumada la guerra del Golfo, el primer objetivo de Bin Laden fue el derrocamiento de la monarquía saudí, a la que acusa de solicitar el despliegue de tropas estadounidenses en su suelo. Una eventual invasión de Irak por parte de Estados Unidos podría reforzar el apoyo social a Bin Laden y su organización terrorista.

¿Avanzan los partidos islamistas?

El islamismo moderado pide a Occidente que apoye la celebración de elecciones democráticas en la región. La alternativa, dicen los Hermanos Musulmanes, que son ilegales en Egipto, es el terrorismo. Pero Occidente sigue convencido de que, en el mundo musulmán, las elecciones significan «un hombre, un voto, una vez». Desde el 11 de septiembre, la percepción de que Washington es hostil al islam ha coincidido con el avance de los partidos islamistas en los mundos árabe y musulmán. En las elecciones celebradas en el año 2002 en Pakistán, Bahrein, Marruecos y Turquía, estos partidos han experimentado fuertes progresos. En el mes de septiembre, los islamistas se hicieron con 42 escaños (antes 14) en las elecciones legislativas celebradas en Marruecos, donde el Parlamento cuenta con 325 diputados. En octubre, los islamistas conquistaron 78 de los 392 escaños en juego en las elecciones paquistaníes, y en Bahrein, que celebró sus primeros comicios al Parlamento en treinta años, lograron hacerse con cuarenta puestos en la cámara (la flota estadounidense desplegada en el Golfo tiene su cuartel general en Bahrein). En Turquía, los islamistas moderados del Partido de la Justicia y el Desarrollo lograron la mayoría absoluta.

¿Qué es Palestina?

No hay ninguna región del mundo que supere a Palestina, escenario con poca geografía y mucha historia, en cuanto a planes de paz per cápita. Pero el conflicto palestino-israelí no encuentra la salida del túnel. Por esta estrecha franja de tierra han desfilado, desde hace dos mil años, judíos, griegos, romanos, árabes, cruzados, otomanos, británicos, franceses y las dos superpotencias de la guerra fría, Estados Unidos y la Unión Soviética, que apadrinaron a Israel y árabes radicales, respectivamente. Pero, no hay que engañarse, el conflicto es entre judíos, que en 1948 fundaron su Estado, tras la emoción suscitada por el Holocausto, y palestinos, que no tienen Estado en su propia tierra. Una vez acabada la guerra fría, y después de cinco guerras, los optimistas pensaron que había llegado el momento del entendimiento. Se equivocaron. El proceso iniciado en 1993, con Bill Clinton en la Casa Blanca, rozó la paz, pero fue un espejismo. Bajo el fuego cruzado de los radicales de ambos bandos, la negociación entre el líder palestino, Yasser Arafat, y el primer ministro israelí Yitzhak Rabin, asesinado en 1995 por un extremista judío, ha desembocado en otro estallido de violencia. Lo único que se ha superado es el mito de una tierra (Palestina) sin pueblo (el palestino) para un pueblo (el judío) sin tierra (Palestina). Como hace cien años, cuando se aceleró la inmigración judía a Palestina, esa misma tierra se la siguen disputando dos pueblos.

¿Cuál es el origen remoto?

Todo empezó con Abraham. «Deja tu tierra y tus parientes y la casa de tu padre, y ve a la tierra que te mostraré», dice Yahvé a Abraham (Génesis 12:1). Acompañado por los suyos, Abraham abandonó Ur, en Caldea, y emprendió camino hacia la tierra de Canaán, el futuro Eretz-Israel, la tierra de Israel. Entonces Dios prometió a Abraham: «Daré esta tierra a tu descendencia» (Génesis 12:7). Basándose en esta promesa divina, los extremistas judíos reivindican Eretz-Israel, incluidas Judea y Samaria (nombres bíblicos de Cisjordania). Pero Abraham tuvo dos hijos: primero, Ismael, nacido de Agar; y después, Isaac, nacido de Sara. Según la tradición religiosa, los judíos son descendientes de Isaac; los árabes, de Ismael. Los judíos se consideran los descendientes auténticos de Abraham porque Sara era la esposa legítima del patriarca, mientras que Agar era la sierva egipcia. El pueblo árabe considera que Ismael era el primogénito, por lo que debería tener prioridad sobre Isaac.

¿Qué fue la diáspora?

El pueblo judío se dispersó por el mundo a partir del año 70 de la era cristiana, después de la destrucción por los romanos del segundo templo de Jerusalén, el de Herodes, construido sobre las ruinas del templo de Salomón, que, según la tradición, contenía el Arca de la Alianza. Del templo de Herodes solo queda en pie el muro de las Lamentaciones. Los palestinos también han adoptado el término «diáspora» para referirse a su dispersión tras las guerras libradas contra Israel en 1948 y 1967.

¿Quiénes son los palestinos?

Los palestinos son árabes que vinculan su origen a Palestina, una estrecha franja de territorio que se extiende desde la costa oriental del Mediterráneo hasta el río Jordán. El término romano de Syria Palaestina, del siglo II de la era cristiana, se refiere al tercio sureño de Siria e incluía a la antigua Judea. En el año 636, tras la batalla de Yarmuk, que puso en fuga a los ejércitos bizantinos, los ejércitos de la península arábiga tomaron Jerusalén, donde entró solemnemente dos años después el califa Omar. Los califas omeyas respetaron los santos lugares y edificaron varias mezquitas, entre ellas la de La Roca, que es el monumento islámico más antiguo que se conserva en la región. La Cúpula de la Roca (Qubbat as-Sakhra) es el tercer lugar santo del islam. Y en los 1300 años siguientes (salvo en el período de las cruzadas), Palestina fue un distrito administrativo de imperios o gobiernos con capitales en otros lugares. En 1517, Selim I anexionó Egipto y Palestina al imperio otomano, que mantuvo su control sobre Jerusalén hasta su derrota en la Primera Guerra Mundial.

¿Qué es el sionismo?

El sionismo surgió como respuesta nacionalista al antisemitismo europeo. El antisemitismo hizo que, a finales del siglo XIX, muchos judíos se replantearan la cuestión de su identidad colectiva. Impresionado por la condena del capitán judío francés Dreyfus (1894), a cuyo juicio en París por presunto espionaje a favor de Alemania asistió como corresponsal de prensa, Theodor Herzl (1860-1904), escritor judío nacido en Budapest y establecido en Viena, experimentó lo que él mismo definió como su conversión al judaismo o, si se quiere, al sionismo, cuyo nacimiento algunos autores sitúan en Rusia a mediados del siglo XIX. La conclusión de Herzl fue que la asimilación de los judíos en las naciones europeas estaba condenada al fracaso. En 1896 publicó *Der Judenstaat* («El Estado de los judíos»), en el que expuso la idea de crear un Hogar Nacional Judío en Palestina o en Argentina, país descartado un año después. En 1900, Maurrás publicó su *Encuesta sobre la monarquía*, texto capital del nacionalismo francés del siglo XX y una defensa de la Francia católica, tradicional y monárquica. Maurrás exigió la eliminación de «los cuatro estados» que, en su opinión, subvertían Francia: judíos, protestantes, masones y extranjeros. En Austria, el antisemitismo constituyó uno de los argumentos de los partidos de Von Schönerer (Partido Nacionalista, creado en 1882, pangermánico y populista) y de Karl Lueger (Partido Social Cristiano, fundado en 1890, católico y reformista). El antisemitismo también impregnó a los nacionalismos húngaro, croata, eslovaco y polaco. Y en 1903 se publicó *Los protocolos de los sabios de Sión*, obra divulgada por los servicios secretos rusos con la tesis de una conspiración judía para controlar el mundo.

¿Qué significó la Declaración Balfour?

Antes de 1880, la población judía de Palestina no superaba las

25 000 personas. Después de 1881, nuevos grupos fueron llegando empujados por una ola de antisemitismo en la Rusia zarista. Este impulso cobró nuevos bríos con el ideal sionista (reunir a los judíos en lo que consideran su tierra, el monte Sión), formulado en el I Congreso Sionista, celebrado en Basilea (Suiza) en 1897. La afluencia de judíos fue incentivada cuando, en 1917, el ministro británico de Asuntos Exteriores, Arthur James Balfour, emitió la siguiente declaración, dirigida a lord Edmond Rothschild, presidente de la Federación Sionista de Gran Bretaña: «El gobierno de Su Majestad ve con agrado el establecimiento en Palestina del Hogar Nacional Judío». Pero la declaración añadía: «Nada deberá hacerse en perjuicio de los derechos de las comunidades no judías existentes». Chaim Weizmann, químico que sería el primer presidente de Israel, tuvo un papel decisivo en esta declaración.

Descubrió un método para manufacturar trinitrotolueno (TNT) y pasó la información a los británicos. Londres, en último término, hizo la declaración a cambio del apoyo financiero judío durante la Primera Guerra Mundial. Gran Bretaña renegó de la Declaración Balfour en 1939.

¿Qué papel desempeñaron las organizaciones sionistas?

La Organización Sionista Mundial fue creada en el I Congreso Sionista para operar, a través de la Agencia Judía, como un gobierno provisional hasta la creación de Israel. El Fondo Nacional Judío, creado en 1901 con la función de adquirir terrenos en Palestina para su colonización, tuvo un papel fundamental durante la primera mitad de siglo en la inmigración a Palestina. Y el Congreso Judío Mundial fue creado en 1936 para asegurar la supervivencia y la unión del pueblo judío con presencia en sesenta y cinco países.

¿Qué decidió la resolución 181?

El 29 de noviembre de 1947 —bautizado como día de la *Nakba* (catástrofe) por los palestinos— la Asamblea General de la ONU, ante el enfrentamiento entre árabes y judíos, aprobó la resolución 181 para resolver el futuro de Palestina, entonces bajo el mandato de una agotada Gran Bretaña, convertida en objetivo de las organizaciones terroristas judías. La resolución recomendaba la partición del territorio en dos estados: uno judío (56,47% del territorio y con una población de 490 000 judíos y 325 000 árabes) y otro árabe (43,53% del territorio y una población de 807 000 árabes y 10 000 judíos). Jerusalén, con 100 000 judíos y 105 000 árabes, pasaría a depender de una administración internacional. La aprobación no fue fácil. Filipinas, Liberia y Haití habían anunciado su negativa al plan, apoyado por la delegación sionista. El aparente milagro se produjo y se superó el listón de los treinta y dos votos necesarios. Un grupo de senadores estadounidenses convenció al presidente filipino, que tenía pendiente la concesión de un préstamo. El fabricante de neumáticos Firestone hizo cambiar de opinión a Liberia, cuya economía dependía del caucho. Y un crédito estadounidense de cinco millones de dólares modificó el voto de Haití. La resolución fue aprobada por treinta y tres votos a favor, entre ellos los de Estados Unidos y la Unión Soviética, trece en contra y diez abstenciones.

¿Qué significó la primera guerra?

La resolución 181 fue rechazada por los árabes, por considerarla desequilibrada, lo que reactivó la primera guerra, iniciada de hecho en 1947. Hasta 1948, y coincidiendo con la evacuación de los británicos, la lucha provocó el éxodo de 300 000 palestinos. Y al día siguiente de la proclamación de Israel, el 14 de mayo de 1948, tropas de Egipto, Líbano, Siria, Irak y la Legión Árabe de Transjordania franquearon las fronteras del nuevo Estado. El Ejército israelí rechazó la ofensiva y ocupó la totalidad del desierto del Neguev. Los combates finalizaron con los acuerdos de Rodas (1949), por los que Israel obtuvo 5000 kilómetros cuadrados más de los que le había concedido la ONU, y Jerusalén quedó dividida. Solo dos sectores quedaron en manos árabes: la franja de Gaza, administrada por Egipto, y Cisjordania, incluida Jerusalén este, que fue anexionada por Jordania en 1950.

¿Cómo cambió el mapa en 1967?

En 1967, a causa de un bloqueo egipcio, Israel atacó a Egipto, Jordania y Siria, y al cabo de una victoriosa campaña relámpago, del 5 al 10 de junio, ocupó los Altos del Golán (Siria), Cisjordania, Jerusalén este, Gaza y la península del Sinaí (Egipto). Fue la tercera guerra árabe-israelí. La segunda se libró en 1956, cuando los israelíes, en connivencia con británicos y franceses, lanzaron una ofensiva —frustrada por Estados Unidos— contra Egipto tras la nacionalización del canal de Suez por Gamal Abdel Nasser. La guerra de 1967 tuvo profundas consecuencias en la sociedad israelí, que se dividió en dos. Por un lado, los palomas, que proponían que los territorios ocupados fueran negociables. Y, por otro, los halcones, partidarios de abarcar toda la tierra posible del Israel histórico. La resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, aprobada el 22 de noviembre de 1967 y reiterada en 1973 por la resolución 338, exige la retirada israelí y consagra el principio de «territorios por paz». Uno de sus principales artífices fue lord Caradon, embajador británico en las Naciones Unidas de 1964 a 1970, que en su testamento pidió ser enterrado con la bandera palestina.

Durante años Arafat repudió la resolución 242, entre otras cosas porque describe la causa de los palestinos como «cuestión humanitaria» y no «nacional». El redactado de la Cláusula Operativa 1 (i) de la resolución 242 también es polémico porque en su versión inglesa el Consejo de Seguridad pide la «retirada de territorios ocupados» («Withdrawal of Israeli armed forces from territories occupied in the recent conflict») y en su versión francesa pide «la retirada de los territorios ocupados» («Retrait des forces armées israéliennes des territoires occupés lors du récent conflit»). Es decir, la versión inglesa, ante la ausencia del artículo definido «los» (*the*), implicaría que el Consejo de Seguridad solo pide la retirada de algunos territorios ocupados. Por el contrario, la versión francesa, con el artículo «los» (*des*) pide la retirada de todos los territorios ocupados. El hecho de que estos dos idiomas sean oficiales y de trabajo en la ONU ha provocado que la polémica sea interminable. Las versiones en ruso, español y chino, idiomas oficiales pero no de trabajo, coinciden con las letras en francés, ya que estas expresarían más acertadamente el espíritu de toda la resolución 242.

¿Qué valor tienen los Altos del Golán?

Israel ocupa 1150 de los 1675 kilómetros cuadrados de los Altos del Golán, altiplanicie que se anexionó en 1981 después de conquistarla en 1967. Esta anexión fue condenada por la ONU con solo dos votos en contra (Israel y Estados Unidos). En los años sesenta, la importancia del Golán era esencialmente militar. Desde la altiplanicie, sirios y palestinos podían atacar sin riesgo a los colonos de Galilea, en el norte de Israel, y del lago Tiberiades. La importancia militar ha disminuido, pero el Golán sigue teniendo un gran valor estratégico. Sus fuentes de agua alimentan a afluentes del río Jordán.

¿Qué papel desempeña el agua?

Una de las razones de la negativa israelí a retirarse de los territorios ocupados es el control de las fuentes de agua. Israel acapara el río Jordán, que fluye por parte de los territorios ocupados (Cisjordania y Altos del Golán), Jordania y Siria. Israel también controla los acuíferos subterráneos del oeste de Cisjordania y de Gaza. Mientras en Israel se consumen unos 600 metros cúbicos por habitante y año, en los territorios ocupados el consumo de los palestinos es de unos 100 metros cúbicos.

¿Por qué se decidió negociar en 1993?

El final de la guerra fría, con la desaparición de la Unión Soviética, significó para los regímenes árabes radicales la pérdida de su principal aliado, por lo que los dirigentes laboristas israelíes Yitzhak Rabin y Shimon Peres consideraron llegado el momento de intercambiar los territorios ocupados en 1967 por la paz. Este plan fue aceptado e impulsado por Estados Unidos, el gran aliado de Israel. Para los laboristas y el resto de los partidos laicos israelíes, el objetivo último de un acuerdo era separar a israelíes y palestinos, especialmente después de la primera intifada palestina, que había puesto de manifiesto la vulnerabilidad israelí desde 1987. Pero para la derecha israelí, integrada por el Likud y los partidos religiosos, la guerra de 1967, con sus conquistas territoriales, fue entendida de otra manera: la posibilidad de cumplir el sueño del Gran Israel. Para algunos partidos religiosos, la guerra fue recibida como la señal que estaban esperando sobre la «era de la redención» y la llegada del Mesías, que suponen se acelerará cuando se controlen todos los territorios del Israel bíblico. El año 1967, de esta manera, marca el inicio de una profunda división en la sociedad israelí. Si Cisjordania (5879 kilómetros cuadrados), con sus 1,58 millones de palestinos (y unos 400 000 colonos judíos que pueblan los asentamientos), no fuera devuelta, al menos parcialmente, como ya ha sucedido con Gaza (378 kilómetros cuadrados, 1,2 millones de palestinos y 6900 colonos judíos), la izquierda israelí considera que serían posibles dos escenarios: habría que dar derechos políticos a los palestinos en Israel o habría que negárselos. Si sucediera lo primero, Israel, entonces con un 40% de árabes, ya no sería el Israel actual, es decir, un Estado judío, sino el Ulster de los últimos tres decenios, un país con dos comunidades enfrentadas. Pero si fuera lo segundo, el resultado ya no sería el sueño sionista, sino la Sudáfrica del apartheid. En 1990 el número de colonos judíos en Cisjordania ascendía a unos 140 000, lo que representa que, después de la Declaración de Washington, que propone el intercambio de territorios por paz, se ha incrementado en unos 260 000.

¿Qué es la Autoridad Nacional Palestina?

La Autoridad Nacional Palestina (ANP), según los acuerdos de paz, debe ser la máxima instancia ejecutiva en Cisjordania y Gaza. Presidida por Yasser Arafat desde enero de 1996, se creó a resultas de la declaración firmada el 13 de septiembre de 1993 entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). La jurisdicción de la ANP abarcaba, antes de que los territorios fueron reocupados por Israel en 2002, Gaza y Cisjordania, aunque sus competencias variaban en las distintas zonas en las que dividieron los territorios. En la zona A (menos del 4% del total de Cisjordania y las ciudades de Gaza y Jericó) se dispuso que la ANP tuviera poderes civiles y policiales. En la zona B (3% de Cisjordania) regiría la autoridad palestina pero la seguridad correría a cargo del Ejército israelí. Y en la zona C (73% de Cisjordania), la ANP solo podría prestar servicios sociales, mientras Israel mantendría el control.

¿Cuáles son las organizaciones palestinas?

La OLP, creada en 1964 y presidida desde 1968 por Yasser Arafat, es la organización paraguas del amplio movimiento palestino. Según su carta fundacional, su principal objetivo es movilizar a los palestinos para «recuperar su hogar usurpado». En 1986, sin embargo, Arafat reconoció al Estado de Israel y su derecho a unas fronteras seguras. La OLP, representante legítimo del pueblo palestino, está integrada por tres órganos: el Comité Ejecutivo, el Comité Central y el Consejo Nacional de Palestina, que ha funcionado como un Parlamento hasta la fundación de la Autoridad Nacional Palestina. Al Fatah, fundado en 1957 por Arafat, es el principal grupo integrante de la OLP, en la que ingresó en 1968. Al Fatah fue expulsado de Jordania en 1970, tras el sangriento «Septiembre negro», y se trasladó a Líbano, de donde también fue expulsado en 1982, cuando Israel invadió el país. Arafat se instaló entonces en Túnez. Los dos principales movimientos palestinos contrarios al proceso de paz de 1993 son Yihad Islámica y Hamas. Yihad Islámica, fundada en 1980, radical y clandestina, fue el motor de la primera intifada (revuelta) palestina. Hamas, organización formada por las iniciales en árabe de Movimiento de Resistencia Islámica, que significan «entusiasmo», fue fundado en 1987 por el jeque Ahmed Yasín. Su objetivo es la construcción de un Estado islámico en el territorio de Palestina administrado por el mandato de Gran Bretaña, es decir, el Israel actual más Gaza y Cisjordania. La ANP reclama los territorios ocupados desde 1967, Cisjordania y Gaza, para construir su propio Estado junto a Israel.

¿Qué significó la primera intifada?

La primera intifada, consecuencia de la ocupación israelí y de la continua implantación de asentamientos judíos, estalló en 1987 y se prolongó hasta 1993. El 8 de diciembre de 1987, un camión de colonos israelíes arrolló en Gaza a un automóvil en el que viajaban trabajadores palestinos, cuatro de los cuales murieron. Los habitantes de Gaza tomaron entonces la calle. La intifada, que en sus tres primeros años se cobró la vida de unos novecientos palestinos y medio centenar de israelíes, modificó la ecuación del conflicto y propició el acuerdo de 1993.

¿Qué pretendía el proceso de paz de 1993?

La Declaración de Washington, del 13 de septiembre de 1993, después de la Conferencia de Paz de Madrid (1991) y de meses de conversaciones secretas en Oslo, abrió la puerta a una negociación entre Israel y la OLP basada en el intercambio de territorios por paz. La declaración contempló un período provisional, no superior a los cinco años, de autonomía palestina en Gaza y Cisjordania. El acuerdo Oslo I fue la base de la declaración de 1993. El acuerdo «Primero Gaza y Jericó», del 4 de mayo de 1994, fue el inicio de la autonomía palestina. El acuerdo Oslo II, del 28 de septiembre de 1995, fue un compromiso interino sobre la retirada israelí de Cisjordania. El acuerdo final debería haberse firmado el 13 de septiembre del año 2000, pero el proceso se interrumpió, mientras seguían creciendo los asentamientos judíos en los territorios ocupados, con el acceso al poder en Israel del líder del Likud, Beniamin Netanyahu, primer ministro entre 1996 y 1999.

¿Por qué fracasó Camp David?

En el verano del año 2000, en Camp David (Estados Unidos), se reunieron el presidente norteamericano Bill Clinton, Yasser Arafat y el primer ministro israelí Ehud Barak (laborista que derrotó a Netanyahu) con el propósito de sellar un acuerdo definitivo. Nunca como entonces pareció estar la paz tan al alcance de la mano. Pero se fracasó. Los israelíes nunca habían ofrecido tanto y nunca los palestinos estaban dispuestos a renunciar a tanto. Israel propuso retirarse del 91% de Cisjordania y el 9% restante, con los principales asentamientos judíos, ofreció intercambiarlo por una porción de territorio de Israel equivalente a la novena parte de lo que pretendía anexionarse en Cisjordania. Aquí tropezaron los negociadores. «¿Cómo podía aceptar Arafat un intercambio territorial de 9 contra 1?», ha escrito Robert Malley, consejero especial de Bill Clinton. Y también se tropezó con Jerusalén y la cuestión de los refugiados palestinos, el corazón del conflicto. El resultado fue el fracaso.

¿Es Jerusalén divisible?

Con respecto a Jerusalén, la ciudad con lugares sagrados para judíos, musulmanes y cristianos, Israel ofreció en Camp David a los palestinos la soberanía sobre los barrios árabes de la parte este, pero no sobre la Explanada de las Mezquitas, que los judíos llaman Monte del Templo y que los musulmanes conocen como Haram Al Sharif (el Noble Santuario), donde están el Domo de la Roca y la mezquita Al Aqsa. Los musulmanes creen que Mahoma ascendió a los cielos en un caballo alado desde el Domo de la Roca. Los israelíes también ofrecieron una tutela árabe sobre Haram Al Sharif, pero se reservaron la soberanía sobre el lugar, donde sitúan el primero y segundo templos de los tiempos antiguos. Para los judíos religiosos, en el monte tendrá lugar la redención cuando venga el Mesías. En 1998, el Gobierno israelí aprobó un proyecto de municipalidad única para Jerusalén, que consiste, básicamente, en la creación de una zona metropolitana de unos 440 kilómetros cuadrados e incluye el asentamiento de Har Homa (Yebel Abu Ghneim para los palestinos). Este proyecto, que supone la anexión ilegal del 40% de Cisjordania y viola las resoluciones de la ONU, tiene el objetivo de contrarrestar el alto índice de natalidad de la población palestina.

¿Qué destino tendrán los refugiados?

La negociación de Camp David se encalló cuando Arafat, ante lo que se le ofrecía, puso sobre la mesa el regreso a Israel de los refugiados palestinos. Se considera refugiados a los palestinos (unos 700 000) que tuvieron que abandonar sus casas, en territorios que hoy forman parte de Israel, durante la guerra de 1948. Pero también hay que contabilizar como refugiados a quienes huyeron de Cisjordania y Gaza a consecuencia de la guerra de 1967. Según la agencia de la ONU para ayuda a los refugiados, el número ha aumentado de 914 000 en 1950 a más de 3,7 millones. Una tercera parte, alrededor de 1,2 millones, vive en campos de refugiados en Jordania, Líbano, Siria, Cisjordania y Gaza. De un total de 59 campos, 27 están instalados en Cisjordania y Gaza, donde los palestinos pretenden establecer su Estado. El Gobierno laborista israelí se negó a aceptar el regreso de los refugiados a Israel por considerar que dinamitaría los fundamentos del Estado judío (Israel, con 6 millones de habitantes, de los que 1 millón son palestinos, tendría que admitir en un territorio de 22 000 kilómetros cuadrados a unos 4 millones de refugiados). La resolución 194 de la ONU consagra el derecho de los refugiados de la primera guerra a regresar «a Palestina», es decir, a territorio que hoy es Israel.

¿Cuánto se avanzó hasta Sharon?

En una última ronda negociadora, celebrada en Taba (Egipto) cuando a Clinton le quedaban pocas semanas en la presidencia, se avanzó con respecto a Camp David, según una ecuación que daría a los palestinos un Estado soberano y a los israelíes garantías de su seguridad y la confirmación de que Arafat renunciaría a un regreso en masa de los refugiados a Israel a cambio de una reparación moral y económica. Pero el estallido de la segunda intifada; el triunfo electoral en Estados Unidos de George W. Bush, que optó por la pasividad diplomática, y la llegada al poder, en febrero de 2001, del líder del Likud, Ariel Sharon, contrario al espíritu de Oslo y partidario de dar prioridad a la seguridad sobre las negociaciones de paz, destruyó el proceso.

¿Cómo empezó la segunda intifada?

La segunda intifada, bautizada con nombre de la mezquita Al Aqsa, se disparó el 28 de septiembre de 2000. Ese día, Sharon visitó la Explanada de las Mezquitas para recordar que alberga los restos del Templo, lo que fue entendido por los palestinos como una provocación. La comisión internacional presidida por el exsenador norteamericano George Mitchell concluyó un año después, sin embargo, que «la visita de Sharon no provocó la revuelta». Para el gobierno israelí, los sucesos comenzaron a engendrarse por parte de los palestinos meses antes. En cualquier caso, el levantamiento no solo fue contra Israel, sino también contra la gestión y corrupción del gobierno de Arafat. La explosión siguió también a la retirada israelí de una franja del sur de Líbano, ocupada desde 1978, lo que fue saludado como una victoria por la organización islámica Hezbollah.

¿Qué ha pasado después del 11 de septiembre?

Arafat no cometió el error de 1990, cuando respaldó a Sadam Huseín en su invasión de Kuwait. El presidente palestino condenó los atentados terroristas del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, pero esto no impidió que Sharon le metiera en el mismo saco terrorista que a Osama Bin Laden. Y la administración Bush acentuó su presión sobre Arafat para que se enfrentara a Hamas y la Yihad Islámica. Pero la segunda intifada, entre los atentados suicidas palestinos y la acción del Ejército israelí, se transformó en una guerra de desgaste. El estallido de violencia se recrudeció a partir del 29 de marzo de 2002, después de una serie de atentados suicidas palestinos, cuando Sharon desencadenó una ofensiva militar en Cisjordania, que volvió a ser ocupada, lo que provocó la protesta internacional por el uso desproporcionado de la fuerza. Y Sharon, que declaró «irrelevante» a Arafat, al que confinó en Ramallah, prácticamente destruyó la Autoridad Nacional Palestina. A instancias de Washington, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó en marzo de 2002 la resolución 1397, que «apoya el concepto de una región donde dos estados, Israel y Palestina, coexistan dentro de fronteras seguras y reconocidas». El príncipe heredero de Arabia Saudí propuso un plan de paz basado en el intercambio de paz por territorios ocupados. Pero la operación militar israelí Muro de Defensa, que anuló la autonomía palestina, retrotrajo el conflicto a la situación existente antes de la Declaración de Washington de 1993. Un plan auspiciado por el denominado «cuarteto» (Estados Unidos, Unión Europea, Rusia y la ONU) propone desde entonces la creación de un Estado palestino para el año 2005.

¿Qué es el club nuclear?

Corea del Norte decidió abandonar el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) a principios de 2003, cuando arreciaba la tormenta diplomática sobre Irak, mientras Israel, a quien se le atribuye la posesión de armas nucleares, seguía estando exento de cualquier supervisión internacional por no haber suscrito el tratado, como India y Pakistán. Pese a los propósitos de desarme nuclear, la proliferación del armamento atómico sigue siendo el gran desafío más de medio siglo después de Hiroshima y Nagasaki. Una vez desaparecida la Unión Soviética, la comunidad de expertos en cuestiones nucleares coincidió en señalar que ese momento histórico sería una oportunidad irrepetible para el desarme nuclear. En los cincuenta años anteriores se habían construido más de 70 000 cargas nucleares, de las que al final de la guerra fría continuaban emplazadas alrededor de 45 000; se habían padecido por lo menos diecisiete crisis atómicas; y el número de países oficialmente poseedores de armas nucleares había llegado a seis (Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña, Francia, China e India). Pero la desaparición de la Unión Soviética no ha significado, doce años después, el desarme nuclear, como lo demuestra el número de cargas nucleares actuales, que se calcula en unas 40 000, según el *Bulletin of the Atomic Scientists*, y la aparición de nuevos escenarios, desde el ingreso de Pakistán en el club hasta la multiplicación del terrorismo. No faltan, en este contexto, quienes responsabilizan a la retórica agresiva de George W. Bush, que en enero de 2002 denunció la existencia de un «eje del mal», de la posible intensificación por parte de los países señalados (Irán, Irak y Corea del Norte) de los esfuerzos para dotarse de un armamento que les ponga al abrigo de cualquier amenaza.

¿Cómo nació la bomba atómica?

El 16 de julio de 1945, en el desierto de Nuevo México (Estados Unidos), el sol pareció salir en dos ocasiones. La segunda vez el horizonte se iluminó como corresponde por lo general a un caluroso día de verano. La primera había sido, con el ensayo de una bomba atómica, el anuncio de una nueva era. Horas después, apenas iniciada la conferencia que Harry S. Truman, Winston Churchill (después, Attlee) y Josif Stalin celebraban en Potsdam (Alemania), el presidente estadounidense recibió un telegrama procedente de Washington con este mensaje: «*Baby well born*». Ese bebé que acababa de nacer bien en Alamogordo era la bomba atómica. La explosión cambió el mundo y proporcionó a Estados Unidos dos cosas: un inmenso optimismo, basado en la confianza de ser la nación más poderosa, y la posesión de la bomba atómica en régimen de monopolio, lo que fue interpretado como la prueba de que era el país elegido. Para empezar, Alamogordo tuvo un fuerte impacto en la conferencia de Potsdam, donde sí se confirmó —y no en Yalta— la división del mundo en esferas de influencia. Los megatones aumentaron la talla de Truman frente a Stalin.

La primera bomba atómica fue arrojada por Estados Unidos sobre Hiroshima, una ciudad de Honsu, la principal isla japonesa, el 6 de agosto de 1945. Unas 200 000 personas murieron a causa de la explosión y de la lluvia radiactiva. La segunda bomba fue lanzada sobre Nagasaki, en la isla de Kyushu, tres días más tarde, provocando la muerte de otras 110 000 personas. El historiador Bruce Lee, autor de *Marching Orders: The Untold Story of World War II*, mantiene que Truman fue informado, el 18 de junio de 1945, de que la invasión provocaría unas bajas que oscilarían entre el 30 y el 35% del total de las tropas en los primeros treinta días de operaciones. Según documentos hechos públicos sobre las comunicaciones japonesas interceptadas por Washington —los «Magic Summaries»—, Tokio habría ofrecido a Moscú un acuerdo para repartirse Asia a cambio de que los soviéticos arrancaran a estadounidenses y británicos una rendición aceptable para los japoneses. Una semana después fue arrojada la bomba sobre Hiroshima, y los rusos, que pudieron interpretar el lanzamiento de la bomba como el anuncio de la guerra fría, invadieron Manchuria.

¿Qué significa el equilibrio del terror?

La guerra fría fue una forma de enfrentamiento en la que Estados Unidos y la Unión Soviética no asumieron el riesgo de combatirse directamente, sino que lo hicieron por otros medios o por terceros interpuestos. Fue una situación de enfrentamiento entre un bloque occidental de ideología liberal, geopolítica marítima y bajo liderazgo estadounidense, y un bloque oriental, de ideología marxista, geopolítica continental y bajo liderazgo soviético. Precisamente a consecuencia del equilibrio del terror derivado del hecho de que ambas potencias poseyeran la bomba atómica (la URSS realizó su primera prueba nuclear en 1949), el pensador francés Raymond Aron calificó la situación de «paz imposible, guerra impensable». Así fue, con la excepción de la periferia, donde los aliados de Estados Unidos y la URSS libraron la fase caliente del conflicto. El 22 de octubre de 1962, con la «crisis de los misiles» en Cuba, fue el momento culminante del equilibrio del terror. Fue el primer examen de la doctrina de la disuasión, según la cual el equilibrio nuclear entre Washington y Moscú alejaría la amenaza de una confrontación. Moscú retrocedió ante el precipicio.

¿Qué ocurre en la posguerra fría?

Los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington han modificado los cálculos sobre las características de las futuras amenazas terroristas. Desde el ataque con aviones comerciales contra las Torres Gemelas y el Pentágono, la idea de que un grupo de fanáticos pueda adquirir —y utilizar— armamento nuclear, biológico o químico ya no es impensable. El final de la guerra fría fue interpretado en su día como una oportunidad para reducir la amenaza de estos armamentos, habida cuenta de que también se puso término a la carrera armamentística entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero no ha sido así. Han aparecido nuevos desafíos y otros escenarios. La proliferación nuclear, después de la desaparición de la Unión Soviética, es el gran desafío que tiene planteado la sociedad internacional.

¿Cuántas potencias nucleares hay?

En el mapa actual solo hay siete países que dispongan de armamento nuclear: Estados Unidos, Rusia, China, Francia, Gran Bretaña, India y Pakistán. Israel es incluido normalmente en esta lista, pero sus gobiernos nunca han reconocido que el país tenga este armamento. Corea del Norte, que ha desafiado a Estados Unidos con la reanudación de su programa nuclear, y con la decisión de retirarse del Tratado de No Proliferación Nuclear, también es incluida en esta lista por Washington. Según la CIA, el régimen comunista de Pyongyang dispondría de al menos dos bombas atómicas. Sudáfrica y Bielorrusia, Kazajistán y Ucrania (antiguos miembros de la Unión Soviética) han renunciado a tener armas nucleares. En 1991, se descubrió en Argelia un reactor capaz de producir material para armas nucleares, pero el ingenio pasó a ser controlado por la Agencia Internacional de la Energía Atómica. Argentina y Brasil desarrollaron programas de armamentos nucleares en la década de 1980, aunque los siguientes gobiernos democráticos paralizaron los procesos. Después de la toma de posesión de Luiz Inácio Lula da Silva como presidente de Brasil, el 1 de enero de 2003, el nuevo ministro de Ciencia y Tecnología, Roberto Amaral, levantó una polvareda al afirmar que nadie puede prohibir a Brasil «investigar sobre la bomba atómica». Según Amaral, Brasil seguirá respetando el tratado de no proliferación, pero añadió que algún día este tratado podría ser ignorado y Brasil debe estar preparado para esta situación.

Después de Estados Unidos y la Unión Soviética, Gran Bretaña se convirtió en la tercera potencia nuclear en 1952, merced a la tecnología estadounidense. Francia hizo su primera prueba atómica en 1960; China, en 1964; India, en 1974, y Pakistán, en 1998. Este relativamente modesto número de potencias nucleares se debe, al menos en parte, al éxito de los esfuerzos internacionales para evitar la proliferación de la tecnología relativa al armamento nuclear. A principios del siglo XXI, sin embargo, el avance puede estar en entredicho. La situación comenzó a cambiar en mayo de 1998, cuando las pruebas realizadas por Pakistán ampliaron el club atómico.

¿Por qué Irak?

Una de las grandes preocupaciones de Estados Unidos es Oriente Medio, donde Israel es la única potencia nuclear. Los primeros misiles Scud fueron adquiridos por Bagdad después de la guerra árabe-israelí de 1973 y del desarrollo de las primeras armas nucleares por parte de Israel. En este contexto, la destrucción por aviones israelíes del reactor nuclear de Osirak, en 1981, hizo retroceder varios años a los esfuerzos iraquíes, pero, al mismo tiempo, también estimuló su resolución de dotarse de armas químicas para compensar la superioridad nuclear israelí. Si Irán o Irak llegaran a disponer de armamento atómico, la nueva situación supondría un cambio sustancial en el equilibrio de poder en la región. El servicio de inteligencia alemán, el BND, estimó a principios de 2002 que Irak podría estar en condiciones de construir armas nucleares en el plazo de tres a cinco años si contaba con ayuda exterior.

¿Qué arsenales hay?

Estados Unidos, que ha realizado 1030 pruebas nucleares, más que todo el resto del mundo, posee un arsenal de más de 6000 cabezas nucleares estratégicas susceptibles de ser instaladas en misiles con un alcance de 13 000 kilómetros, es decir, capaces de alcanzar cualquier objetivo en el mundo, según la Arms Control Association. A Rusia, que ha realizado 715 pruebas nucleares, la misma fuente le calcula también más de 6000 cabezas nucleares estratégicas y misiles con un alcance de 11 000 kilómetros. En mayo de 2002, George Bush y Vladimir Putin firmaron un acuerdo para reducir estos arsenales hasta un listón que en los próximos diez años oscilaría entre 1700 y 2200. Este compromiso fue saludado por Bush como «la liquidación del legado de la guerra fría». Las dos superpotencias nucleares disponen, además, de miles de armas nucleares tácticas, es decir, de corto y medio alcance. Una vez reducidos sus arsenales, Estados Unidos y Rusia aún podrían destruir el mundo varias veces.

Gran Bretaña, que ha realizado unas 45 pruebas nucleares, tendría 380 cabezas nucleares y misiles con un radio de acción de 12 000 kilómetros, instalados en submarinos. Francia, con 210 pruebas nucleares, incluidas las consumadas en el Pacífico entre 1995 y 1996, dispondría de 500 cabezas nucleares, dispuestas en submarinos y bombarderos. China, con 45 pruebas, tendría 450 cabezas nucleares, desplegadas sobre todo en tierra; los arsenales chinos incluirían entre 18 y 24 misiles, según el Monterey Institute, capaces de alcanzar territorio estadounidense. India, que inauguró el año 2003 con el lanzamiento de un misil con el propósito de disuadir a Pakistán en el conflicto por Cachemira, contaría con 65 cabezas nucleares y misiles con un alcance de 2500 kilómetros. Israel dispondría de un centenar de cabezas nucleares y misiles de 1500 kilómetros de alcance. Y Pakistán, merced a la cooperación china, contaría con 25 cabezas nucleares y misiles con un radio de acción de 1500 kilómetros.

¿Dónde tiene Washington sus bombas?

Durante la guerra fría, Estados Unidos almacenó armas nucleares en 27 países y territorios, según el *Bulletin of the Atomic Scientists*, que basó su información en documentos del Pentágono desclasificados en 1999. Actualmente, Estados Unidos es la única potencia nuclear que también tiene desplegadas armas nucleares fuera de su territorio nacional. Bombas estadounidenses están estacionadas en Gran Bretaña, Alemania, Bélgica, Grecia, Italia, Holanda y Turquía.

¿Qué es el TNP?

El Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) es un acuerdo internacional cuyo objetivo es la limitación de las armas nucleares y la tecnología armamentística, fomentar la cooperación en el uso pacífico de la energía nuclear y promover el objetivo del desarme nuclear completo. Fue aprobado el 12 de junio de 1968 por la Asamblea General de la ONU, bajo las recomendaciones de la resolución 2373 del Consejo de Seguridad, y prorrogado indefinidamente en 1955. Un total de 187 países lo han suscrito desde que entró en vigor, en 1970, incluidas las cinco potencias nucleares que son miembros permanentes del Consejo de Seguridad (Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña, Francia y China). A fin de promover la no proliferación y como medida para fomentar la confianza entre los estados, el TNP establece un sistema de salvaguardias bajo la responsabilidad de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA).

¿Qué es la AIEA?

La Agencia Internacional de la Energía Atómica es una organización internacional dependiente de las Naciones Unidas, con sede en Viena, que cuenta con 125 estados miembros. Fue fundada en 1957 con el doble objetivo de promover la cooperación para usos pacíficos de la energía nuclear y evitar la proliferación de armas nucleares. Este último objetivo se realiza a través de un programa de inspecciones, auditoría y contabilidad de materiales nucleares para garantizar que no sean desviados para el desarrollo de armamento.

¿Tiene puntos débiles el TNP?

El TNP tiene puntos débiles. Israel, por ejemplo, posee armas nucleares, pero está exento de cualquier supervisión porque no ha suscrito el tratado, como India y Pakistán. El tratado, además, es un régimen jurídico con muchas lagunas. Los miembros del club nuclear han puesto el acento en evitar que otros países puedan obtener tecnología nuclear militar, pero han orillado otro tipo de proliferaciones, como la vertical, es decir, la que permite el incremento cualitativo de los arsenales de los países oficialmente nucleares. La prórroga indefinida del tratado ha convertido las conferencias quinquenales que celebran sus miembros en ejercicios retóricos, sin mecanismos que permitan a los países no nucleares presionar a los que poseen armas atómicas a cumplir con sus obligaciones. La prórroga del tratado mantiene un esquema de no proliferación que, de hecho, convierte la posesión de armas atómicas en un privilegio que permite mejorar a un país su estatus político.

¿Qué países están también bajo sospecha?

Irak aparte, Estados Unidos sospecha también del régimen teocrático de Irán, al que acusa de desarrollar armamento atómico aprovechando su programa nuclear. El semanario *Time* ha publicado que Irán estaría experimentando un misil con un radio de acción en torno a los 500 kilómetros. Otro régimen siempre sospechoso es el encabezado por el coronel libio Gaddafi, a quien se le suponen ganas para dotarse de un misil de unos 300 kilómetros de alcance. El embargo decretado por la ONU contra Libia habría, sin embargo, frenado las ambiciones nucleares de Gaddafi.

¿Por qué Corea del Norte?

La tensión actual entre Estados Unidos y Corea del Norte arranca con el acuerdo firmado por ambos países en 1994, un año después de que Pyongyang amenazara con abandonar el TNP, al que se adhirió en 1985. El acuerdo estipuló que el régimen de Pyongyang, a cambio de recibir petróleo de Estados Unidos, Japón y Corea del Sur, congelaría e incluso desmantelaría su programa de armamento nuclear. Pero el 29 de enero de 2002 la administración Bush incluyó a Corea del Norte en el «eje del mal» y el 4 de octubre siguiente el régimen comunista admitió que desde finales de los años noventa estaba desarrollando un programa secreto de enriquecimiento de uranio.

Washington, Seúl y Tokio suspendieron entonces su suministro de petróleo. Las últimas iniciativas de Pyongyang han sido la expulsión de los inspectores internacionales y la decisión de retirarse del TNP. Washington ha optado por la vía diplomática y no por la confrontación, que no solo amenazaría con graves consecuencias para Corea del Sur y Japón, sus aliados, sino que además provocaría las iras de China, el primer socio comercial y político de Corea del Norte.

Los personajes

Abd Al Ilah. Regente de Irak de 1939, cuando Faisal II accedió al trono con cuatro años de edad, hasta 1953. Sobrevivió al golpe de estado en 1941, pero no al de 1958, cuando fue asesinado junto con Faisal II, sobrino suyo, y el primer ministro Nuri Said.

Abdullah II. Rey de Jordania desde 1999. Hijo del rey Huseín y de la reina Muna, de origen inglés (de soltera, Toni Gardiner), ha tenido una formación occidental, en Gran Bretaña (academia militar de Sandhurst) y en Estados Unidos. Está casado con la princesa Rania, de origen palestino.

Abrams, Elliot. Director de la Oficina de Oriente Medio y África del Norte del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos desde diciembre de 2002. Participó en el caso Irán-Contra, el mecanismo por el que se vendieron armas de forma encubierta al régimen de Jomeini para financiar a la guerrilla antisandinista. Fue condenado en 1991 por mentir al Congreso sobre el escándalo, pero fue perdonado por George Bush padre.

Abu Nidal. Nombre de guerra de Sabri Al Banna, líder del grupo terrorista palestino más buscado del último cuarto de siglo. Nacido en Jaffa (hoy, Israel) en 1937, fue expulsado de Al Fatah, el grupo de Yasser Arafat, en 1974. Operó desde Siria, Libia e Iraq. Murió en Bagdad en agosto de 2002. El régimen baasista afirma que se suicidó.

Aflaq, Michel. Fundador en Siria, en 1947, del Movimiento de Renacimiento Árabe (Baas). Condenado al exilio, se instaló en Irak. Instruyó a Sadam Huseín. Murió en París en 1989. Era cristiano ortodoxo.

Ali, Abdullah ibn. Hijo del jerife Ali ibn Huseín y efímero rey de Hejaz entre 1924 y 1926. Murió en Bagdad en 1935.

Ali Gaylani, Rachid. Cabecilla del fracasado golpe de estado del 1 de abril de 1941 contra la monarquía iraquí. Nacionalista árabe, se alió con la Alemania nazi para combatir el colonialismo británico.

Annan, Kofi. Secretario general de la ONU desde enero de 1997. Contemplado inicialmente como el candidato de Washington, en febrero de 1998 provocó el malestar estadounidense al viajar a Bagdad para negociar con Sadam. Nacido en Ghana, en 2001 fue galardonado, junto con la ONU, con el Nobel de la Paz. Es posiblemente el secretario general más popular desde Dag Hammarskjold.

Arafat, Yasser. Presidente de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) desde 1996, tres años después de la firma de los Acuerdos de Oslo. Nacido en 1929 en El Cairo, según algunas biografías, fue elegido en 1968 presidente de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). En el año 2002, con el hundimiento del proceso de paz, Arafat asistió impotente a la práctica destrucción de la ANP por el Ejército israelí.

Aref, Abdel Rahman. Presidente de Irak de 1966 a 1968, nunca tuvo el poder y

el carisma de su hermano, Abdel Salam Aref, a quien sucedió. Fue menos panarabista y mantuvo a Irak al margen de la guerra de los Seis Días. Derrocado por su propio partido, el Baas, se exilió en Estambul.

Aref, Abdel Salam. Presidente de Irak de 1963 a 1966. Panarabista convencido, patrocinó la unión con Egipto y Siria. Estuvo cerca de un acuerdo sobre la cuestión kurda. Murió en abril de 1996, cuando estaba a punto de firmar el compromiso, víctima de un accidente o de un atentado.

Assad, Bachar. Presidente de Siria desde el año 2000 e hijo de Hafez al Asad. Nacido en 1965, no estaba en la línea sucesoria hasta que su hermano Basil murió en un accidente en 1994. En los años ochenta se doctoró en oftalmología en Londres.

Assad, Hafez. Presidente de Siria de 1971 a2000. Fue aliado de la Unión Soviética e irreductible adversario de Israel, de quien reclamó sin éxito la devolución de los Altos del Golán, ocupados desde 1967. Miembro de la minoría alauita, de confesión shií, Assad (1930-2000) gobernó con mano de hierro en un país mayoritariamente sunní.

Aziz, Tariq. Ministro iraquí de Asuntos Exteriores durante la guerra del Golfo, rechazó la carta dirigida por George Bush a Sadam en enero de 1991. Desde ese momento la guerra fue inevitable. Exdirector de un periódico y exministro de Información, es miembro del Consejo de Comando de la Revolución, vice primer ministro y cristiano.

Bakir Al Hakim, Muhammad. Líder espiritual de los musulmanes shiíes del sur de Irak. Está exiliado en Teherán.

Bakr, Ahmed Hassan. Presidente de Irak de 1968 a 1979. Accedió a la presidencia después del golpe auspiciado por el Baas. En 1979, tras proponer al presidente sirio la unión de los dos países, fue desalojado del poder por Sadam Huseín. Murió, en circunstancias misteriosas, el 4 de octubre de 1982.

Baradei, Mohamed. Director general desde el 1 de diciembre de 1997 de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, la organización dependiente de la ONU que realiza las inspecciones sobre armamento nuclear en Irak. Nacido en El Cairo, es diplomático y doctor en derecho internacional por la Universidad de Nueva York.

Barzani, Masud. Líder del Partido Democrático del Kurdistán, controla las provincias de Dahok y Arbil, en el norte de Irak. Es hijo de Mustafá Barzani.

Barzani, Mustafá. Líder histórico de los kurdos iraquíes. Nacido en 1904, libró su primera guerra contra Bagdad en 1931. Tras un largo exilio reanudó la lucha, también sin éxito, en 1942, aunque logró escapar a una región iraní ocupada por los soviéticos. En 1945, y con el apoyo de Moscú, fundó una efímera República Kurda en el noroeste de Irán. En 1958 regresó a Irak invitado por el presidente Qassem, pero la guerra volvió a estallar tres años después. En marzo de 1979 murió en su exilio de Washington.

Bauer, Gary. Presidente del American Values, organismo en el que participan iglesias protestantes, Bauer fue consejero de Ronald Reagan. Dirige uno de los

grupos de presión más influyentes de Estados Unidos, Campaign for Working Families.

Bin Al Huseín, jerife Ali. Líder del grupo opositor Movimiento Constitucional Monárquico. Es hijo de una tía del último rey de Irak, Faisal II. Abandonó el país, a los dos años de edad, en 1958, tras el golpe que derrocó a la monarquía. Sueña con ser rey.

Bin Laden, Osama. Líder de Al Qaeda, grupo terrorista al que Washington responsabiliza del 11 de septiembre. Su primer objetivo fue el derrocamiento de la monarquía saudí y de regímenes árabes laicos como el egipcio y el jordano. En 1998 declaró una fetua para expulsar las fuerzas estadounidenses de Arabia Saudí.

Blair, Tony. Primer ministro británico desde mayo de 1997. Durante sus mandatos ha mejorado las relaciones con la Unión Europea pero sobre todo con Estados Unidos. Después del 11 de septiembre ha pretendido moderar la actitud del presidente George W. Bush. Gran Bretaña participó activamente en la guerra de Afganistán, en 2001.

Blix, Hans. Jefe de la Comisión de Vigilancia, Verificación e Inspección de la ONU (UNMOVIC) para el desarme de Irak. Ex ministro sueco de Asuntos Exteriores y especialista en derecho internacional, fue durante dieciséis años director de la Agencia Internacional de la Energía Atómica.

Bolton, John. Número tres del Departamento de Estado. Procedente del American Enterprise Institute, laboratorio de ideas proisraelí con sede en Washington, se opone a la mayoría de los tratados internacionales. «Existe una comunidad internacional que puede ser liderada por el único poder real que existe, Estados Unidos», dijo una vez.

Brooks, David. Inventor del término «bobos», con el que se refiere a «los burgueses, bohemios, ricos y cultos de la izquierda». Es licenciado por la Universidad de Chicago y trabajó en *The Wall Street Journal*. Es neoconservador y martillo de la izquierda divina.

Bush, George Herbert Walker. Presidente de Estados Unidos entre 1989 y 1993, período en el que cayó el muro de Berlín y se hundió la Unión Soviética. Encabezó una coalición multinacional contra Sadam después de que Irak invadiera Kuwait. Anunció un nuevo orden internacional. Fue derrotado en noviembre de 1992 por Bill Clinton. Es consejero de Carlyle Group, compañía con relaciones con el régimen saudí.

Bush, George W. Presidente de Estados Unidos desde el 20 de enero de 2001. Después del 11 de septiembre desencadenó la guerra de Afganistán, país en el que Bin Laden encontró refugio bajo el régimen talibán. En el marco de la guerra contra el terrorismo, denunció un «eje del mal» integrado por Irak, Irán y Corea del Norte y anunció una doctrina que contempla la posibilidad de ataques preventivos. Entre 1978 y 1984 fue alto ejecutivo de la compañía de petróleo Arbusto-Bush Exploration y entre 1986 y 1990 de Karken, también del sector petrolero. Es episcopaliano.

Chalabi, Ahmed. Líder del Congreso Nacional Iraquí, grupo de la oposición con buenos contactos en la administración Bush. En 1989 huyó de Jordania tras ser acusado por la quiebra del Banco Petra, que él fundó en 1977. Fue juzgado en ausencia y condenado a veintidós años de cárcel. Vive en Londres.

Cheney, Elisabeth. Consejera del subsecretario de Estado estadounidense e hija del vicepresidente Richard Cheney. Trabaja en un plan denominado «Iniciativa de colaboración entre Estados Unidos y Oriente Medio», cuyo propósito es la difusión del sistema democrático y la formación de nuevos dirigentes en el mundo árabe.

Cheney, Lynn. Historiadora y ensayista, es esposa de Richard Cheney. Ha presidido, de 1986 a 1993, la Fundación Nacional para las Humanidades, organismo neoconservador privado. Es miembro del American Enterprise Institut.

Cheney, Richard. Vicepresidente de Estados Unidos desde enero de 2001. Un duro. Un *think tank* estadounidense le ha señalado como coautor de un plan para, después de una eventual guerra contra Sadam, unificar Irak y Jordania bajo la corona del rey jordano Abdullah II. Fue jefe ejecutivo de Halliburton, empresa de servicios petroleros, entre 1995 y 2000.

Chirac, Jacques. Presidente de la República Francesa desde 1995. Frente a lo que consideró unilateralismo estadounidense, es partidario de resolver el conflicto en el marco de las Naciones Unidas.

Crouch, Jack Dyer. Subsecretario de Defensa para asuntos de seguridad internacional. Fue miembro del equipo de Dick Cheney durante la administración de Bush padre. Se ha declarado partidario de atacar Corea del Norte para destruir sus instalaciones nucleares.

Fadhil Janiali, Mohamed. Primer ministro iraquí de 1953 a 1954. Hostil a la alianza árabe propuesta por Nasser, favoreció un alineamiento con Estados Unidos y Gran Bretaña, que se tradujo en el Pacto de Bagdad, en el que también participaron Turquía, Pakistán e Irán. En 1958 fue condenado a muerte, pero se le conmutó la sentencia.

Fahd. Rey de Arabia Saudí desde 1982. Los momentos más críticos de su reinado se registraron en 1990, cuando la invasión de Kuwait por Irak le hizo pedir el estacionamiento de tropas estadounidenses en suelo saudí, y el 11 de septiembre de 2001, cuando la pista saudí instaló la duda en las relaciones con Washington. Undécimo hijo de Ibn Saud, su fortuna personal se estima en más de 20 000 millones de dólares.

Faisal I. Rey de Irak de 1921 a 1932. Nacido en 1885 en Taif (hoy parte de Arabia Saudí), fue el tercer hijo de Huseín ibn Ali, primer rey de Hejaz, que encabezó la revuelta árabe contra el imperio otomano en 1916. Conquistó Damasco, donde entró en compañía de su amigo T. E. Lawrence, y se proclamó rey de la Gran Siria, aunque tuvo que renunciar ante las presiones francesas. Murió el 8 de diciembre de 1933 en Berna.

Faisal II. Rey de Irak de 1939 a 1958. Único hijo del rey Ghazi I, Faisal II tenía

cuatro años cuando su padre murió, por lo que la regencia fue asumida por su tío Abd Al Ilah. Durante su reinado, Irak participó en la guerra de Palestina de 1948. Último rey de Irak, Faisal II murió, junto con su familia, en el golpe de estado del 14 de julio de 1958.

Gaddafi, Muammar. Líder máximo de Libia desde 1969, aunque no ostenta título alguno. En las décadas de 1970 y 1980, mientras auspiciaba una tercera vía, fue acusado desde Occidente de patrocinar el terrorismo. En 1986 aviones estadounidenses bombardearon Trípoli y Benghazi, causando veinte muertos, entre ellos una de sus hijas adoptivas. Desde entonces, el líder libio ha adoptado una posición más pragmática.

Ghazi I. Rey de Irak de 1933 a 1939. Durante su reinado se registró el primer golpe de estado en el mundo árabe contemporáneo. En 1936, el general Bakr Sidqi derrocó al primer ministro Hikmat Sulayman. Murió de forma misteriosa, el 3 de abril de 1939, al estrellarse su automóvil, que él conducía, contra una farola.

Hadithi, Naji Sabri. Ministro iraquí de Asuntos Exteriores, tecnócrata y antiguo embajador en Austria. Es un protegido de Qusay, hijo menor de Sadam.

Huseín, Qusay. Hijo menor de Sadam Huseín y claro favorito del régimen baasista para sucederle. La prensa iraquí se refiere a él como el «supervisor» de la Guardia Republicana, la fuerza pretoriana del presidente. Desde mayo de 1991 forma parte de la dirección del Baas.

Huseín, Sadam. Desde 1979 es presidente y jefe de Estado de Irak, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, presidente del Consejo de Mando de la Revolución y secretario general del Baas. Nacido en 1937, en al-Awja, población cercana a Tikrit, ha sobrevivido a la guerra contra Irán (1980-1988) y al conflicto del Golfo (1991). Su nombre significa «el que se enfrenta».

Huseín, Uday. Hijo mayor de Sadam Huseín. Tiene su propia milicia y es diputado. Habría caído en desgracia a causa de su carácter disoluto. En su currículo consta el haber asesinado a uno de los guardaespaldas de Sadam. Controla diversos medios de comunicación. La Comisión Europea le ha acusado de repartirse con el grupo turco PKK los beneficios del contrabando de tabaco americano en Irak.

Ibn Saud, Abdul Aziz. Fundador de Arabia Saudí, que gobernó de 1932 a 1953, tras luchar contra otomanos, hachemíes y rashids. Antes fue rey de Hejaz y Najd (1926-1932), la patria chica de la que los rashids le expulsaron. En 1933 concedió a la Standard Oil Company la explotación del petróleo saudí. Tuvo 17 esposas, 45 hijos y 215 hijas.

Ibrahim, Izzat. Vicepresidente del Consejo de Mando de la Revolución, después de la guerra del Golfo se ganó la fama por abrazar al príncipe Abdullah, heredero del trono saudí, y por garantizar la «integridad territorial» de Kuwait. Estuvo a punto de ser detenido en Austria, acusado de crímenes de guerra, mientras estaba hospitalizado.

Jomeini, ayatolá. Líder religioso y político de Irán de 1979 a 1989, después de la

revolución teocrática que derrocó al sah Reza Pahlevi. Ruhollah ibn Mustafa Musawi Jomeini Hindi (El indio) fue detenido en 1963 por oponerse a una reforma agraria y a la emancipación de la mujer. Vivió en el exilio —Turquía, Irak y Francia— durante trece años. En febrero de 1979 regresó a Teherán. Murió en 1989, después de la guerra contra Irak.

Kagan, Robert. Politólogo neoconservador estadounidense y teórico del unilateralismo de la administración Bush. Es miembro del Carnegie Endowment for International Peace y autor de «Poder y debilidad», artículo en el que señala a la «ideología europea» como causa de la brecha atlántica, y de «La Trampa de la ONU», en el que denuncia que el Consejo de Seguridad pretende dirigir la política exterior de Washington.

Khazraji, Nizar. Impulsor del grupo opositor Acuerdo Nacional Iraquí, formado por antiguos jefes militares. Ha sido investigado por la utilización de gases tóxicos contra la población kurda de Halabja en 1988. A finales de 2002 no podía abandonar Dinamarca, el país que le acogió, a causa de estas acusaciones.

Kissinger, Henry. Secretario de Estado de Richard Nixon y Gerald Ford, premio Nobel de la Paz en 1973 y maestro de la diplomacia secreta. En noviembre de 2002, Bush le nombró jefe de una comisión para investigar el 11 de septiembre. Un mes después dimitió por un posible conflicto de intereses a causa de sus compromisos empresariales.

Kristol, Irving. Uno de los grandes impulsores del American Enterprise Institute, principal portavoz de los neoconservadores estadounidenses. Kristol, de ochenta y dos años, fue uno de los primeros intelectuales de izquierda en romper, en la década de 1970, con los dogmas progresistas. Es profesor de sociología en la Universidad de Nueva York.

Kristol, William. Director de *Weekly Standard*, publicación política de derechas. Un duro. Días después del 11 de septiembre organizó una carta abierta a George W. Bush en la que propuso declarar la guerra a Sadam Huseín. Es hijo de Irving Kristol.

Lawrence, Thomas Edward. Arqueólogo, aventurero y autor británico que animó a los árabes a rebelarse contra el imperio otomano, lo que le valió el sobrenombre de Lawrence de Arabia. Entusiasta defensor de un Estado árabe unificado, se alejó de Oriente Medio, pese a su estrecha relación con Faisal, ante la determinación francesa y británica de repartirse el mundo árabe. Murió en 1935 al estrellarse con su motocicleta.

Majid, Ali Hassan. Miembro del clan de Sadam, de quien es primo. Es general y miembro del Consejo de Mando de la Revolución. Los kurdos lo conocen por «Ali, el químico» porque en 1988 dirigió el ataque con armas químicas contra Halabja (Irak).

Mubarak, Hosni. Presidente de Egipto desde 1981, después del asesinato de Anwar El Sadat. Ha sido reelegido tres veces, la última en 1999, cuando rozó el 100% de los votos en unos comicios en los que, como en los anteriores, fue el único candidato. Prooccidental, Egipto es el país que recibe más ayuda estadounidense

después de Israel.

Nasser, Gamal Abdel. Presidente de Egipto de 1954 a 1970. Fue el líder de los oficiales libres que derrocaron al rey Faruk en 1952. Nacionalizó el canal de Suez, lo que provocó una intervención militar de Francia, Gran Bretaña e Israel. La oposición occidental a su nacionalismo, que le hizo ser el campeón del panarabismo, le aproximó a la Unión Soviética. Murió de un ataque al corazón el 28 de septiembre de 1970.

Pachachi, Adnan. Candidato a reemplazar a Sadam Huseín como presidente de Irak. Subdirector del Departamento Político del Ministerio iraquí de Asuntos Exteriores durante la monarquía, fue nombrado embajador ante la ONU en 1960 y, posteriormente, en 1965, pasó a ser ministro de Asuntos Exteriores. No pertenece a ninguno de los principales grupos de la oposición.

Perle, Richard. Presidente del Defense Policy Board, organismo consultivo del Ministerio de Defensa. Un duro. Fue subsecretario de Defensa con Reagan, cuando se ganó el sobrenombre de Príncipe de las Tinieblas por su oposición a un acuerdo de desarme con la URSS. Bien relacionado con el Likud israelí, es consejero de Donald Rumsfeld y coautor, junto con Douglas Feith, subsecretario de Defensa para asuntos políticos, de «A Clean Break», documento que propone que Israel se deshaga de Arafat.

Powell, Colin. Secretario de Estado de la administración de George W. Bush. Un moderado. Contrario a una guerra de Estados Unidos en solitario contra Irak, es considerado por los halcones como el responsable de que las tropas estadounidenses no marcharan hacia Bagdad en la guerra de 1991.

Putin, Vladimir. Presidente de la Federación Rusa desde el 31 de diciembre de 1999. Ha sido uno de los grandes vencedores de la crisis internacional abierta con los atentados del 11 de septiembre. Ha prestado su apoyo a Estados Unidos y ha mejorado las relaciones con Occidente, que ha cambiado de opinión en el conflicto de Chechenia.

Qassem, Abdel Karim. Presidente de Irak de 1958 a 1963, tras encabezar el golpe de estado que derrocó a la monarquía. Nacionalista y populista, se opuso al panarabismo, lo que le llevó a apoyarse en los comunistas. El 8 de febrero de 1963 fue asesinado en el golpe que respaldó el partido Baas.

Ramadan, Taha Yasin. Estrecho aliado de Sadam y vicepresidente del Consejo de Mando de la Revolución. La administración Bush le acusa de haberse entrevistado con el segundo de Bin Laden, el egipcio Ayman al-Zawahiri, en Bagdad en 1998.

Rice, Condoleezza. Consejera de seguridad nacional del presidente George W. Bush. Encargada de sintetizar las posiciones en política exterior de los diferentes departamentos oficiales, un día es paloma y otro halcón. El semanario *Newsweek* la ha calificado de «enigma». Fue miembro del consejo de administración de Chevron y un supertanque de esta compañía petrolera fue bautizado con su nombre. Es presbiteriana.

Rumsfeld, Donald. Secretario de Defensa en la administración de George W. Bush, cargo que ya ocupó con el presidente Gerald Ford, lo que le convirtió en el político más joven de la historia al frente del Pentágono. Un duro. Ha sido embajador ante la OTAN, congresista y jefe ejecutivo de dos de las quinientas empresas estadounidenses más importantes, según *Forbes*.

Said, Nuri. Antiguo oficial del ejército otomano que dominó la escena iraquí durante la monarquía. Accedió por primera vez al cargo de primer ministro en 1939 (lo ocupó una treintena de veces), pero fue depuesto temporalmente en 1941 por Rachid Ali Gaylani, simpatizante de la Alemania nazi. Una vez restaurada la monarquía, Said, conocido como «el zorro de Bagdad», prohibió los partidos. Fue asesinado en 1958.

Saladino (1138-1193). Sultán, de origen kurdo, que reconquistó Jerusalén durante las cruzadas. Su figura no solo fascina a los escritores occidentales, sino también a Sadam Huseín, con quien comparte su patria chica: Tikrit. Murió en Damasco.

Salhi, Najib. General y cabeza del opositor Movimiento de Oficiales Libres Iraquíes. En la guerra del Golfo estuvo al mando de una división acorazada. Desertó en 1995.

Sharon, Ariel. Primer ministro de Israel desde febrero de 2001. Otro de los grandes beneficiados políticamente por la crisis del 11 de septiembre. Prácticamente destruyó, con el apoyo de la administración Bush, la Autoridad Nacional Palestina.

Talabani, Jalal. Líder de la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK). Dice disponer de unos 40 000 militantes. Es aliado circunstancial de Masud Barzani, con quien se enfrentó en 1996 por el control del tráfico de petróleo de Mosul destinado a Turquía.

Wahhab, Abdel. Fundador del wahhabismo, escuela islámica integrista que fue reconocida en La Meca en 1766. Nacido en 1703, pactó con el clan de los Saud un reparto del poder en la península arábiga que se ha mantenido hasta la actualidad: para los Saud, el control político; para él, el poder religioso. Murió en 1792.

Wolfowitz, Paul. Subsecretario de Defensa en la administración Bush. Un duro. Con el presidente Ronald Reagan trabajó en el Departamento de Estado y con George Bush fue subsecretario de Defensa. Decano del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad John Hopkins en la década de 1990.

Bibliografía comentada sobre Irak

ABURISH, Said K., *Sadam Huseín: The Politics of Revenge*, Bloomsbury Publishing, Nueva York, 1999.

Autor de *A Brutal Friendship: The West and the Arab Elite*, Aburish emplea aquí sus extensos conocimientos y abundantes contactos en el mundo árabe para trazar un penetrante perfil biográfico de Sadam, con quien trabajó en la década de 1990.

AYEB, Aviv, *Agua y poder. Geopolítica de los recursos hidráulicos en Oriente Próximo*, Bellaterra, Barcelona, 1999.

Imprescindible para entender la importancia del agua en Irak y los contenciosos derivados del uso compartido del Tigris y el Eufrates, que nacen en Turquía.

BENGIO, Ofra, *Sadam's Word: The Political Discourse in Iraq*, Oxford University Press, Oxford, 1998.

Este trabajo es un intento de comprender el Irak moderno a través del discurso político del baasismo y de su líder, Sadam Huseín. El trabajo de este investigador del Centro Moshe Dayan para Estudios sobre Oriente Medio y África, de la Universidad de Tel Aviv, pone de manifiesto cómo Sadam, que ha puesto el acento en la doctrina islámica y no en el laicismo, ha manipulado la historia en un intento de unificar las comunidades étnicas y religiosas que integran un país dividido.

BUTLER, Richard, *The Greatest Threat: Iraq, Weapons of Mass Destruction, and the Growing Crisis in Global Security*, PublicAffairs, Nueva York, 2000.

Butler, antiguo jefe de la UNSCOM, cuenta su experiencia en Irak para subrayar los peligros derivados de la proliferación del armamento de destrucción masiva. Es un libro necesario para entender, entre otras cosas, cómo Sadam ha utilizado los intereses divergentes de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

BYMAN, Daniel L., y WAXMAN, Matthew C., *Confronting Iraq: US Policy and the Use of Force since the Gulf War*, The Rand Corporation, National Security Research Division, Santa Monica, 2000.

Un análisis que demuestra cómo la presión, la amenaza y el uso proporcionado de la fuerza militar también se ha demostrado eficaz con Sadam Huseín, que en distintas ocasiones ha aceptado hacer concesiones.

COCKBURN, Andrew, y COCKBURN, Patrick, *Out of the Ashes: The Resurrection of Sadam Huseín*, HarperCollins, Nueva York, 1999.

Los autores explican de forma documentada las razones por las que Sadam Huseín, al que se consideraba herido de muerte después de la guerra de 1991, logró sobrevivir en un aislamiento nada espléndido.

CORDESMAN, Anthony H., *Iraq and the War of Sanctions: Conventional Threats and Weapons of Mass Destruction*, Praeger, Westport, 1999.

Profundo examen de la política interna iraquí, de los objetivos exteriores de

Sadam y de su capacidad militar. El autor analiza las opciones que tiene la sociedad internacional para vérselas con el régimen baasista iraquí.

HAMZA, Khidir y STEIN, Jeff, *Sadam's Bombmaker: The Terrifying Inside Story of the Iraqi Nuclear and Biological Weapons Agenda*, Scribner, Nueva York, 2000.

Khidir Hamza, antiguo responsable del programa nuclear iraquí, da su visión personal de los esfuerzos de Sadam Huseín para dotarse de armas nucleares. Los autores describen los métodos y personas utilizadas por Sadam para conseguir sus objetivos. Hamza, que en 1994 huyó a Estados Unidos, revela el papel desempeñado por personalidades clave que aún permanecen en Irak y aporta datos sobre las empresas estadounidenses, francesas, alemanas y británicas que ayudaron a Bagdad.

HIRO, Dilip, *The Longest War: The Iran-Iraq Military Conflict*, Grafton Books, Londres, 1989.

El autor analiza, con profusión de mapas y documentos, las causas y las consecuencias de la guerra librada por Irak e Irán entre 1980 y 1988. Dedica especial atención a las continuas maniobras diplomáticas que explican el desarrollo del conflicto y cómo la política del poder se escudó en la retórica.

HOURANI, Albert, *Historia de los pueblos árabes*, Ariel, Barcelona, 1992.

Una extraordinaria historia de los países donde el árabe es la lengua principal, y el islam, la religión más extendida. Abarca desde el siglo VII hasta la desintegración gradual del imperio otomano, la aparición del nacionalismo y la reafirmación de la identidad islámica. Un clásico.

HUGHES, Stephen, *Iraqi Threat and Sadam Huseín's Weapons of Mass Destruction*, Traffor Publishing, Nueva York, 2002. Realizado por un veterano de la guerra del Golfo, posiblemente es el trabajo que proporciona una estimación más completa, detallada y actual de los arsenales y de las fuerzas de Sadam Huseín.

LAURENS, Henry, *L'Orient arabe. Arabisme et islamisme de 1798 à 1945*, Armand Collin, París, 1993.

Obra imprescindible para entender los orígenes del Irak moderno. Un clásico.

LUIZARD, Jean-Pierre, *La formation de l'Irak contemporaine*, Editions du CNRS, París, 1991.

Relevante estudio del Irak moderno, sobre todo por su atención a la comunidad shií, mayoritaria en el país, donde se encuentran los lugares más simbólicos, Karbala y Najaf, de este grupo confesional, mayoritario también en el vecino Irán. Imprescindible.

MACKEY, Sandra, *The Reckoning: Iraq and the Legacy of Sadam Huseín*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 2002. Análisis que no comparte el optimismo sobre un Irak sin Sadam Huseín. La conclusión de Sandra Mackey, periodista especializada en cuestiones de Oriente Medio, es la siguiente: «La buena noticia es que Sadam Huseín puede ser derrocado; la mala noticia es que Irak sin Sadam

Huseín puede ser un lugar incluso más peligroso».

PELLETIERE, Stephen C., *Managing Strains in the Coalition: What to do about Sadam*, US Army War College, 1996.

El autor examina cómo se ha desarrollado la crisis en la comunidad kurda iraquí, protegida por Estados Unidos y, al mismo tiempo, sin posibilidades de proclamar un Estado independiente.

RITTER, Scott, *Endgame: Solving the Iraq Problem - Once and for All*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991.

Scott Ritter, cuya dimisión en agosto de 1998 como inspector jefe de la UNSCOM levantó una polvareda internacional, narra su experiencia de siete años con los arsenales de destrucción masiva de Sadam Huseín y, crítico con Washington, disecciona el fracaso de la política seguida por Estados Unidos hacia Irak en ese período.

RIVERS, William, y RITTER, Scott, *War on Iraq: What Team Bush Doesn't Want You Know*, Context Books, Nueva York, 2002. El libro defiende dos tesis: no hay razones para una guerra y el derrocamiento de Sadam no tiene sentido, habida cuenta del medio político iraquí. Los autores mantienen que una guerra contra Irak conducirá a la desestabilización de Oriente Medio y a la multiplicación de los atentados terroristas contra Estados Unidos, exactamente lo que pretende Al Qaeda.

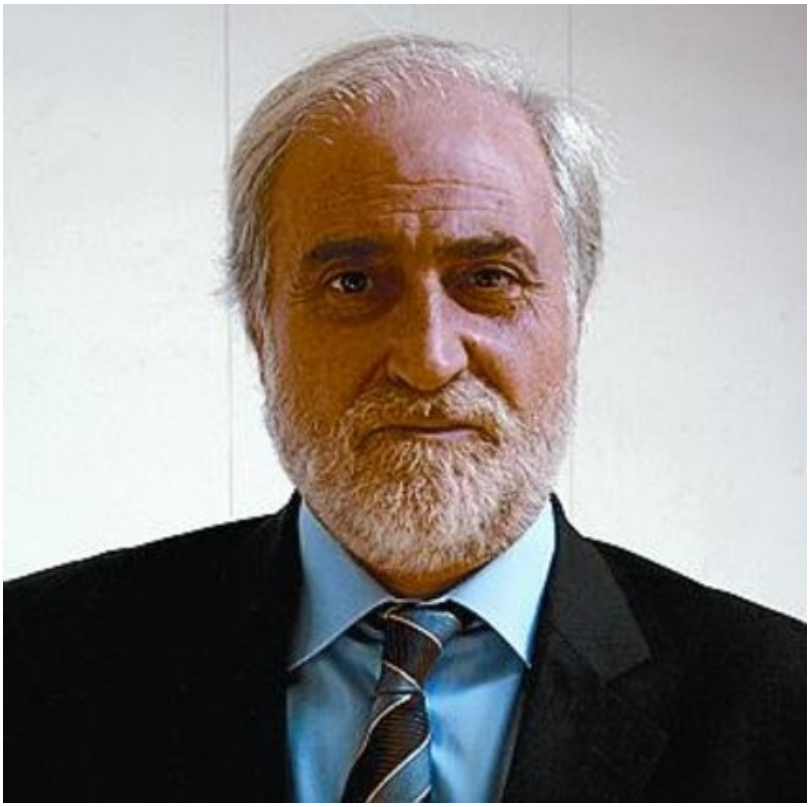
SEGURA, Antoni, *Irak en la encrucijada*, RBA, Barcelona, 2003. El libro se centra en la historia reciente de Irak, principalmente en el período de la dictadura de Sadam. Es también un interesante análisis sobre los objetivos que impulsan a Estados Unidos a intervenir militarmente y los posibles escenarios de futuro.

SLUGLETT, Peter, y FAROUK-SLUGLETT, Marion, *Irak Since 1958*, Tauris, Londres, 2001.

Libro de referencia para comprender las características e historia del Irak moderno. La primera edición, publicada en 1987, ha sido continuamente revisada y actualizada. Imprescindible.

TRIPP, Charles, *A History of Iraq*, Cambridge University Press, 2002.

La historia de Tripp, ideal para estudiantes, cubre desde el siglo XIX, con Irak dominado por el imperio otomano, hasta el acceso al poder del baasismo. Es interesante por su análisis del edificio político organizado por Sadam Huseín desde 1968. La segunda edición actualiza la historia hasta después del 11 de septiembre.



XAVIER BATALLA (Barcelona, España, 1948 - Ibídem, 2012). Fue corresponsal diplomático del diario *La Vanguardia* y profesor de Relaciones Internacionales de la Facultad de Periodismo de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Ingeniero técnico industrial y licenciado en Periodismo y Filosofía. Comenzó su trayectoria profesional en 1972 como periodista en *El Correo Catalán*, del que fue redactor y posteriormente jefe de la sección de Internacional. En 1977 se incorporó a *Diario de Barcelona* en calidad de redactor-jefe de Información. En 1979 dirigió *Ni guerra ni paz*, un programa sobre relaciones internacionales de TVE-2. En 1982 se incorporó a *El País* como redactor-jefe de Información y dos años después fue nombrado subdirector. En 1986 ingresó en *La Vanguardia* como corresponsal en Londres, cargo que desempeñó entre 1986 y 1989. Ha efectuado numerosos viajes profesionales, desde Pakistán, Zimbabue, Siria, Túnez, Arabia Saudi, Tibet, etc. Con sus columnas, «Diario del conflicto», recopiladas posteriormente en *Afganistán. La guerra del s. XXI*, ganó el Premio Ciutat de Barcelona 2001 de Periodismo.

Notas

[1] Douglas Hurd, «War with Iraq would not end the dangers», *Financial Times*, 2 de enero de 2003. <<

[1] Timothy Garton Ash, «Washington at War», *The Guardian*, 12 de diciembre de 2002. <<

[2] Jim Zwick, «Did Senator Hoar cause the Philippine Rebellion», *Literary Digest, 20*, 27 de enero de 1900. <<

[3] Philip Stephens, «America's noble but foolish designs for the Middle East», *Financial Times*, 22 de noviembre de 2002. <<

[1] Albert Hourani, *Historia de los pueblos árabes*, Ariel, Barcelona, 1992, p. 11.<<

[2] *Future Policy in the Persian Gulf*, Foreign Office 371/132 778, 15 de enero de 1958.<<

[3] *British Petroleum Statistical Review of World Energy*, Londres, 2002.<<

[4] Derr, Kenneth T., «Discurso en el Commonwealth Club of San Francisco», 11 de mayo de 1998.<<

[5] Anthony C. Zinni, «Declaración ante el Armed Services Committee del Senado», 13 de abril de 1999.<<

[6] Michael Dobbs y Susan B. Glasser, «For Bush and Putin, an entente over Irak. U.S. recognizes Russia's oil interests», *International Herald Tribune*, 23-24 de noviembre de 2002, págs. 1 y 4.<<

[1] Abd Al Rahman ibn Jaldún, *Kitab al-'Ibar*, vol. V, p. 371. <<

[2] George Kirk, *A Short History of the Middle East*, Frederik Praeger Publishers, Nueva York, 1964, p. 214. <<

[3] *London Times*, 23 de julio de 1937. <<

[1] Eric Margolis, «Irak's History is written in Blood», Foreign Correspondent.com, Toronto, 2 de agosto de 2002. <<

[2] Eric Margolis, *ibid*.<<

[3] Eric Margolis, «The Wildmen of Baghdad», *The Toronto Sun*, Toronto, 24 de noviembre de 1998. <<

[4] Awkar al-Hazima Hani al-Fakiki, *The Den of Defeat: My Experience in the Iraqi Baath Party*, Riad Alrayyes, Londres, 1993, págs. 120-121, 126. <<

[1] Harold Dickson, *Kuwait and her Neighbours*, Londres, 1956, p. 274. <<

[2] Glenn Frankel, «Roots of Conflict»: Where Britain Drew Line in ’22, *International Herald Tribune*, 1 de septiembre de 1990. <<

[1] Said K. Aburish, *A Brutal Friendship: The West and the Arab Elite*, Victor Gollancz, Londres, 1997. <<

[2] Thsombé, presidente de la República Popular del Congo, fue derrocado en 1965 por el general Mobutu Sese Seko, que accedió a que se exiliara.<<

[3] Patrick Cockburn, «Revealed: how the West set Sadam Huseín on the bloody road to power», *Independent on Sunday*, 29 de junio de 1997. <<

[4] *Ibid*. <<

[5] *Ibid*. <<

[6] *Ibid*. <<

[1] Judith Miller y Laurie Mylroie, *Sadam Huseín and the Crisis in the Gulf*, Time Books, Nueva York, 1990, p. 85. <<

[2] Michel Aflaq, *Ma'rakat al masar al wahid (El combate del destino unido)*, Beirut, 2.ª ed., 1959, p. 53. <<

[3] Michel Aflaq, *Selecciones de textos del pensamiento del fundador del partido Baas*, Madrid, 1977, p. 12. <<

[4] Eric Margolis, «Iraq's History is Written in Blood», foreigncorrespondent.com, 2 de agosto de 2002. <<

[5] Celine Whittleton, *Oil and the Iraqui Economy. In Sadam's Iraq*, Zed Books Ltd., 1986, págs. 54-69. <<

[6] Isam Al Khafaji, *The Parasitic Base of the Ba'thist Regime*, Zed Books Ltd., 1986, p. 84. <<

[1] Robert Fisk, «The last great tyrant», *The Independent*, Londres, 30 de diciembre de 2000. <<

[2] Scott Ritter, *Endgame: Solving the Iraq Problem - Once and for All*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991, págs. 154-155. <<

[3] «Sadam Huseín, the new threat to peace», *The Independent*, Londres, 11 de agosto de 1990. <<

[4] Said K. Aburish, *Secrets of His Life and Leadership*, Frontline report (Entrevista), PBSonline, 2000. <<

[5] Patrick Cockburn, «My enemy's enemy…», *The Independent on Sunday*, Londres, 15 de noviembre de 1992. <<

[6] Mark Phythian, *Arming Iraq: How the US and Britain Secretly Built Sadam's War Machine*, Northeastern University Press, Boston, 1997, p. 35. <<

[7] Patrick Cockburn, *ibid*. <<

[8] Patrick Cockburn, *ibid*. <<

[9] Patrick Cockburn, *ibid*. <<

[10] Patrick Cockburn, *ibid*. <<

[1] Richard Becker, «The US & Iraq: A History», International Action Center, Nueva York, 19 de octubre de 2002, p. 2. <<

[2] Dwight Eisenhower, discurso ante el Congreso, 5 de enero de 1957. <<

[3] Kuiholm, Bruce R., *The Persian Gulf and United States Policy: A Guide to Issues and References*, Regina Books, California, 1984, p. 22. <<

[4] Richard Becker, *ibid*, p. 4. <<

[5] Bradley, C. Paul, *Recent United States Policy in the Persian Gulf (1971-1982),* Thomson Rutter, New Hampshire, 1982, p. 95. <<

[6] Oye, Kenneth A., *Eagle Resurgent? The American Foreign Policy*, Little, Brown and Company, Boston, 1987, p. 422. <<

[7] Peterson, J. E., *Defending Arabia*, St. Martin's Press Inc., 1986, p. 147. <<

[8] Robert Fisk, «The last great tyrant», *The Independent*, Londres, 30 de diciembre de 2000. <<

[9] Robert Fisk, *ibid*. <<

[10] George Herbert Walker Bush, discurso ante el Congreso el 11 de septiembre de 1990, National Archives, Washington DC <<

[11] Robert A. Pape, *Air Power and Coercion in War*, Cornell University Press, 1996, p. 357. <<

[12] Robert Fisk, *ibid*. <<

[13] Martin Indyk, «The Clinton Administration's Approach to the Middle East», Soref Symposium, 18 de mayo de 1993. <<

[14] George W. Bush, discurso en West Point, junio de 2002. <<

[15] Michael Elliot, «The Trouble With Saving the World», CNN.com, 30 de diciembre de 2002. <<

[16] Michael Elliot, *ibid*. <<

[1] Hanna Batatu, *The Old Social Classes and the Revolutionary Movements of Iraq*, Princeton University Press, Princeton, 1978, págs. 19 y 20. <<

[2] Hanna Batatu, *ibid*, p. 73. <<

[3] Hanna Batatu, *ibid*, p. 90. <<

[4] Hanna Batatu, *ibid*, p. 95. <<

[5] Bernard Lewis, *Las identidades múltiples de Oriente Medio*, Siglo XXI, Madrid, 2000, p. 4. <<

[6] Amatzia Baram, *Building Toward Crisis: Sadam Huseín's Strategy for Survival*, Washington Institute for Near East Policy, Washington DC, 1998, p. 25. <<

[7] David R. Sand, «Tumultuous rule of Sadam», *Washington Times*, 20 de octubre de 2002. <<

[8] Amatzia Baram, *ibid*, págs. 27 y 48-50. <<

[9] Stephen J. Glain, «Stronghold Can Bacfire: Iraqi Tribes Are Key Source of Loyalty, Rebelion», *The Wall Street Journal*, 23 de mayo de 2000. <<

[10] Matthew McAllester, «Iraqi Town Loyal to the Last», *Newsday*, Nueva York, 16 de octubre de 2002. <<

[11] Mustafa Alani, «Gulf Security: Opportunities and Challenges for the New Generation», A White Paper, Royal United Services Institute, Londres, septiembre de 2000. <<

[1] Jane’s Che.-Bio Web, Londres, 15 de julio de 2002. <<

[2] «The Kurdish Genocide in Irak», *Digest of Middle East Studies*, Goteborg University, vol. 4, n.° 2, primavera de 1995. <<

[3] Samantha Power, *A Problem from Hell: America and the Age of Genocide*, Basic Books, Nueva York, 2002, págs. 171-245. <<

[4] Khidir Hamza y Jeff Stein, *Sadam's Bombmaker: The Terrifying Inside Story of the Iraqi Nuclear and Biological Weapons Agenda*, Scribner, Nueva York, 2000, págs. 65-68. <<

[5] Yair Evron, *Israel's Nuclear Dilemma*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1994, p. 26. <<

[6] William E. Burrows y Robert Windrem, *Critical Mass*, Simon and Schuster, Nueva York, 1994, p. 37. <<

[7] Khidir Hamza y Jeff Stein, *ibid*, p. 105. <<

[8] Raj Chengappa, *Weapons of Peace*, Harper Collins Publishers, Nueva Delhi, 2000, p. 266. <<

[9] Khidir Hamza y Jeff Stein, *ibid*, págs. 115-117, 126, 137. <<

[10] William E. Burrows y Robert Windrem, *ibid*, p. 38. <<

[11] Victor Ostrovsky y Clare Hoy, *By war of Deception*, St. Martin's Press, Nueva York, 1990, págs. 19-20 <<

[12] Khidir Hamza y Jeff Stein, *ibid*, págs. 128-130. <<

[13] Victor Ostrovsky y Clare Hoy, *ibid*, p. 27. <<

[1] Warren P. Strobel, «Some Administration Official Expressing Misgivings on Iraq», *Knight-Ridder Tribune News*, Washington, 8 de octubre de 2002. <<

[2] «We were wrong to let Sadam go, claims Gulf War adviser», *The Guardian*, Londres, 22 de noviembre de 2001. <<

[3] «US Struggles to Find Hard Evidence of Link Between Iraq, Al Qaeda», *The Wall Street Journal*, 23 de octubre de 2002. <<

[1] Andrew y Patrick Cockburn, *Out of the Ashes: The Resurrection of Sadam Huseín*, HarperCollins, Nueva York, 1999, págs. 8 y 65-77. <<

[2] UNICEF y el Ministerio iraquí de Sanidad, «Child and Maternal Mortality Survey 1999», informe preliminar, julio de 1999. <<

[3] Organización Mundial de la Salud, «The Health Conditions of the Population in Irak since the Gulf Crisis», sección 4, Impact on Child Malnutrition, marzo de 1996. <<

[4] Richard Garfield, *Morbidy and Mortality among Iraqi Children from 1990 to 1998, Assessing the Impact of Economic Sanctions*, Institute of International Peace Studies, University of Notre Dame, 1999. <<

[5] *60 Minutes*, CBS Television, 12 de mayo de 1996. <<

[6] Documento de la ONU A750/60, suplemento a Agenda for Peace, enero de 1995. <<

[7] International Academy Seminar, 17 de abril de 2000. <<

[8] Barton Gellman, «US Spied on Irak Via UN», *The Washington Post*, 2 de marzo de 1999. <<

[9] Marc Bossuyt, «The Adverse Consequences of Economic Sanctions for the Enjoyment of Human Rights», febrero de 2000. <<

[10] Jonathan Eric Lewis, «Irak's Christians», *The Wall Street Journal*, 20-22 de diciembre de 2002. <<

[1] «Disunity may result in long US occupation», *Financial Times*, 8 de noviembre de 2002, p. 3. <<

[2] «Making a United Front Out of Iraquí Opposition Is a Tall Order for US», *The Wall Street Journal*, 13 de agosto de 2002, p. A12. <<

[3] «The Iraq's next president», *Diplomatic News*, Bruselas, noviembre de 2002. <<

[4] BBC News, «Profile: Sharif Ali bin al-Huseín», Londres, 11 de octubre de 2002. <<

[5] Stratfor, «Uniting Jordan and Iraq Might Be Prime Post-War Strategy» (www.stratfor.com), 26 de septiembre de 2002. <<

[6] Stratfor, *ibid*. <<

[1] Francis Fukuyama, «The West may be cracking», *International Herald Tribune*, Paris, 9 de agosto de 2002. <<

[2] Dominique Moïsi, «Europe must not retreat from America's army», *Financial Times*, Londres, 26 de agosto de 2002. <<

[3] Robert Cooper, *The Post-modern state and the world order*, Demos. Londres, 1996. <<

[4] Joseph S. Nye, *The Paradox of American Power: Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*, Oxford University Press, 2002. <<

[5] Robert Kagan, «The great divide», *The Daily Telegraph*, 10 de agosto de 2002. <<

[6] Arthur Schlesinger Jr., «La guerra preventiva», *El País*, 27 de agosto de 2002. <<

[7] George Bush, carta a Sadam Huseín, Comunicado del secretario de Prensa, Fitzwater, 12 de enero de 1991. <<

[8] Mike Allen y Barton Gellman, «Preemptive Strikes Part of U.S. Strategic Doctrine», *The Washington Post*, 11 de diciembre de 2002. <<

[9] William Pfaff, «A radical rethink of international relations», *International Herald Tribune*, 3 de octubre de 2002, p. 6. <<

[10] Richard Perle, «Why the West must strike first against Sadam Huseín», *The Daily Telegraph*, 9 de agosto de 2002. <<

[11] Nicholas D. Kristof, «Lessons for a preemptive strike on Iraq», *International Herald Tribune*, 16-17 de noviembre de 2002. <<

[12] Dominique Moïsi, *ibid*.<<

[13] Robert Kagan, *ibid*.<<

[14] James Chaces y Nicholas X. Rizopoulos, «Toward a New Concert of Nations: An American Perspective», *World Policy Journal*, número 3, Nueva York, otoño 1999, p. 9 <<

[1] «Iraq's next President», *Diplomatic News*, Bruselas, noviembre-diciembre de 2002. <<

[2] Stratfor, «Uniting Jordan and Iraq Might Be Prime Post-War Strategy» (http://www.stratfor.com), 26 de septiembre de 2002. <<

[3] Bev Conover, «The Cheney plan for Iraq: Chop it up and give away the pieces», Online Journal, 3 de octubre de 2002. <<

[4] Eric Margolis, «Iraq Invasion: The Road to Folly», *The Toronto Sun*, 14 de octubre de 2002. <<

[5] Huge Pope y David S. Cloud, «Overthrowing Huseín Is Only the Beginning In US War With Iraq», *The Wall Street Journal*.<<

[6] Huge Pope y David S. Cloud, *ibid*.<<

[1] «U.S. will take on Iraq alone if U.N. fails to act, Bush says», *Associated Press*, 15 de septiembre de 2002. <<

[2] Michael T. Klare, «The New Geography of Conflict», *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2001. <<

[1] Albert Hourani, *Historia de los pueblos árabes*, Ariel, Barcelona, 1992, p. 19. <<

[1] Albert Hourani, *Historia de los pueblos árabes*, Ariel, Barcelona, 1992, p. 28. <<

[1] Bernard Lewis, *Las identidades múltiples de Oriente Medio*, Siglo XXI, Madrid, 2000, p. 96. <<

[1] Gilles Kepel, *La Yihad. Expansión y declive del islamismo*, Península, Barcelona, 2001, p. 87. <<